

HQN™

LISA AIDAN

Strip  
teacher



D.J.57

**LISA AIDAN**

*Strip  
teacher*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.  
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2019 Lisa Aidan  
© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Stripteacher, n.º 243 - agosto 2019

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Shutterstock.

I.S.B.N.: 978-84-1328-461-3

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

*Todo amante es un soldado en guerra.*  
Ovidio

# Capítulo 1

La campana sonó anunciando el final de la clase justo cuando Javier, el profesor, terminaba de anotar en la pizarra los deberes a realizar y los capítulos del libro que deberían estudiar para el examen de la próxima semana. Mientras Vega continuaba anotando la información en su agenda, algunos de sus compañeros ya salían por la puerta dejándola abierta.

Los viernes a última hora de la tarde los ánimos estaban más que exacerbados, por las nubes, y dudaba que, si no fuera porque Javier Moreno, el profesor más joven del instituto, era el encargado de ese delicado tramo horario, nadie prestaría la más mínima atención. Aunque en algunos casos quedaba muy claro que, a pesar de no perder ningún detalle de sus movimientos en el transcurso de sus explicaciones, solo unos pocos atendían durante sus lecciones.

En los tres años que hacía que había llegado a su instituto, el Corazón de León, mucho se había hablado y cuchicheado sobre él en los pasillos, los baños y en cada rincón del recinto. De algún modo entendía la fascinación por el hecho de tener un profesor más joven que los demás, pero de ahí a enloquecer por él había un abismo a su parecer.

Era un tipo de lo más normal, de esos que no miraría dos veces. Cabello moreno, por lo general despeinado, o esa era la impresión que le daba, gafas finas de pasta negras, ojos claros y vestía como ella imaginaba a los profesores de escuela privada: con pantalón de pinzas, camisa y, unos días llevaba una chaqueta de lana con doble botón, mientras que otros, en cambio, un jersey de cuello terminado en pico.

Sus clases de sociales eran tan aburridas como su forma de vestir. De ahí que Vega no comprendiera tanto revuelo y embeleso. Guardó sus cosas mientras escuchaba las preguntas absurdas y carentes de interés que algunas compañeras se habían acercado a hacerle hasta su mesa solo para tener algo de qué hablar con él. Era increíble la capacidad de algunas personas para quedar como

auténticos idiotas con tal de conseguir lo que querían, pensaba para sí alzando la vista al techo.

—Vamos, morena. Te llevo a casa.

Un brazo se posó sobre su hombro izquierdo cuando terminó de acomodar la mochila en la espalda, la familiaridad hizo que no repeliera el contacto. Nacho, un curso mayor que ella, buen amigo y vecino en la misma calle, solía acompañarla a casa los días en los que no tenía entrenamiento con el equipo de balonmano en el que jugaba.

—¿Me llevas? ¿En serio? —Le dirigió una sonrisa torcida—. Ni que esto fuera Los Ángeles y me fueras a llevar en tu descapotable...

Él era un chico grande, siempre había sido algo más alto que el resto, pero desde que comenzó a hacer deporte su espalda se había ensanchado y no le faltaban admiradoras tampoco. Vivía a dos números de portería por encima del suyo y no era raro que se encontraran también por las mañanas cuando sus horarios de clase coincidían.

—Ah, me hieres —comentó su amigo llevando la mano libre al centro del pecho.

—Mentira —replicó ella mirando el rostro de él de soslayo desde su posición—. Tu ego de hierro te protege.

Abandonó el aula acompañada por Nacho y la carcajada que emitió sin echar ni una mirada atrás al grupo que se reunía en torno a la mesa del maestro.

—*Touché* —concedió su amigo—. ¿Vienes mañana al partido?

—Aunque me apetecería mucho pasar la mañana en una incómoda grada de cemento, con un montón de desconocidos y energúmenos alrededor, no puedo.

—Eh, hay asientos.

—De plástico. Clavados en el hormigón. Lo último en ergonomía —repuso sarcástica.

—Y tampoco viene tanta gente.

—La última vez que fui a veros en la exhibición aquella, no faltaba público... Hasta tenéis animadoras...

—Son amigas de mi hermana —replicó él con fastidio.

—Oh, vamos, pensaba que te gustaba que las mujeres babearan por ti —se burló de él.

—Cualquiera de ellas podría ser Carmen —reflexionó con una mueca de desagrado.

En verdad, Nacho era un hermano protector como quedaban pocos. Adoraba a su hermana pequeña, Carmen, de quién se ocupaba a menudo mientras sus

padres trabajaban.

—Sabes que ella acabará por salir con alguien, ¿no? Y por hacer todo lo que tú haces...

Sabía que la idea de que su hermanita pudiera tener una vida adolescente como la de él le provocaba escalofríos a su amigo, y pincharle con eso era una fuente inagotable de risas para ella.

—No me hagas tener esas imágenes en la cabeza —pidió Nacho con una mueca mientras ella no podía evitar reír con su reacción—. Bien, y ahora dime por qué no puedes venir mañana.

—Verás, es algo especial; tengo que acompañar a mi madre y a mi tía de compras, es el día que tienen de fiesta y quieren llevar algo nuevo a la despedida de soltera de su amiga Belén que se celebrará por la noche.

—Ah, es verdad. Era este fin de semana... Oye —dijo de repente acercando su cara—, no te vistas demasiado provocativa —comentó bajando el tono de voz.

Vega se detuvo a pensar por un instante en lo que llevaba puesto en ese momento, que era lo mismo de todos los días: pantalón tejero gastado, camiseta de algodón de cuello redondo y manga corta, combinado con zapatillas deportivas planas con puntera de goma. Desde luego la palabra provocativo y ella eran opuestas. La carcajada que emergió de su garganta por el chiste de Nacho resonó por toda la calle, él la siguió.

No era el único que le decía a menudo que tal vez si se arreglara un poco más conocería a alguien, pero Vega no iba a clase a ligar; ella quería estudiar Empresariales y tener algún día una empresa propia o ser directora de una gran compañía. Estaba enfocada en sus estudios; tanto que incluso había comenzado a hacer su trabajo de fin de bachillerato.

Le gustaba salir con amigos como a cualquiera, por supuesto; sin embargo, se daba cuenta de que quizás era la única entre ellos que pensaba con seriedad acerca del futuro. Nadie sabía de dónde le venía tanta cavilación. Era hija única y sus padres trabajaban cada uno en lo suyo, su padre era algo así como contable en una corporación inglesa con oficinas en el centro de la ciudad y su madre trabajaba a dos manzanas de distancia de la empresa de él como administrativa en una compañía que se dedicaba a los recursos, fuera eso lo que fuera.

Lo cierto era que los trabajos de ambos le parecían bastante aburridos, no se veía haciendo lo mismo que ellos el resto de su vida; Vega se moría de ganas por emprender su propio camino. Llegó a casa, que estaba vacía, como siempre. Sus padres no terminaban de trabajar hasta al cabo de unas horas y no llegarían antes



de la noche.

Dejó las cosas sobre la mesa del comedor, fue a la cocina, donde se preparó un bocadillo para merendar de lo primero que encontró por la nevera y se sirvió un vaso de zumo de naranja para acompañarlo. Regresó al salón, ocupó la parte central del amplio sofá y, tras dejar el plato y el vaso en la mesa baja, encendió la televisión. Mientras daba el primer bocado buscó la aplicación de vídeos en línea y puso música.

Era incapaz de estudiar en silencio, aunque lo que daban de programación a esas horas no le gustaba nada, raras veces veía las cadenas nacionales. Normalmente ponía alguna película o serie en la tele de pago, o música para sentirse acompañada mientras estudiaba o hacía sus deberes.

El sonido de vibración del teléfono móvil encima de la mesa le recordó que no había subido el volumen después de salir de clase. Miró la pantalla y al ver el número de notificaciones se le salieron los ojos de las cuencas: el grupo de WhatsApp de las chicas de clase iba a tener una tarde animada. Leyó los mensajes por encima y tuvo una imagen de sí misma bostezando; de hecho, a punto estuvo de enviar un *gif* haciendo el gesto, pero se contuvo.

Por otra parte, en otro chat, el que tenía con su grupo de amigas, hablaban sobre lo que se decía en el otro más grande, allí sí que envió su opinión al respecto. Buscó una imagen con movimiento de un bostezo que le pareciera divertida y escribió a continuación:

*¿No se aburren de babear por un tío que es tan interesante como mirar los desconchones de la pintura en la pared?*

Noa respondió:

*Eso no lo sabes.*

A lo que Vega contestó:

*¿El qué? ¿Qué es aburrido? Claro que lo sé, ¿has estado en sus clases?*

María, siempre haciendo de abogada del diablo, intervino:

*Los profesores tienen su vida privada también.*

A Vega se le giraron los ojos hacia arriba ante esa respuesta y respiró hondo. Como hija de profesores de infantil y primaria, ¿ella qué iba a decir?

*Sí, y Javier tiene pinta de tener una vida de desenfreno...*, escribió con evidente sarcasmo. *Me pongo a hacer deberes. Hablamos luego.* Envío el mensaje junto con tres emoticonos tirando un beso.

Mordió el bocadillo y lo sostuvo así mientras sacaba la carpeta de la mochila junto con la agenda y el estuche antes de dejarla en el suelo como un globo deshinchado. Terminó de arrancar el bocado y dejó el emparedado sobre una

servilleta; como normalmente era ella quién se encargaba de los platos, pasaba de ensuciar de más.

Abrió la agenda y buscó la semana entrante. El teléfono volvió a vibrar, prefirió dejarlo en ese modo en vistas del plan que las chicas parecían tener para la tarde. Lo miró por si se trataba de otra cosa. En efecto, era Nacho.

*Mi hermana y dos de sus amigas están en el comedor. Supuestamente han venido a hacer deberes.*

*Sí, deberes... Y a ver al hermano mayor de Carmen,* adjuntó cuatro emoticonos llorando de risa.

*Vas a tener que venir a salvarme.*

Sonrió de forma maliciosa a la petición escrita de su amigo.

*Disfruta de tu popularidad mientras puedas, donjuán.*

*Eso, tú riéte... Apuesto a que ya estás haciendo los deberes.*

*Sabes que sí. ¿Vemos la serie juntos esta noche?*

*Sí, te escribo luego. Si sobrevivo,* añadió.

Vega volvió a enviar cuatro caras riendo. Nacho era un chico legal, aunque como novio era un completo desastre y no, ella no había salido con él, no era necesario hacerlo para saber eso; sus relaciones, desde que comenzó a tenerlas, duraban lo mismo que un capítulo de su serie favorita. Salía con cualquier chica que quisiera enrollarse con él y, a pesar de que siempre bromeaba en que juntos serían la pareja ideal, lo decía como una broma hecha en confianza entre amigos.

No podía dejar de bostezar, eran solo las once y ya se encontraba en la tercera tienda a la que tanto tía Raquel como su madre la llevaban poco menos que a rastras.

—Te dije que no te quedaras despierta hasta tarde, Vega —regañó de forma muy suave su madre.

—¿Otra vez hablando con Nacho? —preguntó su tía inclinando la cabeza hacia ella—. ¿Estáis saliendo? —preguntó de forma intencionada moviendo las cejas como Milhouse, ese personaje de Los Simpson.

—No estoy saliendo con él —dijo ofendida por las palabras de la mujer.

—Sí, sí... Amigos. Ya lo sabemos —terció su madre en tono aburrido.

—Siempre igual, Lourdes, me quitas toda la diversión —replicó la primera.

Las dos mujeres bromearon entre ellas dándose la una a la otra un golpecito con la mano en el hombro.

—Mamá, la tía no hace más que chincharme... —añadió quejumbrosa.

—Argh... Yo que solo quería tener un hijo y ahora resulta que tengo dos.

—Por algo eres la mayor, Lourditas. —Raquel compuso una obvia falsa sonrisa que mostraba muchos dientes.

—¡Qué cruz! —replicó su madre levantando la cabeza hacia el techo y poniendo los ojos en blanco.

—Sí —estuvo de acuerdo Vega con ella.

—Tú cállate —recreminó su tía entre risas sin dejar de mirar el perchero que tenían delante las dos hermanas.

—¡Lo tengo! ¿No es perfecto?

Su madre le mostró una prenda a Raquel que ella, desde su posición, detrás de ambas mujeres, no podía ver.

—¡Sí! —respondió la otra entusiasmada—. Y esto le va que ni pintado.

Ella y tía Raquel se llevaban cinco años de diferencia, aunque eran tan parecidas que, en ocasiones, de espaldas, llegaban a confundirlas. El color del cabello era el mismo, el corte por debajo de los hombros demasiado similar, sus gestos, el tipo de ropa que usaban... Eran más que hermanas, amigas. Íntimas.

No eran pocas las veces en las que había llegado a envidiar su relación, poder tener a alguien con quien intercambiar la ropa, el maquillaje, los zapatos... Alguien con quien poder hablar de absolutamente todo y que conociera cada uno de sus secretos y defectos, pero con quien nunca faltaran las risas ni los temas de conversación.

Ah, cuánto tiempo pasó rogando de forma infructuosa a sus padres para que le dieran un hermanito o hermanita... Era hija única, por lo que era evidente que jamás hicieron caso de sus peticiones; no obstante, en la actualidad estaba agradecida por ello. La mayor parte del tiempo. Sin embargo, había días en los que la soledad pesaba demasiado.

—Ten. Venga, vamos. —Las dos mujeres depositaron sobre ella las dos perchas con las prendas y la tomaron del brazo—. El probador está por aquí.

—¿Probador? ¿Yo? ¿Para qué? —La habían tomado por sorpresa y estaba anonadada.

—Para que te pruebes eso —explicó, paciente, su madre.

Con la ropa colgando del antebrazo se detuvo en donde se encontraba con los pies firmes en el suelo dispuesta a no dar un paso más.

—Repito: ¿Para qué?

—Para esta noche —aclaró su tía empujándola dentro del probador vacío más cercano y echando la cortina para dejarla encerrada dentro.

—¿Sabéis que tengo un armario lleno de ropa en casa, no? —dijo en voz lo

suficientemente alta como para que la escucharan del otro lado.

—Oh, sí. Cuando queramos ir a una despedida de soltera con camisetas y tejanos lo asaltaremos, mientras tanto... Pruébate eso —zanjó su madre.

—Estabais conchabadas desde el principio —recriminó.

—Ay, esta sobrina mía... ¿No son todas las adolescentes unas *fashion victims*?

—Los noventa ya pasaron, tía Raquel... —se burló de la mujer desde detrás de la cortina mientras trataba de enfundarse en las prendas que habían elegido para ella.

Cuando se miró en el espejo, antes de abrir la cortina, no podía creer lo que veía. El top color burdeos de manga larga con escote de corazón le enmarcaba los pechos; era ligero y, a pesar de que se le ajustaba al contorno, no le apretaba. El tejido era muy suave al tacto. Por otra parte, la combinación con los pantalones de tejano elástico de tiro alto en negro era un acierto.

Realizó varios movimientos para cerciorarse de que no se vería nada de lo que no quisiera mostrar. Estaba con los brazos en alto, tomándose de las manos por encima de la cabeza, flexionándolos, la cortina fue echada a un lado sin previo aviso y se congeló a mitad del movimiento.

—¿Qué... estás... haciendo? —Las caras de su madre y de su tía eran un libro abierto, estaban confundidas por esa extraña postura.

—Solo comprobaba una cosa —aclaró su garganta y bajó las extremidades al lado del cuerpo.

—Nos lo llevamos —sentenciaron las dos con una sonrisa después de radiografiarla entera con mirada incisiva.

El resto del día lo pasaron en el mismo centro comercial, donde fueron a comprar accesorios y bisutería, hasta un bolso. Comieron en uno de los restaurantes del lugar y cuando ya creía que se irían se encontró sentada delante de un espejo en una peluquería. Las dos mujeres que la acompañaban estaban disfrutando de lo lindo; en cambio, a Vega el tema ese de ir de compras no le atraía demasiado, aunque poder estar con ellas todo el día, las tres juntas, sí.

Su tía Raquel no tenía hijos; después de años de intentarlo y de sufrir un aborto tras otro las pocas veces que consiguió quedar embarazada mediante fecundación in vitro, decidió que ya había tenido suficiente desgaste físico y mental y dejó de hablar de ese deseo no cumplido. Vega suponía que era algo que debía de dolerle, había visto y escuchado muchas lágrimas en casa por esa situación.

No podía ni imaginar qué podría sentirse al querer algo con tantas ganas, con tanta fuerza, y comprobar de la forma más dolorosa que era algo que jamás se

haría realidad. Aquel no era un tema tabú en su familia; de hecho, se trataba con mucha delicadeza y respeto, por eso se le cayó el alma a los pies cuando tía Raquel le regaló a los quince años una caja de preservativos, solo por si acaso, rememorando sus propias palabras.

Desde entonces, entre los tampones y compresas que siempre contenía su pequeño neceser, llevaba también dos o tres preservativos. Su tía la trataba como a una hija y en realidad ella sentía como si en lugar de una tuviera dos madres; aún más, recordaba que, desde pequeña, el día de la madre hacía dos regalos iguales en clase.

Llegaron a casa entre risas; las tres se ducharon por turnos y se cambiaron de ropa usando las prendas recién adquiridas. A Vega el escote le parecía demasiado marcado; no obstante, su madre la convenció de utilizar uno de sus sujetadores, de aquellos que hacían un canalillo de anuncio. Al ver el resultado final se quedó sin palabras. Y ella que creía que iba a parecer una niña con la ropa de mamá. Parecía una chica de veinte años o más.

La percepción que tenía de sí misma cambió ligeramente, fue como verse de pronto dentro de cuatro o cinco años en el futuro.

—Toma, ponte estos.

Su madre dejó unos zapatos negros de tacón junto a sus pies. Vega solo se había puesto tacones en contadas ocasiones, claro que, si iba a asistir a una fiesta como la de aquella noche, con deportivas no la dejarían pasar a la discoteca de después, reflexionó.

—Y luego me dirás que me maquille como una *youtuber*... —murmuró.

—Pues no, pero algo de pintalabios no estaría de más que te pusieras —respondió Raquel apoyada en el marco de la puerta del salón mientras se calzaba.

—Y un poco de rímel de ese que alarga las pestañas —añadió su madre.

—Tienes razón —acordó la otra terminando de ajustar la tira de su zapato—. Voy por él. O mejor tráela al baño, Lourdes.

Terminaron con ella en un momento. No le tenía demasiado aprecio a eso de maquillarse, le parecía fantástico lo que eran capaces de conseguir algunas personas, pero Vega no quería parecer una muñeca Bratz, ni una Barbie, lo único que había cambiado al entrar en la pubertad era que pasó de aplicarse crema solar después de limpiarse la cara por las mañanas a una *BBCream* que también protegía de los rayos ultravioleta.

Era la única de sus amigas con esos rituales de limpieza de cutis y esa preocupación, pero había sobrados motivos para que así fuera; en la familia se

contaban ya dos casos de cáncer de piel y era algo en lo que tanto su madre como su tía habían insistido siempre. Cuidar la piel de todo el cuerpo era una prioridad en su hogar.

Así pues, con la crema hidratante que le daba un poco de color aplicada, las pestañas peinadas con esmero y los labios de un color burdeos que asemejaba el del top ajustado que escogieron para ella, se calzó los zapatos y creció unos buenos cinco centímetros, lo que la convertía en una chica de más de metro setenta.

El pantalón oscuro, también ajustado, hacía que sus piernas parecieran más largas de lo que en realidad eran al combinarlos con los tacones. Tal vez era un atuendo sencillo para la mayoría, pero Vega se veía de lo más sofisticada, adulta.

—Preciosa. —Raquel le lanzó un beso a través del espejo que devolvía el reflejo de las tres.

—No puedo creer lo mucho que has crecido —suspiró su madre con añoranza.

—Son los tacones, mamá... —bromeó componiendo una tierna sonrisa.

—Los tacones, los tacones...

Su madre la empujó fuera del baño con una cara que intentaba ser de fastidio, aunque no lograba su objetivo.

Vega había salido con ella y sus compañeras de trabajo antes, pero en aquellas ocasiones fueron a tomar algo o hicieron una barbacoa en casa de alguna de ellas. Eran un grupo, por lo general, bien avenido. El ambiente en la oficina de su madre era agradable y, si eso era posible, estaba convencida de que se debía, en parte, por la forma de ser de todas ellas. En el futuro también trataría de conseguir tener tan buenas relaciones en donde fuera que trabajara; tener compañeros que pudieran respaldarse, animarse o con los que poder desahogarse parecía algo importante, no solo a nivel personal, también a la hora de llevar a cabo su cometido.

Su padre llegó antes de que tía Raquel y su madre terminaran de maquillarse, esperó a las otras dos mujeres en el salón con él, que se quedó perplejo en el momento en que le puso los ojos encima y vio el atuendo que llevaría esa noche.

—Vaya, estás... Mayor —dijo observándola detenidamente.

—¿Eso es bueno o malo?

Torció la cabeza a un lado, tratando de interpretar las emociones que pasaban por el rostro de su progenitor. Él era el tópico inglés hecho persona, su estoicismo ante cualquier situación hacía difícil saber qué le pasaba por la mente, era algo que le servía a las mil maravillas en lo laboral, pero en casa... Era difícil si uno no sabía reconocer esos microgestos que delataban sus

emociones.

—Bueno para ti, malo para mí —respondió él con total franqueza—. Supongo que Raquel y tu madre han tenido algo que ver —suspiró—. Pero qué se le va a hacer, no podrás ser siempre mi niña pequeña.

El rostro de su padre pasó por varios estados desde la sorpresa a la resignación, por suerte para ella conocía al hombre demasiado bien.

—Siempre seré tu niña, papá.

Lo abrazó en un burdo intento de consuelo. Era cierto, quería ser siempre su niña pequeña a pesar de desear también convertirse en una mujer adulta cuanto antes. Suponía que ese tipo de contradicciones eran normales por lo menos en la adolescencia.

—Nos vamos —anunciaron las mujeres saliendo del cuarto de baño.

—Thomas, has llegado. —Su madre se acercó a besar a su marido, que la observaba embelesado, hechizado; como si el resto del mundo hubiera desaparecido.

En ese momento él la tomó de las manos y le dedicó una mirada de completa admiración. La forma en la que su padre pasaba de ser una persona hermética a ser un hombre con las emociones reflejándose en el rostro siempre la intrigó. Era un cambio que ocurría solo en presencia de su madre, y con ella.

—Esta noche vais a romper muchos corazones —dijo él con evidente orgullo.

—Qué amable de tu parte, cuñado. —Raquel besó la mejilla de su padre—. Haznos una fotografía a las tres juntas —pidió al tiempo que le daba el *smartphone*—, se la quiero enviar a Ramón.

—¿El tío no va a llegar a tiempo para despedirnos? —preguntó sorprendida.

—No, cariño, últimamente tiene mucho trabajo en el taller.

Mientras hablaban posando para la fotografía, su padre tomó varias instantáneas desde ángulos distintos. Al terminar le dio otro abrazo y les deseó que pasaran una gran noche. En cierto modo se sentía extraña al saber que no regresaría hasta el amanecer por salir de fiesta, pero como lo hacía con su madre y su tía solo esperaba no desentonar con el resto de mujeres y ser capaz de pasarlo bien.

## Capítulo 2

Durante la cena en el restaurante hubo muchas risas, en gran parte por el ambiente que había entre ellas; no obstante, el espectáculo que habían contratado, que consistía en tener un monologuista maestro de ceremonias y un par de actores con mucho salero, hicieron las delicias de todas ellas, que ya estaban predispuestas para pasarlo en grande.

Mientras tomaban el postre las luces se apagaron y un foco se concentró en el borde de las mesas que estaban alineadas en forma de u. Vega se encontraba en el extremo de uno de los dos laterales bebiendo refrescos mientras comprobaba el ritmo vertiginoso en que las botellas de vino se vaciaban. Dejó la cuchara a medio camino de la boca a la espera de lo que sucedería a continuación y entonces un tipo vestido de policía emergió de la puerta de la cocina.

Tuvo que tragar saliva, el «poli» estaba para mojar pan. Lo vio señalar a la novia e indicarle que se acercara y luego ocupara la silla que había arrastrado allí para ella entre los gritos de ánimo de las demás. La cara de Belén era para enmarcarla. Estaba como un tomate; todo su rostro, escote y orejas brillaban como un neón.

Los gritos y piropos a los cuerpos de seguridad y al propio cuerpo del hombre allí presente se sucedieron, así como varias peticiones de detención. De hecho, más de una pidió ser castigada con la porra. Sin poder evitar el azoro que toda la situación le producía, ni el burbujeo nervioso de su interior, comenzó a reír. No podía creer lo que estaba escuchando. Entre la vergüenza y el corte que le daba, la risa se abrió paso.

Aquel fue el primer striptease que vio en su vida y le pareció más embarazoso aún que los comentarios cargados de alcohol y subidos de tono de las mujeres más maduras allí reunidas. En cierto momento, el «policia» se quedó vestido con un minúsculo tanga y, cuando se quiso dar cuenta, le cogió las manos a la novia para ponerlas en su propio trasero.



No contento con eso, le acarició ambos lados del cuerpo resiguiendo cada centímetro con sus grandes manos desde la cabeza hasta los pies de Belén, pudo ver a la perfección que ese desconocido acariciaba los pechos y el culo de la novia que estaba todavía más avergonzada.

Esa escena le revolvió algo por dentro. De repente el espectáculo ya no le agradaba, se le hizo un nudo en el cuello y notaba el sabor de la bilis en el fondo de la garganta. No sabía qué hacer, las demás estaban cada vez más excitadas y no quería interrumpir la diversión y su fiesta, pero le pareció que aquello no estaba bien.

¿Acaso un striptease no trataba solo de eso? ¿De desnudarse y ya? ¿No se suponía que meter mano era algo que no se podía hacer? Por otra parte, lo de tocar debería ir en ambas direcciones.

En el momento en que salió a escena una amiga de la novia, soltera, el juego tomó otros tintes, el stripper sacó una toalla y se colocó delante de ella, de cara a las demás, y comenzó a mover el culo de forma que podían ver los golpes que su pene daba al tejido. Le pareció tan surrealista que apenas se lo podía creer.

Al momento, el hombre se dio la vuelta e instó a la chica allí sentada a posar las manos en sus hombros y manosearle el torso hacia abajo desde ahí; la mandíbula se le desencajó ante el atrevimiento de la mujer que aprovechó para tomar el miembro del falso policía entre sus manos y acariciarlo de arriba abajo repetidas veces.

—¿Está haciendo lo que creo que está haciendo? —susurró su madre lo suficientemente fuerte para que ella y su tía, que la flanqueaban, pudieran escucharlo.

—Sip —respondió Vega, quien tenía una visión de la grotesca escena más clara que el resto de los allí presentes.

—Pues eso parece —contestó su tía.

El hombre ni se inmutó, era más, parecía estar disfrutando. Por suerte aquello terminó y no se volvió a repetir con las otras dos mujeres que salieron a «bailar» con él.

—Pues, actuando un fin de semana con más de un grupo, el chico debe de marcharse bien servido... —silbó su tía.

—¡Raquel! —exclamó su madre con ojos desorbitados debido al comentario—. Una cosa es enseñarle a que se proteja y, otra muy distinta, dejarle ver porno en vivo —espetó la mujer mortificada.

Compartieron miradas entre ellas y, de pronto, una risotada conjunta se escuchó por encima de la música, fue un ataque de risa de aquellos que por más

que se deseara no se podía detener. Cómo sería, que incluso el muchacho se volvió a mirarla.

Después del esperpéntico espectáculo aún tardaron una hora más en abandonar la sala reservada; algunas de las presentes ya daban muestras de estar tambaleándose. Sin duda, la noche prometía. Las guiaron hasta el autocar que las recogió más temprano y allí el ambiente fue en aumento, los nervios del comienzo de la noche habían desaparecido junto con el pudor.

Le costó conciliar la imagen que tenía de aquellas mujeres trabajadoras y, por lo general, tranquilas, con la que estaba viviendo esa velada. Debieron de llegar a destino porque su transporte se detuvo; las puertas se abrieron y comenzaron a bajar de la forma más ordenada que pudieron. Al pisar la calle casi chocó contra su madre que estaba tan quieta como una estatua de piedra, su tía estaba igual; las dos miraban a algún lugar delante de ellas.

—¿Tú sabías algo de esto, Lourdes? —inquirió Raquel sin mirar a la mujer que tenía al lado.

—No. ¿Y tú?

—No tenía ni idea —respondió la primera—. Y ahora... ¿qué hacemos? —Con la última pregunta de su tía, ambas se volvieron a mirarla.

Tenían una expresión entre anonadada y asustada que le provocó un escalofrío e hizo que temiera lo peor.

—¡Vamos, todas a dentro! —gritó con entusiasmo desmedido la mujer que había organizado aquello.

—¿A dónde? —quiso saber Vega buscando con la mirada el lugar que había petrificado a su madre y a su tía instantes antes y se encontró con un cartel donde se veían torsos de hombres al descubierto y la palabra striptease refulgía en neón rojo.

—Oye, Mercedes. —Su madre enganchó a una de sus amigas del brazo y la atrajo hacia sí—. ¿Tú sabías algo de esto?

—No; pero vamos, Ana Mari dijo algo de cena, espectáculo y discoteca. —La mujer con la cara colorada debido a la excesiva ingesta de alcohol se alejó bamboleándose más de la cuenta hacia el lugar donde el grupo se estaba reuniendo junto a las puertas del local.

En una esquina del cartel podía leerse en negrita que los menores de dieciocho años tenían la entrada prohibida. Tragó saliva.

—Pues eso —decía su madre—, cena y espectáculo que es lo que hemos tenido en el restaurante. Y discoteca. Ahora toca la discoteca, ¿no?

—Pues me parece, Lourditas —terció tía Raquel—, que esta noche vamos a

tener doble ración de espectáculo.

Entendiendo el brete en el que ahora se encontraban, Vega comenzó a sudar. ¿Y si le pedían el carné de identidad y no la dejaban pasar y tenía que quedarse fuera mientras ellas estaban dentro? En su mente ya podía ver las luces del coche de policía que venía por ella por intentar entrar en aquel lugar.

—A ver, no creo que le pidan la documentación, no parece menor de edad — reflexionó su progenitora.

—Y tampoco es que se vaya a escandalizar —argumentó su tía.

—No —añadió su madre—. Y tampoco es que no haya visto nunca a un hombre desnudo.

No sabía si trataban de ser pragmáticas, de convencerla o de hacerlo ellas mismas, pero entendió que ese era un buen momento para mantenerse en silencio.

—Claro —apoyó tía Raquel—, y después de ver a Trini hacerle una manola al de antes en mitad del restaurante...

Las tres volvieron a reír, el hecho era que ninguna terminaba de creer aún lo que habían presenciado horas antes.

—Está bien —resolvió su madre enderezando la espalda—. Tú quédate entre nosotras para pasar, no creo que te pidan nada. Y actúa normal —advirtió.

—Claro, tú haz como que estás harta de venir a estos sitios —aconsejó Raquel detrás de ella mientras la empujaba hacia el grupo.

Vega observó al resto de mujeres, sus caras parecían las de cualquier niño en una juguetería después de decirle que podía elegir aquello que más deseara.

—Tampoco creo que... —empezó a decir.

—Tampoco es eso, a ver si ahora se van a pensar que la niña es una perversa —respondió su madre cortando el argumento de su hermana—. Bien, espalda recta y sonrisa.

En el momento en que el grupo comenzaba a entrar Vega sentía el sudor cayendo por la columna; el calor acudió a su rostro de tal modo y comenzó a respirar tan deprisa que pensó que, de un momento a otro, se iba a desmayar. Si le pedían la documentación estaban perdidas, era en lo único en lo que podía pensar en ese instante.

Antes de que se diera cuenta, el hombre de la puerta le colocaba un sello en la mano y le guiñaba un ojo. Pasó del pánico más absoluto al alivio inmediato. Alguien las recibió y guiaba a Belén, que encabezaba la comitiva con todo su séquito detrás, hacia unas puertas dobles que se veían grandes, robustas y pesadas; como las del auditorio de su instituto.

Una vez que las abrieron para ellas, el sonido de la música lo llenó todo, la pulsación podía sentirse en el suelo, el aire, las paredes e incluso en su cuerpo. Entraron a una sala diáfana con mesas bajas y reservados a ambos lados de un escenario que disponía de una pasarela en el centro. Fue como aterrizar en otro planeta.

—Parece el escenario del programa ese —le susurró Raquel al oído colgándose de sus hombros.

—Espero que no haya cámaras —murmuró ella para nadie en particular.

Alcanzaron el reservado que les tenían preparado con una copa de champán de bienvenida servido de forma diligente por un chico cuyo atuendo consistía en pantalones y zapatos negros y un cuello de camisa de color blanco con un botón negro. Solo el cuello. Y los puños, alcanzó a ver mientras servía. El resto de la parte superior de su cuerpo estaba al aire.

Miró alrededor y se percató de que todos los camareros eran hombres musculados que vestían igual. Escuchó murmurar a una mujer que aquello era el paraíso, y por el momento le costaba no estar de acuerdo con esa afirmación.

—Menudo uniforme.

Se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta cuando los ojos del camarero se cruzaron con los suyos y le guiñó uno con picardía ante la atónita mirada de las dos mujeres que más quería en este mundo. Pudo sentir el modo salvaje en que la sangre acudió a su cabeza tras su desliz verbal.

—Esto es como estar metidas dentro de la película esa —aulló tía Raquel mientras volvía a ocupar su asiento con una cara completamente resplandeciente después de haber tenido que participar en uno de los espectáculos de la noche.

Debía añadir que la palabra vergüenza no era algo que la acompañara. Varias de las mujeres que conformaban aquella despedida, y de otros grupos que podía distinguirse claramente que también estaban de celebración, tuvieron el dudoso honor de haber sido elegidas para ocupar un lugar en el escenario mientras apuestos y musculados hombres bailaban y se desnudaban acompañados por el griterío fervoroso del local.

Tenía que admitir que en esta ocasión sí se estaba divirtiendo con las distintas actuaciones; además, los bailarines de aquel lugar eran mucho más guapos que el falso policía que había acudido al restaurante. Allí se percató de que no todos tocaban a las clientas. Eso sí, poner las manos de las mujeres sobre ellos y hacer que los acariciaran parecía ser la norma; aunque aquí la situación no se

desvirtuaba, nadie atacó al paquete de los strippers.

¿De dónde sacarían a esos hombres? Eran mejores que cualquier modelo de los que podían encontrarse en revistas. ¿Habría alguna agencia de modelos macizos a los que les gustara desnudarse? Porque eran a cada cual más guapo. Altos, bajos, morenos o rubios, incluso vislumbró un pelirrojo; cada uno con la musculatura de mayor o menor envergadura, todos con su tabla en el abdomen. Parecían esculpidos en piedra o mármol.

—Estos no te los encuentras en el supermercado —vociferó María, otra compañera, sentada junto a su tía, entusiasmada cual niña en un parque de atracciones, comiéndose con los ojos a cuanto varón descamisado se movía por el local.

No podía dejar de pensar en que si el lunes explicaba algo de aquella noche en el instituto nadie la creería, ¿quién iba a hacerlo? Ver a todas aquellas mujeres gritando como energúmenas a chicos que, en algunos casos, podrían ser sus hijos y, en otros, incluso sus nietos... Era escalofriante. Demasiado.

De pronto un parpadeo de luces y el sonido de un trueno cruzó la sala haciendo que las clientas se miraran entre ellas y alrededor. La voz que escuchaban cada vez que se presentaba una nueva actuación retomó la palabra en ese momento; anunciaba el próximo número como el de la llegada de un dios después de un tiempo de retiro.

La multitud comenzó a murmurar al tiempo que se mantenía expectante mientras las luces giraban de un lado a otro entre el escenario y las mesas. El presentador anunció la necesidad de hacer una ofrenda al dios para que estuviera de buenas y no decidiera exterminarlos a todos. Para ello los camareros pasearían entre el público en busca de una de las mujeres de la sala para ofrecérsela. Las luces se detuvieron sobre ella.

Vega tragó saliva al tiempo que el local empezaba a aplaudir y a silbar mientras su cerebro se paralizó de miedo. No, ella no podía subir allí. Su mirada se desvió hacia su madre que tenía una cara de circunstancias que debía de ser idéntica a la suya; el resto de la mesa reía y la felicitaba por su suerte; sin embargo, ella solo quería que la tierra se la tragara.

La mano extendida de uno de los camareros le indicaba el camino. Su madre afirmó con la cabeza tratando de alentarla, supuso, y la tomó. El local se llenó de vítores y aclamaciones al tiempo que el presentador pedía un aplauso para la ofrenda. Y así era exactamente como se sentía en aquel momento, como una presa dirigiéndose a las fauces de una peligrosa bestia.

La guiaron hasta el escenario. Los hombres descamisados que trabajaban

sirviendo las mesas le hicieron un pasillo como si le guardaran respeto mientras subía los peldaños de la escalera. Bien podía tratarse de un sacrificio ritual, solo que Vega no era virgen, ya no. Una vez allí, el presentador anunció que debía sentarse en el trono que hacía aparición en ese momento y que, como toda ofrenda que se preciara, debería tener los ojos vendados.

Eso disparó su pánico a todos los niveles. ¿Los ojos vendados mientras todos los demás veían lo que ocurría a su alrededor? La pesadilla de todo adolescente hecha realidad. Un stripper, que reconoció de un número anterior, le sonrió con lo que le pareció afecto antes de cubrir sus ojos con un antifaz que no dejaba ni un solo hueco por donde atisbar el más mínimo detalle.

Acto seguido la instaron a sentarse y a permanecer tranquila y quieta.

—Como si pudiera —murmuró.

La música comenzó a sonar de forma lenta, era algo salvaje, casi tribal, ancestral. El retumbar de los truenos regresó y fue consciente del temblor en la silla debido al estruendo. Sus sentidos comenzaban a intensificarse. El público guardaba silencio. Podía sentir el nerviosismo y la expectación en la sala más alto que el suyo propio.

Entonces la música cambió, comenzaba a tener un ritmo más lento y sensual, sinuoso. Era una melodía que incitaba, que inducía a un estado de ánimo que hablaba de predisposición. Continuaba nerviosa solo de imaginar qué podría suceder a continuación.

—¡Ánimo, niña!

Alguien gritó desde su mesa; la voz le resultó familiar, sin duda el alcohol tenía mucho que ver. El resto de la sala aplaudió y silbó. Era como si ellas también percibieran su incertidumbre. El presentador retomó la palabra en el momento en el que un olor familiar comenzaba a extenderse, era el de aquella falsa niebla que solían usar en los conciertos, estaba segura. ¡Si solo pudiera ver qué sucedía!

La llegada del dios del Trueno se anunció y Vega no pudo evitar la imagen mental que aquel título le produjo: la de un nórdico, alto, robusto y peligroso. Imponente. Extrañamente, la sala parecía haber quedado en silencio, no se escuchaba nada después de los aplausos tras la presentación y entrada en escena del supuesto Thor.

El presentador acompañaba la música y lo que debía de ser la escena que todos veían con tono bajo, reverencial; mencionando el acercamiento del dios hasta su ofrenda. Sintió una mano en el hombro y las palabras salieron solas de su boca:

—Como me toques donde no debes, ni dios del Trueno, ni martillo sagrado, te pondré los huevos de corbata —amenazó con firmeza.

Él no respondió; no obstante, escuchó una risa contenida junto a la oreja. La respiración del hombre movió su cabello ligeramente y algo le acarició la piel del cuello y clavícula hasta el brazo. Pocos segundos después sentía el leve contacto en su otro hombro, parecía estar rodeando la silla en la que permanecía, reflexionó.

Se dio cuenta de lo tranquila y calmada que estaba, era como si allí no hubiera nadie más que ella y aquel misterioso hombre llamado Thor. Y la música. Esa música que se metía en los huesos y llenaba el cuerpo de sensualidad. Una caricia, que recorrió su brazo izquierdo desde el cuello, le arrancó un suspiro inesperado.

Sintió el calor y el peso de dos manos, grandes, firmes, en sus rodillas; por la posición de las mismas dedujo que el hombre debía de encontrarse justo delante de ella. Sin poder evitarlo lamió sus labios que de un instante a otro se habían resecado tanto como el interior de su boca; al momento percibió el calor bajar por las pantorrillas hasta su tobillo.

Le tomó el pie por el talón e hizo que levantara la pierna unos centímetros, se la estiró. Cada contacto que notaba, que experimentaba, le ponía la piel de gallina, la excitaba, y eso que solo estaba rozando sus piernas. De algún modo, aquel sensual contacto hacía que su autoestima aumentara. Era como si alguien estuviera adorando cada parte de su cuerpo, cada extremidad.

La calidez se fue trasladando de una pierna a otra, de un brazo a otro; de vez en cuando sentía una caricia en el cuello, una respiración entrecortada y masculina en la coronilla o en los hombros. Reconoció el calor que crecía en su cuerpo como la excitación sexual que aquella situación le producía. De prolongarse mucho más cada célula de su ser podría entrar en combustión de forma espontánea.

No comprendía muy bien cómo, sin ver al dios, estaba comenzando a desear que continuara; que la tocara más, que la poseyera. ¿Se estaba volviendo loca? Malditas hormonas adolescentes, el mal trago que le estaban haciendo vivir con un completo desconocido. Al perder la capacidad de ver conseguía discriminar entre el olor que emanaba de aquel hombre, un aroma masculino, intenso, desodorante mezclado con algo que no lograba identificar. Tan envolvente como atrayente.

El presentador hablaba con un tono bajo, como si no se atreviera a romper aquella suerte de hechizo que se había creado en el que solo ella y el misterioso

hombre desconocido se encontraban; anunciaba con sus palabras que la actuación estaba próxima a terminar, eso entendió cuando escuchó que el dios parecía satisfecho con su ofrenda.

Entonces notó que le tomaban las muñecas y le hacían extender los brazos hacia los lados, era una marioneta en esos momentos. El calor junto a su cara y la parte exterior de los muslos le permitió imaginar la postura del hombre: de pie, con las piernas abiertas sobre ella. Acto seguido, Thor le condujo las palmas al torso. Menudos pectorales, pensó para sí.

Vega no movió un solo músculo; aturdida por lo que ocurría, temerosa de lo que pudiera pasar. Quizás fue la falta de participación por su parte lo que provocó que él pusiera las manos sobre las de ella, quemándola con su ardoroso contacto, y la instó a bajar por su cuerpo.

Cada bulto que sintió le ofrecía una imagen de lo que tocaba que la hizo salivar, tuvo que tragar cuando su garganta amenazaba con cerrarse. El cuerpo que sus manos tocaban era puro pecado: fuerte, terso, grande. Él la guio hacia los lados de su abdomen hasta los trabajados muslos, menudos músculos había allí también.

Entonces le apartó las manos. El vacío se sintió demasiado profundo; de pronto el frío la invadía, él se había alejado. En ese instante sintió un beso en la mandíbula, debajo de la mejilla derecha, y de forma involuntaria ahogó un jadeo. Su corazón latía desbocado a esas alturas de la función.

Thor le tomó la mano de forma caballerosa, sintió la caricia de su pulgar en el dorso al tiempo que tiraba de ella pidiéndole sin palabras que se levantara. Hizo lo que se le solicitaba y el calor regresó a su cuerpo. Retiraba la venda, estaban tan cerca que sus respiraciones se entremezclaban, sentía el calor del torso masculino, sus manos hormigueaban por acariciarlo, pero no podía dejarse llevar por el impulso y se contuvo.

La vista le fue devuelta; liberada, parpadeó de forma automática y alzó la cabeza, pues se dio cuenta de que estaba mirando las botas de la persona que tenía enfrente. Sin duda, se trataba de un hombre imponente. Su mirada recorrió de manera inconsciente cada parte que sus manos habían tocado hasta llegar al rostro. El frío que la atravesó de golpe al encontrar sus ojos fue mortal.

Cada brizna del fuego que se había encendido en su interior se esfumó al instante. Y la sorpresa en la mirada de él indicaba que los dos habían experimentado la misma sensación. Ninguno se movía. Vega solo podía mantener su mirada en la de él mientras sentía que un terrorífico abismo congelado la engullía.



¿¡Qué estaba ocurriendo!?

¿Por qué Thor, el dios del Trueno, se parecía tanto a Javier, su profesor de sociales? No, no se parecía...

¡Era su profesor!

La estupefacción del hombre, ataviado con una peluca rubia y una barba postiza del mismo color, no podían esconder ese hecho. No se trataba de una confusión.

En su estupor perdió la noción del tiempo y no tuvo demasiado claro lo que ocurrió a continuación, pero la posición de su cuerpo petrificado resultó inclinarse; Thor la cargaba en el hombro y la llevaba fuera del escenario, hacia la parte de atrás, mientras el presentador decía al público que el dios debía de haber quedado en verdad contento con su ofrenda y que por eso ahora se la llevaba, para poder disfrutarla.

Los vítores y aplausos del local la sacaron del estado de catatonia en el que había entrado en el momento en que divisó la cara del stripper. La dejó en el suelo entre bambalinas y en un intento por entender qué era lo que estaba ocurriendo se volvieron a mirar con fijeza, estudiando cada uno las facciones del otro.

—¿¡Qué haces tú aquí!? —exclamaron los dos al mismo tiempo.

El horror debía de dibujarse en la cara de él por debajo de la barba postiza del mismo modo en que, estaba segura, se reflejaba en la suya propia.

## Capítulo 3

—¿Cómo diablos has entrado?

La pregunta del dios del Trueno, actualmente vestido con unas botas y un tanga, además de la peluca y la barba postiza, la sacó del estado de estupefacción temporal en la que su mente se había sumido al reconocer a su profesor debajo de aquel disfraz.

—Por la puerta —respondió cáustica—. ¿Y tú qué haces aquí? —devolvió—. ¡Eres profesor!

El hombre se lanzó de inmediato sobre ella para cubrir su boca con una mano mientras con la otra le sostenía la nuca y miraba a ambos lados siseando para que guardara silencio. De forma instantánea la rigidez la invadió tras darse cuenta de que se encontraba demasiado cerca con escasa ropa que le cubriera, sintió el calor invadir de nuevo sus mejillas.

—Shh... No sabemos quién puede estar escuchando.

Él debió de percibir el súbito cambio en su actitud pues la dejó ir y se alejó dando un paso atrás. Eso hizo que su mirada, de forma totalmente involuntaria, se posara en el único punto del cuerpo masculino desnudo frente a ella que sí estaba cubierto: su tanga. Menudo tamaño el de ese paquete. Azorada a más no poder a causa de su reacción y pensamientos que surgían sin que pudiera hacer nada por retenerlos, alzó la vista al techo.

—¿Podrías... —carraspeó— vestirme? ¿O algo? ¿Por favor?

¿Desde cuándo el aburrido profesor de sociales tenía ese cuerpazo? ¿Cómo es que trabajaba en aquel local de striptease? Y lo que la tenía más desconcertada: ¿¡Cómo se lo había montado para esconder todo eso debajo de la ropa!?

Como si de pronto se diera cuenta de su propia desnudez, de lo fuera de lugar de esta, buscó algo con lo que cubrirse; para sorpresa de Vega lo hizo con un trozo de tela de color rojo que se anudó a la cintura como solía hacer su padre con la toalla al salir del baño. Eso apenas fue de ayuda, estaba casi más

imponente.

—Por favor, no me digas que esa era la capa de Thor... —pronunció con un gemido atormentado.

—Vega. —Javier puso las manos en sus hombros y acercó el rostro para que centrara la atención en él. ¿Dónde habían quedado sus gafas de pasta negras? ¡Qué ojos!—. En este local no pueden entrar los menores de edad —afirmó con rotundidad ajeno al torbellino que daba lugar en su cabeza.

—Lo... sé, lo sé. Creí que moriría en la entrada —confesó apartando los ojos de su escrutinio—. Pero mi madre y mi tía me ayudaron a tranquilizarme —sonrió débilmente.

—¿Tu...? —El hombre torció la cabeza a un lado como si le acabara de hablar en un idioma que desconocía—. ¿Tu madre te ha traído aquí?

El calor de sus grandes y fuertes manos en los hombros comenzaba a abrumarla y a hacer estragos en su respiración. Tal vez también tuvieran algo que ver en ello los músculos de los brazos y abdomen masculinos y... ¡por Dios! esos pectorales.

¿Desde cuándo tenía esa presencia tan abrumadora? ¿Por qué, en los tres años que hacía que lo veía a diario, no había sabido ver lo que esas insulsas ropas escondían?

¿Quería eso decir que se disfrazaba para ir a dar clases y que esta era su verdadera identidad? ¿Era el Clark Kent de los profesores?

Desde luego, la categoría de Superman se la había ganado de sobras por lo que había podido ver...

—Sí. Bueno, es una despedida de soltera —murmuró avergonzada—. He venido con ellas. —Él continuó mirándola como si no pudiera encajar las piezas del rompecabezas—. Una compañera de trabajo de mi madre se casa —terminó de explicar—. ¿Pero qué estás haciendo tú aquí? ¿Necesitas el dinero? ¿Acaso os pagan tan mal a los profes?

—¡Shh! —la acalló—. Estoy haciéndole un favor a mi amigo. —En esta ocasión fue su turno de mostrarse confundida ante semejante explicación. ¿Qué clase de amigos tenía que le pedían que se desnudara en un lugar como aquel para una sala llena de mujeres sobreexcitadas y pasadas de vueltas?—. Como sea, no puedes decir a nadie que me has visto —ordenó—. A nadie. Tienes que guardarme el secreto.

Guardarle el secreto, decía. Aquello no era un secreto, era una bomba. Más grande que la de Hiroshima.

—Pero, no lo entiendo. ¿Haces esto a menudo?

—No. Y no hay más tiempo para explicaciones, alguien vendrá a buscarte enseguida si no regresas pronto a tu mesa —expuso—. Vuelve. Y no le digas a nadie nada de esto.

A pesar de que no comprendía nada de cómo su noche de juerga la había arrastrado a aquella situación, por supuesto que no explicaría a nadie aquello. Como si pudiera hacerlo sin morir de la vergüenza en el acto... Una duda se abrió paso en su cabeza.

—Entonces... ¿qué digo cuando vuelva?

—Di que formaba parte del número. Te llevé tras el escenario, te ofrecí agua y ya.

—De... acuerdo —habló sin estar del todo convencida con aquella excusa—. ¿Por dónde salgo?

—Por allí. —Sin dudarlo, señaló el camino para ella.

¡Señor, qué brazo!

Sin ser capaz de digerir todavía la perplejidad y la conmoción que encontrar a uno de sus profesores en un sitio como aquel le había causado se alejó por el lugar indicado para regresar junto al resto del grupo que la vitoreó y aplaudió al verla llegar.

En su mente no podía dejar de darle vueltas a lo que había experimentado en el escenario: las caricias, el tacto de sus manos, de su piel, sobre su cuerpo, la forma en que se había excitado con todo ello... Y descubrir que el aburrido Javier Moreno había sido el causante era una sorpresa que todavía no estaba segura de cómo debería tomar.

—¿Qué ha pasado?

—¿Te ha dicho algo?

—Sí, cuenta. Queremos saber.

Varias voces preguntaron al mismo tiempo, el grupo centraba todo su interés en ella que comenzó a ponerse colorada ante tanta atención, sentía la sangre latir más deprisa en sus venas y la cara ardiendo hasta la raíz del pelo. No podía mentir a su madre y a su tía, era algo que no sabía hacer, nunca había sabido.

Era patética cuando intentaba mentir.

—Nada... —respondió mientras retiraba la silla vacía que había ocupado.

—¿Nada? —Levantó la cabeza y encontró una docena de miradas especulativas, carraspeó y apartó los ojos centrándose en el mantel.

—No, nada. Solo me dio las gracias por participar —mintió.

—¿Y qué dijiste?

—Eh... Vine hacia aquí —contestó sin saber qué otra cosa decir.

—¿Sin decirle nada? —Una risa colectiva se alzó en ese momento—. Niña, a un pedazo de hombre como ese se le entra tengas la edad que tengas —dijo en evidente estado de embriaguez Trini, la mujer que aquella noche estaba más desatada de todas ellas.

—Bueno, bueno... —Su madre alejó la atención de ella palmeando la mesa—. Quizás va siendo hora de que nos marchemos...

—¿Marcharnos? ¿Del paraíso? —objetó Mercedes, otra de las compañeras y amigas de su madre.

—¿No queráis ir a una discoteca o algo? —intervino tía Raquel.

—Aún hay tiempo... —dijo la que había organizado la velada.

—Yo no me voy de aquí hasta que nos echen —añadió otra con beoda resolución.

Casi una hora más tarde regresaban al autocar que las llevaría al siguiente y último destino. Eso sí, algunas tuvieron que pasar primero por el baño, ya que sus estómagos no podían soportar semejante ingesta de alcohol; en verdad era una imagen bastante triste. Vega no podía comprender qué podía haber de divertido en beber tanto que se terminara vomitando.

*No me has dicho nada. ¿Sigues de despedida?*

Miraba los mensajes por leer en su teléfono, el último era de Nacho. ¿Continuaba despierto a esas horas? Ah, no lo creía posible. El mensaje había sido enviado dos horas atrás. Entonces no le respondería todavía, era posible que él no quitara el volumen por la noche como ella y el sonido de la notificación lo despertara. Cuando llegara a casa ya le dejaría un mensaje y rezaría porque no le molestara a esas horas, fueran las que fueran.

Apagó la pantalla y guardó el aparato. Se encontraba en el reservado de la discoteca a la que habían acudido en tropel, aunque quizás era más acertado decir en manada. Estaban en una terraza que tenía una barra a la derecha de su posición; delante, a varios metros, el local disponía de todo un espacio lleno de gente de pie, bailando o intentando charlar al ritmo de la música. Y alrededor de todo el perímetro podían disfrutar de diversas zonas para sentarse, bien diferenciadas unas de otras con sofás bajos y pufs en colores alternos, blancos y negros.

Su madre hablaba por teléfono con su padre junto a ella en el sofá mientras el resto de las chicas andaban desperdigadas; unas bailaban en la zona destinada a ello, otras habían entrado para hacer uso de los servicios y otras se aferraban a la

barra sonriendo al camarero de forma descarada. Un vaso de tubo de plástico apareció delante de su cara, alzó la vista para comprobar que se trataba de su tía, quién le guiñó un ojo y se llevó un dedo a los labios pidiéndole así que guardara silencio.

No era difícil de dilucidar que aquel vaso no contenía un simple refresco.

—Eh... ¿Cómo lo llevas? —Raquel ocupó el lugar a su lado y juntó el hombro con el de ella.

—Ah, bien. Creo —contestó observando el reflejo de la luz en el hielo de su copa.

—Ha sido algo intenso, ¿eh? Incluso desde donde estábamos ese Thor... —Abanicó su rostro con la mano—. No sabes cómo te envidio, cielo.

—¿A mí?

—Y no solo yo, todas las mujeres que había allí nos habríamos cambiado por ti sin pensarlo dos veces —chasqueó los dedos.

Si supieran que el dios del Trueno era en realidad su profesor... No quería ni imaginar la persecución a la que se vería sometido si la verdad saliera a la luz. En ese momento una imagen de él corriendo por los pasillos del instituto perseguido por una horda de mujeres gritándole que las castigara le cruzó la mente y no pudo refrenar el escalofrío que recorrió su espina dorsal.

Lejos de arrancarle una sonrisa, le encogió el estómago. Tomó un sorbo de la bebida que le había sido dada y notó el ligero sabor agrio del alcohol entre la acidez del refresco. Su madre colgó y se volvió hacia ellas. En cuanto sus ojos se posaron en el vaso, la culpabilidad por estar haciendo algo que, supuestamente, no debía apareció en sus mejillas como un semáforo.

—Brindemos —propuso la mujer sin decir nada al respecto y alargando el brazo para tomar la copa que había dejado antes en la mesa baja y cuadrada que tenían delante. Las tres alzaron los brazos y colocaron los vasos ante ellas—. Por más noches juntas —señaló.

—¡Salud!

Después del brindis, la arrastraron a la pista donde alguien las reunió a todas y trajo unos chupitos que, para su sorpresa, su siempre pendiente progenitora le dejó tomar. No sabía qué era lo que llevaban, pero el líquido de color azul le ardió en la boca y en todo el trayecto por el esófago. Estaba segura de que no debía quedar una sola bacteria con vida en su boca, garganta o cuello después de beber aquello.

No supo con certeza el motivo, tal vez su madre había bebido incluso más de lo que parecía, pero a partir de ese vinieron más chupitos que también tomaron

juntas. Perdió la cuenta después del tercero. Tenía la cabeza hecha un desastre, solo quería olvidar las sensaciones que uno de sus profesores le había producido, y la música, junto con aquellos potentes tragos, parecían estar ayudando.

Como las demás se pasaron a los combinados, el cava fue su bebida y refugio; antes de que se diera cuenta las dos botellas que tenían se habían terminado. Para cuando montaron en el autocar que las llevaría de vuelta a casa estaba seriamente mareada y le costaba enfocar; además de que todo cuanto veía, hacía u oía le producía gracia y no podía dejar de reír.

Sus ojos estaban cerrándose cuando recordó el mensaje de Nacho y con la determinación de responderle antes de dormirse buscó el teléfono dentro del bolso. Al cabo de un rato se extrañó porque no lo encontraba a pesar del reducido tamaño del complemento que su tía eligió para que llevara esa noche; frotó su sien con una mano y, al sentir algo duro contra la cara, descubrió que lo había sujetado todo ese tiempo.

Le dio un ataque de risa que casi le provocó una fuga de pis. Activó la pantalla y buscó el chat que tenía en privado con su amigo. Trató de escribir, pero acertar con las teclas requería una concentración y una agudeza visual que, en esos momentos, con el mundo dando vueltas, no tenía y optó por enviar un mensaje de voz.

—¡Nacho! Ahora vamos para casa. —Por algún motivo le costaba entonar correctamente; las palabras sonaban muy distintas de como las escuchaba en la cabeza—. *Estamos en el autocar.* —Las sílabas se arrastraban como serpientes a través de su lengua pastosa—. *Esta noche ha sido ¡la bomba! ¡Oh! Hablando de bombas, ¡tengo que contarte algo! Bueno, hasta mañana, buenas noches. Uy, ¡si ya es de día! Pues buenos días...*

Riendo al ver que el sol ya se mostraba por las calles de la ciudad concluyó el mensaje y, con el teléfono todavía en la mano, se retrepó en el asiento y giró la cabeza para mirar por la ventana donde encontró su reflejo mirándola con los ojos a medio cerrar o abrir, según se mirara.

—Vaya... Creo que estoy borracha —suspiró de forma dramática.

No tenía muy claro si se había quedado dormida o simplemente en blanco, pero cuando su madre y su tía tiraron de ella, llamándola varias veces justo enfrente de su cara, reaccionó. Habían llegado. Con piernas poco firmes se puso en pie y caminó por el pasillo agarrada a la parte superior de los asientos con tal de mantener el equilibrio, tratando de no descalabrarse por las escaleras de la puerta trasera del autocar cuya inclinación era más vertical que la suya y los escalones demasiado altos.

Una vez en el exterior le costó varios parpadeos poder enfocar mínimamente la mirada en algún punto que no viera borroso, tal vez si las cosas dejaran de moverse... Sería mucho más sencillo. Tía Raquel la tomó por la cintura y la llevó junto a su hermana mientras se apoyaban la una en la otra. Al llegar donde su madre se había detenido, quedó perpleja al ver que estaba hablando con Nacho.

—Nacho. ¿Qué haces aquí?

—He recibido tu mensaje y me acababa de despertar...

—¿Tan temprano? —Parpadeó de nuevo, intentando que el suave frescor de la mañana la ayudara a despejarse.

—Bueno, nosotras vamos entrando. ¿Verdad, Lourdes?

—Oh, sí, sí. Vosotros... Eso. —Su madre hizo un ademán en dirección a ellos, parecía que todas tenían la cabeza embotada todavía.

—Ahora subo —acertó a decir.

—Sí —respondió su tía empujando la puerta de la entrada al edificio.

—Parece que lo habéis pasado bien. —Nacho atrajo su atención de nuevo hacia él con aquel comentario.

—Sí, ha sido genial. —Miró hacia los lados y acercó la cara ligeramente hacia él pidiéndole con un gesto de la mano que hiciera lo mismo—. Creo que estoy borracha —susurró con una risa floja.

—Algo he notado.

—En serio, ha sido brutal —sentenció gesticulando con las manos.

—Y... ¿Qué era eso que querías contarme? —indagó su amigo.

—¿Contarte?

No sabía de qué le estaba hablando.

—Tu mensaje —aclaró. Pero Vega continuaba sin poder discernir de qué le hablaba—. Me has enviado un mensaje diciendo que tenías que contarme una bomba —expuso.

¿Una bomba?

La única bomba que hubo esa noche era... La imagen de su profesor de sociales desnudo, salvo por aquel tanga, regresó con fuerza a su mente y los colores a su cara, lo supo por el inmediato calor que la asoló. Acto seguido rememoró también la orden que le dio de no explicar a nadie lo que había visto, todavía podía sentir la calidez del aliento del hombre rozando su nariz. No podía decirle a Nacho aquello, no era que lo hubiera prometido, pero no estaba bien.

—Ah... No lo recuerdo —evadió.

—¿No lo... recuerdas?



—Lo siento. —Se encogió de hombros.

—Da igual —descartó él—. Eh, estás realmente guapa. Muy sexy —añadió bajando la voz.

Nacho cerró el espacio que los separaba y tomó el bajo del top acariciando en el proceso la piel de su abdomen.

—Gra... Gracias.

No supo cómo responder al cumplido. Por primera vez estaba muy serio al decirle algo como aquello; por norma general le hablaba de forma desenfadada y siempre se lo tomaba a broma.

—Lo digo en serio, Vega —continuó—. Estás... —La boca de su amigo se posó sobre la de ella un instante transmitiéndole su calidez—. Muy... —Los labios de ambos se encontraron de nuevo—. Guapa.

De pronto se estaban besando; la lengua de Nacho invadió su boca, la llenó de calor, justo lo que necesitaba en aquel momento, recuperar el calor que había perdido después de bajar de aquel escenario. Aunque llevaba aquellos tacones que la hacían más alta, él todavía le sacaba algunos centímetros; no obstante, estaban más igualados que habitualmente.

Le gustaba besar, era una sensación grandiosa. El mareo del alcohol también lo hacía más placentero si cabía. Las sensaciones de lo que experimentó mientras tenía los ojos vendados se dispararon al sentir la caricia en el brazo; algo no estaba bien. No era él, pensó. Al percatarse de que lo que su mente y su cuerpo querían era que quien estaba ante ella en ese momento fuera otra persona, se apartó de forma brusca con un pequeño traspiés.

—Yo no... Esto... —Las palabras para explicar todas las razones por las que no deberían estar haciendo aquello estaban ahí, en su cabeza, pero era incapaz de decirlas en su actual estado—. Necesito dormir un poco. Todavía estoy... Borracha. Muy borracha.

Titubeante se acercó al portal de su edificio y cerró tras de sí la puerta que habían dejado abierta para ella. Oh, esa sensación en el estómago no desaparecería tan fácilmente. Quería que la besaran, sí, aunque no cualquiera. Quería sus besos, sentir las provocadoras caricias de nuevo sobre su piel, pero eso era algo que no volvería a ocurrir.

¿Besos?

No, definitivamente eso jamás ocurriría.

Mientras miraba fijamente la espalda de Vega alejándose para volver a la sala,

su mente trataba de ordenar los acontecimientos de una forma que pudiera afrontarlos sin querer suicidarse por lo que acababa de pasar. ¿Podría de alguna forma considerarse abuso de menores? ¿Qué clase de padres dejaban que su hija entrara en un striptease? Y ¡por Dios! ¿¡Qué narices llevaba puesto!?! Ni siquiera había reconocido a la joven hasta que sus miradas se encontraron.

—¿Conoces a esa chica? —Roberto, el dueño del strip y gran amigo, se acercaba con su habitual actitud descuidada.

Esa noche, de modo excepcional, Javier le estaba haciendo el favor de volver a actuar en un intento de cubrir las bajas que varios de sus chicos habían solicitado al mismo tiempo debido a una pasa de virus gastrointestinal.

Él era así, parecía una persona profundamente desenfadada, caminaba como si arrastrara los pasos. Si uno no lo conocía podía cometer el error de pensar que no le importaba nada de lo que le rodeaba, no obstante, la realidad era muy distinta.

—Algo así —respondió.

No quería hablar, todavía trataba de comprender qué había sucedido y por qué. Y sobre todo no podía dejar de pensar en el hecho de que si esa chica le decía a alguien que lo había visto actuando allí podría destruir su carrera como profesor de un plumazo.

—Supongo que todavía recordarás las normas, ¿no? —dijo su amigo, socarrón.

—¿Eh?

—Nada de salir con clientas —recordó el otro la norma número uno del negocio con una sonrisa ladina.

—Supongo que recordarás que ya no trabajo para ti —replicó—. Solo te estoy haciendo un favor, y ella es el motivo por el que yo no debería haber aceptado.

Por un instante se debatió entre decirle a Roberto quién era la chica y la edad que tenía solo para que le entrara un poco del miedo en el cuerpo que él sentía, pero luego recordó que Vega estaba de despedida y no deseaba arruinar la fiesta a todo el mundo. Además, si lo hacía, si hablaba, aquello que los relacionaba saldría a la luz y era probable que llegara a oídos del Corazón de León, el instituto en el que trabajaba dando clases.

—Mira que eres dramático... —Roberto negó con la cabeza poniendo los ojos en blanco.

Después de que su mente se quedara vacía de golpe al descubrir que había estado actuando con una alumna, teniendo en cuenta que con actuar se refería a excitar, una pregunta se repetía en su cabeza: ¿Por qué tuvo que aceptar volver al escenario si hacía casi cinco años que se había retirado?

## Capítulo 4

Al despertar el lunes estaba como nueva. El domingo durmió toda la mañana; no obstante, era incapaz de recordar buena parte de la noche anterior a causa de la embriaguez: cómo terminó, su llegada a casa, ni lo que soñó cuando cayó dormida. Tenía la sensación, eso sí, de que tuvo un sueño agitado. Por la tarde tía Raquel y tío Ramón fueron a su casa y entre las tres explicaron las anécdotas de la despedida entre risas a pesar de que tanto su madre como su tía aún sufrían los estragos de la fiesta en su sistema.

La noche pasada durmió bien, se había levantado descansada, aunque tuvo una horripilante pesadilla.

En su sueño el profesor de sociales estaba dando una aburridísima clase hasta que, sin venir a cuento, comenzaba a quitarse la ropa al ritmo de una música propia de películas porno de los setenta. Cuando las miradas de los dos se cruzaron, todo quedó a oscuras excepto un par de haces de luz blanca que los enfocaba a ambos hasta que Javier se acercaba a ella y las luces se convertían en una sola.

En el momento en que el maestro movía las caderas de forma sugerente, arrodillado encima del pupitre solo para ella, despertó con un grito en los labios y el corazón desbocado. Cada vez que recordaba ese sueño, en el que no podía levantarse para escapar de allí, ni dejar de mirar cada paso, cada músculo moverse y contonearse, le subía un calor desde el cuello hasta las mejillas imposible de detener.

Sin saber todavía muy bien cómo afrontar ese lunes en clase, salió a la calle con el teléfono en la mano, pues aún no había terminado de revisar todos los mensajes que llegaron el fin de semana. Al parecer, sus amigas salieron de fiesta también y Andrea se enrolló con alguien; por lo que había podido leer hasta el momento, ella esperaba que se convirtieran en novios y las demás la alentaban.

—¡Eh, morena!

Vega se volvió en el momento justo en que Nacho, muy sonriente, le pasaba un brazo por el cuello con efusividad y acercaba su cara, aceptó el beso que le dio en la mejilla, aunque para ello tuvo que girar un poco el rostro, de otro modo, hubiera terminado en otro lado.

—Vaya, parece que te ha pasado algo muy bueno este fin de semana — comentó contenta de verlo tan alegre—. Estás muy... enérgico.

Caminaban sin detenerse, uno junto al otro. Vega sujetaba el teléfono con ambas manos, pero su atención ahora se centraba en Nacho.

—Claro —contestó él.

—¿Ah, sí? —se interesó—. ¿Y qué ha sido? ¿Qué te ha pasado?

Nacho se detuvo y, como Vega continuó avanzando, lo dejó atrás; al ser consciente se volvió a mirarlo, él mantenía sus ojos en los de ella, de pronto estaba distante.

—¿De verdad no te acuerdas?

—¿Acordarme? ¿Yo? ¿De qué? —Le extrañó que le preguntara aquello—. Vamos a ver, si me he pasado todo el domingo durmiendo y remoloneando, y el sábado estuve con mi madre y mi tía todo el día, y luego, por la noche, la despedida de soltera. ¿Cómo quieres que sepa lo que sea que te ha pasado si no me lo cuentas?

En esta ocasión, Nacho llegó a su altura, parecía crispado.

—Vega, ¿me estás vacilando?

—Pues no... —dijo comenzando a asustarse por el repentino cambio de actitud que estaba teniendo su amigo.

—Exactamente, ¿qué recuerdas del sábado?

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo que qué quiero decir? Pues eso, Vega, eso: ¿qué recuerdas del sábado por la noche?

—Es que no entiendo por qué te estás enfadando conmigo...

—Haz memoria —pidió él en un tono que era más una imposición que una petición.

—A ver, pues... —Desde que despertó el domingo tenía una gran laguna por la que no se había preocupado demasiado—. Recuerdo la cena, el espectáculo al que fuimos... —Se puso colorada al recordar la mirada atónita de Javier, el profesor de sociales—. La discoteca... Y ya. Desperté el domingo a mediodía.

—¿Eso es todo?

Vega volvió a enrojecer cuando la imagen de su profesor semidesnudo, tapado con una pieza de tela roja, volvió a aparecer en el interior de su cabeza solo para

ella. No podía contar eso a nadie.

—Sí, es todo —acertó a contestar.

—¿Tan borracha ibas? —La cara de Nacho se puso en modo cavilar—. No me pareció que fuera para tanto...

—¿Es que nos vimos el sábado? Eso es imposible, ¿no?

—Vega, me enviaste un audio.

—¿Quién? ¿Yo? ¿Ah, sí?

Encendió la pantalla de su *smartphone* y acudió a la aplicación que solían utilizar para comunicarse, fue al perfil de él y allí, en efecto, había un mensaje de voz enviado por ella la mañana del domingo. Pulsó el botón para poder escucharlo y se llevó el teléfono a la oreja.

—*¡Nacho! Ahora vamos para casa. Estamos en el autocar. Esta noche ha sido la bomba. ¡Oh! Hablando de bombas, ¡tengo que contarte algo! Bueno, hasta mañana, buenas noches. Uy, ¡si ya es de día! Pues buenos días...*

Era ella. Aunque con una voz casi irreconocible y poco comprensible. No recordaba haber enviado ese mensaje. Un momento, él había dado a entender que se vieron.

—Lo... Lo siento. Yo... No recuerdo... ¿Dices que nos vimos?

—Sí, cuando llegaste a casa con tu madre y tu tía.

—Ah...

—¿De verdad no te acuerdas de nada? ¿De lo que... hablamos?

El mensaje que acababa de escuchar le vino a la mente. La bomba. ¿De verdad le había contado acerca de Javier? ¿Qué podría hacer ahora? No era como si lo hubiera hecho queriendo, pero... Sintió que las mejillas comenzaban a sonrojarse.

—En realidad no. ¿Qué...? ¿Qué fue lo que te dije?

Después de observarla largo rato el chico finalmente suspiró.

—No mucho. Que te lo habías pasado en grande.

—¿Eso es todo? —preguntó ansiosa.

—Sí, no recordabas esa bomba que mencionaste.

Menos mal. Dejó escapar un suspiro de alivio que hizo que su amigo la observara de nuevo, se obligó a sonreír y él solo apartó la mirada. Llegaron al instituto en silencio.

—¡Eh, Vega! —Noa, una de sus mejores amigas, se acercó corriendo en cuanto la vio y la abrazó.

Nacho se despidió con un escueto gesto de cabeza y se adelantó entrando en primer lugar. Al momento, María, su otra mejor amiga, les dio alcance y se situó

a su otro lado colocando una mano en su hombro. Y así, con Noa abrazándola por un lado y María apoyada en el otro, caminaron juntas hasta su primera clase mientras le explicaban los pormenores del fin de semana con sus novios.

Sí, de las tres era la única soltera. Y no era porque no hubiera tenido novio, lo tuvo, solo que rompieron el año anterior. Desde entonces no había vuelto a estar con nadie. Había querido a R. Estuvo enamorada mucho, mucho tiempo. Tomar la decisión de dejarlo no fue cosa fácil, fue su primer novio en serio y había experimentado muchas cosas con él, como su primera vez. Pero, de algún modo, sentía que había algo que no terminaba de funcionar.

No tenía claro si fue que R cambió o que ella no lo supo ver antes. A su lado no se sentía completamente confiada. Sus comentarios, en ocasiones, eran dañinos hacia los demás y hacia ella, lo que la hacía sentir mal. Y sus celos eran cada vez más extremos. Una noche en la que habían ido de fiesta a divertirse, salió a atender una llamada y, antes de regresar, un repartidor de *flyers* se acercó a darle uno, le estaba explicando cómo llegar al local que publicitaba cuando R se lio a puñetazos con él.

Aquella fue la gota que colmó el vaso. Esa noche le dijo que su relación se había terminado. Había pasado más de un año, se dio cuenta, camino de dos. Quizás por eso podía pensar acerca de él y de lo que pasó sin sentir la angustia ni el dolor de antaño.

R era tres años mayor que ella, quizás el hecho de no tener que verlo a diario por el instituto había ayudado a que superara la ruptura. Era curioso, siempre pensó que el que toma la decisión de romper una relación era el que menos sufría, aunque su experiencia le decía que eso no era así.

Para cuando se quiso dar cuenta, habían pasado las primeras clases de la mañana y estaban recogiendo para ir al patio en el descanso del almuerzo. Guardaba el libro y la libreta que había estado usando y, antes de introducir también el estuche, se fijó en que el bocadillo que solía comer a esa hora no se hallaba en su mochila. Suspiró con pesadez, había estado tan preocupada por el tema del profesor que olvidó prepararlo.

No le quedaba otra, debería comprar algo en la cafetería. Buscó la cartera y contó el dinero que llevaba, sería suficiente para poder elegir algo que llenara de verdad su estómago.

—¿No sales al patio?

La voz de Javier la sobresaltó. Se volvió hacia él y su mochila cayó. Como todavía no la había cerrado, el estuche salió disparado y se deslizó por el suelo hasta delante de la pizarra; los libros, agenda y libretas se esparcieron a sus pies.

—¡Vaya! Me sorprendiste —dijo acuclillándose para recoger sus cosas.

Casi había terminado cuando el estuche apareció delante de su cara. No se atrevía a encararlo, no cuando se encontraba tan cerca. Ese día volvía a lucir su atuendo habitual de profesor de escuela privada y gafas de pasta. Tomó lo que le ofrecía y lo tiró dentro de la bolsa junto con todo lo demás.

—No quería asustarte. —Sus palabras sonaban a disculpa—. Escucha, creo que tenemos que hablar...

Vega se levantó como un resorte. Quería huir, salir de allí, se colgó la mochila sobre un hombro y lo esquivó pasando entre las mesas de su derecha, hacia la puerta.

—No tienes que preocuparte, no le he dicho nada a nadie y no lo haré.

Sin esperar una respuesta salió a toda prisa del aula con los hombros encorvados y la mirada en el suelo. Chocó con alguien y aferró la cinta de su mochila para que no cayera de nuevo al tiempo que levantaba la cabeza.

—Lo siento, caminaba sin mirar... —Su disculpa murió en sus labios en cuanto vio con quién había tropezado—. ¡R!

—Hola, Vega. Te estaba buscando. —La sonrisa que le dedicaba su exnovio, nostálgica y amable, no se parecía a la burlona que solía mostrar cuando salían. Desvió la mirada por encima de ella y sonrió con amplitud—. ¡Profesor!

Mortificada por su actitud cobarde, se sonrojó sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

—Román... ¿Qué tal? ¿Cómo te trata la vida universitaria?

Vega se negaba a volverse. Javier se había acercado para dar un apretón de manos a su exalumno de forma que quedó atrapada en medio de ambos. R parecía relajado. Era curioso, en el pasado siempre pensó en él como alguien nervioso, como un animal enjaulado. Incluso cuando estaba quieto y sin hablar, parecía listo para cargar contra el mundo. Tenía esa aura; aunque, viéndolo ahora, tenía una pose más tranquila.

Parecía haber crecido, su altura casi igualaba la de su profesor, allí presente, que era una persona que rozaba el metro noventa. No había prestado atención a la conversación despreocupada que mantuvieron ambos hasta que la pregunta de R la devolvió a la realidad.

—¿Será... que podemos hablar un momento? —indagó él.

—Sí —respondió casi a la desesperada.

Se recriminó la respuesta al instante. No debería hablar con él; sin embargo, quería alejarse cuanto antes del hombre al que no podía ni mirar a la cara. ¿Cómo se suponía que asistiría a clase de sociales?

Su ex se despidió del maestro y la siguió, la alcanzó en las escaleras que llevaban a la planta superior, que era la principal del edificio y el modo más rápido para llegar a la cafetería.

Notaba las miradas de sus compañeros fijas en ella y en la persona a su espalda. Algunos se acercaron a saludarlo, otros cuchichearon entre sí. R permaneció junto a ella, cerca, aunque sin tocarla. Compró el almuerzo y abandonó la cafetería. En un tácito acuerdo, caminaron hacia las puertas del instituto, tendrían algo más de intimidad si hablaban fuera, lejos de las miradas especulativas de todos.

Cuando creyó que se había alejado lo suficiente de la entrada, se giró de forma que estuvieran cara a cara.

—No puedes solo aparecer, así sin más —recriminó.

—Lo siento. ¿Estabas hablando con Javier de algo?

Observó su rostro en silencio. Cuando salían, solía preguntarle cada detalle de sus conversaciones con cualquier chico con el que hablara; no obstante, ahora no tenía la misma expresión de entonces.

—Se acerca un examen y hay algunas cosas que no termino de comprender —mintió de forma descarada.

—Vega Williams pidiendo ayuda, eso es nuevo —respondió él con una sonrisa conciliadora.

—¿Qué quieres, R? —suspiró contrariada.

Verlo de nuevo removió los sentimientos que tuvo por él, esos que creyó haber superado tiempo atrás. Estaba guapo, muy guapo, la universidad parecía haberle hecho bien.

—Directa al asunto, ¿eh? —sonrió su ex de una forma que no le había visto nunca. ¿Estaba avergonzado? R se rascó la oreja y la parte posterior de la cabeza haciendo que su corazón diera un vuelco. Tenía el bocado en la mano, pero su estómago estaba cerrado—. Supongo que hay cosas que nunca cambian.

—Sí que lo hacen —replicó—. Tú, por ejemplo.

—¿Yo?

—Pareces distinto, más tranquilo.

—Sí, supongo que sí. Vega, yo... A la mierda. Había pensado en hacer esto poco a poco, pero no es lo mismo imaginarlo que tenerte delante —comentó de prisa el universitario antes de tomar aire—. Te quiero. Sé que nunca lo dije mientras salíamos, era un niño y no me comporté como debería contigo. Pero ahora...

—Para —lo detuvo—. R, no puedes simplemente aparecer después de casi



dos años...

—Año y medio —la interrumpió.

—Año y medio —convino—. Y pretender que vuelva contigo.

—Lo sé, lo entiendo, es repentino. He estado armándome de valor para poder venir a hablar contigo, yo...

—R, ya tuvimos nuestra oportunidad. Pero pasó.

—Vega, no lo entiendo. Tú me querías, me lo dijiste.

—Sí, lo hice. Pero lo nuestro se acabó hace tiempo.

—Vega, he cambiado. —La abrazó—. No volveré a hablarte como lo hacía, no volveré a comportarme como un capullo. Te quiero —aseguró—. Por favor, vuelve conmigo.

Respiró el aroma de él. Era cierto. Su mirada, sus gestos, incluso olía diferente; un aroma agradable, más masculino. No obstante, creía firmemente en lo que le había dicho, tuvieron su oportunidad y ya pasó, todo acerca de ellos quedó atrás.

—No puedo.

—¿Tú me quieres?

¿Lo quería? trató de ordenar sus sentimientos, apartar los que tenía respecto a R. Sí, lo hacía, como alguien que había sido importante en su vida. No era un amor como el de entonces, era distinto.

—R, fuiste mi primer novio —contestó—, la primera persona a la que he querido. Y lo hice de verdad. Nunca te olvidaré.

—¿Y no quieres darle una oportunidad a lo nuestro? Será distinto ahora.

Puso la palma de la mano en su torso y separó la cabeza sin romper el abrazo.

—No —dijo con seguridad.

—Vega... No me hagas esto. —Él bajó la cabeza hacia ella, hasta conectar sus frentes.

R comenzó a llorar, sorprendiéndola. Alzó la mano y acarició su mejilla húmeda con el corazón estrujado.

—Me costó muchas de estas superarte —habló en un susurro—, no es una buena idea, R. Sé que, en el fondo, lo sabes.

—Yo solo... Quería hacer las cosas bien esta vez.

—Te lo agradezco —repuso con sinceridad—. Y me alegra ver que has cambiado, pero no soy la indicada. Ahora que sabes qué fue lo que salió mal, encuentra a esa persona y sé feliz.

—Vega... —Su mirada torturada decía demasiadas cosas, mostraba todo aquello que siempre anheló ver viniendo de él.

Aunque comprendió que, a pesar de que siempre lo recordaría con cariño, lo había perdonado por todo lo que pasó. Ya no guardaba ningún rencor.

—Te perdono —afirmó—. No me debes nada. —Se separó de él rompiendo el abrazo, acarició su rostro con gratitud, saboreando el amor que un día le profesó—. Gracias por venir, Román. Adiós.

Regresó al instituto sin volver la vista atrás. Sentía los pasos más ligeros, ese peso en su espalda ya no estaba. ¿Desde cuándo cargaba con él? Respiró con fuerza y caminó sin detenerse hasta entrar en el edificio, la media hora que tenían para el almuerzo estaba a punto de terminar y necesitaba ir al baño.

—¡Vega! —escuchó a Nacho llamarla, aunque siguió adelante sin girarse—. ¡Espera! —Su amigo le agarró el brazo por encima del codo, aun así, no se volvió.

Tenía los ojos cargados de lágrimas por derramar. ¿Por qué se sentía así si tenía la certeza de haber hecho lo correcto? No lo sabía. De pronto, mientras se alejaba de R se dio cuenta de que, muy en el fondo, siempre tuvo la esperanza de volver algún día con él, el pensamiento de que las cosas podrían haber ido de otra forma.

Y ahora que había tenido ante sí lo que soñó, la oportunidad de escribir una nueva historia, se dio cuenta de que no sería más que eso, otro comienzo porque lo suyo ya había sido escrito. Ambos se merecían ser libres y por eso cerró la puerta que la ataba a su pasado; por ella, por él.

—Déjame ir —pidió.

—¿Es cierto que R ha venido a buscarte? ¿Has hablado con él? ¿Qué te ha dicho?

—Eso es algo entre él y yo —continuó hablando sin girar la cabeza—. Ahora tengo que ir al baño antes de que se acabe el descanso.

—Vega...

—¿Va todo bien? —Javier salía del despacho del jefe de estudios a su izquierda—. Creo que ella te ha pedido que la dejes ir —habló con un tono que era una marcada advertencia.

Vega no se volvió a mirar al profesor tampoco, no era capaz. En aquel momento no podía enfrentar a ninguno de ellos, a nadie. Necesitaba estar sola.

Nacho liberó su brazo y ella continuó hacia los servicios de chicas donde buscó la última puerta, entró y cerró a tiempo, antes de que la primera lágrima se derramara.

Apoyó el cuerpo contra la pared y lloró amargamente mientras se dejaba resbalar hasta que quedó sentada en el suelo de aquel cuarto de baño. Sola.

## Capítulo 5

Después de haber tenido un horrible domingo comiéndose la cabeza por lo que pasó el sábado, ese lunes había tomado la determinación de afrontar los hechos. Hablaría con Vega Williams y ese incidente quedaría atrás. Y con él, todos los recuerdos que lo perseguían.

No había podido quitarse de la cabeza aquella actuación. Al salir a escena encontró a la chica elegida por alguno de los camareros de entre el público. Su cuerpo le gustó al instante, su atuendo era sexy, aunque lo que lo desarmó fue lo que dijo en cuanto se acercó a ella: «Como me toques donde no debes, ni dios del Trueno, ni martillo sagrado, te pondré los huevos de corbata».

Recordar sus palabras todavía le arrancaba una sonrisa. Precisamente fueron esas palabras las que le motivaron a ejecutar el número habiendo conseguido excitarla sin propasarse. En el momento en que abandonó las caricias que profesaba a sus piernas y la tomó del brazo, se fijó en la trémula respiración de la chica, en la forma en la que su pecho subía y bajaba, indicador de que había logrado su objetivo.

Saber que era el causante del despertar de aquel deseo provocó una reacción inevitable en su cuerpo. Por todo ello fue una absoluta conmoción encontrar a una de sus alumnas tras el ancho antifaz. Quedó petrificado allí mismo. De hecho, podrían haberle pinchado en el instante en el que su mirada encontró el rostro de la muchacha, que no le hubieran podido extraer ni una gota de sangre.

Al encontrarla al comienzo del recreo sola en el aula pensó que tal vez podrían hablar, sin embargo, la joven se escabulló. Escuchó su exclamación nada más salir y supo que había tropezado con alguien. La siguió solo para descubrir que se trataba de un exalumno, Román Montsant, que, al parecer, la buscaba. Ellos se fueron y continuó con su trabajo pensó en que ya encontraría el lugar y el momento en el que podría hablar con Vega de forma apropiada.

Cuando escuchó a Nacho, alumno de último año, llamarla en el pasillo

mientras terminaba de ordenar unos papeles en el despacho de José, el jefe de estudios del Corazón de León, recogió a toda prisa. Por algún motivo que escapaba a su comprensión le urgió salir al corredor.

El muchacho la sujetaba a pesar de que ya había escuchado a Vega pedirle que la dejara. ¿Qué estaba ocurriendo allí? ¿Esos dos salían juntos y la aparición de Román provocó una pelea? Aunque ese fuera el caso, no podía soportar ver la mano del chico sujetándola de aquella forma y no se lo pensó antes de intervenir haciendo que la soltara. No pudo evitar la dureza de su tono, tampoco la contuvo.

Nacho se fue en sentido contrario al de ella dejando el pasillo vacío. Quedaban menos de diez minutos para que el recreo terminara y tuviera a la joven sentada en uno de los pupitres en frente de él; caminó hacia el aula. Desde que la vio alejarse la otra noche experimentaba una extraña sensación. Algo parecido a la curiosidad.

Antes había huido, en cuanto trató de acercarse, ¿cómo reaccionaría durante la clase? Lo habitual era que prestara atención a las lecciones, no era una alumna destacada, pero cumplía con lo que se le pedía, aunque siempre le había dado la impresión de que no tenía el más mínimo interés por la materia que impartía.

Cuando sonó el timbre que avisaba del comienzo de las clases, los chicos regresaron animados, como siempre. Aguardó sentado tras la mesa a que ocuparan sus asientos, no se percató de lo mucho que quería verla hasta que la puerta fue cerrada y el suyo permaneció vacío. Vega no estaba.

Pasó lista rápidamente y cuando debía anotar la ausencia experimentó un desconocido pesar que lo tomó desprevenido. No fue capaz de marcar la casilla. Dejó el espacio en blanco. ¿Podía ser que no asistiera por su encuentro del sábado? ¿O tal vez se debía a la escena que había interrumpido en el pasillo?

Con un suspiro hastiado, comenzó la clase ante la atenta mirada de algunas alumnas a las que trataba de eludir siempre que se cruzaba con ellas; de algún modo, aunque quería pasar desapercibido, le demostraban un interés poco apropiado y nada agradable. A pesar de tener actualmente su plaza fija en el centro podía perder su trabajo si transgredía las reglas o si la dirección lo decidía, por lo que siempre evitó cualquier acción que pudiera generar rumores sobre él.

Dejó su pasado como stripper en el momento en el que consiguió el dinero suficiente para pagarse la carrera y vivir por su cuenta. De aquello hacía ya cinco años, pero cuando Roberto lo llamó para pedirle ayuda no se la pudo negar.

Mientras trabajó con él se hicieron amigos y eso en verdad significaba algo

para Javier. A un amigo no se lo dejaba tirado cuando pedía ayuda y, ateniéndose a su código ético personal, le ofreció la suya. Aunque sabía que era una decisión arriesgada lo hizo y ahora se encontraba en aquella situación.

Hacia casi un cuarto de hora que la clase había dado comienzo cuando la puerta se abrió. Vega, con la cara pálida y los ojos rojos e hinchados, se encontraba allí de pie a punto de entrar. Desde su posición, el resto de compañeros no podían ver de quién se trataba debido a que las puertas se abrían hacia fuera. Verla de aquel modo fue como recibir un golpe en mitad del pecho.

—Espera ahí fuera un momento —pronunció con firmeza antes de que cruzara el umbral.

La chica le dirigió una mirada asustada y herida a partes iguales antes de cerrar siguiendo su indicación. Resumiendo algunas partes, terminó la explicación del día y ordenó a sus alumnos realizar un ejercicio para poder salir y tratar de averiguar qué había ocurrido. La encontró en el pasillo, cabizbaja, apoyada contra la pared del aula.

Tenía que hablar con ella, pero no quería hacerlo allí en medio. Asió su brazo y la llevó al departamento de ciencias, al final del pasillo, que sabía que se encontraba vacío en ese momento. Vega se dejó llevar sin protestar y permaneció en pie después de que cerrara la puerta tras ellos. Estaban cerca, a pocos centímetros de distancia. En el tiempo que hacía que le daba clases, nunca la vio como en aquel momento.

—¿Estás bien? —interrogó.

Vega respondió con un movimiento repetido afirmativo de la cabeza, continuaba mirando al suelo. Quería escucharla, oír su respuesta, que lo mirara. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que hacía, tomaba su rostro entre las manos y levantaba su cabeza con suavidad. Se sorprendió al ver y sentir sus mejillas mojadas. Lloraba en completo silencio, no hacía un solo ruido y eso lo removió más de lo que jamás hubiera esperado.

—Puedes contármelo —murmuró—. ¿Qué ocurre?

Ante la falta de respuesta y su reacción, apartando la vista hacia cualquier otro punto que no fuera su mirada, insistió:

—¿Es por lo que ha ocurrido antes en el pasillo de arriba?

Evitó decir el nombre de Nacho por si acaso fuera el causante, aun así, debía preguntar. Era su deber proteger a los alumnos y, si estaba ocurriendo algo grave, entraba dentro de sus obligaciones detenerlo. La joven negó con la cabeza.

—Si no es eso, ¿de qué se trata? ¿Es por lo del fin de semana?

Vega fijó la mirada en sus ojos entonces y gimió de un modo que lo

descolocó, como un animal herido. Le estaba destrozando verla así, pero no podía dejar la clase sin supervisión por mucho más tiempo. Y la joven no podía faltar a la siguiente hora, sus notas dependían también de la asistencia.

—Tengo que volver al aula, quédate aquí y trata de calmarte. Vendré a ver cómo estás antes de la siguiente clase —aseguró—. No puedes saltártela.

Ella solo inclinó la cabeza de nuevo, decaída. Se alejó en busca de un vaso de plástico que llenó de agua en el surtidor de la sala y lo dejó en la mesa.

—Si quieres más, ahí está el bidón. Volveré dentro de un rato. —Posó una mano en su hombro como muestra de apoyo.

Frustrado y contrariado por la falta de comunicación y por no saber qué le ocurría asió el pomo, pero antes de abrir se giró y la estrechó entre sus brazos siguiendo un impulso.

—No te preocupes, todo estará bien —aseguró en un murmullo contra su pelo.

Y antes de hacer algo más salió dejándola en el departamento para que pudiera tener un espacio donde recomponerse antes de la próxima asignatura. Como era de esperar, los chicos se habían comenzado a alborotar con el pasar de los minutos y algunos alumnos hablaban entre sí; siseó para acallarlos y hacer que continuaran con lo suyo.

Su mirada se desvió hacia el asiento vacío, pensando en lo solitario que se veía. Normalmente Vega habría estado ajena a todo, con la cabeza inclinada, realizando los ejercicios solicitados. Cuando todos acabaron explicó una parte del temario y les pidió que terminaran de leerlo en casa. También les mandó los deberes previstos para aquel día. El timbre advertía del cambio de clase y ya tenía sus cosas en la mano cuando sonó. Ningún alumno se le adelantó, fue el primero en abandonar el aula.

Entró en el departamento de ciencias tras una corta llamada con los nudillos. Vega se encontraba sentada en una silla junto a la pared, recostaba la cabeza entre los brazos, una postura que se repetía con frecuencia entre los adolescentes.

—¿Cómo te sientes? —Ella lo miró al entrar, pero no respondió—. ¿Mejor?

—Sí.

Una sola palabra. Dos letras. Aun así, le había contestado y eso ya le pareció una victoria por la que poder alegrarse.

—¿Qué tienes ahora?

—Inglés.

Dos de dos, casi no podía creer que estuvieran hablando. Por supuesto, aquello no podría ser considerado una conversación, aunque era un progreso.

—Está bien —repuso—, coge tus cosas, te acompaño.

—No hace falta.

—Lo sé. Quiero hacerlo. —Tras pensarlo un poco añadió—: Escucha, Vega. Tenemos que hablar.

Era algo que ambos debían saber, teniendo eso en cuenta y que el silencio no solucionaba nada, solo hacía que las cosas se enquistaran, dio el primer paso.

—Sí —respondió ella.

—Espérame después de clases, esta tarde —propuso—. Estaré aquí.

—De acuerdo.

Apenas podía creer que hubiera aceptado cuando hacía poco más de hora y media había salido huyendo. Era un comienzo. Todavía no tenía claro cómo afrontar todo lo que debía explicar ni qué partes omitir, pero ese era el puente que cruzaría cuando llegara a él.

—Bien, ¿lista? —Ella se encogió de hombros—. De acuerdo —aceptó.

Abrió para que saliera y la acompañó hasta el aula donde tendría lugar su próxima asignatura, asomó la cabeza para que la maestra se percatara de su presencia y le pidió a Vega que fuera a su asiento.

—Javier, ¿ocurre algo?

Miriam se acercó a hablar con él, fijándose en la cara de la alumna a la que había acompañado.

—No sé de qué se trata, pero no parece encontrarse muy bien. Más tarde, cuando esté más tranquila, intentaré hablar con ella —dijo para que su compañera no se alarmara.

—Está bien. Vega tiene el *Advance* de todos modos. Ella realiza ejercicios aparte del resto, está por obtener el *Proficiency* —comentó con orgullo la maestra.

—Vaya.

—Sí, podría estar dando clases —aseguró.

Nunca se había planteado lo que significaba. Como miembro del equipo docente, sabía que su padre era inglés, afincado en España desde niño, y que ella siempre había recibido, en esa asignatura, ejercicios de niveles superiores a los del resto de sus compañeros. No obstante, no se había detenido a pensar en lo que ello implicaba. Por supuesto, si la propia Vega no hubiera mostrado interés ni colaborara, aquello no sería posible.

—Bueno, no te entretengo más... Solo quería comentarte que no parece encontrarse muy bien, ya sabes.

—Lo entiendo, gracias por el aviso de todos modos.

Con esas últimas palabras se despidió de su compañera del departamento de

lengua extranjera y se apresuró para llegar a la próxima clase que tenía donde los chicos ya debían de estar empezando a alborotarse.

Para cuando llegó el final del día Javier estaba intranquilo y nervioso. Había perdido la cuenta de cuantas habían sido las veces en las que buscó con la mirada la esfera del reloj. Una y otra vez se repetía que no pasaba nada, que no debería sentirse de aquel modo, pero no podía evitarlo.

Cuanto más cerca se encontraba la hora en la que la jornada escolar se daba por terminada, más le costaba mantener bajo control la creciente incertidumbre y preocupación que sentía. Tuvo que atender a unas alumnas que tenían preguntas acerca de los deberes y del tema que habían dado en clase. Llegaría con retraso, solo esperaba que Vega no se hubiera marchado y estuviera delante del departamento de ciencias como habían acordado más temprano.

Se obligó a permanecer tranquilo por lo menos en el exterior, jamás antes había experimentado esa urgencia aun sabiendo que alguien lo esperaba. Al llegar a las escaleras, ralentizó el paso de forma consciente y respiró profundamente antes de torcer la esquina del corredor.

Al fondo del pasillo divisó a un reducido grupo. El profesor de educación física, Alberto, destacaba con su altura, que casi igualaba la de él, su cabello corto y su amplia sonrisa. Divisó a Vega detrás de dos chicas que reconoció de clase, Noa y María, apoyada en la pared, en medio del grupo. ¿Qué hacía allí tanta gente?

—Ey, Alberto... —Detuvo sus pasos junto a su colega, este se volvió hacia él y le devolvió el saludo.

—¿Qué tal?

—Todo bien. He quedado con Vega Williams para que me explique qué ha ocurrido más temprano.

—¿Es así? —El otro profesor miró de él a ella y de vuelta—. Si ocurre algo, como tu tutor, puedes venir y hablar conmigo acerca de cualquier cosa que te preocupe.

Había olvidado por completo que Alberto era el tutor de su curso. Mantuvo la calma y trató de sortear la situación.

—Ha sido algo puntual —añadió para restar importancia y dar a entender que no hacía falta tomar ninguna clase de medida—. No creo que haga falta llevarlo más allá. Sin embargo, sí merece una pequeña charla entre ella y yo —zanjó.

—Nosotras te esperaremos —aseguraron las dos amigas que la acompañaban.



—Chicas, será mejor que os adelantéis y os marchéis —recomendó con aplomo—. Quizás Vega esté más tranquila si no está pendiente de que haya alguien esperando.

Las dos adolescentes se miraron entre sí y a su amiga que continuaba en silencio.

—¿Estás segura? —preguntó Noa.

La joven afirmó con la cabeza, despacio. Quedaba en evidencia que no deseaba contrariarlas.

—Está bien. Hablamos luego, entonces —intervino María y empujó de forma discreta a la otra para que se pusiera en marcha.

—Bueno, en ese caso, hasta mañana —se despidió también Alberto—. Cualquiera cosa —comentó dirigiéndose a Vega—, mi puerta está abierta.

Por algún motivo que no estaba en situación de valorar, escuchar aquello hizo que se enfadara. Quizás fuera porque el hombre era un tipo atlético, aunque delgado como un ciclista, deporte que le gustaba practicar. Era seis años mayor que él y tenía su buena cuota de admiradoras entre las alumnas. Se preguntó si Vega se encontraba entre ellas. Su mal humor se acrecentó. Con su colega y compañero, consigo mismo.

Tardaron un par de minutos en quedar a solas todavía, en ese transcurso, sus otros compañeros recogieron sus pertenencias y dejaron el departamento para ir a casa. Mantuvo la puerta para que Vega pasara y dejó que se cerrara tras de sí.

Se acercó a las mesas dispuestas en un rectángulo y dejó su cartera encima, le ofreció asiento y se dispuso a servir un poco de agua para cada uno. En el momento en que llegaba con los vasos de plástico de idéntico color y tomaba asiento, la puerta se abrió.

—Oh, pensé que ya no quedaba nadie.

Sandra, la conserje, una mujer rubia y menuda, tanto en estatura como en peso, los observó perpleja.

—Tenemos una reunión —contestó templando el tono de voz para no mostrar la irritación que sentía.

—Está bien, siento la interrupción. ¿Cierras con llave cuando salgas?

—Claro, no te preocupes.

En el momento en que la mujer se fue dejando la puerta cerrada de nuevo se giró hacia Vega, sujetaba el vaso con ambas manos, mirando en su interior como si fuera un jeroglífico que tuviera que ser descifrado. Dejó que el agobio saliera de su cuerpo frotándose la cara con ambas manos. ¿Qué estaba haciendo?

Allí no podrían tener la conversación que tenían pendiente ni en un millón de

años. Necesitaba encontrar otro lugar, lejos del instituto, donde pudieran estar tranquilos y hablar sin inoportunas interrupciones.

—Aquí va a ser imposible —suspiró con cansada aceptación—. ¿Te importa si vamos a otro sitio?

—No, pero ¿a dónde?

—Ni idea. Aunque tampoco podemos irnos juntos. Hagamos esto, te acompaño hasta la puerta y me esperas en la calle de arriba. Te recogeré allí con mi coche, con un poco de suerte se me ocurrirá algún lugar.

—De acuerdo.

—Puedes llamar a tus padres, no quiero que se preocupen porque llegues tarde.

—Ah, no es necesario. Ellos no llegan a casa hasta la noche, después de cenar o así.

—¿Tan tarde?

—Sí.

—Pasas mucho tiempo sola —señaló pensativo.

—Sí. Pero no podemos ir a mi casa, muchos de mis amigos viven cerca.

—No vamos a ir a... ¿Has pensado que te propondría ir a tu casa?

—Bueno, sí.

—En serio, ¿por quién me has tomado? —susurró sin poder creer que hubiera pensado semejante cosa.

Llegaron a la puerta del instituto y se despidieron con un saludo tenso, luego cada uno se fue por un camino distinto. En cuanto subió al coche, se encaramó al volante preguntándose por milésima vez qué era lo que estaba haciendo y lo que le había llevado hasta ese punto.

Sin demorarse más, colocó la llave en el contacto y puso el motor en marcha. Manióbró para salir de donde había aparcado y salió por la ruta habitual, solo que en el cruce tomó otro camino, el que se dirigía a la calle en la que había quedado en recoger a la joven. Llegó a su altura y abrió la puerta para que subiera.

Tomó otro desvío más largo para evitar miradas indiscretas que pudieran suponer un problema para uno y otra mientras buscaba en su memoria un lugar en el que pudieran hablar en privado, pero que no resultara demasiado solitario.

## Capítulo 6

La brisa marina mecía su cabello y lo arremolinaba junto a su mejilla derecha, jugando con él, mientras trataba de comer el contenido de la tarrina que compraron en la heladería de camino al paseo marítimo. Allí, sentados uno al lado del otro, guardaban silencio mientras saboreaban el dulce postre cuyos sabores habían escogido entre el surtido del que el establecimiento disponía.

Supuso que Javier, igual que ella, debía ordenar primero sus pensamientos. Notó que era fácil, al contrario de lo que había imaginado, sentirse cómoda en su presencia. Allí, en silencio, con el sonido de las olas al romper contra la orilla, las voces de conversaciones lejanas, el aroma del salitre y el lejano canto de alguna que otra gaviota como compañía.

No sabía cómo habían terminado por ir a la playa; después de comprar cada uno un helado, continuaron andando hacia el sonido que parecía atraer a los transeúntes y ocuparon un lugar en el muro bajo que separaba el paseo de la arena. El profesor carraspeó, anunciando de ese modo el comienzo de aquella charla que preveía incómoda.

—La otra noche te dije la verdad, estaba haciéndole un favor a un amigo —comenzó él.

—Ya...

—Verás, fui stripper —confesó el hombre a bocajarro—. Mi amigo Roberto es el dueño del local al que... fuiste. Aunque me retiré hace cinco años —aclaró—. Me llamó porque andaba corto de personal por un virus. Quizás no debería haber arriesgado mi trabajo al aceptar, pero no podía dejar a un amigo en la estacada.

—Lo entiendo. No es fácil elegir qué es lo correcto —dijo buscando confortarlo.

—Sí... Lo que jamás imaginé fue que una de mis alumnas pudiera estar allí —señaló Javier con una sonrisa que pretendía distender el ambiente creado por el recuerdo de sus candentes manos sobre ella durante la actuación—. Aunque

puedo imaginar por qué nadie te pidió la identificación —añadió en tono bajo.

—Sobre eso, no quisiera que nadie se viera perjudicado —comentó haciendo una mueca—. La chica que organizó la despedida no mencionó nada de un club de striptease, siempre se habló de cena, espectáculo y discoteca. Como durante la cena ya tuvimos actores y a un *boy*, ni mi madre ni mi tía se pudieron imaginar a dónde nos llevarían hasta que ya estábamos allí.

—¿Tu madre y tu tía?

—Sí. Trabajan juntas en la misma compañía —explicó—. La fiesta era en honor de Belén, una de sus amigas y compañeras de la oficina.

—Ahora lo entiendo. Me costaba trabajo comprender qué padres llevaban a su hija menor de edad a un sitio como ese.

—Ya somos dos, entonces. Yo no podía entender qué clase de amigos le piden a uno que se despelote —replicó.

Ante su rápida y directa contestación el profesor comenzó a reír a mandíbula abierta para su completa sorpresa, provocando que se le uniera. Sin darse cuenta, se estaban apoyando el uno en el otro, hombro con hombro y sonriendo ampliamente una vez que cualquier preocupación desapareció. Vega fue consciente del calor que le transmitía y se levantó para cambiar de posición. Terminó por sentarse en la arena con la espalda apoyada en la piedra.

—No tienes que preocuparte —aseguró—. No diré nada. Y tampoco es que mi madre o mi tía pudieran haberte reconocido con aquella peluca —recordó—. Y la barba —añadió—. Por Dios, esa barba...

Compartieron una risita por el atuendo con el que lo vio y con el que había salido a actuar al escenario. El profesor la imitó y ocupó el espacio junto a ella en la arena.

—Sí, es un poco molesta. Y pica —añadió él—. Por cierto... —Se llevó la última cucharada de helado a la boca y tomó la tarrina vacía de ella rozando sus dedos en el proceso—. Hay una cosa que no he podido quitarme de la cabeza.

Vega se congeló. También había unas cuantas cosas que no se había podido quitar de la cabeza, como el glorioso cuerpo desnudo del profesor, el tanga abultado que llevó esa noche o sus manos cubriendo su boca mientras le sujetaba la nuca. La invadió una repentina ola de calor que provocó incluso que su espalda transpirara.

—Ah, ¿sí? —interrogó con voz trémula.

—Lo que me dijiste en el escenario...

Aquello la descolocó.

—¿Lo que... yo dije? ¿Dije algo?

—Sí, algo como que no tocara donde no debía —rememoró él con una tremenda sonrisa ladeada de lo más sexy.

Por primera vez aquella tarde lo miró directamente; se había quitado la chaqueta fina de doble botón y abierto el cuello de la camisa, tenía las mangas bien dobladas a la altura de los codos y las gafas de pasta habían desaparecido. Era como si hubiera dos Javier Moreno, el recatado profesor y el salvaje, el libre.

—Ah, eso... —Empezó a reír al recordar las bromas de su tía con respecto al bochornoso espectáculo del «policía» que acudió al restaurante. Él permaneció en silencio, esperando una explicación—. Verás, cuando estábamos cenando, tuvimos espectáculo. Ya sabes, algo cómico con camareros, cocineros locos...

—Sí, se lleva bastante ahora en las despedidas —terció Javier.

—Eso parece. También vino un stripper —continuó—. El chico, bueno, aunque era... Vamos, que no era tan chico —explicó azorada.

—Sí... —repuso él esperando que continuara.

—Bueno, él... Ya sabes. Sentó a la novia, hizo su número y... bueno, como que me pareció que le metió mano. A ella y a otras para las que bailó también. De hecho, a una de las que salieron la incitó a... tocarlo.

—Es algo que se suele hacer —respondió él con aplomo sin dejar de mirarla.

—No, no. A tocarlo, tocarlo —expuso—. Vamos, que se la meneó ahí mismo —aclaró.

La cara de Javier cambió. Sus cejas se alzaron de forma automática, sus ojos claros se veían más grandes ahora.

—Tú... ¿Viste eso?

—Yo y todos —puntualizó—. Pero vamos, como mi asiento estaba más cerca de donde... bailaba, pues...

—Hay muchas malas prácticas en cualquier sector, pero en el mundo de la noche... A veces las cosas se van de las manos.

—No, no, las manos se agarran bien —aseguró.

Ese comentario le volvió a arrancar una carcajada al hombre que estaba sentado a su lado. Durante largo rato, ambos fueron víctimas de un tremendo ataque de risa. Las mejillas comenzaban a dolerle. Y la barriga. Se llevó las manos allí, ya que no podía dejar de reír y la zona comenzaba a resentirse.

—Ay... —se quejó ella entre risas—. Me duele la cara. —Las carcajadas continuaron, bastaba un vistazo al otro para que no pudieran detenerse.

Se reían tanto que no dejaban de moverse. Los brazos, uno junto al otro, rozándose, generando una especie de conexión sin palabras. De pronto, él le puso su chaqueta sobre los hombros. Sintió el contacto con cada fibra de su ser

al tiempo que el recuerdo de aquella noche regresaba una vez más a ella haciendo que la risa se apagara poco a poco.

En pocos segundos ninguno reía. Sus ojos encontraron los de él, serenos, confortables, grises. Nunca se había detenido a pensar en aquello, ahora que los tenía tan cerca, tan claros, era como verlos por primera vez.

—Vas a coger frío con esta brisa. —Javier pronunció las palabras despacio, en un tono tan bajo que apenas fue un murmullo.

—Gracias —musitó.

Su mirada la atrapó, no podía apartar la vista de su rostro, de aquellos ojos. Su brazo, colocado aún sobre sus hombros, la atrajo hacia él y, como si fueran dos nadadores en busca de oxígeno, sus bocas se encontraron. No fue tierno, fue una lucha por la supervivencia, una batalla de lenguas en la que una cruda necesidad se abría paso a codazos por querer sentir más, por querer más de ese sabor que escondía los labios del otro.

El calor generado por cada uno multiplicó el del otro de forma exponencial. Vega sentía que iba a estallar; necesitaba más, quería más, tenía que conseguir más. Y cuanto antes. Con la naturaleza del deseo abriéndose paso a través de ellos, se aferró a su nuca, a sus brazos y a sus labios como si fueran su tabla de salvación.

—Oh, joder —suspiró ella contra su boca incapaz de poner nombre al cúmulo de emociones que la invadían elevando la excitación más que cualquier otra.

Agarró su camisa y pasó una pierna sobre su regazo, quedando encima de él, a horcajadas. Javier jadeó y presionó su nuca para no separar sus bocas al tiempo que introducía los dedos de la mano libre por debajo de su camiseta de algodón de manga corta y acariciaba su espalda. Allí donde pasaba dejaba su piel suplicando por más; se abrazó a él encerrando su cabeza entre el hueco de sus brazos.

Antes de que se diera cuenta la mano de él estaba en su trasero y se empujaban el uno contra el otro como si quisieran fusionarse allí mismo. Si pudiera fundirse con el calor que generaban y convertirse en uno solo... Las ganas de más, la necesidad de hacerlo era tal que el mundo dejó de existir, estaban solos en una burbuja de privacidad.

La firmeza del cuerpo de Javier, de todo él, era algo imposible de resistir. Quería sentir más, sentirlo más. La parte inferior del cuerpo del hombre se alzaba, imponente, entre ellos. Vega evitó sucumbir al deseo de moverse contra él, de acariciar con la pelvis aquella zona que pedía a gritos silenciosos atención.

—Mierda. Joder... Espera. —Escuchaba el murmullo de Javier mientras

mordía su labio inferior con delicadeza a pesar de la crudeza del momento.

La fuerte mano de él acarició su mejilla y tiró de ella hacia atrás dejando sus jadeantes rostros a milímetros, como dos boxeadores tras un combate exhausto y agotador. Salvo porque les quedaban muchos asaltos todavía por delante.

—No podemos —volvió a hablar el profesor.

—No... no deberíamos —añadió Vega sin aliento.

—Pero quiero, joder si quiero —añadió él.

—Yo también —declaró.

—Ven a mi casa —articuló Javier.

—Vale.

Hablaban entre respiraciones, tratando de recuperar el aliento perdido. Ella se apartó, quitándose de encima del magnífico cuerpo del profesor y se quedó de rodillas a su lado con la intención de levantarse.

—Espera. —Javier le agarró el brazo antes de que pudiera continuar y ponerse en pie.

—¿Qué?

—No puedo levantarme ahora —confesó el hombre.

La mirada de Vega descendió desde su rostro, por el torso, hasta su entrepierna. No, mejor que no se levantara en ese momento. Y tampoco que no pasara ningún policía o podrían multarles por poner una tienda de campaña en la playa.

La risotada que surgió de su garganta provocada por la situación y el último pensamiento que había tenido acerca de una posible multa fue acallada por la boca exigente y hambrienta de él.

—¿Te ríes de un pobre hombre en apuros?

—Lo siento. —Su tono desmentía aquella disculpa.

—No es verdad.

—No, no lo es —confesó sin ninguna muestra de arrepentimiento.

Después de dejar el coche en un aparcamiento privado que Javier alquilaba a tres calles de su casa, le explicó que últimamente había demasiados casos de robo, poco después entraban en su portal. En esos momentos estaban frente a su puerta, más bien, la presionaba contra ella mientras la besaba de un modo que nunca había experimentado. Volvieron a unir sus labios en el ascensor, atraídos por el magnetismo que desprendían; desde entonces no se habían distanciado, aunque ello les impidiera poder abrir por estar demasiado ocupados en otros

menesteres.

Los dedos de Javier acariciaron su cadera en círculos a través del pantalón tejano que llevaba, tan distinto del ajustado que utilizó la otra noche, y terminó en su trasero donde presionó con la mano abierta para abarcar cuanto fuera posible. Se derritió contra él, se sentía como el barro con él, indigna, poco sofisticada, maleable, no obstante, la trataba, con sus besos y caricias, como el más preciado de los tesoros, como una piedra preciosa de gran valor que tuviera que venerarse apropiadamente.

En algún momento la madera reforzada cedió a su espalda. Gracias al fuerte abrazo en el que la envolvía no salió disparada contra el suelo. Entraron así, sin distanciarse ni un centímetro, y continuaron con lo que estaban a un lado de la puerta, que él debió de cerrar con el pie, pues tenía las manos ocupadas sobre ella, una en su espalda y la otra en su trasero.

Una vez que la intimidad fue total, Vega atacó los botones para quitarle aquella camisa. Javier echó el torso hacia atrás y, sin que pudiera prever lo que iba a hacer, se la quitó por la cabeza como si fuera un jersey sin desabrochar ni nada, ofreciéndole una vista privilegiada y completa de su musculoso pecho y abdomen al descubierto. Era tal y como recordaba.

Recorrió con los dedos el mismo sendero de aquella noche, pero esta vez podía ver a placer cada punto que tocaba y las reacciones que provocaba. Él tomó el bajo de su camiseta, lo cerró en un puño y tiró de ella para asaltar su boca con la lengua en un beso candente, aunque fugaz. Al momento se apartó para quitarle la prenda que fue lanzada junto a la camisa que él se había quitado poco antes.

Vega hizo descender sus manos por los costados del abdomen masculino, disfrutando su textura, dura pero suave, tersa. Las manos de él le tomaron ambos lados del cuello, enmarcando su cara con los pulgares, le acarició con ellos mientras acercaba el rostro hasta unir sus bocas de nuevo. Aquel fue el beso más tierno de cuantos habían compartido hasta el momento, no obstante, fue subiendo la temperatura y se convirtió en uno de los más profundos también.

Javier dejó resbalar los dedos por la piel de sus brazos y la estrechó en un abrazo que unió sus torsos de modo que podía sentir un contacto más profundo, piel con piel. Menuda sensación. Él rodeó su trasero y apretó la pelvis contra ella, que pudo sentir la dureza de lo que escondían sus pantalones; acto seguido la levantó tomándola por debajo de los brazos y allí, contra la pared, se amoldaron el uno al otro.

Vega lo envolvía con cada extremidad para que no quedara la más mínima



distancia entre sí. Sintió que Javier caminaba, pero no le importó, todo lo que quería era continuar sintiéndolo bajo las yemas de los dedos, bajo sus palmas, y con cada parte de su anatomía que pudiera.

Cuando se detuvo percibió que luchaba con el cierre de su sostén, una batalla corta. La instó a permanecer de pie delante de él y la rodeó, colocándose detrás de ella donde apartó su cabello, que también había liberado de la coleta que solía llevar, para darle un ardiente beso en la curva del cuello, cerca de la nuca.

Las grandes manos masculinas la rodearon y encontraron su busto. Le quitó el sujetador ahora desatado y con suavidad meció sus pechos al tiempo que acariciaba con los pulgares la erguida perla que los coronaba.

Las sensaciones que la invadían no le impidieron comprobar que se encontraban en una habitación, su dormitorio. Quizás no podía centrar sus pensamientos en los detalles en aquel momento, en gran medida porque aquel espacio tenía el aroma de él impregnado en cada rincón, haciendo que se sintiera confortada.

Con la lengua merodeando su cuello y su cuerpo mientras las caricias delicadas de sus dedos la hacían sentir como hielo derritiéndose al calor del sol que él era, Vega introdujo las manos entre ellos, echando los brazos hacia atrás, y buscó la bragueta. Al encontrarla soltó el botón y tiró de un lado para bajar la cremallera.

—Vega...

—Mmm...

No podía articular una sola palabra, en aquellos momentos era una masa cargada de emociones que requerían una inmediata liberación. Movié las caderas de forma involuntaria, presionando el trasero contra el miembro erguido de él que dejó escapar un gemido torturado. Segundos después, el dorso de la mano de Javier recorrió su estómago, ella rodeó con una mano la dureza cubierta por los calzoncillos, por encima del tejido elástico, y sintió el suspiro masculino contra su cuello provocando que cada poro se erizara electrizado.

Los dedos de Javier se colaron por la cinturilla del tejano que aún vestía hasta el mismo centro de su particular fuente de calor. Con delicadeza, frotó la zona por encima de las braguitas que llevaba al tiempo que con los dedos pulgar e índice pellizcaba con suavidad su pezón y con los dientes raspaba la piel de su hombro para luego lamer allí donde había marcado.

Gimió de necesidad, de ganas, la estaba volviendo loca con la tortura a la que la sometía en cada zona erógena a la vez. No podía pensar, solo sentir, y sabía que no podría aguantar aquel asalto mucho más, su cuerpo se desharía en

cualquier momento.

Cerró con fuerza los dedos en torno al miembro que acariciaba y dibujó un círculo con el pulgar en la punta que arrancó un jadeo de la garganta masculina. La apartó y lo sintió moverse detrás; liberó su pecho unos segundos, aunque al instante recuperó su posición.

Al volver a apoyar el musculado torso contra su espalda Vega percibió también el tacto candente del pene en su trasero, aun a pesar del pantalón que ella todavía vestía. La lengua de Javier lamió, para después succionar, el lóbulo de su oreja y bajó por su cuello, raspando sus dientes en el proceso, mordiendo con suavidad la zona.

El ataque combinado de ambas manos en su busto y clítoris, junto con esa endiablada boca en tan delicada zona, deshicieron cualquier pensamiento coherente que su mente hubiera podido tener. El gozo continuó intensificándose hasta que no pudo más y terminó por estallar en oleadas de placer que se extendieron en todas las direcciones hasta alcanzar cada centímetro de su ser.

Perdió la estabilidad en las piernas que no dejaban de temblar, estaba convencida de que, de no ser por él, habría caído al suelo. Javier la rodeó y se situó delante donde la arropó en el hueco que formaban sus brazos y volvió a besarla con énfasis.

En mitad del abrazo la alzó y la llevó a la cama donde continuó repartiendo besos por su cuello, pechos y abdomen arrancándole trémulos jadeos, alargando las agradables sensaciones que la envolvían con el contacto, con su trato gentil.

En algún momento la despojó del pantalón. Se percató cuando con las manos de él rodearon sus tobillos desnudos antes de elevar una caricia ligera por su pantorrilla. Instantes después, con la boca, encontraba el mismo punto que había torturado antes de llegar a la cama, a pesar de que aún portaba una prenda que los separaba, las bragas.

Con la lengua asedió cada parte de la intimidad que sus dedos habían conocido, no supo en qué momento desapareció la prenda, solo que con su habilidad la llenaban y se combinaban con la lava de su boca para atormentarla hasta la locura. Alcanzó un segundo orgasmo y el cuerpo entero se le contrajo, dejándose llevar por los espasmos.

—Eres preciosa. —El murmullo de su voz baja, profunda, en el oído era tan erótico como lo que acababan de hacer.

Escuchó algún tipo de plástico rasgarse antes de que se situara sobre ella y con las rodillas la invitara a abrir las piernas para recibirlo al fin. Mordisqueó la carne de su pecho al tiempo que los cuerpos de los dos entraban en contacto

total, momento en el que ambos jadearon por la increíble sensación.

Vega se sentía absolutamente completa, como nunca. La naturaleza tomó el control y, con movimientos de cada uno que se complementaban con los del otro de una forma absolutamente perfecta y sublime, llegaron a la siguiente cumbre de la más pura de las dichas.

## Capítulo 7

El timbre de llamada la despertó, aunque lo escuchaba lejano.

—Toma.

Levantó un párpado y vio a Javier en su gloriosa desnudez de pie ante ella, a un lado de la cama, ofreciéndole su teléfono móvil para que pudiera responder. Tragó saliva y miró a la pantalla. Era Nacho.

—¿Sí?

—Vega, menos mal. Ya pensaba que no me lo cogerías.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—No has respondido ninguno de mis mensajes —explicó su amigo.

—Lo siento, debo de haberme quedado dormida —dijo siguiendo con la mirada a Javier, que volvía a entrar en la cama por el otro lado con una sonrisa de suficiencia al escucharla y se apretaba contra su espalda al tiempo que lamía su hombro.

—Ah... Estudias demasiado.

—No todos tenemos una capacidad mnemotécnica como la tuya —expuso evitando que su voz se viera interrumpida por algún gemido.

—Oye... ¿Podemos hablar de lo que ha pasado hoy? ¿Puedo ir a tu casa? —pidió.

Había olvidado por completo a Nacho. Sabía que tenía que darle una explicación de lo sucedido con R y el comportamiento que tuvo después en el pasillo con él, sin embargo, aquel no era un buen momento. Quería hacerlo, pero cuando estuviera en su casa, sin nada ni nadie que supusiera una distracción.

—Nacho, ahora mismo no puedo. —Se mordió el labio, nerviosa, esperaba que como amigo pudiera comprenderlo.

—Ah, claro... —Escuchó el tono decaído y se sintió mal, pero no podía decirle que no se encontraba en casa donde se suponía que debería estar.

Y mucho menos podía saber con quién estaba en ese mismo instante. Javier le

repartía besos por la cara interna del brazo.

—Te llamo yo esta noche, ¿te parece? —propuso.

—Como quieras. Esperaré entonces. Hasta luego —se despidió él y colgó.

Volvió a morderse el labio mientras observaba la pantalla del *smartphone*.

—No hagas eso. —Javier besó la comisura de sus labios.

—¿El qué?

—Morderte así.

—Ah, no me he dado cuenta.

—Nacho y tú... ¿Qué relación tenéis exactamente? —preguntó con tono curioso el profesor.

—Es mi amigo. Un buen amigo. Vivimos cerca también.

—Ah... ¿Nunca habéis sido nada más que eso? —continuó indagando.

—No. ¿Y ese interés? —preguntó ella girándose para poder verle mejor la cara.

Él se encogió de hombros y le dio un beso en la mejilla al tiempo que la atraía al cálido hueco entre sus brazos.

—Tengo que saber quién es mi competencia, ¿no?

—¿Competencia? —repitió divertida.

—Ajá.

—No soy un objeto que se pueda ganar o perder —repuso.

Javier la besó haciendo que su cuerpo volviera a estar encendido y listo para conseguir más de aquel grandioso placer que estar con él le producía.

—No, no lo eres. Pero te quiero para mí y nadie más. ¿Estás bien con eso?

—¿Lo estás tú? —replicó.

—Nadie puede saber acerca de esto —advirtió el profesor.

—Tendremos que tener cuidado —dijo con completa comprensión de la situación.

—Mucho cuidado —estuvo de acuerdo él.

Su teléfono volvió a vibrar haciendo que se diera cuenta de que todavía lo tenía en la mano. Miró la pantalla y alzó las cejas sorprendida de la cantidad de mensajes y notificaciones que tenía pendientes. Se fijó en la hora, era tarde.

—Tengo que irme a casa —comentó dando un beso ligero en la rasposa mandíbula masculina.

—Te llevo —afirmó él levantándose de la cama.

Javier se dirigió al armario y se puso una camiseta de deporte ajustada y unos calzoncillos tipo bóxer de color negro. Luego cogió un pantalón de chándal y una sudadera a juego de color gris claro. No se dio cuenta de que se lo había

quedado mirando hasta que él se volvió y sonrió de forma maliciosa antes de hablar de nuevo.

—O podemos volver a la cama...

—¡No! —exclamó Vega—. Tengo que irme —repitió.

Lo primero que encontró fue el sujetador que se abrochó a toda prisa, luego cogió las bragas de la mesilla, donde habían sido lanzadas, y el pantalón del suelo. Desde luego, la ropa interior no podría ponérsela aunque quisiera, y se puso el pantalón a pelo y guardó las bragas en el bolsillo de atrás.

—Joder, eso es muy sexy —murmuró él acercándose y tomando las presillas de la parte delantera del tejano para tirar de ella hacia sí y unir sus cuerpos.

—¿El qué? —preguntó inocente, sin saber a qué se estaba refiriendo.

—Esto. —Le acarició el trasero y luego sacó la prenda que había guardado en el bolsillo de atrás—. Saber que ahora mismo no hay nada debajo de ese pantalón... —murmuró con voz ronca—. Me conviertes en un perverso —sentenció con un hondo suspiro.

Retornó la prenda a dónde Vega la escondió en primer lugar, tras besar la punta de su nariz, le dio el teléfono móvil que había dejado sobre la cama para buscar la ropa.

—Ah, gracias.

—He guardado mi número en la agenda —anunció.

—¿Ah, sí?

—Ajá. Javi M. —explicó.

—¿Javi? ¿Prefieres que te llamen por tu nombre o con el diminutivo?

—Prefiero que la mayoría de la gente me llame por mi nombre, solo me gusta que unos pocos me llamen Javi, los más cercanos —aclaró.

—Ah, entiendo.

Sí, lo hacía, y de algún modo sabía que ella no se encontraba en ese círculo de personas, lo que la hizo sentir algo decaída.

—Será mejor que te pongas la camiseta antes de que sucumba a mis instintos y no te deje marchar —bromeó él.

Con el teléfono aún en la mano se dio la vuelta para salir de la habitación y recorrió el corto pasillo hasta la puerta donde habían dejado las partes superiores de sus vestimentas al entrar. En cuanto tuvo la ropa en su lugar y se hubo recogido de nuevo el cabello usando los dedos para peinarlo, fueron en busca del coche.

Estaba en su habitación, terminando la llamada con Nacho en la que le explicó lo sucedido con R aquella mañana, después de haber hablado con sus amigas también en una llamada grupal, cuando escuchó la puerta de casa cerrarse.

Todavía no había asimilado lo que había hecho esa tarde. Estaba convencida de que de un modo u otro se le reflejaría en el rostro y que sus padres y el resto del mundo lo sabrían enseguida. Tenía que hacer el mejor esfuerzo para continuar comportándose como siempre, con la mayor naturalidad posible.

—Mis padres acaban de llegar, hablamos mañana —se despidió.

—Claro, hasta mañana —repitió él, ya no se le escuchaba tan desanimado.

Nacho, como Noa y María, había alucinado con la repentina aparición de su ex después de tanto tiempo y con una petición como aquella; los tres se habían ofendido por semejante comportamiento.

Salió de la habitación al escuchar la voz de su madre anunciando que ya estaban de vuelta.

—Hola, cielo. ¿No has cenado aún, verdad? —preguntó la recién llegada echando un vistazo a la cocina que podía verse desde allí, puesto que solo una barra dividía el espacio.

Se acercó a dar un beso en la mejilla a cada uno, como saludaban de forma habitual en su familia. Ella negó con la cabeza.

—He estado ocupada y acabo de colgar después de hablar con Nacho —contestó.

—Vaya, sí que has debido de tener cosas que hacer esta tarde —comentó la mujer asombrada.

—De todas formas, eso es genial —intervino su padre—, porque hemos pedido comida oriental para cenar —anunció después de quitarse la americana y colgarla en la misma silla donde depositó también el maletín—. Debe de estar a punto de llegar.

—¡Me encanta!

—Lo sabemos —repuso su madre—. Y cuéntanos, ¿qué tal el instituto hoy?

Aquella pregunta planteaba diversas cuestiones, no obstante, no quería esconder a sus padres las cosas importantes que sucedían en su vida privada. Siempre había encontrado el modo de explicarles las cosas que le sucedían y ahora no podía ser de otro modo a pesar de que, de momento, tuviera que omitir algunas partes.

—Pues... Algo movida, la verdad.

—¿Ah, sí? —La mirada de su progenitora se afiló estudiándole el rostro.

—¿Y eso? —Su padre tomó asiento, con aquella habitual postura de hombre

de negocios dispuesto a escuchar durante el tiempo que hiciera falta—. ¿Qué ha ocurrido?

Tras darse un momento y tomar asiento también, respiró una bocanada de aire antes de empezar para ordenar sus ideas.

—¿Os acordáis de R, no?

—Tu exnovio. —Su madre afirmó con la cabeza.

—Sí. Pues hoy... Se ha presentado en el instituto. —Los dos pusieron cara de perplejidad—. Me choqué con él en el pasillo cuando salía al patio, a la hora del recreo.

—No me digas... —El tono de la mujer se acercó.

—¿Y qué quería? —La voz de su padre continuó igual, sin inflexiones que pudieran mostrar ni preocupación ni enojo.

A ninguno de los dos les gustó demasiado él, ni que mantuviera una relación de casi un año con una persona que constantemente la hacía sentir mal.

—Vino a buscarme —expuso con sencillez—. Quería hablar —pronunció con un deje de fastidio—. Salimos fuera y... resumiendo, me dijo que aún me quería y que quería volver conmigo.

—Ya —pronunció, seca, la mujer que le había dado la vida.

—¿Y tú que le dijiste? —quiso saber su padre.

—Le dije que no tenía que presentarse sin avisar después de tanto tiempo.

—Así se hace —animó su madre.

—Que lo nuestro ya tuvo su momento —prosiguió—, y que no iba a volver a iniciar una relación con él.

—Esa es mi niña. —Su progenitora estaba entusiasmada.

—¿Eso es todo? —hurgó su padre.

Thomas Williams era un hombre que siempre buscaba conocer todos los detalles antes de emitir su veredicto o juzgar una situación, y en su vida privada no hacía menos, era uno de los motivos por los que lo admiraba.

—No, dijo que ahora había cambiado, que ya no sería como la otra vez.

—¿Y le crees? —consultó su madre, escéptica, alzando la barbilla.

—Sí —afirmó para sorpresa de los dos adultos—. Le creo, lo he visto —señaló—. Estaba diferente, más tranquilo. Incluso sus gestos... —Tanto su madre como su padre guardaban silencio en ese momento—. Pero le he dicho que no igualmente —explicó—. Al verlo me he dado cuenta de que ya lo había superado y que no le tenía ningún resentimiento. Eso es lo que le he dicho y también que le perdono. Pero que él y yo, no iba a pasar.

—Ah, qué descanso. Por un momento me he asustado. —Su madre se



desplomó hacia atrás en la silla.

El timbre de la puerta sonó y sin demora su padre se levantó al tiempo que extraía la cartera del bolsillo de la americana antes de ir a abrir.

El resto de la cena giró en torno a R y la decisión que había tomado ese día de dar por cerrada esa relación del pasado. También les explicó la parte en que, tras aquello, se encerró en el baño y lloró como una magdalena. Les habló también de cómo su profesor de sociales, Javier, al verla, la llevó al departamento de ciencias y le dejó quedarse allí para recomponerse un poco.

Eso le hizo recordar que, al final, no le explicó qué había pasado en el corredor ni por qué estaba llorando. Aunque pensar en el motivo por el que no habían podido hablar de eso, le sacó los colores con violencia.

Después de alabar el comportamiento de su profesor, recogieron la mesa, dejaron los platos en el lavavajillas y Vega se fue a la habitación tras dar las buenas noches a sus padres. Se tumbó boca abajo sobre la cama, mientras su cuerpo recordaba las manos que lo habían recorrido horas antes, ni siquiera la ducha que se dio al llegar a casa pudo borrar todas aquellas sensaciones.

Miró el teléfono y abrió las notificaciones de los mensajes recibidos mientras cenaba. Pasó de los mensajes de los grupos y fue directa a uno que le atoró el aliento en cuanto leyó el remitente. De Javier.

*¿Duermes?* Había sido enviado hacía algo más de media hora.

Decidió responder a pesar de que había pasado tanto rato. Quizás estuviera despierto, quizás aún estuviera esperando una respuesta, o no, tal vez se había dormido y vería su respuesta por la mañana. Aun así, prefirió que viera alguna contestación por su parte y no que pensara que había pasado olímpicamente de él.

*Todavía no. Estaba cenando con mis padres.*

Nada más terminar de enviar esos dos mensajes, el estado de su chat le notificó que se encontraba en línea, en ese momento el teléfono comenzó a vibrar y vio su nombre en la pantalla.

—¿Sí? —respondió en un susurro debido al mini infarto que le había producido su llamada respondiendo tan deprisa al mensaje.

—Hola —saludó él—, ¿cenando? ¿Tan tarde?

—Bueno, es la hora a la que suelen llegar mis padres y hoy no me ha dado tiempo de hacerme algo para comer antes. Normalmente, cuando llegan me voy a dormir.

—Entiendo. ¿Sabes? Al final no hemos hablado de qué te ocurría esta mañana —dijo Javier sacando el tema del que ella misma se había acordado hacía tan

solo un momento.

—Ya, es cierto —contestó recordando la forma en que se habían besado en la playa.

—¿Y bien? —insistió él.

—Viste que Román vino a buscarme para hablar conmigo —comenzó.

—Sí, lo recuerdo.

—El caso es... Que R es mi ex —dijo armándose de valor.

No tenía nada que esconder. Bueno, salvo en ese momento en que lo que habían hecho ella y su profesor no podía ser revelado. Tampoco lo que descubrió el sábado durante la despedida de soltera. Vaya, pensó, tenía más secretos desde el sábado de los que había tenido alguna vez en su vida y todos concernían a la misma persona.

—¿R?

—Sí, así es como lo llamamos los amigos y conocidos.

—Ya —respondió tajante.

—Él quería que habláramos... Bueno, de...

—Quería volver contigo, ¿no? —dedujo él en tono serio.

—Sí. Resumiendo, es eso mismo.

—¿Y?

—Nada. Le he dicho que no —contestó—. Hemos hablado un rato y nos hemos despedido.

El profundo suspiro de alivio que escuchó a través de la línea le provocó una sonrisa.

—Entonces, ¿por qué llorabas? —interrogó el profesor—. ¿Nacho te dijo algo...?

—No, no. Él no me dijo nada, se enteró de que R había ido al Corazón de León buscándome y quería ver cómo me encontraba. Solo que yo no quería hablar en ese momento.

—¿Llorabas por haber rechazado a tu ex? —aventuró Javier.

—Por cerrar esa parte de mi pasado, más bien. Aunque sí, podrías decirlo así. Fue como si tuviera delante algo que quise con todas mis fuerzas hace tiempo, pero que ahora no quiero ni me hace falta porque ya no tengo nada que ver con eso.

—¿Cuánto hace que lo dejasteis? —preguntó.

—Algo más de año y medio.

—¿Y viene ahora a pedirte que vuelvas? —replicó asombrado.

—Sí. Alucinante, ¿no?

—Mucho, la verdad. Yo no esperaría tanto tiempo.

—Ah, ¿pero estamos saliendo? —respondió ella en tono de broma.

El silencio se apoderó de la línea de repente, fue tan sepulcral que pensó que se había cortado o que Javier había colgado.

—Si eso no ha quedado claro después de lo de esta tarde, no sé cómo has llegado hasta primero de bachillerato —repuso cortante el profesor.

—Era broma, era una broma —se disculpó sintiendo un viento helado azotar su nuca debido a la forma en la que él había contestado.

—Mi trabajo y mi carrera están en juego, Vega. Perdona por haberte hablado así, pero es serio para mí —dijo—. Debo haber perdido la cabeza —añadió en un duro tono de autorecriminación.

La conversación había dado un giro hacia un camino que no le gustaba nada, no sabía qué responder o qué decir. Solo sentía un gran nudo en el estómago ahora que, dejando las emociones que llevaba experimentando toda la tarde desde que se habían besado por primera vez a un lado, empezaba a percibir y pensaba con frialdad en las posibles repercusiones que lo que habían hecho podrían acarrearle.

—Ha sido... una locura, ¿verdad? —musitó.

—Sí, una completa locura —estuvo de acuerdo él.

—Lo que hemos hecho, no debería haber pasado —murmuró esta vez.

—No, Vega. No debería haber ocurrido nunca —respondió el profesor repitiendo casi al dedillo sus palabras con un tono más amable.

De pronto estaba desolada. ¿Qué había hecho? ¿Qué narices había hecho? Solo una estúpida podría haber estado tan feliz toda la tarde, como si la vida se hubiera convertido en un campo de flores a sus pies y no pensar en ningún momento en las repercusiones de sus acciones. La aflicción le tomó la garganta.

—Lo... Yo... Lo siento —comenzó a llorar.

—Eh, ¿qué pasa? Vamos, no llores.

—No, tienes razón. Esto ha sido una equivocación.

—Vega, tranquilízate —pidió con ternura.

—No, no. Es verdad —volvió a darle la razón.

—¿Qué quieres decir? —Por el tono de voz de Javier, parecía estar intentando entenderla.

Respiró varias veces y consiguió que las lágrimas dejaran de caer por su rostro. También se alivió el peso que sintió en la garganta al tomar la decisión que debía tomarse.

—Lo siento mucho —dijo calmada y de forma clara—. No quiero que pierdas

tu trabajo por un error.

—Lo sé... Espera, ¿un error?

—Será mejor para todos olvidar lo que ha pasado —continuó.

—Un momento, Vega...

—Por favor —no le dejó terminar.

Dudaba que en otro momento tuviera el valor para hacer lo que estaba haciendo, así que colgó. Era imbécil. ¿Qué había creído, que a partir de entonces Javier y ella iban a empezar salir? Habían hecho una locura, sí. Pero de ahí a ser pareja... Lo más probable fuera que él estuviera tratando de hacerse responsable por lo sucedido como hombre y adulto que era, mientras que ella había estado completamente ciega a todo.

Bueno, pues no tenía que asumir ni el riesgo de ser descubiertos ni las posibles, nefastas, consecuencias que afectarían a su trabajo si esa tarde quedaba en el olvido. El teléfono vibraba por la nueva llamada que estaba recibiendo de él.

No respondió.

## Capítulo 8

*Contesta, Vega. Vamos a hablar.*

*Habla conmigo, por favor.*

Leyó los mensajes que Javier le envió después de finalizar la conversación de forma brusca la noche anterior por la mañana. Después de colgar y de no responder sus llamadas puso el teléfono en silencio, se metió en la cama y se cubrió la cabeza con la colcha como si de aquel modo pudiera crear un refugio seguro donde dejar al resto del mundo fuera.

Salió de casa sin leer el resto de mensajes de sus otros contactos, tratando de mantener su resolución y pensando en que aquellas cosas simplemente pasaban y no por ello la gente comenzaba una relación de la nada. Si hasta hacía dos días le aborrecía. Literalmente. Pero desde que se encontraron el sábado... Todo era distinto.

—Eh, ¡morena! —Nacho se apoderó de su hombro, pasando un brazo por encima, como casi siempre—. ¿Cómo lo llevas? Te veo bien —dijo animándola.

—Oh, lo estoy.

Andaban juntos, aunque en silencio. Supuso que su amigo no conocía la mejor forma de enfrentar el tema de su ex, sin saber que de verdad eso lo tenía más que superado, gracias a cierto profesor, y que lo que le tenía el seso trabajando horas extras era precisamente ese hombre con cuerpo de infarto y lo que él y ella habían hecho en un momento de locura transitoria.

—¿Pudiste dormir? —Nacho volvió a intentar entablar una de sus habituales conversaciones, no obstante, podía notar que el ambiente entre ellos era muy tenso.

—Sí, algo —respondió.

Noa y María se les unieron antes de que alcanzaran la entrada del Corazón de León y, tras darle un beso y un sentido abrazo como muestra de apoyo, continuaron hasta su primera clase. Él solo la dejó ir justo antes de entrar.

—No tienes de qué preocuparte —aseguró Vega en dirección a su amigo.

Nacho bajó la cabeza hasta unir su frente con la de ella.

—Soy tu amigo, ¿no? Claro que me preocupo.

Después de aquello se fue. Por un momento, le pareció ver algo en los ojos de Nacho que no supo identificar, pero que definitivamente la dejó intranquila.

—Vaya, ¿estás segura de que solo sois... *amigos*? —comentó Noa remarcando la última palabra.

—Sí, ¿él lo sabe? —añadió María.

—No es nada. Está preocupado por lo de ayer, no saquéis cosas de donde no las hay.

Como llegaron pronto a clase sus compañeros todavía estaban entrando en el aula cuando ellas tenían sus pupitres ya preparados, aunque no se habían sentado en ellos.

—Vega —escuchó que la llamaban. Se giró y vio a Alberto, el profesor de educación física y su tutor en la puerta haciendo gestos con la mano para que fuera con él—. Ven un momento.

—Sí.

Dirigió una mirada confusa a sus amigas, quienes se encogieron de hombros. Llegó a la puerta y el profesor le puso una mano en la parte alta de su brazo con confianza y la apartó un poco de la entrada.

—He hablado con Javier acerca de lo que pasó ayer. —La sangre abandonó su rostro, pudo sentirlo—. No te preocupes, me ha explicado que un exalumno con el que estuviste saliendo vino a buscarte durante el recreo. Lo que quiero saber es: ¿te molestó de algún modo? ¿Él se... propasó? —El profesor bajó la voz y se acercó para evitar que otras personas escucharan su conversación.

—Oh, no. Nada de eso. Solo... Hablamos.

—Javier dice que estabas bastante afectada... Puedes contarme lo que sea —aseguró de nuevo—. Te escucharé y podemos buscar juntos una solución.

—Gracias. Pero no es necesario. En serio. Solo me afectó verlo después de tanto tiempo desde que rompimos —explicó usando la misma palabra que su tutor—, nada más. Ya... ya estoy mejor —balbuceó—. De verdad —añadió.

—Está bien. Si tú lo dices, te creo. Quiero que sepas que no estás sola. ¿De acuerdo?

—Eh, sí. Gracias.

—Ve a clase ahora, debe de estar a punto de comenzar.

—Gracias —repitió.

Entró en el momento en que la profesora de lengua castellana comenzaba a

hablar y se dirigió a su asiento a toda prisa. Sus amigas le lanzaron miradas interrogativas, ella se encogió de hombros, negó con la cabeza y puso cara de no entender nada. De hecho, era exactamente eso. ¿A qué había venido aquello? Preguntarle si R se había propasado con ella... Él no haría algo así.

Se centró en la clase y después en la siguiente, así consiguió superar las tres primeras horas del día.

—Pasado mañana, madrugón —decía Andrea, una compañera.

Estaban comiendo el almuerzo junto a algunos compañeros de su clase y de la de al lado sentados en un banco que había bajo techo en una parte del patio del instituto.

—Es verdad. —Se alzaron varias voces con distintos grados de excitación al respecto.

—La excursión multiaventura —le recordó María al ver su cara.

—Ah, sí. No tengo ganas —declaró.

Su otra amiga, Noa, rio.

—Quizás por eso te habías olvidado.

—Es probable —reconoció.

Mirando hacia el otro lado del patio, observó a unas chicas de uno o dos cursos por debajo del suyo riendo a carcajadas en las escaleras, luego se fijó en un grupo que se acumulaba alrededor de una sola persona: Javier. Eran alumnas de segundo de bachillerato. Encontró su mirada y el estómago le dio un vuelco.

—Ahora vuelvo. Tengo que ir al baño —se disculpó con sus amigas que se habían enzarzado en una animada charla acerca de las actividades que creían que realizarían durante la excursión.

Evitando el grupo que rodeaba al profesor entró al instituto en busca de un lugar donde poder refrescarse, necesitaba con urgencia enfriarse la cara. Quería meter las manos bajo el chorro de agua, enjugar su nuca y dejar que el frío la tranquilizara un poco. Subió al primer piso, pues sabía que los alumnos solían concentrarse en los de las plantas inferiores para charlar o pasar el rato. Allí estaría sola.

Entró y revisó que no hubiera nadie en la zona de los inodoros. Estaba completamente sola, suspiró aliviada. Se volvió hacia los grifos y encontró, a través del reflejo en el espejo, a Javier, cruzado de brazos junto a la puerta.

—Me has asustado —murmuró tras emitir un grito ahogado.

—No has respondido mis mensajes —recriminó él.

Estaba muy tenso, podía verlo por su postura y la forma en que tenía de apretar la mandíbula. A pesar de que usaba su vestuario habitual, podía ver

debajo a la persona que había conocido lejos de aquellas paredes, al verdadero hombre bajo aquel disfraz.

—No hay nada más que se pueda decir —musitó al tiempo que introducía las manos bajo el chorro de agua fría que había abierto—. Metimos la pata.

—A lo grande —convino el profesor.

—A lo bestia, sí —remarcó ella.

—Y pretendes hacer ver que nunca ha sucedido —añadió él en tono de censura.

—Es lo mejor, ¿no? ¿No hacen eso miles de personas cada fin de semana?

—Yo no —sentenció Javier.

—No me debes nada —manifestó Vega—. Fue un error —expuso—. Asumámoslo. Olvidémoslo —agregó.

—¿Así de fácil?

—Así de fácil. No tienes que temer que vaya a decir nada a nadie.

Tratando de que no se notara el temblor que la invadía, bajó la cabeza y se humedeció la cara con las manos.

—Eso espero —señaló Javier con una dureza en la voz que incluso la asustó.

Lo siguiente que escuchó fue la puerta al cerrarse. Se había ido. Vega se sintió tan vacía, tan desgraciada, que dejó que sus piernas se doblaran como llevaban amenazando con hacer desde que lo vio allí de pie. Ni siquiera se atrevió a darse la vuelta y él no se acercó.

Salir de casa cuando el día solo comenzaba a despuntar era solitario y relajante al mismo tiempo. Le pareció curioso ver a algunas personas que se iban a aquella hora, eso le hizo pensar en Javier. Él vivía lejos, recordó. ¿A qué hora debía salir de su casa por las mañanas para llegar a tiempo al instituto?

El día anterior lo tuvo en clase de historia, el crédito variable que impartía, y no le dirigió ni una mirada. No tuvo clase de sociales. En teoría le tocaba hoy, pero como se iban de excursión no tendría oportunidad de verlo. ¿Continuaría enfadado con ella?

Era curioso, ahora deseaba asistir a sus clases, por primera vez se percataba de que, a excepción del lunes, lo veía los otros días de la semana lectiva. La noche había sido larga, le costó tomar el sueño y había que madrugar, por lo que no podía dejar de bostezar.

—¡Vega! —Abel, uno de sus compañeros de clase la llamó.

Algunos de sus inseparables amigos lo rodeaban: Miguel, Manuel, Fer y Raúl.



Desde que comenzó la secundaria los recordaba siempre moviéndose juntos por todas partes.

—Hola, chicos. —Cubrió su boca con la mano para esconder otro bostezo.

—¿No has dormido demasiado, eh? —Miguel le propinó un pequeño codazo en el costado.

—No. No mucho. Va a ser un día muy largo —vaticinó.

—Fer tampoco ha pegado ojo. —El grupo, menos el nombrado, comenzó a reír de forma ruidosa.

Los observó sin comprender aquel chiste particular y se encogió de hombros pensando en que, al fin y al cabo, no le importaba.

—Siempre se meten contigo, diles algo —lo animó.

—Mi amigo tiene mucho que decir, ¿verdad? —Abel le pasó un brazo por el cuello, en una especie de llave mal hecha y lo despeinó.

A pesar de que se lanzaban pullas unos a otros se notaba la camaradería y el cariño que se tenían. Si solamente no fueran tan... Imbéciles. Por otra parte, ¿qué se le iba a hacer? Los chicos de su curso eran todos así.

Alcanzaron a la puerta del Corazón de León sin contratiempos; María y Noa ya habían llegado y permanecieron juntas, aunque el grupo de chicos no se alejó.

—Oye. —Abel puso el codo en su cabeza como si estuviera apoyándose en la barra de un bar, solo que su brazo quedaba inclinado hacia arriba—. ¿No eres alta para ser una chica?

—¿Y tú no eres gilipollas para ser un Homo Sapiens? —Hizo que quitara el brazo de su cabeza mientras los otros todavía se mofaban de él por el corte que se acababa de llevar.

—¿Es cosa mía o estos están muy agitados hoy? —preguntó María.

—No, hoy parecen más trogloditas de lo normal —remarcó Noa.

—Por decirlo de forma suave —concordó con su amiga—. Ah —suspiró—. En cuanto subamos al autocar ocupamos una fila y así me puedo poner la música para dormir —anunció con una sonrisa traviesa.

—Está bien —acordaron las otras respondiendo a la vez.

Rodeadas por la testosterona de sus compañeros y las risitas nerviosas y demasiado agudas de algunas compañeras, para cuando llegó el momento de subir al autocar estaba todavía más cansada. Junto a sus amigas ocuparon una fila cerca de la parte delantera del autocar porque, de otro modo, dormir sería impensable con el barullo que solía montarse detrás. Abrochó su cinturón, se puso los auriculares y, utilizando la mochila como almohada, recostó la cabeza contra la ventanilla. Del cansancio, quedó dormida en el acto.

Al abrir los ojos, la gente ya había comenzado a bajar, Noa le sostenía el brazo y la zarandeaba para que despertara, lo que le costó un poco. Parpadeó con fuerza y se frotó la cara, el autocar estaba casi vacío vio cuando se puso en pie. Había podido dormir y estaba más descansada que antes, pero necesitaba despejarse y desperezarse.

Guardó los auriculares y recogió sus cosas antes de bajar siguiendo al resto; el grupo estaba animado. Abel y los demás se mantenían cerca de sus amigas y de ella, no dejaban de decir incongruencias y explicar chistes que solo ellos debían de comprender ya que eran los únicos que los reían. Noa la abrazó por la cintura, ofreciéndole su cuerpo como apoyo y aceptó de buena gana. Se recostó poniendo un brazo en su hombro.

—¡Foto! —Miguel llegó corriendo, se colocó delante de ellas tres y con su teléfono les sacó una fotografía que nadie le había pedido.

—¿A ver? ¿Ha salido bien? —lo interpeló María—. ¡Hala! Qué chula, ¡pásamela! —Luego se volvió hacia ellas—. Chicas, ahora os la paso —aseguró.

María se alejó persiguiendo al chico que trató de huir de forma infructuosa. Rio el comentario de Noa al respecto que dejó escapar por lo bajo en la misma línea de su pensamiento. Un cosquilleo en la nuca le advirtió de que alguien la observaba, buscó alrededor, sus compañeros charlaban en grupos mientras Alberto y Greta, su tutor y la profesora de química, trataban de poner orden. Miró a su espalda, por encima del hombro, y se le cortó el aliento.

Allí, con ropa de deporte compuesta por pantalón azul marino ancho y camiseta de algodón, parecida a las suyas, también grande, estaba él. Hablando, papeles en mano, con dos personas responsables de la organización; lo dedujo por sus atuendos, camisetas y pantalones de deporte ajustados, a juego y con el logotipo del lugar.

¿Qué hacía Javier allí?

Sus ojos estaban fijos en ella; los otros dos, un hombre y una mujer, quedaban de espaldas por lo que no se dieron cuenta. Tampoco lo hizo ninguno de sus compañeros, cada uno ocupado con sus cosas. Tragó saliva. A pesar de la ropa que llevaba, que cubría lo que ella sabía bien que había debajo, y de aquellas gafas, estaba guapo.

Ahora que lo pensaba, cuando se cambió la otra tarde, se puso un chándal, pero aquel le quedaba ajustado a su tamaño real, entonces ¿por qué ahora llevaba algo tan ancho y a todas luces aburrido? ¿Por el mismo motivo por el que fuera de la escuela no llevaba las gafas? ¿Qué pasaba con ellas? ¿De qué iba todo aquello?

Ah, preguntas y más preguntas rondaban su cabeza y todas giraban en torno a una misma persona.

—¿Os parece bien si vamos juntos, chicas? —La voz de Abel hizo que se girara a toda prisa con la sensación de haber sido pillada.

La presencia de Javier la había trastocado.

—¿Qué? —preguntó sin entender qué estaba diciendo.

—Tenemos que hacer parejas de chico-chica —expuso su amiga—. Acaban de explicarlo. ¿Todavía estás dormida?

—Ah, no me he enterado —se excusó.

—Entonces, Fer irá con Vega y tú conmigo —continuó Abel.

—Eh, supongo que está bien... —dijo mientras compartía una mirada con su amiga buscando en ella si lo aprobaba o por el contrario quería rechazarlos.

—¿Y María? —cuestionó Noa.

—Ella va con Miguel —intervino Fer en tono bajo.

—Está bien. Supongo que continuaremos juntas.

—Vamos a decirlo a los profes, para que lo anoten. —Abel dio un manotazo a Fer en el pecho y ambos se alejaron.

—¡Eh! ¿Ya tenéis pareja? —María apareció con el *smartphone* en la mano, más pendiente de la pantalla que de ellas, con quienes estaba hablando.

—Sí, ya está —respondió Noa.

—Os acabo de enviar la foto que ha sacado Miguel —dijo guardando el teléfono en su mochila; una pequeña, escogida en especial para aquella excursión que iba a juego con el resto de su chándal.

—Gracias —respondió.

Al momento notó la vibración que le indicaba la llegada del mensaje; evitó sacar el móvil —no lo hizo por no volver a cruzar su mirada con la de él, por ese motivo nada más— de la mochila que llevaba a la espalda, una de poca envergadura también, de color azul que no combinaba con nada de lo que llevaba: pantalón de deporte negro con tres rayas blancas al lado, sus deportivas habituales y una camiseta de algodón con una playa y una hamaca estampadas.

Su atuendo era un poco retro, aunque a Vega le gustaba pensar que era más bien atemporal. Además de versátil.

—¡Eh! Hagámonos un *selfie* juntas —propuso Noa tras ver la fotografía en la pantalla. María se colocó a su lado y las tres, posando con las cabezas unidas, se tomaron una foto—. ¡Ahora con la lengua fuera! —ordenó su amiga tras ver cómo había quedado la primera—. ¡Y con los ojos bizcos!

Sacaron unas cuantas imágenes de sí mismas entre risas. A veces todo lo que

una necesitaba para animarse era tener momentos así con alguien como ellas, con las que era capaz de hacer el idiota sin ningún reparo. Quería contarles lo de Javier, no le gustaba esconder algo a sus amigas porque entre ellas no había secretos. Sabían absolutamente todo unas de otras, lo bueno y lo malo.

Estaba segura de que ninguna haría o diría algo que pudiera hacerle daño y tampoco lo explicarían a alguien más. No obstante, aquello afectaba a una persona cuya vida podría verse seriamente perjudicada si se sabía y no podía correr el riesgo por mucho que quisiera el apoyo y consejo de sus inseparables amigas.

Los guiaron hasta una cabaña donde a cada uno les fue entregado un casco y un chaleco salvavidas. Les pidieron que fueran a los vestuarios de al lado para cambiarse de ropa y ponerse el traje de baño.

Antes de salir de casa ya se había puesto la crema de protección solar. Volvió a hacerlo en el baño, se puso el biquini y encima el traje de neopreno de cuerpo entero que solía usar para hacer surf de remo.

—Vega, ¿qué llevas puesto? —preguntó con extrañeza Alexandra, una compañera de clase, cuando se abrochaba la cremallera.

El resto de chicas del vestuario la miraban como si fuera un bicho raro. Ya debería estar habituada, ellas solían utilizar biquinis o bañadores que dejaban mucha piel expuesta.

—Se llama neopreno —Noa salió en su defensa—. ¿Algún problema?

—¿No vas a pasar calor con eso? —preguntó Andrea.

—Siempre lo llevo cuando hago paddle surf, estoy acostumbrada. —Se encogió de hombros.

—¿Y qué es eso? —preguntó otra compañera.

—Surf de remo —explicó—. Te pones de pie encima de la tabla y con un remo vas avanzando mientras mantienes el equilibrio.

—¿En serio? ¿Sabes hacer eso? ¿Y te gusta?

Las preguntas de sus compañeras de curso se agolpaban ahora una tras otra mientras salían para colocarse el equipo que les habían dado. Un monitor comenzó a pasar de uno en uno para comprobar que el chaleco estuviera bien cerrado, cuando llegó a ella, la estudió de arriba abajo.

—¿Surf? —preguntó con una sonrisa blanca que contrastaba con el tono tostado de su piel. Las puntas de su cabello rizado que sobresalían por debajo de la gorra estaban quemadas por la exposición al sol

—Paddle surf —aclaró.

—Ah, entiendo. Entonces tenemos a una profesional aquí. Esto será fácil para

ti. —Le guiñó un ojo y continuó comprobando el resto de chalecos.

Al levantar la cabeza, sus compañeras la miraban con la mandíbula abierta por aquel momento de camaradería con el monitor y de pronto se quedó helada cuando una mirada entornada de color gris entró en contacto con la suya.

## Capítulo 9

Era jueves y llevaba durmiendo mal desde el lunes por culpa de una morena de pelo largo que le tenía la cabeza embotada. La había cagado, de acuerdo, era consciente, pero no era como si hubiera ido buscando acostarse con una alumna. Eso era algo que sencillamente había pasado. Y ¡joder! de qué manera.

No tenía muy claro de dónde había salido todo aquello, aunque, si lo pensaba con un poco más de perspectiva y profundidad, desde el fin de semana anterior, en el que pasó lo que pasó, no había vuelto a mirar del mismo modo a Vega Williams.

Ella había visto una faceta de él, la privada, que distaba mucho de la que mostraba como profesor. En algún punto eso era lo que debía de haber hecho la diferencia. Sin embargo, después del desliz que habían tenido, de repente, quería desentenderse. ¿Por qué?

Le dijo que no tenía novio, Nacho era solo un amigo y Román era un ex. No lograba comprenderlo. ¿Fue por las duras palabras que le dirigió por teléfono? Parecía estar bien y al momento decía que mejor olvidaban lo sucedido. Y no podía quitársela de la cabeza. Quería estar con ella.

De acuerdo, nunca le había hecho caso, no se había fijado en la adolescente antes de aquel fatídico sábado, pero él tampoco era de los que se iban acostando a diestro y siniestro con la gente y luego si te he visto no me acuerdo. No. Le gustaba conocer a las personas. Y si algo bueno tenía ser uno de los profesores de Vega era eso, conocía a la chica bastante bien, aunque ahora todo lo que sabía de ella pasara por un nuevo filtro.

Hizo recuento de todo lo que sabía acerca de ella desde una nueva perspectiva y, sí, le gustaba. No iba a engañarse ni a intentar mentirse a sí mismo. Y ¡mierda! No quería que estuviera con nadie más. ¿Desde cuándo se había vuelto celoso?

La falta de descanso estaba acabando con él y, para colmo, cuando subió al autocar, la encontró dormida como si nada de lo que la rodeaba fuera con ella.

Alberto se dio cuenta de que otro alumno ocupó el asiento contiguo al suyo y se levantó en el acto. Si estaba dormida, ¿qué carajo quería el chico?

Se plantó en mitad del pasillo y le dedicó una mirada penetrante al adolescente; Fernán, a quien todos llamaban Fer, que se comía con los ojos a la joven. Se giró hacia él y se encogió al encontrarlo allí. Con un gesto del pulgar le dijo que se largara por donde había llegado, porque si utilizaba su voz en aquel momento no estaba muy seguro de poder mantener el control de la ira que se filtraría en su tono.

Cuando el chico se fue a refugiarse de nuevo con la pandilla de monos hormonados que eran sus amigos, ocupó él mismo ese asiento para evitar que nadie más lo hiciera. Al torcer la cabeza hacia la derecha se encontró con los rostros de las amigas de Vega, María y Noa, que lo miraban como a un héroe y le daban las gracias al tiempo que alzaban los pulgares en el aire.

Con un suspiro cansado cruzó los brazos sobre el pecho y se recostó en el asiento antes de cerrar los ojos y dormir, que era lo que tanto Alberto como él habían acordado que haría. El profesor de educación física lo despertó cuando estaban llegando al lugar de la excursión, antes de levantarse echó un vistazo a la chica que continuaba sumida en lo que parecía un profundo sueño, con los auriculares puestos, ajena a todo.

Tenía la misma expresión de paz del otro día, cuando se quedó dormida en su cama después de tener relaciones. Quería tocarla, acariciar su cabello, la suave mejilla como entonces, pero no podía. Olvidémoslo. Fue lo que le dijo. Eso era imposible. Al menos para él.

La química que tuvieron, esa forma de entenderse sin necesidad de palabras, a través de la piel y las caricias, no se encontraba todos los días. Y sabía Dios que las sensaciones que experimentó con ella eran más intensas que cualquiera de las que había sentido hasta entonces. Y echando la vista atrás, un ermitaño no había sido con las relaciones.

Verla salir rodeada de varias de las chicas fue un golpe para su libido. A pesar de que era la única que no llevaba bañador ni traje de baño de dos piezas, destacaba como un faro en la noche entre el resto. Se había puesto uno de esos neoprenos de manga larga que solían usar los surfistas y que se ajustaba a cada curva de su persona.

Cuando el monitor la repasó de arriba abajo, tuvo que contenerse por no ir a decirle cuatro cosas, aunque cuando lo vio coquetear de forma descarada tuvo serios problemas para mantenerse en donde estaba, junto a la otra monitora que justo terminaba de explicarles cómo llevarían a cabo la actividad.

Pudo adivinar por la cara de Vega que las palabras del monitor la habían sorprendido, incluso desde donde estaba. La joven levantó la cabeza y sus miradas se cruzaron. ¿Por qué no podía evitar estar de mal humor?

Ocuparon las piraguas en grupos de tres y de cuatro. Vega y su amiga Noa iban con Fernán, el chico que se había sentado a su lado en el autocar, y el amigo de este, Abel, el cabecilla de los monos adolescentes. Él fue con una pareja de chicos que se hizo por descarte cuando todos los demás ya habían escogido a sus compañeros para el día.

La mañana fue bastante entretenida, su enfado se esfumó al escuchar las carcajadas de la chica mientras competía con el resto de compañeros y jugaban a mojarse de una a otra embarcación. Claro que regresó en parte cuando la encontró hablando con el monitor la mar de contenta y, sí, solo en parte, porque escucharla hablar del deporte que practicaba con él y con Alberto fue refrescante.

Se veía de lejos que era algo que amaba hacer.

No entendió cómo las cosas habían terminado de aquel modo, pero en cuanto llegaron a su destino, donde pararían para comer la barbacoa que les tenían que preparar y así reponer fuerzas, el monitor, un chico unos años más joven que él llamado Sergio, le propuso a Vega una pequeña carrera en canoa, quien aceptó entre risas.

En ese momento, la chica entraba al agua y ambos maniobraban para situarse en paralelo.

—Hasta la roca aquella con el árbol que parece estar cayendo —decía el monitor.

Los compañeros de clase se concentraban en la orilla, para ver el espectáculo improvisado, animando a la joven.

—¡Vamos, Vega!

—¡Tú puedes!

En cuanto tuvieron acordados los términos, el mismo Alberto dio la salida.

—Preparados, listos, ¡ya!

Vega remaba con elegancia, no obstante, eso no le restaba velocidad. Sergio y ella iban a la par. Su cara era definitivamente la de alguien dispuesta a darlo todo para ganar, disfrutaba. Y Javier lo hacía solo con ver aquella sonrisa dibujada en su rostro.

Por muy poca diferencia, la victoria se la llevó el monitor que se deshizo en elogios cuando salieron del agua entre vítores de los chicos y chicas que estaban emocionados por haber visto una carrera tan ajustada.



—¿Has visto? Vega es genial.

—Yo también quiero hacer eso...

¿Era muy raro que se enorgulleciera de los comentarios que escuchaba acerca de ella?

—Tío, tienes que declararte ya. O ese monitor te la quitará delante de tus narices.

Eso último llamó su atención. La sentencia provenía de Abel, hablando con uno de sus amigos, al que había echado del asiento en el autocar más temprano. Mientras, ellos y su grupo observaban a Vega y a Sergio comentando las mejores técnicas y las diferencias entre remos. Alberto escuchaba atentamente la conversación entre los dos, ¿era solo una impresión o lo veía demasiado cerca de ella últimamente?

Sacudió la cabeza, debía de haber comenzado a trastocarse. Solo estaba preocupado por la joven tras el incidente del lunes en el instituto del que, por cierto, él mismo informó. Era normal que, como tutor, se sintiera responsable.

A la hora de comer, los chicos estaban cansados y eso se notaba en que había muchas menos carreras arriba y abajo. Los profesores y monitores ocuparon una mesa, mientras que el resto de chavales se dispersaron entre todas las demás.

Charlando con unos y con otros y escuchando a Sergio hablar acerca de la carrera de antes y de lo raro que era encontrar a algún alumno en aquellas excursiones verdaderamente interesado en ese tipo de deportes al punto de practicarlos en su tiempo libre, se sorprendió a sí mismo por no asestarle un puñetazo en plena cara.

No porque hablara de Vega o se refiriera a ella, por el modo en que lo hacía. Le había pillado más de una mirada al escote o al culo de algunas de las chicas y para él estaba más que claro qué tipo de niño era. Un aprovechado.

Desde que escuchó a los monos alentar a Fernán estuvo pendiente de ellos. Por eso no le fue difícil identificar el momento en el que Miguel se levantó, llamó a María, le susurró algo al oído, la adolescente afirmó con la cabeza y luego se sentó con sus amigas mientras que el chico interesado se había escabullido hacia la zona a la que su amiga le indicaba a Vega que fuera.

Ah, de verdad... Esos chicos y sus poco disimulados gestos. Por lo menos estaba contento porque de una cosa podía estar seguro, nunca los vería en las noticias por haber atracado un banco o algo así. Con su falta de discreción y su lenguaje corporal diciendo a gritos: ¡Estoy haciendo algo malo! Los pillarían enseguida.

Se excusó con el resto de la mesa y fue en dirección opuesta hasta que estuvo

seguro de que nadie podía verlo, entonces buscó el lugar hacia el que creía que habían tomado esos dos. Se dijo que no estaba celoso, solo era su deber como profesor y persona responsable en aquella salida escolar velar por los chicos. Midió sus pasos procurando no hacer ruido.

Sí, claro. No eran celos.

Por eso no estaba pretendiendo escuchar lo que ocurría a hurtadillas.

¿En qué lo había convertido Vega Williams?

—No te ofendas, Fer, pero no te veo así. No puedo salir contigo. Lo siento — escuchó la voz de la joven.

Le llegaba algo lejana, se acercó un poco más sin que pudieran verlo.

—Me dijeron que el otro día tu ex vino al instituto y que luego estuviste llorando.

Desde su ubicación, podía atisbar a la pareja entre las ramas de los árboles y, por la posición del sol, aunque miraran hacia allí, no podrían darse cuenta de que había alguien observando.

¡Señor!

Ahora parecía un acosador profesional.

—¿Tanto se notó, eh? —dijo ella con una sonrisa trémula.

—Estaba preocupado —afirmó el chico—. Dicen que las cosas con él no fueron bien, te hacía llorar cuando salíais, ¿cierto? —¿Eso era verdad? Sintió curiosidad—. Sal conmigo —exigió el chaval—. Yo nunca te haré llorar. No te trataré mal...

—Eres muy amable, Fer. Y un gran chico. Pero no puedo.

—¿Es porque tú... todavía le quieres?

Esa sí que era una buena pregunta. Por fin el chico iba a servirle para algo.

—Yo... Sí —respondió Vega con un suspiro—. Eh, no te sientas mal, encontrarás a una chica adecuada para ti y entonces te alegrarás de no haber salido conmigo.

—Eso no es verdad. Por muchas chicas con las que esté, ninguna se igualará contigo. Perdona si te he molestado. Espero que no estés incómoda el resto de la excursión.

—Oh, no, para nada —aseguró la joven.

—Volveré primero —dijo Fernán.

—Claro.

El chico se fue cabizbajo. No le extrañaba que estuviera triste, acababan de largarlo sin contemplar siquiera la opción de estar con él. Sabía cómo podía estar sintiéndose en aquel momento.

Solo que él no era un chico que no sabía lo que quería, eso lo sabía muy bien y estaba dispuesto a pelear por ello. Al cabo de un rato, en el que Vega se quedó mirando el vacío con una expresión que le partió el alma, decidió alejarse por donde había venido intentando que no lo oyera.

Más tarde, escuchó a las chicas gritar de alegría en el baño al conocer que su amiga había recibido una confesión, aunque después de una serie de murmullos dejaron de emitir sonidos tan agudos y entendieron su decisión.

—Era lo mejor.

—Sí, si no te gusta... Mejor no darle falsas esperanzas.

Cómo cambiaban las mujeres de opinión de un momento a otro, se dijo.

Y él también lo había hecho.

¿De no ser así, por qué estaba debajo de la ventana del cuarto de baño de las chicas tratando de escuchar lo que decían ella y sus amigas?

—Un acosador. Esa chica me ha convertido en un puto acosador... —susurró pasando una mano por su cabello mortificado por las acciones que había cometido recientemente.

—¡Salgamos este fin de semana! —manifestó con ímpetu María.

Sabía lo que decía cada una porque era capaz de reconocer sus voces.

—¿Este finde? No sé... —respondió indecisa Vega.

—Va, será divertido —animó Noa—. Vayamos a la playa con Gero y Marc. Y que traigan algunos amigos. Pasemos el día todos juntos —propuso.

—Sí, claro. Y yo de sujetavelas —se quejó la chica que le estaba sorbiendo el seso.

—No. Les diremos que traigan a algunos amigos. No muchos, eso sí.

—Está bien. Hagámoslo —cedió—. Pero que conste que no me pienso enrollar con ninguno de ellos.

Vaya, eso era un alivio... Pensó con sarcasmo debido a que la idea de Vega en la playa rodeada de tíos que le babearían detrás no le había gustado un pelo.

—Y por la noche... ¡discoteca! —zanjó María con un grito que las otras secundaron.

Ay, Dios. No podía seguir el ritmo de los adolescentes de hoy día. Una cosa era saber que tenía como competencia a un ex y a un amigo, que él sospechaba, estaba un poco bastante colado por ella, pero ¿un grupo de chicas de fiesta? Los tíos se lanzarían sobre ellas como buitres y ante eso no había nada que pudiera hacer.

El método carroñero funcionaba a esas edades porque no les importaba con quién se liaran, solo les importaba que la persona fuera mínimamente atractiva.

Y si la chica o el chico eran guapos de verdad, como Vega, entonces podían elegir, como si de un surtido de bombones se tratara, entre todos los que se les ofrecían.

¡Sí, joder! Le sentó como el culo escuchar sus planes del fin de semana. Y sí, eso le hacía sentirse como un puto abuelo. ¿Por qué tenía que llevarse diez años con la persona que le gustaba?

Pero eso le hizo reflexionar también, ¿cambiaría algo el hecho de que salieran juntos? Ella continuaría teniendo los mismos amigos y, como tendrían que mantenerlo en secreto, haría planes como aquel con ellos. Por otra parte, saber que estaba con él le daría un poco de seguridad ante ese tipo de situaciones.

¿O no?

¿Cómo había llegado al punto de que una niña de diecisiete años, una estudiante de instituto, ni más ni menos, le minara la moral de aquella forma? ¡A él! Por el amor del cielo, que había trabajado muchos años en el mundo de la noche, viendo de todo, y ahora...

—Para lo que has quedado, Javi... —se recriminó en un murmullo.

Antes de que se dieran cuenta de su presencia, se alejó caminando despacio con las manos en los bolsillos. Enseguida sería la hora de volver a reunir a todo el grupo para poder dar comienzo a las actividades de la tarde.

—¿Os parece bien hablar así de una compañera solo porque ha rechazado a un amigo? —escuchó a Alberto, el tutor del curso, muy enfadado. No recordaba haberle oído una palabra más alta que otra en el tiempo que hacía que trabajaban juntos. ¿Qué estaba diciendo? Se acercó con parsimonia al lugar del que provenían las voces—. Ya no una compañera. Una chica, cualquier chica. —Se encontró con el grupo de monos hormonados sentados en el césped, con la cabeza gacha mientras el profesor les echaba un buen rapapolvo—. Porque no quiera estar con uno no la convierte en una persona distinta. —Al acercarse, Alberto se giró a ver de quién se trataba, aunque continuó dirigiéndose a los chavales—. Sigue mereciendo que mostréis el mismo respeto que antes. Me parece que necesitamos tener una buena charla durante las próximas tutorías.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—Sí, estos muchachos todavía necesitan unas cuantas lecciones sobre feminismo. Los he pillado hablando mal de una compañera que no ha querido salir con uno de ellos.

—Eso está muy mal, chicos —tomó la palabra—. Pensad en si os gustaría que sucediera lo mismo a la inversa. No sé qué ha sido, pero imaginad lo que habéis dicho dirigido a vosotros. ¿Os gustaría?

—No —hubo consenso.

—Entonces no es algo para decir acerca de otra persona, ¿no creéis? —añadió.

—Pues que no vuelva a ocurrir —sentenció Alberto—. De todas formas, quiero que cada uno de vosotros haga un trabajo sobre qué es el feminismo a entregar dentro de una semana a partir de hoy. Y hablaré con vuestros padres acerca de esto.

Cuando el profesor y tutor dejó de hablar, ambos se retiraron dirigiéndose juntos hacia el punto de reunión.

—Vaya, sí que has sido duro con ellos.

—Es que no soporto ese tipo de comportamientos, en serio. ¿Tan mal estamos que continúan con esa mierda? Si una chica no me quiere como yo a ella es una calentabraguetas y una puta. ¡Me enerva!

—¡Joder! ¿Eso decían?

—Poco más o menos. ¿Tú te crees?

—Esos muchachos no tienen cerebro —señaló.

—Pues no. Y lo que más me molesta es que hablaban así de Vega Williams, ¿sabes? Con lo mal que lo ha pasado esta semana, como para que empiecen a circular rumores sobre ella por culpa de esos cinco...

Se quedó paralizado al escuchar eso último, ¿cómo no lo había deducido antes? Aquel era el grupo que llevaba todo el día rondándolas. Había echado a Fer de su lado en el autocar y hasta había presenciado la forma en la que lo rechazó. ¿Y ese niñato se atrevía a hablar mal de ella?

Oh, iba a hacerlo puré. Lo cogería por banda y... ¿Qué iba a hacer? No podía. Debía tratar el tema como había hecho Alberto, como profesor.

—Estos *niños* están a punto de cumplir la mayoría de edad —comenzó a hablar sin saber muy bien a dónde iría a parar exactamente—. ¿Quizás deberíamos comentar este incidente con la dirección y ver si quieren tomar otras medidas? Como una charla o algo así. Solo pienso en voz alta...

—Esa es una muy buena idea —alabó su compañero—. Porque es cierto, en breve serán considerados adultos y no pueden ir así por la vida.

Por la tarde se fijó especialmente en aquel par de adolescentes, quienes se habían emparejado para las actividades del día con Vega y Noa. Durante la prueba de orientación, no vio nada extraño por parte de los dos muchachos, ni de ninguno de los de su mismo grupo. En realidad, todos parecían estar haciéndolo bien con sus compañeras.

Él estaba cerca del tiro con arco cuando el grupo compuesto por Noa, Abel, Vega y Fernán llegaron. Sergio, el monitor, fue el encargado de explicarles qué

hacer y cómo. Lanzaron sus flechas y le enorgulleció ver que Vega acertó más veces en el centro de la diana que cualquiera.

Los juegos de orientación tendrían una puntuación por equipos, además de que en cada minijuego se mediría quién lo hacía mejor a nivel individual. Eso era algo que los alumnos aún no sabían y que revelarían al finalizar la jornada. Los profesores y los monitores pondrían los resultados en común y de allí saldrían los nombres de los ganadores. Sin trampa ni cartón.

Al terminar el día, no podía dejar de sonreír al comprobar que Vega fue la ganadora de más de un minijuego durante la orientación, por lo que le dieron los diplomas correspondientes. Debido a ello su equipo resultó ser el ganador de la tarde.

Al volver en el autocar, molidos por las actividades del día, se percató de que volvía a ocupar el mismo lugar que antes. Una vez en marcha se acercó y, de nuevo, la encontró durmiendo. Ya que Alberto y Greta no dejaban de hablar decidió tomar asiento a su lado, cruzó los brazos e inclinó la cabeza hacia abajo para aprovechar el trayecto y dormir también.

## Capítulo 10

Si el sábado anterior pensó que fue un día largo, este no tenía nada que envidiarle. Para empezar, sus amigas quisieron pasar el día en la playa con sus novios y algunos amigos de estos. Como Vega no estaba interesada en convertirse en lagarto y adoraba el agua, llevó su tabla y dedicó gran parte del día a pensar y a relajarse mientras remaba. Lo necesitaba. Aunque no podía negar que tenía el cuerpo molido todavía por las actividades realizadas en la excursión del otro día.

Para cuando regresaron, quedaron todas en su casa a tomar una ducha y arreglarse para salir desde allí y encontrarse con los chicos en el lugar acordado. El plan era primero ir a cenar y después a tomar algo.

Su madre y su tía Raquel, que tenían el día de fiesta y habían estado descansando en casa, las acompañaron mientras se vestían y arreglaban como dos adolescentes más.

—¿Así que te pidió salir ahí mismo, en la excursión? —preguntaba su madre que todavía no podía creerse lo que había pasado con Fer.

—Ahí mismo —corroboró—. Me pidió que fuera aparte, pero...

—Ay, hija, qué tarde más incómoda para todos —reflexionó su tía bufando al tiempo que se recostaba con un codo sobre la cama.

—Pues sí —estuvo de acuerdo Noa, comprobando en el espejo de cuerpo entero del armario si la minifalda le quedaría bien—. Fue raro al principio, pero después nos metimos en el juego y bien, ¿verdad?

—Sí, luego sí —confirmó Vega.

Estaba quitándose un suéter que había seleccionado antes que no le terminaba de convencer al verlo puesto.

—Ay, y cómo nos reímos cuando el profe lo echó de tu lado en el autocar —añadió María mirándolas por un momento a través del pequeño espejo redondo que estaba usando para maquillarse.

—¿Qué? —Se le congeló la sangre.

Se terminó de colocar un top negro muy apretado que le llegaba justo por debajo del pecho y que se ajustaba a su busto sin moverse. ¿Por qué no se había enterado de eso hasta ahora? ¿A qué profe se referían?

—¡Es verdad! Se me había olvidado —exclamó Noa con entusiasmo—. Espera, creo que tengo una foto por aquí... —Buscó en su teléfono móvil—. ¡Ajá!

Su amiga giró la pantalla para mostrarle la imagen que había inmortalizado donde se la podía ver durmiendo en el autocar y a Javier haciendo lo mismo a su lado, con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza inclinada hacia el torso. Le faltaba un sombrero mejicano para ser como uno de aquellos de las películas del Oeste que andaban echando la siesta aquí o allá.

—¿De cuándo es esto? —exigió saber—. No me dijisteis nada en la excursión. Ni me enviaste esa foto con las demás...

Estaba a punto de hiperventilar.

—Ya te he dicho que se me había olvidado —se disculpó ella a su forma habitual.

—A ver, a ver... —Su madre y su tía, con el modo cotilla activado, le quitaron el teléfono de las manos y se dedicaron a ampliar su cara para ver si le colgaba un poco de baba.

Con el top se sentía demasiado expuesta así que decidió cubrirlo con una camiseta de algodón sin mangas ni costados que se ajustaba a la cintura, pero que tenía cierta holgura, de modo que quedaba como el bajo de un bombacho, se sentía más cómoda así. Con el pantalón corto negro y elástico que había escogido, solo le restó calzarse unas sandalias con un poco de cuña y ya estaba lista.

—El profe vino porque Fer se había sentado a tu lado empujado por los otros, ¿sabes? Y lo echó de nuevo hacia atrás. Supongo que se sentaría allí para que no volviera —explicó María.

Todavía digiriendo la noticia se sentó rígida en la cama. Su madre cogió el cepillo que Noa acababa de dejar en la mesilla de noche y comenzó a cepillarle el cabello.

—Sí, y a la vuelta igual —aseguró Noa, retomando la palabra—. Solo que esa vez no tuvo que echar a nadie —explicó—. Directamente se sentó allí cuando el autocar se puso en marcha y durmió hasta que llegamos, y el profe de educación física lo despertó.

—¡Dios! —Cubrió su rostro avergonzada—. ¿Por qué no me habíais dicho



nada?

—Oye, tampoco es tan malo —intervino su madre al tiempo que le recogía el cabello por un lado de la cabeza con dos pasadores de forma que no le cayera hacia la cara—. Se les pasó —apoyó a sus amigas.

—Volvisteis todos muy cansados —añadió su tía, quién había comenzado a trenzarle un mechón de pelo del lado contrario.

—Por cierto, Noa, ¿le diste las gracias a tu madre de mi parte por traer a Vega a casa? —preguntó su madre.

Tía Raquel y ella unieron la trenza de un lado con los pasadores del otro, creando una especie de diadema que caía con gracia por detrás de su cabeza.

—Sí, dijo que no había por qué darlas —contestó la interpelada dejando por un momento de aplicarse brillo de labios.

Vega se puso la *BBCream* y, como hiciera su madre la semana anterior, usó también un poco de máscara de pestañas. Listo, algo sencillo. Entonces su tía se acercó y le pidió que cerrara los ojos.

—Pero si ya estoy... —protestó con poca convicción.

—Será un momento —insistió la mujer.

De cualquier modo, cerró los ojos y la dejó hacer. Sintió algo frío que delineaba el contorno superior de sus párpados, en la base de las pestañas.

—Ahora sí —anunció tía Raquel—. Listo.

—Preciosa —elogió su madre cuando la miró para que diera su veredicto.

Se miró en el espejo de cuerpo entero y necesitó acercarse para ver qué era lo que le había hecho. Allí, sobre sus ojos, había una línea de color negro que terminaba en la comisura de una forma que parecía agrandar su mirada.

—Me encanta —declaró—. Gracias.

—Vega, deberías aprender a maquillarte —aconsejó Noa.

—Uy, no, no es lo mío. Mejor que lo hagan otros —repuso.

—Cierto —confirmó su madre que la observaba junto a su tía, sentadas en la cama, mientras las dos cabeceaban enérgicamente—. Cuando trata de hacerlo ella, termina en desastre.

—¿Ves? —apoyó las palabras de su progenitora.

A pesar de que estas no hablaban muy en favor de sus habilidades que, por otra parte, eran nulas en cuestiones de maquillaje. Sus amigas terminaron de prepararse y se las veía tan guapas, tan sofisticadas, que no podía evitar sentir que se quedaba atrás. Tal vez fuera una impresión suya, pero veía que una y otra eran capaces de sacar lo mejor de sí mismas para mostrarlo al mundo mientras que ella, si no era porque las tenía cerca para guiarla y acompañarla, poco tenía

que ofrecer por su cuenta.

Vega estaba orgullosa de sus amigas. Así, arregladas, se convertían en verdaderos pavos reales orgullosas de su plumaje. Estaba convencida de que un día se comerían el mundo.

—Uy, Gero dice que ya están de camino —anunció María tras revisar sus mensajes.

—Esperad, hagamos una foto —pidió su madre—. Estáis tan guapas las tres...

—No hará falta que lo digas dos veces, Noa es incapaz de pasar un día sin hacérselas... —se mofó con cariño a la afición de su amiga por los *selfies* de espejo que se hacía prácticamente cada mañana.

—Venga, poneos juntas —dijo su tía.

Las tres se unieron en un abrazo grupal con Noa en medio mientras María y ella pegaban las mejillas a la suya tratando de abarcar con los brazos hasta el otro lado. Entre risas hicieron unas cuantas más en distintas posiciones que iban pidiéndoles su madre y tía Raquel o la propia Noa, la experta en el tema.

—Bueno, nos vamos —zanjó la sesión improvisada.

—Sí, sí. Cualquier cosa nos llamas —articuló su madre mientras ella se acercaba a besarla en la mejilla para despedirse.

Sus dos mejores amigas hacían lo mismo justo después de ella.

Al salir a la calle se cubrió con la chaqueta tejana que había escogido para aquella noche; cruzado en bandolera llevaba un bolso pequeño de tela, negro, de su madre, con una cadena plateada por correa y en el que llevaba el teléfono, las llaves y un también discreto monedero.

—¡Parece que te aburres!

Mateo, un amigo de Gero, el novio de María, se acercó a su oído para que pudiera escuchar lo que decía por encima de la música. A Vega le parecía una mala copia de James Dean con ese intento de tupé despeinado tan de moda esa temporada y la chupa de cuero marrón, aunque esperaba que fuera una imitación, con una camiseta de algodón estilo marinero blanca con rayas horizontales azul marino y pantalones de vestir blancos, doblados para que quedaran por encima del tobillo.

Ese tipo de chicos la ponían nerviosa. Era como si salieran de una sesión de fotos de una revista de moda o como si esperaran ser descubiertos por algún agente al más puro estilo hollywoodiense. Y no sabía cómo tratar con alguien así, quién parecía una mera y artificial fachada.

—Oh, no —negó con la cabeza con energía al tiempo que gesticulaba con la cara para enfatizar su respuesta.

—¿Por qué no bailamos?

En aquel momento estaban poniendo algunas canciones cuyos movimientos eran más conocidos y marcados, lentos y sensuales, que las parejas del local parecían disfrutar. Vega se había quedado a un lado de la pista, pegada a la pared, cerca de donde el grupo había permanecido desde su entrada en el local.

Por algún motivo no les habían pedido identificación y eso que las tres eran menores de edad; sin embargo, allí estaban. La cena había sido entretenida, los amigos que acompañaban a los novios de María y Noa eran bastante divertidos, hablaron de deportes de agua, de la universidad a la que todos asistían, del instituto... Un poco de todo.

Al llegar a la discoteca enseguida la música las arrastró a la pista de baile y allí había estado con sus amigas hasta hacía un rato. En aquel momento, del grupo que habían acudido juntos, solo Mateo y ella se encontraban a un lado. El resto estaban desperdigados, unos ligando, otros bailando.

No supo de qué forma negarse sin parecer una borde así que, cuando le pasó una mano por la espalda y la alejó de la pared para que bailaran, lo permitió. La colonia que emanaba del universitario no encajaba con la imagen que daba, tenía un olor fuerte, penetrante, mientras que él era de complexión más bien delgada y aniñada en cierto modo. Era solo un par de dedos más alto que ella por lo que, al bailar, sus rostros estaban casi a la par.

—¿Te gusta? —preguntó Mateo.

Vega no tenía palabras, estaba demasiado ocupada en tratar de mantener cierta distancia ya que veía su cara cada vez más cerca. Al punto en el que tuvo que girar la cabeza y sintió el roce de su nariz en el cuello. Por suerte, los otros tres amigos solteros de Marc, el novio de Noa y de Gero, regresaron en ese momento y escapó de un tirón.

La música cambió y una canción más movida se abrió paso por las vibraciones del local y los altavoces. Ricard, el más alto de ellos, jugador de baloncesto y ligón empedernido, le tomó la mano y comenzó a bailar delante de ella. Era difícil resistirse a una sonrisa como la suya, indolente como pocas, ese chico estaba muy seguro de sí mismo y no tenía reparos en mostrarlo.

—Así, así —animó él cuando le siguió el ritmo.

El muchacho era un caradura, pero era tan sincero al respecto y su personalidad tan deslumbrante que estaba convencida de que pocas veces le salían mal las cosas.

—Por la sonrisa que traías cualquiera diría que has triunfado.

—Eso tendrás que decírmelo tú. —Le lanzó una mirada perspicaz.

—Conmigo no. —Vega rio al ver la cara de puchero que compuso el universitario ante su respuesta.

Ricard era terrible, desde luego. Solo una chica que estuviera dispuesta a perder el corazón pondría sus miras y esperanzas en él. Ella no era esa chica.

—¿No estabas ni un poco celosa después de todo el tiempo que me he ido? —preguntó él sin dejar de bailar.

Vega se percató de la intensa mirada con la que Mateo los observaba, aunque decidió ignorarlo.

—Estar celosa por lo que haga un chico como tú es un error —replicó.

—¿Y tú no los comentas? —En esta ocasión habló muy cerca de su oreja después de tomarle la mano y tirar de ella de modo que quedaron muy juntos por un instante, casi como en un abrazo.

—Con los amigos de los novios de mis amigas, no.

—¿Entonces con quién? —preguntó de forma cómica, como si descartando esa opción ya no quedara nadie más.

Vega no pudo esconder la risotada que le produjo ver las reacciones del muchacho a sus respuestas. Era un chico poco serio en cuanto a relaciones, él mismo y todos sus amigos lo recalcaron durante la cena. Su encanto consistía en eso mismo, derrochar sentido del humor, sonrisas y miradas sensuales mientras dejaba claro lo *enfant terrible* que era y, si alguna chica mordía el anzuelo, sabía a lo que atenerse y debía lidiar con las consecuencias por sí misma.

—Tengo sed —dijo antes de separarse para dirigirse a la barra.

Al momento notó unas manos a ambos lados de la cintura. Por encima del hombro comprobó quién era. Ricard y su sempiterna sonrisa. Avanzaban con paso lento entre la gente, de alguna parte se le cruzaron un grupo de chicas que no pudo esquivar y la arrollaron. Por suerte, el universitario que estaba tras ella la sostuvo para que no cayera. Ellas, al darse cuenta del accidente, se disculparon antes de alejarse a toda prisa.

—Quédate quieta —pidió el muchacho manteniéndola en aquella postura.

—¿Por qué?

Cuando vio su rostro acercarse de forma peligrosa a ella, interpuso la mano y le giró la cara sin delicadeza.

—Eres un caradura —lo regañó—. ¿De verdad pensabas que iba a picar?

—Nunca se sabe, pequeña, nunca se sabe —pronunció aquellas palabras con una voz sensual destinada a derretir a cualquier mujer, aunque a ella le causó una

risa incontrolada.

A punto de llegar a la barra sintió una mano en el brazo seguida de un tirón que la llevó a aterrizar contra el torso de Mateo, que miraba de forma peligrosa a su amigo.

—Déjala en paz —exigió con tono gutural—. Ella no es uno de tus juguetes.

Antes de que el otro respondiera se zafó y encaró al primero.

—No soy un objeto con el que nadie pueda jugar —dijo exasperada—. Que os quede bien claro —advirtió señalando a uno y otro con el dedo—, no me voy a liar con ninguno —declaró para dejar constancia.

Y aprovechó el momento en que ambos se quedaron atónitos por su respuesta para escabullirse entre la gente y alcanzar la barra lejos de donde se encontraban ahora. Una mano se cerró en torno a su brazo y la apresó deteniendo su avance. Se volvió para encontrarse con la determinada mirada de Mateo.

—Que me dejes —exigió dando un tirón para liberarse antes de poder proseguir su camino.

Varios metros más adelante respiró tranquila al comprobar que su orden había surtido efecto. En otra ocasión hubiera hablado con Noa y María y se habrían ido de allí las tres, pero sus amigas estaban tan acarameladas con sus parejas que no quería aguarles la fiesta. Le constaba que hacía tiempo que apenas podían verse por estar a punto de llegar la época de exámenes. Debería buscarlas y decirles que se iba a casa. Salir así no era divertido. Ella quería bailar y pasarlo bien. Nada más.

—¿Qué va a ser, cariño?

Pidió un refresco de limón a la camarera que se acercó sonriente a atenderla y esperó su regreso. Pagó en el acto y enseguida comenzó a beber el contenido.

—¿Me dejas que te invite a uno de esos?

Un chico de unos veintipocos años, con cabello rizado peinado hacia un lado y mirada perversa, embutido en una camisa amplia con el cuello abierto que le daba aspecto de miembro de la mafia asiática, colocó una mano en la barra, acorralándola.

—Estoy bien. Gracias —respondió y giró la cara ignorándolo.

Continuó tomando sorbos de la pajita haciendo caso del consejo de su tía de coger el vaso en las discotecas por la parte superior, de forma que la palma hiciera las veces de cubierta.

—Entonces deja que te invite a bailar.

—No me apetece —repuso sin mirarlo.

—Quizás sea mejor que vayamos a otro sitio. —Puso una mano en su brazo,

pretendiendo acercarse—. Una chica como tú...

—No me toques. —Se apartó de su contacto y comenzó a alejarse.

De pronto sintió un fuerte agarre en la muñeca, miró el lugar y levantó la vista hacia la cara del tipo. Estaba enfadada, más que eso, furiosa. Comenzó a sentir el bombeo de la sangre debido a la adrenalina dispararse por todo su sistema.

—¡Tú! No me ignores —dijo entre dientes el tipo, tal parecía que estuviera a punto de salirse de sus casillas.

—Suéltame ahora mismo —exigió con ferocidad.

Si había algo que no soportaba era esa clase de tíos. Los dedos de él ejercieron más presión sobre su muñeca, le estaba haciendo daño. No le gustaba tener que hacerlo, pero tendría que darle un bofetón si continuaba agarrándola.

—Te ha dicho que la dejes ir —reconoció la imponente voz al instante.

Javier apareció de entre la multitud y cogió al chico del mismo modo que él la estaba sujetando a ella. En pocos segundos el otro la soltó.

—¡Está bien! —acordó liberándola—. De todas formas, es una frígida, te la puedes quedar —espetó.

Con una diabólica mirada, Javier continuó presionando el brazo del infeliz que comenzó a caer de rodillas. Visiblemente desesperado lanzó un puñetazo que el profesor detuvo sin problema. Ahora lo sujetaba por los dos antebrazos, se los retorció de dentro hacia fuera arrancándole un gemido de dolor.

—Es suficiente —dijo Vega poniendo una mano sobre el hombro del profesor.

—No lo dejaré ir hasta que se disculpe. —Su voz era tan afilada como dura.

—¡Perdón! —espetó con la voz algo más aguda el tipo que la había estado molestando.

—¿Qué más? —exigió Javier. La cara del otro comenzó a contraerse—. ¿¡Qué más!?! —preguntó apretando la mandíbula y acercando peligrosamente el rostro al del chico que buscó su ayuda con la mirada, asustado.

Toda su pedantería, su porte de gallo de corral, se había ido al traste igual que su estudiado peinado.

—¡Lo siento, lo siento! No lo volveré a hacer. No volveré a molestarte.

—Eso está mejor —murmuró el profesor dejando ir al chico que en ese momento temblaba al mismo tiempo que frotaba sus antebrazos.

Consciente de que estaban llamando la atención de aquellos que los rodeaban, Vega se escabulló. Tenía que salir cuanto antes, necesitaba aire con urgencia.

Y aunque agradecía su intervención con el mafioso, en el interior de su cabeza solo había espacio para el pánico mientras escuchaba una única pregunta: ¿Qué hacía él allí?

## Capítulo 11

¿En qué estaba pensando? El alto volumen de la música comercial con el potente latido del bajo que hacía vibrar cada superficie y objeto del local hacían que se sintiera fuera de lugar por primera vez en mucho tiempo. Javi sabía divertirse, había pasado muchas veladas interminables de fiesta con sus amigos, no obstante, aquella noche no estaba de humor.

Y como no lo estaba debería haber hecho lo que pensó en un principio y, después de cenar con Pedro, Mario, Alba, Marina y Mónica, volver a casa. Pero ellos habían insistido en hacer que se divertiera para que se le pasaran la aspereza y el mal genio, cosa que no estaban consiguiendo. Ni por asomo.

Había tenido una semana de mierda y la cosa no hacía más que empeorar. La falta de sueño que estaba sufriendo hacía que, además de malhumorado y enfadado, estuviera irascible.

—Creo que nunca te había visto así. —Pedro puso una cerveza en su mano. Era un poco más bajo que él. Su barbilla le llegaba al hombro, fijarse en esa diferencia, de repente, le hizo pensar en Vega. Por lo general, su cabeza le llegaba a la altura del mentón, pero el sábado anterior...—. ¿Me estás escuchando?

Su amigo reía incrédulo cuando fijó la mirada en él. No se parecían demasiado. Llevaba un corte de cabello a la moda con cierto aire militar; él, al contrario, se lo había dejado crecer un poco de forma que le cubriera las orejas y la frente cuando iba a trabajar. De hecho, entre semana apenas se peinaba más que con los dedos. En cambio, los fines de semana, lo peinaba hacia los lados o hacia atrás y despejaba su rostro, solo entonces podía ser él mismo.

—No demasiado —declaró lacónico llevándose la botella a los labios para beber un sorbo.

—Dinos de qué se trata. A lo mejor podemos ayudarte —ofreció Mario.

Aquellos dos habían sido sus amigos desde que fueron juntos al instituto.

Incluso ahora que todos se habían mudado de casa de sus padres y trabajaban en distintos sectores, continuaban en contacto. Pedro era abogado y vivía con Alba, su novia, Mario era jefe de sección en unos grandes almacenes donde había conocido a Marina, su pareja.

—¿Vosotros no habíais venido aquí acompañados? —Trató de desviar su atención hacia otro foco que no fuera él.

—Sí, están bailando. Ahí mismo —señaló Pedro con la botella.

Los tres estaban sentados en una zona destinada a ese fin, alejada de los altavoces y con un gran banco que recorría toda la pared, donde las parejas aprovechaban para darse el lote. Allí podían hablar sin necesidad de gritarse al oído. Mario sacó el teléfono del bolsillo del pantalón y tras tocar la pantalla lo guardó de nuevo.

—Era Héctor, que está saliendo de trabajar ahora. Me ha preguntado dónde estábamos. Viene de camino.

Mario compartía piso con Héctor, que aquella noche no había podido unirse antes a ellos porque estaba trabajando, era teleoperador. De algún modo había encajado de forma gradual con ellos y había pasado a formar parte del grupo.

—¿Entonces qué? ¿Nos vas a explicar qué te pasa o tendremos que emborracharte para sacártelo? —quiso saber Mario.

—No es...

—No digas que no es nada o te juro que te rompo la botella en la cabeza —amenazó Pedro.

—Para ser abogado eres demasiado violento —señaló—. ¿Dónde ha quedado el uso del diálogo? —respondió con una pulla.

—Eso es para el trabajo. Además, podría utilizar tu comportamiento como un atenuante por lo que dudo que, de hacerlo, se me condenara a algo más que a una disculpa. Nos podemos ahorrar los trámites —dijo con suficiencia.

Sus amigos no quitaban el ojo de encima a sus novias que bailaban a unos metros delante de ellos y no pudo evitar un resoplido de frustración.

—Está bien —cedió—. ¿Recordáis que la semana pasada Roberto me pidió que le echara un cable?

—Tu exjefe, sí —replicó Mario volviéndose hacia él con interés. Pedro lo imitó.

—Pues salí a actuar y todo bien, incluso me gustó la chica que eligieron de entre el público para el número.

—Ajá —Pedro lo instaba a continuar con su relato.

—El caso es que ella llevó un antifaz durante toda mi actuación que tenía que



quitarle al terminar. Cuando lo hice...

—¿Sí? —Mario se acercó todavía un poco más para escuchar.

—Resultó ser alguien a quien conocía —reveló.

—No jodas. Creí que ibas a decir que era un orco y que te la habían jugado.  
—Rio Pedro.

—No. Nada de eso.

—O sea que, entonces... ¿era guapa? —preguntó Mario siendo pragmático, como siempre.

—Sí. Pero me quedé descolocado. Nunca la había mirado así. Estaba diferente. Y ella no conocía esa parte de mí.

—Ah, entiendo. —Pedro bebió su cerveza y los otros dos repitieron el gesto—. Hay más, ¿verdad? No puedes estar así solo por eso.

—Sí. Ella también se sorprendió. Le pedí que no dijera nada, pero no podía quitarme lo que había pasado de la cabeza. Joder, que ya sabéis cómo son esos números, bastante sexys. Sentí que había conseguido excitarla y luego... —Se frotó la cara con la mano libre—. El lunes quedamos para hablar —continuó explicando—, quería asegurarme de que comprendiera que no debía hablar de lo del sábado con nadie —aclaró—. Y la cagué.

—¿La cagaste? —Mario alzó las cejas, perplejo.

—¿Qué quieres decir? —interrogó Pedro.

—Me acosté con ella —declaró.

—¡Vaya!

—¿¡Qué!?

Ambos exclamaron al mismo tiempo.

—No es como si fuera algo que planeé. Simplemente ocurrió. Y fue genial. Ella parecía estar bien con eso también. Pero luego, no sé qué pasó, se echó atrás y dijo que mejor olvidáramos todo. Y me estoy volviendo loco.

—Joder —silbó Mario.

—¿Tiene novio? —Pedro siempre buscando conocer cada dato, defecto profesional, suponía.

—No. Fue lo primero que pensé, pero no. Su ex quiere volver, eso sí. Y también me consta que hay un par de tipos interesados en ella. Pero nada serio.

—Entonces no lo entiendo —expuso Mario.

—Pero ¿tú quieres volver a acostarte con ella, salir juntos o qué? —volvió a intervenir Pedro.

—Sí, porque hace mucho que no te planteabas tener novia y menos salir con alguien —añadió el otro.

—Yo... No lo sé —admitió—. No me la puedo quitar de la cabeza. Pensé que saldríamos, claro, pero las cosas no son tan sencillas —dijo mirando su bebida, luego dio un largo trago.

—Ah, ¡tenéis que venir a bailar! —Marina llegó falta de aliento y besó a Mario recostándose en su pierna.

Ella le quitó la botella de las manos a su novio, dio un trago y se la devolvió con total confianza. Tras darse un beso más profundo, regresó a la pista con las otras dos mujeres que los acompañaban. Siguió sus pasos y su mirada se cruzó con la de Mónica, que se sonrojó, tomándolo por sorpresa. Apartó la mirada hacia otro lado, al extremo más alejado de la pista y encontró a otro grupo de mujeres que bailaban muy unidas.

La gente les hacía espacio alrededor. Sonrió al ver la situación desde aquella perspectiva. Parecían tres gacelas a punto de ser devoradas por una jauría de tigres hambrientos. Desde luego ir a una discoteca era como ver un documental de animales salvajes.

Se fijó en la de la camiseta blanca que resaltaba entre las otras, vestidas en tonos oscuros. Tuvo una sensación de familiaridad al ver cómo se pasaba la mano por el pelo. ¿Podría tratarse de alguien que conocía?

—¡Eh! ¿Qué pasa? —Mario se apoyó en él para acercarse tratando de ver lo que le había llamado la atención

Continuó observando al mismo punto esperando a que se volviera para poder verle la cara y despejar sus dudas acerca de si se trataba de alguna conocida. La sensación de que aquella persona le resultaba familiar aumentó. Estaba casi convencido. Si solo pudiera ver...

—Nada, solo... —La mujer giró con una sonrisa de oreja a oreja cambiando posiciones con una de las que la acompañaban—. No me jod...

Sintió cómo la sangre de su cerebro lo abandonaba. Por un momento se quedó en blanco. ¿¡Qué cojones estaba haciendo Vega allí!? En aquella discoteca no se permitía la entrada a menores de edad. Pero era ella, estaba seguro. Y fijándose en las otras dos que la acompañaban, sin duda eran María Linares y Noa Agullón, sus amigas. Se llevó una mano a la boca y apretó con fuerza los dedos para dejarla caer refregándose la incredulidad y la duda que lo atravesaron al mismo tiempo.

—¿Qué es? —Pedro se puso a su altura.

Fueron tantas las emociones que le cruzaron la mente, las preguntas, las ideas acerca de cómo hacer frente a esa extraña y perturbadora coincidencia que, de pronto, lo invadió el cansancio. Con un suspiro de aceptación pensó que debía de

tener la peor y más mala suerte por encontrarla cuando había salido con sus amigos para intentar que su imagen y su recuerdo salieran de una vez por todas de su cabeza.

—Está aquí —anunció abatido.

Y sus palabras sonaron como una sentencia. De acuerdo, se dijo, lo entendía. Estaba condenado. Y esa era su penitencia. ¿Ahora qué?

—¿En serio?

—¿Sí?

—¿La tía que te ha dado calabazas?

—¿Quién es?

Sus dos amigos se pisaban el uno al otro las frases, con una curiosidad inusitada en ellos.

—Tienes que presentárnosla.

—Sí, quiero conocerla.

—Está allí, con unas amigas —dijo derrotado.

—¿Dónde, dónde?

—Las tres que bailan juntas. Allí, al fondo. A la derecha del todo, cerca de la pared.

—Sí, ¿quién es?

—La del suéter blanco —puntualizó.

Mario y Pedro buscaron el lugar que había indicado, él agachó la cabeza, avergonzado. No solo porque ella le hubiera dado puerta, por lo que había hecho. Además, sabía que sus amigos no eran tontos y podrían deducirlo en un santiamén.

—¿Esa? —preguntó Mario.

—Está... Muy bien —alabó Pedro.

—Oye. —Mario retomó la palabra—. No te parece... ¿Cómo lo diría?

—¿Joven? —aventuró el abogado.

—Sí, eso —confirmó el otro—. Había pensado que debía tratarse de alguna profesora o algo así. —Emitió una carcajada forzada—. Oh... —De pronto, lo vio en su mirada, se iluminó—. ¡No! —Anonadado, buscó la confirmación en su rostro.

—No me digas que tú... —Pedro pensaba en voz alta—. ¡No me jodas!

Mario se levantó y se colocó delante formando un triángulo antes de inclinarse, agarrarlo de los hombros y zarandearlo al tiempo que, manteniendo el tono bajo, le pedía explicaciones.

—¿¡Te has enrollado con una alumna!? ¿Estás loco? ¿Se te ha ido la puta

pinza?

La música era algo más lenta ahora, no tan estridente. El esfuerzo de mantener la voz bajo control estaba provocando que a su amigo se le hinchara el cuello y la vena de su sien comenzara a sobresalir. Era algo que solo le ocurría cuando se enfadaba.

—Eh, aspirante a Hulk —intervino Pedro, apartando las manos del otro de él para que dejara de zarandearlo—, suéltalo. ¿Es cierto? —Se volvió a mirarlo directamente a los ojos.

Sin argumentos ni ganas de esconder la verdad, movió la cabeza arriba y abajo.

—Desde luego, Javi, mira que la cagas pocas veces, pero cuando lo haces... —recriminó Mario.

—Sí. —Ni siquiera iba a intentar defenderse.

—¿Es menor de edad? —preguntó Pedro con tono neutro.

—Sí —admitió.

—¿Cuánto? —continuó con el interrogatorio.

—Tiene diecisiete.

—Diecisiete —repitió Mario—. Me cago en la puta, Javi...

—¿Curso? —Su amigo abogado continuaba con las preguntas.

—Primero de bachillerato —respondió.

—Entonces estará a punto de cumplir dieciocho... —especuló el interrogador.

—¿Y eso qué, Pedro? ¿Qué importa? Es alumna suya. Es menor. Que te pueden empapelar por esto, Javier, por Dios.

—Importa, Mario. Porque, para empezar, fue consentido. ¿Verdad? —buscó que le confirmara ese dato.

—¡Claro! —espetó.

—Pues eso, consentido y a punto de cumplir la mayoría de edad. Legalmente hablando, una demanda no prosperaría.

—Vamos, letrado, no me jodas —bufó Mario.

—Sé que he metido la pata... —comenzó a hablar, quería explicar la situación a sus amigos correctamente, calmar los ánimos.

—¿De verdad quieres salir con ella? —volvió a preguntar Pedro después de quedar un rato pensativo.

Mario retornó a la posición original. En ese momento los tres miraban a la misma persona al otro lado del local que ahora hablaba, muy cerca, con un chico.

—Sí —reconoció.

—¿Cómo se llama? —interrogó Mario.

—Vega.

—Te gusta —añadió el letrado, a su derecha.

—Sí —suspiró—. Me estoy volviendo loco, ¿no? Hace que me sienta como un acosador y un perverso, en serio.

—Pues parece que tienes competencia —articuló el hombre a su izquierda.

—Sí, parece que son conocidos. Deben de haber venido en grupo.

—No sé quiénes son. Las otras dos chicas, sí —explicó—. Pero los chicos que parece que están con ellas, no.

Los tres juntos y en silencio fueron testigos de cómo Vega bailaba con aquel tipo y su intento de besarla. Luego la vieron bailar con otro, más alto, de forma animada, girando y riendo al ritmo de una nueva canción más movida. Al terminar, ella se alejó hacia la barra. La tensión que sentía al verla interactuar con aquellos dos estaba haciendo que su mal humor aumentara. Estaba celoso, comprendió.

—Uy, ¿esos dos se van a pelear? —comentó Mario siguiendo igual que él lo que sucedía en la distancia.

—¡Ja! Tu chica los tiene bien puestos —elogió Pedro al ver cómo enfrentó a los chicos y se alejó sola en otra dirección.

Su chica, le gustaba cómo sonaba aquello. Se esforzó en no perderla de vista.

—¿Me creeríais si os digo que creo que estoy enamorado?

—Enamorado, ¿eh? —Mario lo miró, sabía por su expresión que estaba contrariado.

—Tú nunca has sido de los que juegan con las mujeres —apoyó Pedro.

Continuaba atento a sus movimientos. Por eso no fue difícil darse cuenta de que un tipo la molestaba junto a la barra. Vega lo ignoraba, pero lejos de darse por aludido, el moscardón continuaba.

—Perdonadme un momento —se levantó dejando la cerveza en el lugar que había ocupado hasta entonces.

—¿A dónde vas? —interrogó Mario.

—A espantar a un moscón antes de que me vea en la obligación de aplastarlo —expuso.

—Anda, ve —replicó su amigo.

—A por ella, tío —animó Pedro.

Por alguna razón, su amigo abogado, quien él creía que sería más censor, era el que más lo apoyaba. Y en cambio, Mario, que siempre había sido un poco bala perdida hasta que conoció a Marina y comenzó a asentar la cabeza, había

puesto el grito en el cielo.

Llegó justo a tiempo.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano para no matar a golpes a aquella rata que se hacía pasar por hombre, lo obligó a disculparse por su mal comportamiento y las asquerosas palabras que dedicó a Vega. Para cuando terminó con él estaba en el suelo, arrodillado y gimiendo de dolor. Pero al volverse ella se alejaba dando codazos para pasar entre la gente que se había interesado en la escena.

La alcanzó cerca de los lavabos y le cortó el paso. Ella trató de escabullirse, pero se lo impidió colocando una mano por encima de su cabeza en la gran columna cuadrada que Vega trataba de rodear.

—¿Se puede saber...? —escuchó los visos de ira en su voz y respiró un par de veces, intentando moderarla—. ¿Tú cómo narices entras en los sitios? —terminó más calmado—. No, no me lo digas. Tu madre, ¿no? —preguntó sarcástico—. ¿Sabe ella dónde estás?

Vega se cruzó de brazos y lo encaró.

—No creo que ella me dijera nada. Y mi tía... Honestamente, creo que, si no lo hiciera, se preocuparía.

—¿No me digas? —Tras un momento de tenso silencio puso los brazos en jarras y suspiró dejando que la tensión de sus hombros se fuera con el aire que expulsó—. ¿Qué estás haciendo aquí, Vega?

—Hemos venido a bailar —contestó.

—¿Hemos? —Alzó una ceja.

—Noa y María, con sus novios y un par de amigos.

—Ya...

—¿Y tú? —interrogó ella.

Una pareja lo golpeó por detrás al pasar por allí de camino al baño y de forma automática pasó un brazo por la espalda de ella para protegerla de que no se diera con la columna. Cuando se dio cuenta ya era demasiado tarde, la estaba abrazando. Vega lo miró con sorpresa, él bajó la vista para disculparse y explicar lo sucedido.

En el instante en que sus ojos se encontraron no pudo continuar reprimiendo las ganas y, acallando la parte racional de su cerebro, la besó. Ella jadeó contra su boca y supo que estaba totalmente perdido.

## Capítulo 12

La boca de Javier estaba quemando la suya, envolviendo sus sentidos, adentrándose hasta los huesos. No sabía cómo había comenzado, solo que tenía aquella necesidad por él. Era absolutamente inapropiado, sí, pero no podía negar que anhelaba sentirlo, abrazarlo, besarlo. ¿Qué iba a hacer?

La pared a su espalda les dio el apoyo y el refugio necesarios para dar rienda suelta a los impulsos que no hacían más que empujarlos contra el otro como dos polos opuestos. Antes de que pensara en lo que estaba haciendo, sus manos acariciaban los costados del hombre, los anchos hombros, y bajaban por su espalda. Él la estrechaba en un abrazo capaz de mantener unida cada parte de su cuerpo que se derretía con solo recordar sus caricias.

Su corazón dejó de pesar, latía tan deprisa que creyó que, de pronto, tenía alas. Le costaba respirar, pero ¿a quién le importaba mientras se encontrara entre sus brazos y tuviera su boca encima de sus labios? ¡Lo había echado tanto de menos! ¿Cómo podía estar tan apegada a alguien en quien hasta hacía una semana no había reparado? Eso era un misterio para Vega.

Las manos de él presionaron su trasero haciendo que sus cuerpos se unieran, con ello pudo comprobar que el profesor estaba tan excitado como ella. ¿Era una locura pensar que los dos deseaban lo mismo? ¿Pero qué era lo que querían? ¿Qué era aquello? ¿Era real? ¿O un pasatiempo?

Él la cogió por las caderas que habían comenzado a moverse de forma involuntaria y las alejó de sí al tiempo que dejaba sus labios huérfanos de su lengua y apoyaba la frente contra la de ella. Los dos tenían dificultades para recuperar el aliento.

—Vega...

—No juegues conmigo —musitó.

¿Qué había dicho? Las palabras salieron de su boca sin pensar. Asombrada por la repentina e inesperada petición, tragó saliva. El profesor la abrazó con

fuerza y sintió su aliento cosquilleándole en el oído.

—No lo hago —respondió en un murmullo.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó afectada en lo más íntimo por su voz, su respuesta y su presencia.

Notó el peso de sus labios a un lado del cuello antes de volver a escuchar su voz.

—No lo sé —contestó él—. Pero no quiero parar. No puedo olvidarme —añadió en referencia a las palabras que dijo el otro día—. No me pidas que lo haga, Vega. Soy incapaz. —Su nariz le acarició el cuello, la oreja y el cabello provocando un estremecimiento que recorrió su ser como un relámpago—. Ah, te he echado de menos.

—Yo también —confesó con un hilo de voz.

—¿Lo dices en serio? —Volvió a unir sus frentes y, fijando las pupilas en los ojos de ella, esperó que respondiera.

—Sí. —Vega enmarcó su rostro con las manos—. ¿Me odias?

—Vayamos a hablar a otra parte —propuso—. Donde podamos estar tranquilos.

Ella aceptó con un gesto de la cabeza.

—Tengo que buscar a María y Noa para decirles que me voy —advirtió.

—Yo también tengo que avisar a mis amigos —acordó—. Te espero junto a la entrada.

Con ese acuerdo se dirigieron cada uno por su lado. Cruzó la pista en busca de la zona en la que deberían estar sus amigas y las encontró bailando juntas. Tomó a cada una por la cintura.

—¡Me voy! —gritó entremedias de ambas.

—¡Vega! —Noa pasó un brazo por su espalda y María otro por su cintura—. ¿Con quién te has enrollado?

—¿Eh? —Su rostro quedó lívido.

—Mateo dice que te ha visto con un tío —explicó María—. Y que parecía que os conocíais de antes.

Todas hablaban a gritos con las cabezas muy juntas debido al volumen de la música.

—¿Tienes novio y no nos has dicho nada? —preguntó Noa.

—No, no es eso.

—¿Entonces qué? —replicó su amiga.

—¿Nos lo vas a presentar? —añadió María con una gran sonrisa.

En vistas de que alguien los había visto no podía negarlo ni continuar



escondiendo aquello, aunque todavía podía proteger al profesor.

—Es algo reciente. Es pronto aún para saber cómo irá.

—Tienes que contarnos cosas de él. —Noa hizo un puchero.

Era cierto, tenía razón. Eran sus amigas y tenían todo el derecho a saber lo que ocurría con su vida, en especial la amorosa. Estaba cansada de callarse aquello para sí. Tomó la determinación de explicarles cuanto pudiera sin implicar, nombrar o inmiscuir directamente a Javier.

—Otro día. Ahora tengo que irme.

—¿Te vas con él? —preguntó María—. ¿Podemos verle?

—Sí, me va a llevar a casa. No, no podéis. Os lo presentaré cuando sea el momento, no os preocupéis —contestó con aplomo.

—De acuerdo. —Noa la abrazó con fuerza y le plantó un beso en la mejilla capaz de perforarle la cara.

María la imitó y luego fue su turno para devolverlos. Con la conciencia más tranquila y liviana, sus pies habrían volado si no fuera por la cantidad de gente que había en el local.

Una vez consiguió salir de la sala al pasillo donde estaba la guardarropía y la gente podía volver a hablar en un tono más normal, fue a recoger su chaqueta tejana y el bolso que había dejado en la consigna.

Caminó hacia la entrada donde había algunas personas desperdigadas aquí y allá. Apoyado en la pared, divisó a Javier, hablando con dos chicas. Una de ellas le acariciaba el bíceps de forma sugerente. Vega se detuvo en seco. ¿Qué iba a hacer? ¿Acercarse como si nada? ¿Marcar territorio diciéndole que o se metía las manos por el culo o se las cortaba?

—Estoy esperando a mi novia, ya os lo he dicho.

La voz del profesor era profunda, firme. Un momento, ¿novia? ¿Había dicho que estaba esperando a su novia? El vuelco que sentía en el estómago no era por culpa de un órgano que hubiera estallado al escucharlo, ¿verdad?

—Oh, no tiene por qué saberlo... —decía la chica que lo estaba sobando sin ningún reparo.

Miró con atención a las dos muchachas. No eran tan altas como ella, de acuerdo, pero sus cuerpos eran como esculturas. Caderas anchas, cinturas estrechas, y apostaba, aunque no podía verlas de frente, que tenían unas tetas grandes, mucho más que las suyas. Además, ellas vestían minifaldas, botas altas de tipo pirata una y de tipo dominatrix la manos-largas, y ambas lucían tops cortos. No dejaban demasiado para la imaginación, pensó.

Comparada con esos dos ejemplares, Vega estaba en otra liga muy distinta,

ellas en la de los superhéroes a la altura de Superman mientras que ella pertenecía al universo de SuperLópez, si no más abajo. Decidió caminar hacia la puerta y salir del local. Pasaría de largo. Sí, eso haría.

—Oh, ahí estás. —Al avanzar, él la vio y se abrió paso entre las admiradoras que le habían surgido para acercarse. Le puso una mano en el cuello y le dio un beso que podría haber sido un tatuaje de fuego—. ¿Te ayudo con la chaqueta? —hablaba mientras le colocaba bien las solapas del cuello y le pasaba un brazo por los hombros para salir.

Los dedos de Javier presionaron por un instante su brazo cuando cruzaban la puerta y se despedían de los porteros.

—Tengo el coche por allí —anunció dirigiéndola calle abajo.

Caminaron así, con su brazo atrayéndola, en silencio. Ni se atrevía a abrir la boca, todavía alucinada con el descaro de aquella chica y las palabras que le dirigió Javier. Novia... Con toda probabilidad solo había usado ese apelativo para poder quitarse a la chica de encima, o sus atenciones. Por otra parte, la manos-largas ni siquiera le dio importancia.

Llegaron hasta el lugar en el que el profesor tenía el coche aparcado y se acercaron por el lado del copiloto. Lejos de dejarla ir, le dio media vuelta haciendo que se recostara contra el lateral. Colocó una mano en su nuca, la acarició y pegó sus labios de nuevo a su boca, ávida y a la espera de su lengua.

¿Quién podía medir el tiempo que estuvieron de aquel modo, regodeándose en el sabor del otro, en su calor, en la caricia de sus lenguas? Disfrutaron el momento. Como si no hubiera en el mundo nada más que aquello, como si todo hubiera desaparecido y el universo entero existiera solo en aquella unión.

Una melodía familiar comenzó a acompañarlos. Al principio no le dio importancia, sin embargo, poco a poco se fue filtrando en su mente, perdida entre divagaciones relativas al hombre que tenía delante, hasta que la relacionó con su teléfono y cayó en la cuenta de que la estaban llamando.

—Perdona —se disculpó cuando él rompió el beso a causa de la insistente canción.

—No, tranquila, responde.

Vio fugazmente que se trataba de Nacho mientras se llevaba el *smartphone* a la oreja.

—¿Nacho? ¿Ha pasado algo? ¿Estás bien?

—Vega... —escuchó su nombre tras un silencio más largo de lo normal, la voz de su amigo sonaba extraña.

—¿Nacho? ¿Estás bien? —volvió a preguntar, preocupada.

—Sí. No. Sí. —Comprender algo de todo aquello estaba siendo de lo más difícil. Escuchó un suspiro quejumbroso—. Creo que estoy borracho.

Su profesor estaba tan cerca que sabía que podía, desde esa distancia, escuchar perfectamente lo que su amigo decía al otro lado de la línea.

—¿Dónde estás?

—En casa, en la cama.

—¿Y por qué me llamas? Anda, duérmete.

—Porque no puedo dejar de pensar en ti. ¿Tú piensas en mí?

—Claro —repuso con convicción.

—¿De verdad? —la voz quejumbrosa de él cambió un poco.

—Por supuesto —respondió—. Somos amigos, ¿no?

—Ya, amigos... Claro. Me iré a dormir.

—Haz eso. Mañana hablamos.

—Vega.

—¿Qué?

—Te quiero.

—Yo también... —aseguró—. Descansa. Hasta mañana —despidió a su amigo y colgó—. Lo siento, ha bebido demasiado y...

—¿Seguro que solo sois amigos? —Javier entrecerró los ojos.

—Claro. Entre Nacho y yo no ha habido nada.

—Te creo. —La besó con ternura—. Vamos. Quiero enseñarte algo —dijo relajando su expresión, que se había ido contrayendo a medida que fruncía el ceño mientras ella atendía el teléfono.

—¡Aquí tenéis! —La mujer de cabello corto, cano, gafas de montura fina, dorada y un delantal de cuadros azul, depositó la bandeja en la mesa para poder dejar la gran copa de helado que cargaba—. ¡Qué aproveche! —Dejó dos cucharas de postre que, al lado de la copa, se veían ridículas.

Vega se había quedado anonadada al ver el tamaño de aquello.

—Cuando hablaste de ir a tomar un helado, no creí que te referirías a algo como esto.

Javier sonreía como un niño que hubiera hecho una travesura. Arrastró su cucharilla por la superficie de una de las muchas bolas de las que estaba compuesto el postre y se la ofreció.

—Ven, prueba.

El frío de la cuchara entró en contacto con su lengua y cerró los labios para

degustar el bocado.

—¡Mmm!

—¿Te gusta?

Daba vueltas al cremoso helado en el paladar mientras trataba de disfrutar cada segundo de sabor. Estaba riquísimo, mucho mejor que cualquiera que hubiera comprado alguna vez.

—¡Dios mío! Esto es delicioso.

—¿Verdad?

—No, ¡de verdad! —Se emocionó al descubrir algo tan bueno—. Quiero morir en este helado. No, quiero que cuando me muera, me entierren con este helado.

Javier había comenzado a reír cuando ella empezó a hablar y, para cuando terminó, lo hacía a carcajadas. Vega lo miró extasiada. ¿Qué más podía pedir una chica? Un hombre como él, fuerte, atractivo, y ese pedazo de helado eran la combinación que haría a cualquier corazón derretirse.

Las mesas del local al que la había llevado eran tan estrechas que incluso estando uno en frente del otro las piernas de los dos se encontraban entre medias de las del otro, creando una agradable intimidad con el calor del roce de sus cuerpos.

—Eres fantástica. —El profesor alargó el brazo y tiró de su nuca para besarla de un modo que la dejó jadeando y queriendo más.

Vega no pudo evitar mirar de soslayo hacia la mujer que les había servido y que ahora los observaba desde la puerta de la cocina con una sonrisa obnubilada del mismo modo que lo hacía un hombre alto, de cabello oscuro y con delantal blanco justo detrás de ella. Apartó la mirada hacia la barra, de casualidad vio que la mujer pelirroja de cabello rizado y ojos claros había dejado de limpiar la superficie con el trapo y los miraba con una satisfacción que le extrañó. ¿Tan orgullosos estaban de sus postres?

—No hagas eso —susurró azorada.

—¿Por qué?

—Porque nos están mirando... —respondió entre dientes.

Cuando él se giró la pelirroja de la barra frotaba con fruición y la mujer y el hombre de la puerta que daba a la cocina desaparecieron dejando que la puerta se cerrara. Tal vez aquellas personas se habían fijado en las evidentes diferencias entre ellos. Quizás estaban alucinando de que alguien como él pudiera estar con ella.

—No hagas caso. Solo come.

Entre risas y una charla ligera acerca de gustos y preferencias de ambos en cuanto a comida, música y cine, los llevó a conocer un poco más de la otra persona. Compartían afición por los thrillers, las series policíacas, la música y la comida casera. Para cuando se dieron cuenta, el helado se había terminado. La conversación había sido tan natural, tan fluida que se lo comieron todo.

—¿Nos vamos?

—Sí.

Él le explicó al salir y subir al coche de nuevo que aquel lugar solía ser tranquilo aunque estuviera lleno, y que abría hasta tarde todas las noches del año a excepción de las fechas señaladas.

—Vaya, sí que sabes acerca de este sitio —alabó.

—Algo. —Se encogió de hombros.

Continuaron charlando de todo y de nada en particular, y al apagar el motor se encontraban en el aparcamiento de Javier, lugar que reconoció de la otra vez que la llevó a su casa. Se apeó y él la tomó por la cintura para bajar. Ella hizo lo mismo, cerrando el puño en torno a la camiseta del profesor para que no se le resbalara.

Andar en pareja era más complicado de lo que en un principio había pensado.

En esta ocasión, no hubo besos en el ascensor ni en el rellano, solo alguna que otra mirada y sonrisas nerviosas. Tal vez un poco avergonzadas, al menos las suyas. Abrió la puerta y la dejó pasar primero, cerró y la ayudó a quitarse la chaqueta para colgarla en el perchero que había en la entrada.

La guio hasta el salón-comedor y la invitó a tomar asiento en el sofá. El lugar era agradable, cómodo. El sofá era grande, esquinero, y una gran librería cuadrada que estaba justo detrás del mueble dividía la estancia entre la zona para ver televisión y la destinada a comer, donde había una pequeña mesa cuadrada de madera clara con cuatro sillas a juego.

La televisión también era grande, estaba colgada en la pared, rodeada por muebles pequeños que se combinaban en distintas alturas. Confortable. Era el adjetivo que le venía a la mente al estar allí.

—¿Te apetece un té, café, un refresco? —ofreció.

—Un té está bien, gracias.

Cruzó el umbral de la puerta abierta que se encontraba a pocos pasos de la mesa del comedor y lo escuchó trastear mientras respiraba profundo varias veces para tranquilizar sus latidos y se empapaba de todo cuanto podía abarcar con la mirada. La otra vez no vio apenas nada de aquel lugar.

Javier no tardó en regresar con una bandeja con azúcar, dos tazas, una jarra de

agua caliente y sobres de diferentes variedades de té. Eso sí que era ser buen anfitrión, pensó. Eligió el que más le llamó la atención por llevar frutos rojos en la mezcla y él lo añadió al agua dejando que reposara.

—Tienes muchos libros —dijo en un intento de romper el hielo.

—Sí, me gusta leer.

—Se nota. A mí también, pero no tengo tantos. Tiro mucho del carné de la biblioteca.

—Eso es genial.

De pronto estaban tensos como la calma previa a una tormenta, solo que la tempestad se desataba en su interior desde hacía rato. Nerviosa y sin saber qué hacer, decir o dónde mirar, alargó el brazo para coger una taza y vertió azúcar en ella.

—Creía que se ponía después.

—Supongo que también se pude hacer antes, el resultado es el mismo, ¿no?

—La contestación surgió de ella como un reflejo—. Perdona —se disculpó por lo brusca que había sonado—. Estoy un poco nerviosa —confesó.

La sonrisa que le regaló hizo que su aliento se detuviera y fijó la mirada en el suelo, en un punto entre los dos ya que se encontraban sentados en el sofá de medio lado, uno frente al otro. Debería estar prohibido que un hombre como aquel sonriera de ese modo, estaba convencida de que deberían catalogarlo como arma de destrucción masiva.

—Yo también —aseguró Javier haciendo que alzara la vista de nuevo.

Los ojos de Javier fueron a parar a sus labios. Vega no se pudo resistir de mirar también esa boca que hacía que su sistema nervioso se fundiera y, en algún momento, uno de los dos, o los dos, debió de iniciar el movimiento. El caso es que se abrazaban y besaban con la fuerza de quién lleva tiempo separado y se reencuentra.

Tras aquel primer y único beso desesperado ambos estaban más relajados, abrazados todavía en un ambiente seguro de intimidad.

—Lo que has dicho antes —comenzó él.

—Oh, yo, no sé de dónde ha salido eso —se excusó.

—Vega... —Él tomó su cara entera con las manos—. Esta semana ha sido un infierno para mí. No podía dormir, ni pensar. No imaginas la de veces en las que estuve a punto de hacer una locura. Quería que habláramos, pero me evitabas y no tenía ni idea de qué podía hacer. No sé qué hice o dije que hizo que me dejaras, pero lo siento.

—No hiciste nada —respondió acariciando su rostro. No soportaba que la

mirara con toda esa preocupación y soledad—. Yo me... asusté. Tenías razón. Te juegas mucho si esto continúa y no quería ser la causa de que tuvieras problemas.

—Tonta... Conocía los riesgos y los asumí por mi cuenta. Tú no tienes culpa de nada.

El abrazo que compartieron la calmó a un nivel interno que desconocía que pudiera ser posible. Alzó la cabeza en busca de sus labios. Deseaba poder morir algún día en aquel pequeño espacio del mundo, entre sus brazos.

## Capítulo 13

¿Qué era aquella sensación cálida de su pecho?

Cuando terminaron el contenido de las tazas que el profesor había preparado permanecieron juntos en el sofá. La necesidad de contacto era tal que continuaron abrazados. En algún momento se habían dejado llevar y la ropa, la última barrera que les impedía sentirse, desapareció dando paso a una frenética búsqueda de la unidad que alcanzaron en pocos minutos.

Vega se alzó por encima de él como hiciera en la playa solo que, en esta ocasión, no hubo ningún impedimento para completar lo que ambos buscaban. En aquella posición podía sentir una profunda conexión de sus cuerpos, el roce continuo de ese foco catalizador que junto a él se desataba generó una tormenta de estremecimientos que viajaron a través de sus células relajando cada músculo.

Aun después de que su tormenta interior los engullera continuaban en la misma posición, unidos y abrazados, buscando oxigenar sus cuerpos tras la actividad física.

—No puedo dejarte ir —murmuró el profesor contra su hombro entre largas caricias realizadas con sus labios.

—¿Por qué?

—Me aterra pensar que cuando estés de regreso vuelvas a decirme que lo olvide, a pedirme que me aleje.

Por primera vez entendía el daño que le había causado con su desbandada, comprendió que ambos se habían sentido de la misma forma. La decisión de estar juntos no era sencilla de tomar en su situación, no obstante, pesaba menos que permanecer separados.

—Eso no va a pasar. —Buscó su mirada. Deseó tener en los ojos el poder de transmitir los sentimientos que latían en su pecho—. No entiendo por qué ha ocurrido esto, solo sé que no quiero que termine y sé que es egoísta...

—Seamos egoístas —añadió él con seriedad interrumpiendo sus palabras.



Eran conscientes de que no podían continuar alargando más el momento de abandonar su refugio, ese lugar seguro. Comenzaron a vestirse de nuevo con pereza y cuando los dos estuvieron listos se pusieron en marcha. Era de madrugada ya cuando Javier detenía el coche frente a su portería en mitad de la calle vacía y sin tráfico.

Vega abrió la puerta para bajar y antes de que pudiera abandonar el interior una mano en su cintura tiró de ella hasta que quedó sentada de lado en el regazo del profesor.

—¿Vas a irte sin darme un beso de despedida?

—Estamos en la calle. Enfrente de mi casa —explicó ella.

—No hay nadie. Y aunque lo hubiera no me reconocerían.

—Estás demasiado seguro de eso —replicó antes de cerrar el espacio entre sus bocas.

¿Qué era lo que tenían aquellos labios que la dejaban latiendo, gimiendo y con una ansiedad que sobrepasaba los límites de la cordura?

Escuchó el ronroneo que su propia garganta emitió y supo que era el momento de irse o no podría hacerlo más tarde. Se giró para despedirlo con la mano desde el interior del portal, antes de que la puerta se cerrara, y subió con una sonrisa más amplia que una percha en el ascensor.

Abrió procurando no hacer ruido que pudiera despertar a sus padres. Las luces estaban apagadas. Caminó con la iluminación de la pantalla de su teléfono móvil como guía hasta llegar a su habitación y se dejó caer en la cama boca arriba. Al momento se sentó debido a que era incapaz de calmar el hormigueo que sentía en la boca del estómago y se quitó la chaqueta. Abrió el bolso que había dejado a un lado sobre el colchón, extrajo el contenido que dejó en la mesilla de noche y lo colgó junto con la chaqueta en el respaldo de la silla del escritorio.

No sabía cuándo ni cómo, tampoco el por qué, pero estaba segura de que se había enamorado de Javier Moreno. No era algo que conociera con anterioridad para poder comparar, pero tenía la certeza de que así era. Había tantas cosas que quería preguntarle, tanto que quería hacer junto a él...

Juntos. ¿Era real?

¿Estaba pasando?

¿De verdad había comenzado a salir con su profesor?

Era tan diferente cuando no estaba en el instituto. La ropa, el peinado, su actitud... El Javier Moreno que había tenido la suerte de descubrir fuera de las paredes del Corazón de León había hecho que cayera completamente rendida a sus pies. Ese pensamiento provocó que comenzara a sentir miedo.

¡Dios! Estaba enamorada.

¿Qué iba a hacer?

De pronto la adrenalina circulaba en grandes cantidades por su sistema nervioso, la respiración se le aceleró y una gran bola de ansiedad comenzó a agrandarse en su pecho hasta resultar dolorosa. Le costaba respirar. Se puso de lado en la cama y abrazó la almohada, comenzaba a hiperventilar.

Pensó en lo que estar enamorada de alguien significaba: estar expuesta a salir herida. Eso la aterraba. Sentirse desnuda, no en lo físico, en lo sentimental. Suponía convertirse en un libro abierto ante la otra persona. ¿Y si le arrancaban alguna página? ¿O y si se las destrozaban?

De acuerdo, el símil quizás no fuera el adecuado, pero la asustaba sobremanera pensar en todo el dolor que podía suponer mostrarse a sí mismo. Por otra parte, estar enamorado también era bonito, conocer aspectos de la persona que uno quería que los demás ignoraban, tener secretos propios con esa persona, descubrir cosas que a los dos les agradara hacer juntos.

La necesidad de compartir cada cosa que le gustaba o le hacía feliz. Tener a alguien a quien poder acudir cuando se quería explicar algo grandioso que hubiera ocurrido o algo no tan bueno, tener a esa persona especial. Sí.

Novia.

Era su novia. Escondió la cara entre las manos, por el calor de su rostro sabía que estaba colorada. ¿Cómo podían unas emociones tan potentes y bonitas causar tanto miedo y regocijo al mismo tiempo?

Poco a poco, el cansancio se fue adueñando de Vega y con la cabeza llena de pensamientos acerca de él se sumió en un placentero sueño en el que fue entrando despacio y cayendo cada vez más y más.

De vuelta en su apartamento dejó las llaves sobre la mesa del comedor y caminó hasta quedar de pie con los brazos en jarras delante del sofá. Todavía podía sentir el olor dulce de su perfume en la habitación. Su presencia permanecía en la estancia incluso entonces cuando ya no estaba. Miró en la mesa pequeña que había delante, las dos tazas vacías de té, restos que evidenciaban que ella había estado allí realmente.

No había sido un sueño. La imaginación no le estaba jugando una mala pasada. Esa noche habían hablado, estuvieron varias horas juntos. Se habían dicho lo que callaron durante toda la semana. Esos días grises quedaban atrás e hicieron el amor de nuevo. Allí, en su sofá.

Notó su miembro henchirse con el recuerdo, todavía sentía el calor de su cuerpo en el regazo, en el pecho, el vaivén de sus caderas golpeando contra él, la fricción de sus piernas con las suyas, la suavidad de su espalda, el roce de su cabello...

Vega. Su cabeza estaba llena de ella, de su sonrisa, de esos gemidos que hacía, de la forma en que lo miraba y acariciaba dándose por completo a él.

Encontrarla en la discoteca fue una coincidencia aterradora y dolorosa, lo último que habría esperado esa noche, aunque luego resultó ser lo mejor que le podía haber pasado. Porque ahora sabía que ella quería estar con él con las mismas fuerzas, con las mismas ganas.

En un impulso la había llevado a la heladería de su familia, al lugar que más le gustaba del mundo. No la había presentado a sus padres y a su abuela, todavía no, no era el momento. Aún era pronto para eso, no quería volver a espantarla por hacer algún movimiento en falso o por precipitar las cosas.

Estaba resuelto. Esta vez no dejaría que saliera corriendo y si lo hacía estaba preparado para correr tras ella hasta alcanzarla. Y lo haría, sonrió. Por una chica como Vega Williams merecía la pena el esfuerzo. Fue una gran noche, hubiera podido estar hablando hasta el día siguiente, le habría gustado. Era divertido. Vega era dinámica, elocuente, mordaz en ocasiones.

Todas las facetas que desconocía hasta entonces y había descubierto le gustaban. Le generaba ese sentimiento de querer ser mejor persona. Ella y su franqueza, su personalidad, eran las que lo provocaban. Recogió la bandeja de la mesa baja y la llevó a la cocina, enjuagó las tazas y las dejó en el fregadero para lavarlas al día siguiente. Dejó la bandeja y el resto de su contenido en la encimera. Cuando se preparara el desayuno colocaría cada cosa en su lugar de forma adecuada.

En ese momento todo lo que quería era llegar a la cama, notaba cómo las fuerzas lo abandonaban y el cansancio se abría paso con fuerza. Después de una semana de mal dormir y mal comer, aquella noche había dado buena cuenta de una gran cantidad de helado con la chica en la que no podía dejar de pensar y ahora había llegado el momento de encontrarse con la almohada y hacer las paces con ella también como era debido.

Se sentó a los pies de la cama para descalzarse y quitarse los calcetines, elevó la camiseta de manga corta que llevaba por encima de la cabeza para retirarla de un tirón y escuchó la melodía del teléfono, guardado todavía en el bolsillo del pantalón, comenzar a sonar al tiempo que el aparato vibraba.

Sonrió pensando en que podía tratarse de ella. Se equivocaba. En la pantalla

pudo leer el nombre del remitente.

—¿Sabes qué hora es? —respondió con fastidio.

—¿Interrumpo algo? —dijo la voz de su hermano al otro lado de la línea en tono de burla.

—¿Qué quieres, Martín?

—¿Estás ocupado?

—Corta ya con eso —dijo molesto.

—Oh, perdón, perdón —dijo en un tono que dejaba relucir que no lo sentía en absoluto—, pensé que quizás tenías algunas cosas entre manos —rio.

Conocía demasiado bien a su hermano. Debía de estar pasándolo en grande con sus propias ocurrencias, siempre había sido así. Era gracioso y tenía un gran sentido del humor. Por lo general, todo el mundo se lo pasaba en grande estando con él, pero a veces se pasaba. Llevaba las bromas al extremo y perdían la gracia o continuaba mucho después de que los demás ya hubieran aborrecido el chiste. Pero así era él, el hermano mayor, y tenía que quererlo tal cual, aunque eso fuera difícil algunas veces.

—Tu cabeza tendré entre ellas —replicó.

—Mamá me ha dicho que hoy has ido a la heladería acompañado.

—Ya lo suponía —emitió un bostezo y se dejó caer hacia atrás en la cama—. Las noticias vuelan.

—Hombre, Javito llevando a una chica al sitio donde juró no llevar nunca a una novia... Pues creo que es lo suficientemente raro como para que se corra la voz. Mamá estaba emocionada —añadió.

—Me lo puedo imaginar.

—Creo que la abuela está preparando ya el ajuar —continuó con su deje burlón.

—Dios, ¿por qué me tocaría esta familia? —se quejó sin sentirlo realmente.

—Porque tuviste mucha suerte —repuso su hermano—. ¿Y bien, quién es ella?

—Se llama Vega. Y acabamos de empezar, así que ni sueñes con que os la vaya a presentar en breve.

—Vega, bonito nombre. Y lo otro... Me dejas sin palabras, hermanito. ¿Acabáis de empezar y la llevas donde la abuela? O te ha dado muy fuerte o tienes un sentido del humor mucho más tétrico de lo que recordaba y quieres causarle un infarto cerebral a la pobre mujer.

—Con Vega es diferente —declaró con una sonrisa en los labios al recordar su forma de saborear el helado artesanal que elaboraba su familia.

—Vaya, pues sí que te ha dado fuerte —silbó Martín.

—¿Y cómo están Vanesa y mi sobrina? —preguntó para desviar la conversación de sí mismo.

—Ahí las he dejado, durmiendo a pierna suelta. Tendrías que haber visto cómo comía del biberón. —Su tono cambió, se percibía el amor y el orgullo cuando hablaba de su mujer y su hija recién nacida—. Está hecha una campeona. Luego ha eructado tan fuerte que pensaba que despertaría a su madre y se ha dormido con una sonrisa.

—Vamos, como su padre. —Fue su turno de mofarse de su hermano, tres años mayor que él.

—Sí—admitió él sin ningún reparo—, no me extraña que sonriera si tenía todo ese gas acumulado. Ha debido sentir un gran alivio —rio con ligereza—. Pero no me cambies de tema. Esa chica, Vega, ¿vais en serio, no? —Ahora su voz había perdido el deje de humor.

¿Que si iba en serio?

Lo hacía. Él al menos, solo que nunca se sabía qué podía ocurrir y todavía era pronto para tratar de adivinarlo.

—Yo que sé, ya te he dicho que acabamos de comenzar... —contestó evitando dar una respuesta más elaborada, no le apetecía explicar todos los detalles a su familia.

—Ah, no seas así, hermanito. Si yo me alegro mucho por ti, en serio. Ya pensábamos que ibas a quedarte soltero toda la vida. Cuando me lo ha dicho mamá por teléfono casi no podía creerlo. Yo que tú la iría preparando para que conozca a nuestra familia. Dudo que mamá y la abuela aguanten mucho sin una presentación como Dios manda.

—Lo pensaré —comentó—. A su debido tiempo. Y ahora, ha sido una semana muy larga, Martín, estoy cansado y necesito dormir.

—De acuerdo, te dejo en paz. Que duermas bien.

—Que tengas un buen día, no te quemes con el horno.

Su hermano era panadero y pastelero, trabajaba en una empresa de largo recorrido comercial, con gran prestigio en el sector. Sus jornadas comenzaban realmente temprano por la mañana. Al finalizar la llamada deslizó el dedo por la pantalla para colgar y tiró el teléfono a un lado de su cabeza sobre el colchón. Hacía rato que hablaba con Martín con los ojos cerrados y no tardó en percibir el momento en que dejaba de sentir la pesadez de los músculos del cuerpo en el instante previo a dormir.

La insistente llamada del timbre lo despertó. Le hicieron falta varios minutos para ubicar el lugar en el que se encontraba: su dormitorio, su cama. Había dormido tan profundamente que no sabía ni qué hora era, si era de día, de noche o en qué día de la semana se encontraba.

Frotándose el sueño de los ojos buscó el teléfono y encendió la pantalla que le ayudó de un solo vistazo a recabar toda aquella información, aunque la olvidara prácticamente al momento. Excepto la hora, las dos del mediodía. Había dormido unas nueve horas. Aun así, sentía el peso del cansancio en el cuerpo todavía.

Con el pantalón de la noche anterior puesto y desabrochado solo a medias, salió de la cama y fue a ver quién lo despertaba en su día de fiesta. Con el teléfono aún en la mano se asomó a la mirilla y suspiró abriendo de inmediato.

—Mamá, ¿qué haces aquí?

La mujer, que llevaba una olla recubierta con un trapo de cocina en las manos, le dio un beso en la mejilla y pasó de largo en dirección al salón.

—¡Buenos días, cariño! He supuesto que no te habría dado tiempo a cocinar nada hoy, todavía.

Cerró la puerta y la siguió hasta el comedor donde dejó la olla encima del trapo que extendió sobre la mesa. La mujer miraba con curiosidad hacia la cocina, el pasillo, a todas partes.

—No está aquí... —pronunció con voz monótona al adivinar lo que había ido a hacer a su casa un sábado.

Como si sus intenciones no estuvieran lo suficientemente claras al presentarse con una olla de carne guisada, supo al levantar la tapa, el día siguiente de verlo con una chica se decía para sus adentros. El sábado, nada menos, cuando solían verse los domingos para comer o tomar el café en casa de sus padres.

—Ah. Bueno, lo que sobre lo metes en la nevera. Un par de días te aguantará —aconsejó poniendo los brazos en jarras.

—Gracias, mamá. —Besó su mejilla y fue a la cocina, necesitaba beber algo con urgencia.

Abrió la nevera y sacó un cartón de zumo de naranja que dejó en la encimera, luego el armario y cogió dos vasos de cristal transparente donde lo sirvió. Le ofreció uno a su madre, que lo había seguido, sabía que le gustaba, y bebió del suyo.

—Fue una sorpresa que vinieras anoche —empezó la mujer cuyos ojos había heredado.

—Martín me llamó camino del trabajo —mencionó dejando implícito que sabía que su cita era *vox populi*.

—Ah, no sabía que te llamaría.

—Se trata de tu hijo, claro que me llamó.

—Bueno, a ver, entiende, Javi, que te presentas allí con una chica y sin avisar... Entonces, ¿estás saliendo con ella?

—Sí, mamá —dijo dejando el vaso vacío en el fregadero. El de su madre continuaba intacto en su mano—. ¿Vas a bebértelo?

Ella bajó la mirada y como si lo viera por primera vez lo tomó de un trago y se acercó para dejarlo junto al suyo, miró al fregadero y luego a él.

—Decías que no estaba aquí...

—Eso es de anoche —explicó—. Estuvimos tomando algo y luego la llevé a su casa —aclaró.

—¿No la estarás escondiendo de tu madre en ningún armario, no?

—No la escondo, lo juro —respondió usando sus palabras. No pudo evitar sonreír ante la ocurrencia de su progenitora—. ¿Por qué iba a esconder a mi novia en mi casa?

—Ay, hijo. Qué feliz me haces. Hacía tanto que no salías con nadie...

—Sí que he salido, mamá.

—Pero no te echabas novia, Javi. Y a tu edad, ya pensaba que no sentarías cabeza.

—Qué cosas tienes. De momento estamos empezando a conocernos, déjalo así.

—De acuerdo, de acuerdo. Está bien. Me voy —dijo comenzando a caminar hacia la puerta—. ¿Vendrás mañana? —preguntó volviendo la cabeza para mirarlo por encima del hombro.

—Como siempre —aclaró alargando el brazo para abrir antes de que ella lo hiciera—. Llamaré primero.

La mujer se apoyó en su pecho y lo besó en la mejilla antes de girarse hacia el ascensor, y de pronto lo miró con la duda grabada en su cara.

—¿Cómo se llama?

—Vega —pronunció su nombre con una sonrisa, la misma que se instalaba en su pecho con solo pensar en ella.

## Capítulo 14

A lo lejos escuchó el sonido de pasos apresurados, puertas abriéndose golpeando con las paredes y su nombre. Alguien la llamaba con desesperación, con angustia, con la voz desencajada por el miedo.

—¡Menos mal que estás aquí!

Sintió un repentino peso rodeando su cuerpo. Despertó a medias, atontada por el cansancio del que ha dormido poco.

—Vega, oh, Vega. Gracias a Dios, gracias, Dios mío, mi Vega...

Su madre murmuraba palabras que al principio no supo identificar. Luego comenzaron a aclararse en su mente. La abrazaba llorando, descompuesta, afligida como rara vez la había visto. ¿Qué estaba ocurriendo?

—Mamá. ¿Qué pasa? —preguntó estrechándola a su vez para reconfortarla.

Al abrir definitivamente los ojos encontró la mirada cariacontecida de su padre, sentado a los pies de su cama con el teléfono en la oreja.

—Papá. Me estáis asustando... —añadió ante la falta de respuesta de ambos y la expresión de sus caras.

—Está aquí, ella está bien. Estaremos allí en un momento —habló con tono taciturno con quién estuviera al otro lado de la línea.

Vega no entendía nada de todo aquello. ¿Qué quería decir? Nunca había visto así a sus padres. Los brazos de su madre apretaban tan fuerte que comenzaba a hacerle daño.

—Hija —comenzó su padre—. Ha ocurrido algo.

Su madre se separó de ella colocando las manos en sus hombros, mantuvo la cara a pocos centímetros de la suya. Tenía los ojos desencajados y lacrimosos, comenzaban a hinchársele y le goteaba la nariz.

—Han llamado los padres de Noa, cariño. Ha habido un accidente —dijo a bocajarro con tono sorprendentemente firme.

—¿¡Qué!?! —Se incorporó de golpe sentándose de lado en la cama, mirando



de uno a otro a sus progenitores sin poder procesar lo que le estaban intentando decir.

Su madre se arrodilló ante ella y continuó tratando que mantuviera la atención en su cara.

—Nos han llamado porque no sabían si habíamos recibido la notificación de la policía —explicó su padre.

—¿Policía? —preguntó—. Pero... ¿qué pasa?

—No sabemos más —respondió su madre—. Será mejor que vayamos al hospital. —Se levantó con resolución.

—¿Ir a dónde? —quiso saber.

No estaba entendiendo nada.

—Tenemos que vestiros. Tú cámbiate de ropa, cariño —dijo su madre saliendo a toda prisa de la habitación infundiéndole un sentido de urgencia que la contagió.

Al quedarse sola las palabras se fueron ordenando en su cabeza, fue comprendiendo las piezas como si fuera un puzle que había estado viendo borroso hasta entonces. Algo les había pasado a sus amigas, pero ¿qué? Sus padres habían dicho algo de un hospital, ¿estarían bien María y Noa? ¿Y los demás?

Para cuando llegaron hacía menos de media hora que la habían despertado. La angustia por no saber qué habría podido pasar la atormentaba mientras se repetía mentalmente que no podía dejarse llevar por el pánico mientras no supiera nada más al respecto.

Su padre las guio por los pasillos hasta que, a lo lejos, divisó a María y echó a correr hacia ella pasando por delante de él y de su madre. En el momento en que su amiga la vio corrió también en su dirección y, en cuanto se encontraron, sus brazos rodearon a la otra con fuerza. Qué descanso saber que estaba bien.

Los padres de María también estaban allí. Sintió las manos de Petra, la madre de María, y de Francisco, su padre, acariciarle la cabeza y el pelo por la espalda. Separándose un poco de su amiga, aunque sin dejarla ir del todo con una mano en su cintura, los saludó.

—¿Qué ha pasado? —preguntó a la otra adolescente.

—No lo sé. —Por primera vez vio las lágrimas en su rostro—. Gero y yo discutimos porque me tenía que ir y él no quería marcharse aún. Acabé yéndome por mi cuenta, ellos se quedaron.

—¿Noa?

La melena de su amiga se movió mientras negaba con la cabeza.

—Se quedó con ellos. No tenía hora de llegada y se lo estaba pasando bien con Marc...

—Estoy llamando a Manel —informó Francisco a sus padres—, pero no responden. Creí que estarían por aquí.

Manel era el padre de su otra amiga. Una puerta de cristal se activó y vieron a los padres de Noa en una pequeña sala que había al otro lado. Sin perder tiempo el grupo cruzó para alcanzarlos.

—Manel... —su padre llamó al hombre que abrazaba con fuerza a su mujer intentando consolarla.

Él levantó la cabeza hacia ellos y alertó a Berta, la madre de Noa, al verlos llegar. Su madre y la de María se unieron con ella en un sentido abrazo mientras que sus padres lo hacían con el hombre que trataba de aguantar la compostura a pesar de tener el rostro surcado por lágrimas.

—¿Y Noa...? —preguntó Vega con temor.

—Menos mal que vosotras estáis bien... —pronunció Berta, acariciando sus rostros, con la voz lacrimosa—. Noa está siendo operada en estos momentos.

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó su madre.

—La policía nos dijo que había habido un accidente. —Berta no pudo continuar hablando, era evidente que sentía una gran aflicción.

Las palabras y el llanto de la mujer calaron en su fuero interno. Comenzó a sentir el frío invadiendo su cuerpo y el vientre se le atenazó, tragó saliva.

—Al parecer un conductor invadió el carril por el que iban conduciendo de vuelta y chocó con ellos. Los cuatro están siendo atendidos en urgencias. No sabemos más. Solo que Noa está en quirófano.

Escuchar el relato de lo que había sucedido la dejó de piedra. ¿Un accidente de tráfico? ¿Noa en quirófano? No podía ser. No, eso no era real, era un mal sueño. Aquello no estaba ocurriendo.

—¿Cuatro? —interrogó a media voz y buscó la mirada de María con la que se mantenía unida.

—Mateo se marchó después de que tú te fueras —explicó su amiga en un susurro.

—Ha llegado en estado grave —decía la madre de Noa antes de romperse y comenzar a llorar de nuevo.

Las mujeres la abrazaron y la ayudaron a sentarse, sus padres hicieron lo mismo con Manel y se ofrecieron a traerles algo de beber, cosa que rechazaron. Ella y María, angustiadas por igual, formaron un bloque indivisible, ofreciéndose apoyo mutuo. Junto a Noa eran una unidad, desde el jardín de

infancia siempre estuvieron juntas.

Con el pasar de los minutos los ánimos se calmaban para volver a desquiciarse, necesitaban saber qué estaba ocurriendo, cómo se encontraba su amiga y verla. Eso era lo que más deseaba en el mundo en ese momento. Ver a Noa, saber de primera mano en qué estado se encontraba.

Una llamada por megafonía hizo que todos levantaran la cabeza. No era para ellos. Entonces una voz de mujer los hizo volverse:

—¿Familiares de Noa Agullón?

Por su ropa no sabría decir si se trataba de una enfermera o una doctora, pero el gorro que todavía llevaba en la cabeza le dio mala espina.

—Sí, somos sus padres —articuló Manel acercándose a ella abrazando a Berta, sosteniéndose casi.

Un vistazo le bastó para saber que aquello que había en sus miradas era esperanza, la esperanza de recibir buenas noticias, igual que todos los demás.

No recordaba qué era lo que la cirujana, como se presentó, dijo con exactitud. Las palabras «hemos hecho lo que hemos podido» y «no ha sido posible» se grabaron en su conciencia igual que el gemido de profunda angustia de Berta y Manel que cayeron de rodillas frente a la mujer, quién se agachó y puso una mano en el hombro de cada uno.

—Lo siento.

Su mente se sumió en una especie de estupor o trance en el que no sentía nada. Era como si lo que sucedía a su alrededor fuera lejano, como si solo fuera un objeto. Las palabras se repitieron en su cabeza. Sintió a María llorar abrazada a su cuello, sus padres las rodeaban.

—¿Y los demás? —preguntó su padre presionando una mano en su hombro.

—¿Eran amigos? —preguntó la doctora dirigiendo una mirada hacia ellas—. Lo lamento, pero no ha habido supervivientes —murmuró.

«No ha habido supervivientes». El grito de María cruzó la cordura al tiempo que la frase se repitió en su cabeza hasta que perdió el sentido. No. Eso no... No. ¿Quería eso decir que Noa...? Noa, Gero, Marc, Ricard, ¿todos...? No era posible.

—No —susurró—. No, no, ¡no! —terminó gritando.

María la abrazó con fuerza, la sostuvo contra sí. Salió del estupor en el que se había sumido y toda la información se repitió en su cerebro, comprendiendo el alcance de las palabras. «No ha habido supervivientes». Ellos...

La madre de Noa levantó la cabeza y, aunque de forma borrosa, encontró en su rostro el reflejo del dolor que sentía, tan enorme que desgarraba. No era un

sueño, era real. Y, sin embargo, era la peor pesadilla que jamás había tenido. Todo lo que la rodeaba comenzó a dar vueltas, a desdibujarse, a distorsionarse. A desaparecer.

El murmullo de voces que iban y venían se acercaban y alejaban sin que pudiera llegar a entender nada de lo que decían. Las palabras le llegaban distorsionadas, a través de un velo de opacidad que tampoco se esforzaba por retirar. Sintió un punto de calidez entre el mar de frío en el que se había convertido y al intentar saber de qué se trataba encontró el rostro borroso de su madre.

Hablaba, pero no sentía que en realidad lo estuviera haciendo con ella a pesar de que sus ojos la miraban. Un cambio de la presión que advertía en el costado le indicaba que había algo allí, buscó y halló una cabellera familiar de la que no deseaba separarse, devolvió el apretón al cuerpo que reposaba contra su pecho con fuerza.

Un grito agudo, roto, lastimoso, surgió de aquel cuerpo compungido que protegía con sus brazos. Alguien trataba de apartar a María de su lado. La sujetó con fuerza, era suya, eran uno y nada podría romper eso. En cuanto los intentos cesaron, lo hicieron también los gritos. Llegó la calma y, con ella, el silencio, la oscuridad y aquel hondo vacío.

De nuevo una voz distorsionada trataba de llegar hasta ella, levantó la cabeza, ¿dónde estaba? ¿¡Y María!?. Buscó a su amiga y la encontró dormida en su hombro, abrazada a su cintura. Su propio brazo abarcaba la encogida espalda manteniéndola a su lado. Un bocadillo apareció frente a ella, se le revolvió el estómago demasiado cerrado como para que ingerir algo no le hiciera daño.

—María y tú tenéis que comer —decía una mujer desconocida acuclillada delante de ambas. Vestía ropa formal y llevaba el cabello recogido. Sonreía por compromiso, tratando de ser agradable. Vega inspeccionó el rostro de la extraña, encontró una cinta colgando de su cuello donde había una tarjeta con el logotipo del hospital.

Demasiado cansada para discutir, tomó el bocadillo. Estaba caliente. Veía sin ver la sala en la que se encontraban, silenciosa, vacía. Recordó lo que dijo la desconocida, María tenía que comer. Movié el hombro de la chica, ella levantó la cabeza, cansada, y su mirada vacía se fijó en ella.

Arrancó un pellizco de pan junto con la tortilla caliente de su interior y se lo ofreció. Ella observó su mano, no hizo ningún gesto más, ni además de tomarlo.

Acercó el pedazo a su boca, la abrió y dejó allí la comida. Su mirada penetrante continuaba en ella, arrancó otro pellizco y lo colocó entre sus propios labios.

María solo masticó el contenido de su boca cuando ella comenzó a hacerlo.

Ver a su hija y a María en aquel estado era tan doloroso que ninguno de ellos sabía qué hacer. Habían intentado llevarlas a casa después de que las enfermeras les inyectaron un tranquilizante. No pudieron separarlas ni siquiera entonces. Se sujetaban la una a la otra como si les fuera la vida en ello.

Incluso las enfermeras trataron de llevarlas a una habitación donde pudieran descansar, pero intentar separarlas fue un error. Los gritos desesperados de las chicas le partieron el corazón. ¿Qué iba a hacer? La pobre Noa, esa niña alegre a la que había visto crecer, había muerto en un fatídico accidente de tráfico dejando a sus dos mejores amigas sumidas en aquel pozo de dolor del que no podían sacarlas.

El dolor que la pérdida de Noa suponía se intensificaba al ver a María y a Vega completamente desoladas. Las tres eran como hermanas. Lo que había sucedido, sencillamente no tenía sentido, pensaba Lourdes. Justo la noche anterior estaban tan alegres, tan llenas de vida, en su casa preparándose para salir.

La pobre Berta había sufrido una crisis tan fuerte que tuvieron que sedarla. Lourdes no hacía más que escuchar una letanía: Nada de aquello tenía sentido. La muerte de esa niña no lo tenía. ¿Por qué? ¿¡Por qué!? ¿Por qué había tenido que pasar aquello?

Thomas la estrechó entre sus brazos, notó entonces que las lágrimas volvían a gotear de su barbilla. Su hermana Raquel le ofreció un pañuelo, la había llamado más temprano y acudió al hospital también. Petra y Francisco, los padres de María, estaban tan compungidos como ellos. Todos habían visto crecer a las niñas juntas.

—No lo entiendo... —susurró.

El hospital puso ayuda psicológica para ellos y las chicas. La mujer que había hablado con ellos hacía un rato regresó con comida y bebida caliente haciendo que recordara que tenían el estómago vacío.

—Vega. Tiene que comer —comentó preocupada por su hija.

—Tranquila, he traído para todos —respondió la psicóloga.

Cuando buscó de nuevo a su hija con la mirada continuaba en el mismo lugar, sentada contra la pared con la espalda encorvada, un brazo anclaba a María a su

costado derecho y permitía que la cabeza de esta reposara en su hombro mientras sus manos se cerraban en torno a la cintura de la primera.

Vega tenía la mirada perdida, hueca, opaca. Era como si en realidad no estuviera allí, una cáscara vacía. María tenía los ojos cerrados, parecía dormir. Era lo mejor que podía hacer en una situación como aquella. Al menos, si dormía, podría descansar.

Las dos habían perdido amigos en ese accidente, pero la pobre María perdió además a su novio. Ninguno podía hacerse una idea del tormento con el que la chiquilla tenía que estar lidiando por dentro.

—No se han separado ni un segundo —comentó su hermana mirando en la misma dirección—. Tampoco han hablado. ¿Crees que comerán algo?

—En estos momentos son el sustento la una de la otra —expuso la asistente enviada por el hospital—. Si lo que necesitan es permanecer unidas, dejémoslas así. Cada persona tiene una forma distinta de combatir el dolor. Las tres eran íntimas, por lo que han dicho ustedes.

—Sí —respondió Thomas.

—La pérdida es demasiado grande para que puedan asumirla en solitario. Está bien que se necesiten, tienen que encontrar su forma de afrontarlo.

La mujer se acercó a las niñas y se acuclilló delante de Vega, cuyos ojos permanecían perdidos, como en trance. Tal vez debido a la medicación, o tal vez no. La mujer le hablaba con palabras y tono suaves sin que ella respondiera de ningún modo. Comenzó entonces a escuchar que nombraba a María sin apartar la atención de la mirada vacía de su hija. En un punto colocó el bocadillo muy cerca de su cara y volvió a mencionar a su mejor amiga.

Lourdes se sintió desfallecer cuando su hija, que hasta entonces parecía sumida en un estado de catatonia, miró el bocadillo y luego a la chica a su lado. Ver a Vega tomar la comida y alimentar a María en completo silencio, provocó que la herida de su pecho se agrandara un poco más. La psicóloga tenía razón, se necesitaban la una a la otra.

Lo que nadie había conseguido ocurrió entonces, como un milagro, por el sentimiento de protección y de unión que sentían entre sí.

Manel, el padre de Noa, entró en la sala de espera donde estaban solos, alejados del ajeteo del hospital, y se dirigió hacia ellos. Sin poder articular alguna palabra pues le parecía que nada de lo que pudiera decirle tendría la más mínima razón de ser, se acercó y lo abrazó. Lloraron así, unidos en la desesperación y el dolor largo rato.

Habían sido tantos los momentos compartidos a lo largo de aquellos años que

su amistad también se había forjado, Lourdes sentía a Noa como a una sobrina, igual que le ocurría con María.

—¿Cómo está Berta? —consultó Petra.

—Está dormida. —El hombre, hecho pedazos, observó a las niñas comer, ajenas a todo—. No sé... ¿Qué vamos a hacer ahora?

Tembló de nuevo. El llanto parecía que no sería suficiente para lidiar con todos esos sentimientos que experimentaba.

—Estamos aquí. —Francisco puso una mano en su espalda.

—Es cierto —dijeron Raquel y Petra.

—Estamos con vosotros. —Su marido le rodeó la espalda con un brazo—. Para lo que necesitéis —declaró—. No estáis solos.

Como las niñas, se convirtieron en una unidad, una familia. Ninguno iba a dejar que pasaran por aquel trance ellos solos.

Preparar el funeral de Noa Agullón fue lo más duro que había tenido que hacer en su vida. Thomas podía enfrentar los problemas que fueran necesarios en el trabajo, pero lidiar con aquella inexplicable pérdida, una chica tan joven, la mejor amiga de su hija, junto con la de Fran, le hizo plantearse la suerte que tenían Lourdes y él de tenerla todavía con ellos. Los sentimientos de dolor por la muerte de la niña Agullón se mezclaban con el alivio, la dicha de tener a su hija a salvo y con la culpabilidad.

Cada vez que Manel o Berta dirigían sus miradas hacia las dos niñas que no se habían visto implicadas en el accidente casi sentía la necesidad de disculparse porque su familia no hubiera sido arrasada por la muerte.

Vega y María habían tenido que ser sedadas, no obstante, su hija, contra todo pronóstico, no se durmió. Los doctores estaban asombrados por este hecho. Ver la mente de su hija romperse de un momento a otro a causa del trauma que suponía perder a una persona amada le encogió el pecho.

Lo peor era no poder hacer o decir nada que reparara su desconsuelo. La aflicción los había tomado a todos en sus garras y tardaría en dejarlos libres de nuevo. Por ese motivo decidió hacer todo lo que podía para darle a aquella pobre niña un entierro digno del amor que sentían por ella, para darle a sus padres, a todos cuantos la rodeaban y a los que dejaba atrás la oportunidad de despedirse de forma adecuada.

## Capítulo 15

El entierro de Noa Agullón fue un miércoles. Enterarse el lunes por la mañana de lo sucedido la madrugada del domingo fue un duro golpe que todo el equipo del Corazón de León recibió. La dirección hizo todo cuanto estuvo en su mano para que los chavales tuvieran asistencia psicológica en el momento de recibir la triste noticia que dejó al centro hundido en el más profundo pesar.

Desde que Javier tuvo constancia de lo ocurrido trató de ponerse en contacto con Vega, ella ya conocería el suceso y, sin embargo, no le dijo nada. No se había comunicado con él y acercarse a ella fue imposible. Todo lo que pudo hacer fue verla de lejos en el velatorio los dos días anteriores y en ese momento, durante la ceremonia del entierro.

En el transcurso de esos tres días estuvo pendiente del teléfono en todo momento para poder responder cualquier mensaje que le enviara o por si le devolvía alguna de las múltiples llamadas que le hizo. Pero no ocurrió. Ver a su novia en aquel estado, pálida, con el rostro desencajado a pesar de las gafas de sol que trataban de ocultarlo, pasando por ese trance, aquel calvario, y no poder hacer nada por ayudarla era desgarrador.

Sabía cómo de unidas estaban María Linares, Noa Agullón y ella. Ver lo que la pena y la aflicción por la muerte de la adolescente había hecho con ellas, con aquellos pobres padres, era tan perturbador como desolador.

Fue imposible acercarse, no obstante, pudo hablar con Lourdes y Thomas, quienes habían contribuido activamente a preparar todo y daban apoyo a los angustiados padres de Noa. Supo que se encontraba en una condición terrible, apenas dormía, ni siquiera con los calmantes que le habían prescrito para ello, y no comía si no era para que María lo hiciera. No habían podido separarlas desde que se conoció la tragedia.

Observaba fijamente la espalda de Vega, con un brazo protector pasado sobre los hombros de María. Las chicas estaban sentadas con los padres de Noa, Vega



daba la mano a la descompuesta madre. Los padres de María se encontraban al otro lado, junto a su hija. Y los de su novia junto a los de la fallecida. Todos ellos parecían un bloque indivisible, respaldados unos en otros.

Supo por los padres de María que entre los fallecidos también se encontraba el novio de esta. No era de extrañar que Vega la protegiera de aquel modo, pensó. No podía ni hacerse una idea de lo que las familias, ni esas dos chicas podían estar pasando.

Era, sin duda, un momento crítico y extremadamente doloroso. Deseaba poder hacer algo, pero no se le ocurría el qué. Y se sentía el ser más egoísta del planeta por querer llevarse a Vega de allí, alejarla de todos e intentar amortiguar su dolor. Egoísta e inútil porque, aunque era lo que deseaba, no podía hacer un movimiento hacia ella.

La misa terminó y los emplazaron a salir mientras disponían lo necesario para proceder con la segunda parte del entierro, la más íntima, destinada solo a familiares y amigos directos. No supo qué tipo de fuerza guio sus pasos, pero se acercó al frente, siguiendo la cola de personas que se habían reunido allí aquella mañana para dar el último adiós a Noa y presentar sus respetos. Después de dejar el ramo de flores que había comprado en un impulso sobre el ataúd fue a dar el pésame.

Lo hizo en el mismo orden de cola, como habían estado durante toda la ceremonia. En primer lugar, a los padres de Vega con quienes intercambió algunas palabras, después los de la joven Agullón. A ellos les ofreció su apoyo en aquel traumático momento, además de hablar con ellos durante un breve interludio. Vega era la siguiente, observó su mano tomada con fuerza de la madre de la fallecida, no sabía quién sostenía a quién, ambas estaban deshechas.

Acarició el rostro de su novia y el de su amiga al mismo tiempo y les ofreció sus condolencias. Vega reaccionó como no la había visto en toda la mañana dejando perplejos incluso a sus padres y se inclinó hacia delante, hacia su pecho, donde, sin dejar ir a ninguna de las mujeres que la flanqueaban, enterró el rostro.

Acarició el sedoso cabello y apretó momentáneamente su cabeza. Lo mataba verla en ese estado. Susurró unas palabras en su oído solo para ella y luego se dirigió a ambas más formal, ofreciéndose a ayudar en cuanto fuera necesario en su regreso al instituto.

Por último, habló con los padres de María, a quienes también expresó su dolor por la pérdida y explicó que haría cuanto pudiera por ellas cuando decidieran que las chicas retomaran sus clases. Como los padres de Vega, le informaron de que eso sería al día siguiente. La alegría de conocer ese dato se mezcló con el

sentimiento de culpa a causa de su tremendo egoísmo por querer verla y tener la oportunidad de poder hablar con ella.

Si había pensado que podría acercarse a su novia el jueves, esa opción quedó descartada al instante en cuanto supo que había llegado al Corazón de León. Ella y María aparecieron unidas la una a la otra, con el rostro húmedo y las gafas de sol puestas. Salvo por Nacho, nadie más se atrevía a acercarse, y quién lo hacía debía someterse a la estrecha supervisión del chico hacia el que sintió una punzada de celos, así como también un profundo agradecimiento por aquello.

El personal de apoyo psicológico les explicó que lo mejor que podían hacer en situaciones como aquella era continuar con las actividades del centro de la forma habitual; no obstante, la dirección quiso ofrecer a los alumnos una despedida como institución a su compañera. Sería esa misma mañana en el salón de actos.

Alberto, el tutor de las chicas, salió en su busca a la misma puerta del centro y se las llevó en un aparte al despacho del director. Como profesor solo había una cosa que pudiera hacer, su trabajo. Fue lo único que lo mantenía en pie a pesar del sufrimiento interno por la muerte de una alumna, por la pena que le causaba ver a los chicos tan apenados y en especial a su novia, que estaba desolada, hundida, sin poder hacer nada, ni siquiera acercarse.

Durante la ceremonia permaneció al fondo de la sala. Justo antes de que comenzara, Alberto llevó a las chicas, seguidas por el equipo directivo. Dejaron un ramo de flores que presidió el acto y tomaron asiento a un lado de la primera fila. Ver la mano del tutor posarse sobre la nuca de Vega no debería despertar en él aquel oscuro sentimiento que incitaba a la violencia, sin embargo, no pudo remediarlo.

Vega continuaba sin devolverle los mensajes, mucho menos las llamadas. Estaba desesperado. Quería ser quien la consolara, era su deber y derecho como novio. Aunque su trabajo hacía que aquello fuera imposible.

Por si fuera poco, Nacho parecía haberse erigido a sí mismo como el protector y defensor de las chicas. No solo aquel día, todos. Desde entonces llegaban los tres juntos y las buscaba entre clases para acompañarlas.

Le rompió el corazón la primera vez que vio a Vega ocupando el asiento que había sido de Noa. Se encontraba sobre la mesa, como si la estuviera abrazando. Lloraba en silencio sin percatarse de las miradas a hurtadillas que sus compañeros de clase le dedicaban.

Terminar aquella semana fue una cuestión de supervivencia.

Por ese motivo cuando recibió la llamada de José, el jefe de estudios del instituto, a media mañana del sábado, se extrañó.

—María Linares y Vega Williams han desaparecido —anunció sin miramientos en cuanto descolgó.

—¿Cómo?!

Se incorporó de la cama donde permanecía aún después de haber despertado horas antes, invadido por amargos pensamientos acerca de su relación con Vega, de lo que había ocurrido y otras muchas cosas.

—Los padres de Vega han llamado para pedir ayuda a ver si alguien tenía información que pudiera ayudarles, ¿has hablado con alguna de ellas o has escuchado algo? —continuó el hombre, muy serio.

—No, no sé nada —admitió con una profunda herida en el pecho que se agrandó un poco más—. Hay que encontrarlas —manifestó—, ¿cómo puedo ayudar?

José le dio el teléfono de Thomas Williams, el padre de Vega, para que pudiera ponerse en contacto con él. Se vistió a toda prisa. Se puso un chándal, las gafas y cogiendo las llaves del coche llamó al hombre en el momento en que salía por la puerta. Estaban quemando todas sus bases antes de alertar a la policía. ¿A dónde podrían haber ido? ¿Dónde podrían estar?

Se dirigió al barrio donde vivían dándole vueltas a la cabeza buscando cualquier trazo de información que pudiera resultarle útil. Nada de aquello serviría. Vega y María estaban juntas, de eso no le cabía ninguna duda. Sin embargo, tenían que estar en alguna parte que fuera lo suficientemente importante como para abandonar el trance en el que se habían sumido desde el fallecimiento de su amiga.

—¿Si al menos me hubieras llamado! —bramó golpeando el volante con el puño y lo zarandeó hacia delante y hacia atrás, pero lo cierto era que él fue el único que se movió.

Combatió el estrés de los últimos días, la ira acumulada y su frustración desahogando todo ese cúmulo con el volante del coche como un desquiciado. Si tan solo esa noche... No sabía lo que iba a decir. Su pensamiento quedó suspendido en aquella frase. Esa noche. ¡Eso era! Hizo memoria y recordó lo que había escuchado y leído acerca de los hechos.

—Ya sé dónde estás, pequeña. Espérame. Voy por ti.

Debido al estado que las dos adolescentes habían presentado los pasados días, la preocupación general era que hicieran alguna tontería como hacerse daño, pero Vega no haría nada como eso, ella no. Podría haber perdido el sentido, la

cordura e incluso la concepción de la realidad, pero jamás haría nada que pudiera hacer pasar un calvario a sus padres o al resto de personas que la querían.

La conocía lo suficiente como para saber eso y confiaba en ella con los ojos vendados, se dio cuenta. Dio la vuelta y puso rumbo al lugar en el que, esperaba no equivocarse, estaban las chicas. Aparcó antes de llegar porque en la zona no se podía y echó a correr nada más pisar la acera.

Tal como creyó, allí estaban. En el lugar del accidente.

Vega y María se encontraban arrodilladas en mitad de la acera junto a la carretera, en el tramo exacto en el que su amiga había perecido. Las dos se tomaban de la mano y observaban con fijeza el mismo punto en el suelo entre ellas.

El alivio lo invadió cuando llegó a la altura de las chicas, faltó de aliento. Colocó las manos en sus rodillas para tratar de recuperarlo. Ni se inmutaron por su presencia. Quiso ver lo que estaban mirando con tanta fijeza. Se trataba de una fotografía grupal, en la que las tres llevaban la ropa de aquella noche, en un restaurante.

Sus sonrisas de aquel momento nada presagiaban acerca de cómo terminaría el día. Habían dibujado un corazón alrededor de las caras de los fallecidos. La imagen estaba unida a un ramo de flores de varios colores.

—Vega...

Invadido por las ganas de verla, de estar cerca de ella, de protegerla como merecía que lo hiciera, por la necesidad de contacto, se arrodilló a su espalda y la abrazó con fuerza. Presionó su nariz contra el cuello, la nuca y el cabello de la joven, respirando su aroma, saciando su sed de ella.

—Menos mal que te he encontrado —dijo—. ¿Estáis bien? ¿María?

Cayó en la cuenta de lo que sus impulsos le habían hecho hacer y se apartó quedando entre las dos chicas de las que no recibió contestación.

—Será mejor que dé el aviso de que os he encontrado y estáis a salvo —pronunció en tono plano antes de buscar el teléfono en su bolsillo.

Realizó la llamada y, ante la falta de respuesta por parte de alguna de ellas se quedó allí, entre las dos mujeres que se tomaban de la mano, con un brazo protector por encima de cada una. En algún momento su llanto dejó de ser silencioso, se retreparon contra su pecho cada una por un lado y temblaron violentamente mientras dejaban ir hipidos y gemidos de profundo desgarró.

Para cuando los padres de Vega llegaron, las dos estaban abrazadas a él con fuerza, tomando sus manos al mismo tiempo. Era como si solo fuera el sustituto de aquello que necesitaban. Consiguieron separarlas por primera vez y metieron

a María en el coche. Los padres de ella llegaban en ese momento y Petra se introdujo en el asiento de atrás del vehículo para abrazar a su hija.

Vega se negaba a dejarlo ir, por lo que caminó en silencio hacia la puerta de atrás del coche de sus padres y allí le habló con ternura, le dijo que tenía que subir y la joven obedeció. Nada más entrar, María volcó el peso de su cuerpo de su madre hacia su amiga.

—Es increíble —articuló Thomas Williams—. No se habían separado desde...

—Sí —añadió Lourdes, la madre de su novia—. Gracias por ayudarnos a dar con ellas. Es un alivio ver que se encuentran bien —añadió.

—No ha sido nada. Yo también me he preocupado al recibir la llamada de José, el jefe de estudios. Tenía que ayudar de algún modo.

—¿Cómo has sabido que estaban aquí?

—No lo sabía —reconoció—. Me dirigía hacia su barrio cuando la idea me pasó por la cabeza. Tenía que comprobarlo y aquí estaban. Han traído una ofrenda —explicó.

Los padres de las chicas se acercaron a ver de qué les hablaba y comenzaron a llorar al ver las flores y la fotografía. Él recordaba a dos de aquellos muchachos, los que observó interactuar con Vega en la discoteca. A los demás quizás los vio de forma vaga, pero no los reconoció.

—Estos son... Es de aquella noche —aseguró la madre de Vega—. Llevan la misma ropa con la que salieron de casa —explicó con mano temblorosa.

Tomaron la fotografía y estudiaron las caras que en ella salían.

—¿Tiene el coche cerca? —preguntó Thomas dirigiéndose a él.

—Lo aparqué ahí detrás —repuso Javier.

—¿Por qué no viene a casa? Queremos agradecerle que nos haya ayudado.

—Si no es molestia...

—Para nada —añadió la madre de su novia depositando de nuevo la ofrenda de las chicas en el punto donde ellas la habían dejado—. Venga, por favor.

Le facilitaron la dirección que ya conocía y caminaron hacia el vehículo todavía en marcha, detrás del suyo. El padre de María aguardaba de pie con la puerta abierta después de haber ido a comprobar el estado de su hija.

Horas después se encontraba todavía en el comedor de los Williams. Cuando llegó las chicas estaban sentadas en el sofá la una junto a la otra en completo silencio, bajo la atenta y preocupada mirada de sus progenitores. También se encontraban allí Ramón y Raquel, los tíos de Vega, realizando llamadas para

agradecer la ayuda y anunciar que las muchachas ya habían aparecido, sanas y salvas.

—¿Por qué no intentas que se tomen el té? —pidió la madre de Vega.

—¿Yo? —replicó sorprendido.

—Sí. Contigo, Vega, de algún modo, reacciona. No lo ha hecho con nadie más. Lo hizo en el entierro y ha vuelto a hacerlo hoy.

¿Eso era así? ¿Podía ser que ella no respondiera con los demás como lo hacía con él incluso en aquel estado? ¿Era egoísta por sentir cómo su ego se inflaba más que un globo aerostático?

—Es verdad —remarcó la madre de María—. Y lo que hace la una lo hace la otra...

Miró en dirección a las mujeres, en sus caras se dibujaba la esperanza abriéndose paso entre la tristeza. Estudió cada rostro del salón y todos parecían querer que lo intentara. Tomó la taza que le habían ofrecido y la dejó en la mesa baja que había delante del sofá, entre las otras dos que se encontraban delante de las chicas.

—Veré qué puedo hacer —suspiró derrotado.

Caminó con decisión hacia ellas y con firmeza acarició el rostro de Vega cuya mirada se perdía en el vacío, en algún punto a sus pies. Acarició entonces el hombro y su mejilla con mano firme avanzando para sentarse en el estrecho hueco que había entre ellas ocupado únicamente por sus manos unidas.

Vega alzó la cabeza y, cuando tomó las manos de las dos adolescentes, juntas como una cadena, estas se soltaron y se movieron como en un reflejo de la otra para hacerle espacio. Luego volvieron a tomarse las manos como antes solo que esta vez sobre sus rodillas. Las miradas de los presentes fijos en lo que acababa de ocurrir, no terminaban de creerse lo que habían atestiguado.

Continuando con la misión que le habían encomendado tomó las tazas todavía calientes del brebaje preparado para ellas y los colocó, primero uno y después el otro, en la mano libre de las chicas. Ellas cogieron las asas y tomaron un sorbo. Era como ver un espejo.

Tal y como le habían dicho, lo que hacía una, lo repetía la otra, pero de forma tan compenetrada que uno podía pensar que se trataba de la misma mente en dos cuerpos distintos.

Sentía extraño el hecho de estar junto a Vega delante de tantas personas, más aun, el hecho de estar entre las dos chicas ante la atenta mirada de todos cuantos se encontraban allí. Poco después llamaron al timbre y llegaron Berta y Manel, los padres de Noa, igual de descompuestos que los recordaba.

Las ojeras de todos eran oscuras y se marcaban como un recordatorio de las largas noches que pasaban. La madre de Noa se aproximó a ellas y Javier se levantó para intercambiar posiciones. Las chicas se abrazaron a la mujer que lloraba de alivio al saber que ambas estaban bien y les pedía que no hicieran tonterías como desaparecer de nuevo.

El amor, el cariño, se notaba en cada palabra, en la forma de sostenerse en el hueco de los brazos unos a otros. La madre de Vega lo cogió del brazo y lo llevó a otra habitación, la del matrimonio, para poder hablar a solas.

—Sé que es egoísta por mi parte, pero mi hija parece confiar en ti... ¿Podrías ayudarnos para que encuentre la forma de continuar adelante?

—No sé qué podría hacer... —Se sentía tan inútil al respecto.

—Por lo pronto, agradecería si pudieras permanecer cerca. Todavía no me creo la forma en la que responde a tu presencia.

—Creo que es pronto para plantearse acciones, pero me mantendré atento.

—Gracias —respondió—. La psicóloga nos advirtió de que era posible que perdieran el año —habló tras un largo silencio—. No nos gustaría que algo como eso llegara a ocurrir. No quiero ni pensar qué podría pasar si repitieran curso con todos los recuerdos que hay en ese instituto.

—Ya imagino —contestó comprendiendo la preocupación—. Haré lo que esté en mi mano, pero no puedo prometer nada. Aunque les hiciera clases de repaso, el resultado dependería de ellas —adujo.

—Eso es. ¿Podría?

—¿Que si podría qué?

—Hacerles clases de repaso —repuso la mujer—. Por supuesto, le pagaríamos.

—Oh, no. No podría recibir su dinero —rechazó. Entonces identificó la oportunidad que se le presentaba y no dudó en tomarla—. No les aceptaré ni un céntimo. Aunque si creen que recibir clases puede ser bueno para Vega, no tengo inconveniente en hacérselas.

Ninguno en absoluto. Verse apartado de su vida había sido desalentador y un palo como nunca pensó que podría sentir, pero las circunstancias habían aparecido de aquel modo. Sentía reparo de utilizar la situación en su favor de forma completamente egoísta. No obstante, si eso le permitía poder estar en contacto con ella, no iba a darle la espalda.

## Capítulo 16

Poco a poco las cosas se habían ido calmando. Los alumnos volvieron a la normalidad de sus vidas y rutinas a excepción de Vega y María. Ya no parecían siamesas, sin embargo, era en extremo raro verlas separadas. Las semanas pasaron y Javier veía muchas mejoras en el estado de salud de su novia.

Había vuelto a ver lo que la rodeaba, a comer y a beber con cierta normalidad y a hablar. Recordaba el día en que escuchó de nuevo su voz, lo atravesó como un relámpago. Claro que todavía no participaban como antes durante las clases ni se relacionaban con los demás como lo habían hecho en el pasado. Los compañeros se mostraban pacientes y las incluían en cada actividad como si nada.

Ella y su amiga acudían a la consulta de una psicóloga una vez por semana, y costó, pero dejó la medicación que tomaba para dormir a petición propia. Decía que la hacía sentirse demasiado cansada el resto del día y como si la cabeza y el cuerpo se le mantuvieran desconectados.

En el transcurso de aquellas semanas recuperó la esperanza de que antes o después la Vega que había conocido regresara, aunque fue duro mantener las distancias físicamente hablando. No quiso ni pensar en la idea de que al recuperarse pudiera echarle en cara que se hubiera aprovechado de su estado de angustia y mantuvo las distancias todo lo que pudo sin dejar de ofrecerle apoyo.

Aunque no fue grato, tuvo que pagar un precio. Su frustración aumentaba cada día que pasaba junto a ella sin poder tocarla. Tras darle muchas vueltas y meditarlo con toda la calma que le fue posible a pesar de la situación, tanto si Vega se recuperaba del tremendo varapalo que suponía perder a su querida amiga a corto, medio o largo plazo, no vio más solución que solicitar su traslado del Corazón de León a otro centro.

Viendo la situación en conjunto, con perspectiva, era lo mejor para todos. En especial para ella. Se decía que algún día las cosas mejorarían lo suficiente,



aunque lo cierto era que ni siquiera se habían visto a solas si no era por algún tema relacionado con sus estudios, ni hablado de su relación o de ellos.

Era algo que lo aterraba en realidad. ¿Y si decidía que ya no quería estar con él? Lo comprendería. De hecho, en aquellos momentos sentía que su relación era menos que inexistente. Ella continuaba sin llamar, enviar mensajes ni nada por el estilo. Y él tampoco lo hacía para darle el espacio que necesitara.

—Le das demasiadas vueltas, Javi —se recriminó dejando a un lado el bolígrafo rojo con el que corregía exámenes en su casa.

Se frotó el puente de la nariz y miró la pila que todavía le quedaba para terminar con aquella tarea. El teléfono comenzó a sonar y agradeció de corazón la interrupción que le obligaba a tomar un descanso y se levantó para ir a prepararse algo para beber a la cocina. Respondió sin tan solo mirar de quién se trataba.

—¿Sí?

—Vaya, sí que sueñas raro cuando no me respondes como haces normalmente... —dijo su hermano.

—Martín, ¿qué quieres?

—Eso ya suena más como tú —replicó con su habitual sentido del humor.

—Tengo un montón de exámenes que corregir —alegó para que quedara claro que no podía estar perdiendo el tiempo al teléfono si no había un mensaje que tuviera que transmitirle.

—Vale, lo capto, iré al grano. Se acerca el cumpleaños de papá y vamos a celebrarlo en mi casa. Haremos una barbacoa.

—De acuerdo —respondió.

Inmerso en sus preocupaciones acerca de Vega había olvidado por completo el cumpleaños de su padre.

—¿Vas a invitar a esa novia tuya? —interrogó—. Lo pregunto solo para tener en cuenta el tema de la comida, los platos y demás —agregó hablando deprisa.

Su familia quería conocerla. Llevaba mucho tiempo dando largas y aplazando el tema, pero dado que desconocía el estado actual de su relación con Vega no estaba en posición de pedirle que afrontara algo como aquello. No podía pedirle nada en absoluto.

Dudaba mucho de que, pese a sus avances, tuviera ganas de conocer a sus padres. Para ellos, su relación duraba ya hacía meses, aunque la realidad era distinta, como si de forma tácita la hubieran puesto en pausa o en el congelador, daba igual el símil, el resultado era el mismo.

Se sentía vacío y muy solo.

—Martín —emitió un largo suspiro—, ya dije que ella estaba pasando por un momento difícil. Ha perdido a alguien y la herida es todavía demasiado reciente.

—Lo sé, hermano, lo sé. Pero no puedes simplemente mantenerla encerrada en una burbuja. ¿No se trata de recuperar la normalidad?

—Nuestra familia no es muy normal que digamos —replicó.

—No hay nada más normal que una celebración familiar —continuó su hermano.

—No lo sé. Ya te diré algo. Pero no cuentes con ello, por si acaso.

Lo cierto era que no tenía intención de hablar con ella al respecto, a pesar de que antes o después tenía que darle una respuesta a Martín y al resto de la familia por evasiva que fuera. Después de unos minutos de charla en la que se puso al día respecto a su sobrina y los últimos acontecimientos de su desarrollo, la llamada finalizó y se concentró de nuevo en terminar de corregir aquellos exámenes.

Las notas de Vega y de María habían descendido significativamente, aunque no era algo por lo que tuvieran que preocuparse por el momento. Sus ausencias en algunas clases debido a que habían necesitado llorar o tomar un respiro también habían bajado hasta casi desaparecer.

Según la psicóloga del centro que también les hacía un seguimiento, dijo que ambas lo estaban haciendo bien para tratarse de una situación tan delicada. Javier solo pensaba en lo que era mejor para ella y, si mantenerse al margen era lo que hacía falta, eso sería lo que haría.

Para cuando terminó de corregir y guardó todos los exámenes en la cartera que debía llevar el lunes al trabajo, apenas podía creer que hubiera terminado siendo todavía viernes, aunque fuera tan tarde. Su estómago le decía que quizás ya era hora de cenar algo. Recordó la llamada de Mario más temprano, invitándolo a ir a cenar con Pedro y sus parejas.

¿Estaría a tiempo de sumarse?

Recogió la mesa y llevó a la cocina el vaso que había estado usando para beber. El timbre sonó, sobresaltándolo. Se dirigió hacia la puerta con curiosidad, observó por la mirilla y se le detuvo el corazón. Abrió a toda prisa.

—¡Vega! ¿¡Qué haces aquí!?! —La abrazó en cuanto la madera dejó de interponerse entre ellos.

—Yo...

La joven comenzó a llorar rompiéndole un poco más el alma.

—Pasa. —La llevó dentro y cerró después—. ¿Estás bien? ¿Ha pasado algo? —Se interesó mientras su preocupación iba en aumento.

La condujo hasta el salón. De pronto recordó que la última vez que había estado allí hicieron el amor en el sofá y se sintió incómodo porque también fue el día que supuso un antes y un después en la vida de ella, marcado por una terrible pérdida.

—Voy a prepararte algo para beber —añadió levantándose, rehuyendo su mirada.

Un tirón en su ropa le hizo mirar hacia abajo. El puño de ella se cerraba en torno a su manga. Siguió la extremidad y encontró sus ojos, esos ojos que lo miraban de una forma increíblemente triste y al borde de las lágrimas.

—Tú... —comenzó a decir ella con un hilo de voz quebrada—. Ya no... —Tragó saliva—. ¿Quieres alejarte de mí?

—¿Qué? ¡No! —replicó con vehemencia al tiempo que se sentaba de nuevo a su lado—. Quiero estar contigo, claro que quiero estar contigo.

Después de escuchar sus palabras ella dejó caer las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos y se abrazó a su cuello. A pesar de que no comprendía nada en aquel momento, ella estaba allí con él por primera vez completamente a solas en los últimos meses y su presencia le producía un calor en el pecho que deseaba conservar para siempre.

Le había costado mucho reunir el valor y el coraje para ir a su casa a hablar con él y salir de dudas de una vez por todas. Vega necesitaba saber en qué términos estaban. Javier no había hecho ningún movimiento que le indicara alguna clase de interés desde hacía mucho, desde que Noa...

Perder a su amiga había sido bastante desgarrador de por sí y la distancia que el profesor había tomado con ella era también dolorosa a un nivel distinto. Se encontraba incompleta sin Noa a su lado, pero sin Javier se sentía, además, huérfana. Y no sabía qué podía hacer.

En las últimas semanas estuvo reflexionando al respecto. Las cosas habían cambiado mucho entre ellos desde el accidente, tal vez ya no quisiera tener nada que ver con ella, se habría cansado de velar por ella, de su depresión, o simplemente se había enfadado porque al principio no estuvo en sus cabales y no respondió llamadas ni mensajes de nadie.

La incertidumbre era algo que la mantenía despierta por las noches a pesar de que la terapia le había ayudado a continuar adelante después de que Noa los dejara de aquella forma tan incomprensible. Pero había sido precisamente después de que comenzara a hablar de Javier en terapia, tras asegurarle su

terapeuta que nada de lo que contara allí sería revelado a sus padres, cuando comenzó a mejorar notablemente.

Le daba miedo estar focalizando su amor por Noa en él, por ello había permanecido a la espera de ver algo por parte del profesor, una señal, lo que fuera. Sin embargo, él se mantenía tan correcto, tan al margen, que dolía. No hubo mensajes, ni llamadas, ni intentos de contactar con ella.

Fue Miriam, la terapeuta, la que le dijo que debía retomar las riendas de todo cuanto concernía a su vida y poner las cosas en su lugar. Si no sabía en qué punto se encontraba su relación debía averiguarlo, y para hacerlo tenía que preguntar directamente. Hablar de aquello en una llamada o a través de un mensaje de voz, o uno escrito, no le parecía que fuera la forma más adecuada. Además, quería verlo. Se moría de ganas de abrazarlo, de sentir su piel bajo las yemas de sus dedos.

Perder a una de sus mejores amigas fue un golpe mucho más duro de lo que nadie podría imaginar. Ni siquiera recordaba gran parte de aquellos primeros días y tenía serias lagunas de las semanas posteriores. No sabía en qué momento había comenzado a recordar cada cosa que hacía y a devolver su atención al mundo que la rodeaba.

Las personas que la querían de forma completa e incondicional le hicieron darse cuenta de que Noa no querría que ni ella ni María estuvieran así. Fue por ella, por honrar su memoria, lo que su amiga era, lo que significaba para ellas, que pudieron comenzar a remontar.

Decidió que viviría amando cuanto hiciera por Noa, por sí misma y su punto de partida era Javier. Lo quería. Se había enamorado de él hacía mucho. Todo lo que había pasado le hizo darse cuenta de cuán profundos eran sus sentimientos por el profesor.

Todo ello era lo que la había llevado esa noche a su piso, a ese sofá, a sus brazos. La aterraba que pudiera querer dar por finalizada su relación, aunque estaba dispuesta a luchar si era necesario. Lloraba sin control contra su cuello. Los brazos de Javier la rodeaban, creando un refugio seguro, un remanso de paz para ella.

—Está bien. Sácalo todo —decía con ternura mientras acariciaba su cabello y espalda.

—¿Quieres dejarme? —balbuceó.

Por fin lo había dicho. Pronunciar aquellas palabras que eran motivo de tan profunda angustia para ella no fue algo sencillo.

—¿Eh?

—Es... Estás tan lejos de mí y no haces nada para acercarte —expuso—. Yo... Te echo de menos. Me siento sola —declaró—, y no sé si te has cansado de mí, de que esté así desde que Noa murió o...

—Vega, ¿de qué hablas? —Agarró su rostro con ambas manos y la alejó un poco de sí para fijar sus pupilas en ella—. ¿Cómo puedes pensar...? Te quiero, ¿me oyes?

Lloraba mientras trataba de mantener la mirada en él. Escuchar eso era más de lo que podía soportar. ¿De verdad la quería? ¿Había pronunciado aquellas palabras?

—Entonces, ¿por qué...? Me mantienes lejos...

—Has pasado unos meses muy difíciles —suspiró él al tiempo que acariciaba su cabello—. Necesitabas espacio —continuó—. No quería agobiarte con mis sentimientos mientras tú estabas en otras cosas. Solo quise dejarte el camino despejado —explicó—. Pensé que te ayudaba.

—Pues no —respondió ella—. Bueno, puede que al principio —reconoció al instante—, pero luego yo... Me sentía tan sola y tú no me llamabas, ni me decías nada.

El sollozo suplicante surgió por sí mismo. Buscó esconder el rostro en su cuello, era tan patético e infantil estar allí rogando por su atención.

—¿Por qué no me lo dijiste? Me estaba matando mantenerme al margen y no acercarme a ti —dijo Javier haciendo que ella buscara su mirada de nuevo—. Me había prometido no aprovecharme de la tragedia, que te dejaría libre si eso era lo que querías cuando todo pasara. Aunque, para ser sincero, no sé si habría podido hacerlo.

—No quiero eso —sollozó—. Perdóname. Tú te has portado tan bien conmigo y yo... incluso cuando no estaba siendo yo misma...

—No importa, Vega. Eso no importa. Solo hice lo mejor para ti. ¿Pero creías que te iba a resultar tan sencillo romper conmigo? —bromeó él.

—Entonces, ¿no te has cansado de mí?

—No hay forma en que algo como eso pueda llegar a pasar —declaró el profesor con una expresión tan tierna y confiada que despejó cualquier duda que hubiera podido sentir.

Vega humedeció sus labios y tomó aire antes de lanzarse a hacer lo que hacía tanto tiempo que quería haber hecho. Lo besó y sus bocas encajaron tal como recordaba, solo que en esta ocasión su pecho palpité de un modo desconocido, tan cálido, tan fuerte, que lo devolvió a la vida.

—Diciendo cosas como esas... —murmuró contra sus labios—. Hacen que

una chica se enamore.

El calor de las manos de él en la espalda la estremeció, aunque no tanto como la interrupción de la música proveniente de su teléfono.

—¡Mierda! —maldijo Javier—. Perdona.

Alargó el brazo y tomó el aparato de encima de la mesa baja para responder la inoportuna llamada mientras ella se arrellanó en su regazo contra su cuello. Sentir su calor, rodearse de su aroma, era algo que conseguía calmar la tormenta que azotaba su interior.

—Ah, verás, yo... No sé si puedo ir a cenar con vosotros ahora.

Notó la incertidumbre en la voz del profesor y al levantar la cabeza lo encontró dividido. Qué arrogante había sido al creer que no tendría planes hechos, por pensar que estaría allí para ella, a la espera.

—Si habías quedado, yo... —susurró e hizo un gesto con el pulgar indicando que se iría.

—No, no tienes que irte —comentó a toda prisa—. Sí, es ella —dijo respondiendo a una pregunta de su interlocutor—. Sí, está conmigo. No, no hemos cenado. —El tono que utilizaba al responder a quién fuera que le interrogaba era monótono.

¿Le estaban preguntando por ella? ¿Quién era la persona que lo estaba llamando y por qué sabía acerca de su relación?

—¿Te apetece ir a cenar con los pesados de mis amigos? —Inclinó el teléfono hacia abajo, apartándolo de su boca al proponerle el plan.

¿Así que sus amigos tenían constancia de su relación? ¿Qué era lo que sabían exactamente? ¿Y quiénes eran? La curiosidad se estaba tornando demasiado grande, no obstante, si ya tenían planes hechos con anterioridad, no quería ser una molestia.

—Oh, no quiero molestar...

—Nunca lo haces —respondió con una discreta sonrisa y la besó de forma fugaz en los labios—. Entonces, ¿vienes? —Vega no se atrevió a responder de otro modo más que con una inclinación de cabeza—. Está bien, vamos —habló al *smartphone*—. Sí, sí. No tardamos —comentó con desenfado y una sonrisa sobrevolando su boca que lo hacía más atractivo si cabía esa posibilidad.

—Lo siento, no había pensado que tú ya tendrías planes... —dijo en cuanto él dio por finalizada la llamada.

—¿Por qué te disculpas? No has hecho nada malo. —Estaba convencida de que dijo aquello para calmar su consternación. Funcionó—. Espera, deja que me cambie de ropa y nos vamos.

Lo observó levantarse y caminar con rápidas y largas zancadas hacia el pasillo en dirección a su habitación, solo entonces se fijó en que todavía llevaba la ropa que solía usar para el instituto. ¿Estaría bien que lo acompañara en una cena con sus amigos?

Regresó antes de que pudiera continuar dando vueltas en círculos dentro de su cabeza. Se había puesto unos tejanos que se ajustaban a sus muslos en cada paso que daba, una camisa azul marino de manga corta que también marcaba la anchura de sus hombros, llevaba una pulsera de cuero y zapatos oscuros. Para rematarlo se había peinado de aquella forma que tanto le gustaba.

La mandíbula de Vega cayó abierta, se le aflojaron las piernas y un estremecimiento le atravesó la parte baja del vientre provocando que se humedeciera en lo más íntimo.

—¿Es... estás seguro de que quieres que vaya?

—Claro. Eres mi novia —contestó él—. Preferiría tenerte solo para mí, pero puede que sea mejor no abalanzarme sobre ti como un lobo hambriento en estos momentos.

¿Ah, no? La imagen de él sonriendo descaradamente mientras le acariciaba de formas que hablaban de noches interminables y de promesas, provocó que la piel de su cuerpo se erizara por completo.

—Yo no voy vestida para...

—Vas perfecta —aseguró el profesor atajando su excusa—. Mira.

Cogió su mano y tiró de ella haciendo que abandonara el cómodo mueble, la llevó al cuarto de baño donde había un espejo grande y amplio que llegaba desde la encimera hasta el techo, ocupando toda la pared. Le quitó la chaqueta tejana que se había puesto a toda prisa al salir de casa y descubrió su atuendo.

Llevaba una camisa de verano blanca de manga corta con escote de barca que iba de hombro a hombro y un dobléz en la parte superior cubriendo sus pechos que le daba ese toque de peso y de movimiento a la prenda. Utilizaba unos pantalones tejanos piratas del mismo color y unos náuticos.

¿Cuándo se había puesto aquello?

Solo había pensado en ir a hablar con él. Se había vestido con aquello en mente, nada más. Ni se había dado cuenta de la ropa que eligió. Javier le besó el hombro sin dejar de mirarla a través del espejo. El contraste de colores de sus atuendos era hipnótico. Ella iba de blanco de pies a cabeza y él de azul. Tan diferentes y, aun así, de algún modo, se completaban.

## Capítulo 17

La aparición de Vega en la puerta de su casa había sido chocante. No obstante, respiraba tranquilo después de conocer lo que había estado preocupando a la joven y descubrir que poco más o menos se habían sentido igual. En cualquier caso, se sentía feliz de haber podido arreglar las cosas entre ellos.

Disfrutaba del calor de su mano encerrada en la suya mientras conducía por la ciudad para encontrarse con sus amigos. No podía evitar acariciar el suave dorso con el pulgar. Estaba alucinado porque hubiera aceptado ir a cenar con ellos. Eso le hizo pensar en la llamada de más temprano de Martín.

El cumpleaños de su padre. Pero no quería forzar a Vega tirando de ella en esa dirección. En la medida de lo posible, quería que continuara teniendo el espacio que necesitara, aunque también quería ser el que la acompañara en el proceso de sobreponerse a algo tan terrible y no volver a quedar relegado al papel de simple espectador.

Por otra parte, estaba preocupado por hacer o decir alguna cosa que pudiera traerle recuerdos que le hicieran daño. Quizás era demasiado pronto, pensaba al tiempo que comenzaba a transpirar con temor. Antes de que pudiera echarse atrás habían llegado. Aparcó en una calle cercana al restaurante del que le habían enviado ubicación.

Respiró un par de veces mientras apagaba el contacto y sacaba la llave. Buscó la cara de su acompañante y sonrió. Ella lo observaba a la espera del siguiente paso y entendió que haría aquello si él quería. Vega le dedicó una sonrisa con aquel aire triste que no podía evitar tener y casi pudo sentir cómo el corazón le estallaba en el pecho.

Desabrochó el cinturón y se inclinó invadiendo el asiento del copiloto para besarla. Necesitaba tanto sentirla, saber que no era un sueño, que estaba allí con él. ¿Cuándo se había enamorado tan profundamente?

—No tenemos que hacer esto si no quieres —murmuró—. Podemos ir a



cualquier otra parte y cenar solos.

—Ya has dicho que vendrías. No pasa nada, quiero conocer a tus amigos, aunque no puedo evitar estar nerviosa.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? ¿Y si no les gusto? ¿Y si no les caigo bien? ¿Y si...?

—Está bien, está bien. En primer lugar, son unos idiotas, así que si no les gustas no se les puede tener en cuenta porque solo estarían demostrando su nivel de estupidez. En segundo lugar, ni siquiera estoy seguro de que me caigan bien a mí. No todo el tiempo, al menos. Por lo que no debes preocuparte por eso tampoco. Y en tercer lugar, eres mi novia y nada de lo que digan va a cambiar eso. ¿Entiendes?

Para cuando terminó de hablar, Vega tenía una expresión divertida que le hubiera gustado conservar para siempre.

—Entiendo... —repuso con el mismo tono descreído que una vez tuvo.

Salieron del coche cada uno por su lado. Javier subió a la acera para reunirse con ella y acarició su rostro, aún no podía creer que la tuviera de nuevo entre sus brazos. La besó. Un beso que no pretendía ser más que un roce, pero este se convirtió en caricia y la caricia en fuego.

—Ah —jadeó contrariado—. Será mejor que entremos antes de que te vuelva a subir al coche y te lleve lejos donde pueda tenerte solo para mí.

Vega pasó los dedos por su cabello haciendo que inclinara la cabeza y lo besó de nuevo, dejando la marca de sus labios como brasas en su boca.

—Vamos —susurró ella sin ser consciente de la reacción que había desatado en él.

—Necesitaré un minuto —declaró—. O dos.

—¿Por? —quiso saber ella. No le respondió—. Oh, ¡oh! —exclamó al entender el porqué de la necesidad de tiempo extra—. Lo siento.

—Cariño, no es algo que tengas que lamentar, créeme. Solo que ahora resulta algo inoportuno, eso es todo.

Después de un par de minutos el tamaño de su bragueta dejó de resultar evidente para todo el mundo y pudieron presentarse en público. Abrió la puerta del restaurante y la invitó a pasar. Al tomarle de la mano, ya dentro del local, notó su palma un tanto humedecida, evidencia de cuán nerviosa estaba a pesar de que, por su aspecto exterior, nadie podría adivinarlo a simple vista.

—¿Mesa para dos? —preguntó una mujer que se aproximó a ellos con dos cartas del menú en la mano.

Sus amigos eran aficionados a la comida asiática y esa noche habían elegido

un restaurante tailandés.

—Nos están esperando —respondió él con aplomo a la mujer de piel bronceada y rasgos orientales.

Caminaron de la mano adentrándose en la sala cuando los vio en una gran mesa redonda. No faltaba nadie: Pedro y Alba, Mónica, amiga de esta, Mario y Marina. Y Héctor, el compañero de piso de Mario. Llegaron junto al grupo y sus dos amigos fueron los primeros en ponerse en pie para darles la bienvenida.

—Hombre, siempre el último —saludó Pedro con una gran sonrisa—. Pero ha merecido la pena. —Le guiñó un ojo cómplice antes de dirigirse a la mujer que permanecía de forma discreta tras él—. Tú debes de ser Vega. Ya creíamos que lo de que este se había echado novia era un invento —pronunció con sorna mientras le daba dos efusivos besos en las mejillas.

Dio un capón a su amigo antes de hablar.

—Él es Pedro. Cuidado, es abogado —advirtió—. No son de fiar.

—Ya me presento solo. —Se adelantó Mario y saludó con dos besos a su acompañante también—. Soy Mario, amigo de este cabeza hueca, un placer.

—Dale espacio —exigió en tono de fastidio echando al hombre hacia atrás con el brazo en broma—. Y ellas son Alba, Mónica y Marina —continuó presentándole a las parejas y amiga de sus amigos que se acercaron, dieron dos besos a Vega y retornaron a sus asientos.

—Eh, faltó yo —se quejó Héctor.

—Ah, sí, este es Héctor, compañero de piso de Mario, el besucón.

—Sí, lo traemos para amenizar —bromeó Pedro mientras él ayudaba a Vega a quitarse la chaqueta y la dejaba en el respaldo de la silla, que retiró para que ocupara su novia.

—Vaya un ataque más gratuito —articuló el interpelado.

—No les hagas caso, Vega —intervino Alba—. Siempre están así.

—Oh, de acuerdo —respondió modosa.

Javier tomó asiento y volvió a coger su mano, colocándolas entre ambos sobre el mantel. No le pasaron desapercibidas las miradas de todos los presentes a ese gesto, como tampoco lo hizo la radiografía que, cada uno a su manera, le estaban haciendo a su chica.

—¿Les traigo algo para beber mientras deciden qué cenarán? —La camarera volvió a aparecer.

—Yo quiero un refresco de cola —pidió—. ¿Vega?

—Oh, ¿tienen té frío? —La mujer inclinó la cabeza para afirmar—. Entonces eso, gracias —despidió a la mujer con una sonrisa que lo encandiló.

Al girar la cabeza vio a todos los integrantes de la mesa sonriendo en su dirección.

La cena con los amigos de Javier fue entretenida a pesar de que había momentos en los que no podía evitar que sus pensamientos la llevaran por derroteros que no debía explorar en ese momento porque conducían a la pena y al dolor. Sentía las miradas sobre ella. Era normal, suponía, según le habían recalcado unas cuantas veces él no les había presentado a una novia desde que empezaron a estudiar la carrera en la universidad.

—Entonces, Vega, tú estás estudiando, ¿no? —Mónica, la mujer que se sentaba al otro lado de Héctor, que se encontraba junto a ella a su vez, la interrogó con una sonrisa de suficiencia—. ¿Qué carrera?

¿Carrera? ¿Javier les había dicho que estaba en la universidad? Se avergonzaba de ella, claro; no le extrañaba, con esas personas tan geniales e inteligentes que tenía en su círculo de amistades...

—Ella no va a la universidad —respondió Javier en su lugar con rostro realmente serio—. Falta un año para eso —se giró hacia ella y le sonrió de forma tranquilizadora mientras se llevaba el siguiente bocado a la boca como si nada.

—Ah, mi error —se excusó la otra—. No sabía que todavía estabas en el instituto.

—Oh, no pasa nada. No se puede tener toda la información si no se pregunta, ¿verdad? —respondió a Mónica adelantando su torso para poder verla puesto que el cuerpo de Héctor le ocultaba la vista.

Vega usó los palillos para probar los tallarines con verduras que se había servido en el plato.

—Eso es lo que digo siempre. —Pedro entró en la conversación—. ¿Y ya sabes qué quieres hacer?

—¿Te refieres a qué carrera? —preguntó a su vez.

El hombre cuya altura era muy similar a la de ella, afirmó a la espera de una respuesta por su parte.

—A decir verdad, hace mucho que no pienso en eso. Antes estaba indecisa, no podía imaginarme nada que me gustara, sin embargo, de un tiempo a esta parte he estado pensando y creo que me gustaría hacer algo relacionado con el arte y la investigación —terminó por exponer sus pensamientos al respecto.

—¿Arte e investigación? —repuso con un bufido sarcástico Mónica que le granjeó varias miradas de advertencia por parte de los demás—. ¿Qué relación

tiene eso?

—Conocer la procedencia de las obras, seguir la pista y encontrar esas piezas que se perdieron ya fuera por uno u otro motivo —enumeró—, comprobar su originalidad... Creo que se llama peritaje, pero supongo que cuando esté en la universidad sabré más acerca de por dónde tirar. Recientemente me he dado cuenta de que no todos dejamos nuestra huella. Tal vez porque no nos da tiempo. Por eso me gustaría honrar de ese modo a quienes sí dejaron la suya.

—Vaya, eso es muy bonito —dijo Héctor que había dejado su cubierto para escucharla.

Como había hecho el resto de la mesa, por otra parte. Todos la miraban en ese instante.

—Y tiene mucho sentido —elogió Alba con el respaldo inmediato de Marina.

Giró su cabeza hacia Javier, que la observaba con profundidad y sonrió para tratar de rebajar su propio nerviosismo al darse cuenta de que, tal vez, había hablado de más dejándose llevar por las reflexiones y pensamientos que había estado teniendo sobre todo cuanto deseaba hacer en el futuro. Era evidente que tenía relación directa con las clases que él le impartía y las que, desde hacía un tiempo, tomaba de otro modo y veía bajo un nuevo prisma.

El profesor colocó una mano en su mejilla y le acarició el rostro, se inclinó y cuando su nariz estuvo rozando la de ella sus facciones se relajaron. La besó. Lo hizo como si solo estuvieran ellos, olvidando a los amigos y conocidos que compartían la misma mesa.

—Ese plan está muy bien —dijo con orgullo cuando rompió el íntimo momento para volver a comer con normalidad.

—Vaya, eso suena interesante —carraspeó Mario—. Ya tienes las cosas más claras de lo que muchos las teníamos en tu situación.

—Habla por ti —repuso Pedro—. Yo siempre supe que quería ser abogado.

—Bueno, pero ya sabes cómo este y yo terminamos en la carrera.

—¿Y de qué te sirvió a ti? —continuó el abogado—. Para poder decir que tienes estudios superiores, nada más. Para lo que la has usado... Javi sí que le terminó sacando provecho.

A partir de aquel punto, la charla derivó hacia otros temas de conversación, era evidente que el grupo se llevaba muy bien. Le gustó ser testigo de esa faceta de su profesor, bromeando, lanzando y recibiendo puyas. Pensó en lo mucho que le gustaría que sus amigas y ellas tuvieran eso mismo en un futuro.

La realidad se impuso a través de un pensamiento que cruzó su mente como un relámpago. No iba a ser posible. Sintió el peso de la lágrima que se arrastró

por su mejilla y fue a caer en el mantel, ante su expresión aturdida.

—Oh, disculpadme. —A toda prisa se levantó sin mirar a ninguna parte en concreto y abordó a la camarera cuando se cruzó con ella para preguntarle por los servicios.

No iba a poder estar sentada en una mesa como aquella con sus amigas en un futuro porque Noa ya no estaba. Ella y Marc no estarían allí charlando, bromeando y riendo con los demás. Recordó la cena de aquella noche en el restaurante antes de ir a la discoteca, ¿no había sido una situación parecida?

Prácticamente cayó contra la puerta de los lavabos y esta se abrió sin presentar resistencia. Vega se dirigió a uno de los lavamanos, abrió el grifo y se empapó las muñecas, luego la cara con desesperación, como si el líquido al caer por el desagüe pudiera llevarse la agonía que la consumía desde dentro.

La angustia no mermaba, pero logró controlar su respiración lo justo para que su cabeza comprendiera que no se ahogaba en realidad, solo era a causa de ese lacerante dolor que le cruzaba el cuerpo desde que le habían arrebatado a su amiga. Entró en uno de los retretes y buscó algo de papel higiénico con el que poder secarse. Al inclinarse, se dio cuenta de que todavía la sobrepasaba el desconsuelo.

Alargó el brazo, cerró la puerta y se acuclilló con la espalda contra la esquina del diminuto espacio donde cruzó los brazos en sus rodillas, apoyó la cabeza sobre ellos tratando de esconderla como si fuera un avestruz y sollozó con amargura.

—Vega, ¿qué...?

Su mano quedó suspendida en el aire. La joven ya se había alejado y estaba asaltando a la sorprendida camarera que se la quedó mirando cuando continuó a toda prisa hacia el baño.

—¿Qué le pasa?

—¿Qué ha pasado?

Sus amigos se preguntaban acerca de la repentina huida de su novia.

—Me lo temía —murmuró él.

Sabía que algo como aquello podría ocurrir. Era uno de sus miedos, sin embargo, cuando aceptó acompañarlo, le hizo sentir tanta felicidad que conscientemente lo apartó de su cabeza. Las serias miradas que compartió con Mario y Pedro le dejaron claro que ellos también comprendían. Meses atrás les había puesto al día de la situación y, por lo que veía en las reacciones de todos,

no lo habían explicado a nadie más.

—Dejadme que pague nuestra parte y nos vamos —anunció.

—No te preocupes —aseguró Pedro.

—Sí, déjalo —apoyó Mario.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Alba con genuina preocupación en la expresión.

—Es normal que se haya indispuerto, es una niña, al fin y al cabo. Darse cuenta de que estás por completo fuera de lugar...

—¡Mónica! —recriminaron Alba y Marina al mismo tiempo.

—¿¡Qué!? Crecer no es tan fácil como sentarse en la mesa con los grandes —replicó ella con desdén.

—No, no es tan fácil, ¿verdad? Hay gente que no crece nunca —habló dirigiéndole una larga y dura mirada enfadado. Recogió la chaqueta de Vega del respaldo y se puso en pie—. Buenas noches.

—¿Por qué se enfada conmigo por decir la verdad? —escuchó que comentaba Mónica en un murmullo mientras se alejaba.

—Porque la mejor amiga de Vega murió hace poco. —La contestación de Mario sumió la mesa en un profundo silencio.

Entró al baño de mujeres. No tuvo que buscar demasiado para encontrarla, solo había una puerta cerrada y veía su calzado por la ranura de abajo.

—Cariño, déjame entrar —llamó con un nudillo golpeando una única vez la superficie y empujó.

La hoja solo se abrió un poco y tuvo que hacer un esfuerzo para pasar. Dentro del habitáculo la encontró acuclillada en la esquina, llorando, con la cabeza entre las piernas y cubriéndose con los brazos.

—Vamos, te llevaré a casa —acarició su cabello.

Sentía de nuevo la impotencia de no poder hacer nada que pudiera quitarle todo ese dolor. Le pasó una mano bajo las rodillas y otra por la espalda; ayudado por las paredes del estrecho retrete pudo levantarla, aunque con bastantes dificultades. La cargó en brazos y ella volvió el rostro contra su pecho, tapando su cara con las manos.

Abrió con el pie la puerta y luego hizo lo mismo con la del baño. Cruzó el restaurante creando una pequeña conmoción entre la clientela que se giraba para verlos pasar. La camarera se apresuró a abrirle la puerta de la calle y con una mirada cargada de empatía hacia Vega le deseó una pronta recuperación.

—Gracias —repuso en su nombre—. También es lo que yo quiero —añadió.

No entendía el comportamiento que la amiga de Alba había mostrado esa

noche, siempre había sido una persona agradable, simpática incluso. ¿Por qué habría atacado de aquel modo a Vega? Y sus palabras cuando abandonó la mesa habían sido duras en exceso además de estar completamente fuera de lugar.

Como fuera, todo en lo que debía pensar era en el bienestar de su chica. La ayudó a entrar en el coche y la llevó a la playa, al mismo lugar donde se besaron por primera vez descubriendo aquel sentimiento arrollador que los ataba desde entonces.

En silencio, sentados uno al lado del otro, le colocó la fina chaqueta sobre los hombros para resguardarla de la brisa marina nocturna que apaciguaba a cualquiera con su distintivo olor y que, sumado al sonido que hacían las olas al llegar a la arena, era el mejor lugar para diluir las penas.

Dejó que llorara cuanto quisiera manteniéndola contra su costado con un brazo cruzado por su espalda. Ambos mantenían el silencio sostenido ya por varios minutos, aunque no había tensión flotando entre ellos, era cómodo.

—Lo siento.

—No tienes por qué —aseguró—. Soy yo quién debería disculparse, ha sido mi egoísmo el que...

—No. Quería ir y conocer a tus amigos. Supongo que no les habré causado una buena impresión, ¿eh? —trató de bromear Vega, rompiéndole el corazón.

Su chica era mucho más fuerte de lo que ella misma imaginaba y lo peor de todo era que no se daba cuenta.

—A la mierda con eso —espetó—. A la mierda con ellos, quién me importas eres tú.

—Gracias.

—No me agradezcas —pidió.

Bastante sucio se sentía por dentro ya por tener esa clase de sentimientos por una chica que no solo era su alumna, además era menor de edad. Que hubiera pasado por alto sus propios principios ya era un indicador suficiente de cuán fuerte era lo que Vega había hecho crecer en su interior. Protegería a esa chica, pasara lo que pasase, con lo que hiciera falta, esa era la clase de amor que ella había despertado en él.

## Capítulo 18

Le pidió a Javier que la dejara en la calle antes de llegar a la suya. A pesar de sus objeciones lo hizo y ahora no podía estar más agradecida de que le hiciera caso. Nacho estaba sentado en el portal de su casa con una mirada acerada en el rostro mientras la veía llegar.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, no sin estupor al encontrarlo allí a esas horas. No es que fuera demasiado tarde, pero ya había anochecido.

—¿Quién era?

—¿Quién era quién? —replicó sintiendo una gota de sudor frío caer por su sien.

¿Era posible que hubiera reconocido el coche de Javier? ¿O a él?

—La persona que te ha traído —dijo.

¿Entonces no había podido ver al profesor?

—¿Te pasa algo, Nacho? —interrogó evitando de forma deliberada responder.

—Te estaba esperando.

—¿Esperándome? ¿A mí? —consultó perpleja—. ¿Desde cuándo? ¿Por qué no me has llamado?

—Lo he hecho. Debes de tener el teléfono en silencio todavía —contestó él con hastío antes de levantarse.

Vega extrajo el *smartphone* del bolsillo de la chaqueta que colgaba en sus manos y comprobó que tenía varias notificaciones por abrir y muchas llamadas perdidas, no solo suyas, también de sus padres.

—Tu madre también te llamó —añadió su amigo—, para tratar de saber cuándo volverías.

—Lo siento, yo... No me he dado cuenta.

—Ya, y ¿a dónde has ido?

—Necesitaba dar un paseo —respondió.

—Pero no estabas sola —articuló colocándose a un paso—. ¿Quién es? —



exigió—. ¿Es tu novio? ¿Has vuelto con R? —Nacho asió su brazo, se le veía molesto.

De un tirón se liberó del agarre, la actitud que mostraba no era para nada la de siempre, comenzaba a asustarle esa llama desconocida que veía en el fondo de su mirada.

—¿Pero qué haces, Nacho? ¿Se puede saber qué te pasa?

—¿Qué me pasa? —bufó—. Yo te diré qué es lo que me pasa.

Los brazos de él la capturaron en un segundo, aplastó los labios contra su boca y metió la lengua entre ellos conmocionándola por la ferocidad y la intensidad de sus acciones. Intentó repelerlo, pero sus brazos habían quedado atrapados hacia abajo y no podía usarlos. Giró la cabeza a un lado y a otro hasta que consiguió quitárselo de encima y tomar aire.

—¡Basta! —gritó—. ¡Para! ¡Déjame!

—¡No! Estoy cansado de esperar siempre al margen. —La arrastró hacia la pared.

—¿Qué dices? ¡Suéltame! —exigió.

Su boca calló las protestas que continuaba tratando de expresar. Nacho detuvo el movimiento de su cabeza con las manos liberando así sus brazos. Vega comenzó a empujarlo y a golpear su pecho con fuerza, pero no conseguía alejarlo de sí; utilizó más energía que no supo bien de donde salió y entonces consiguió que diera un paso hacia atrás, los dos respiraban de forma pesada debido al esfuerzo.

—¿¡Se puede saber qué coño te pasa!?! —inquirió a todo volumen—. ¿¡Se te ha ido la pinza, o qué!?! —recriminó temblando de ira y miedo.

Pudo ver en su rostro el momento exacto en el que se dio cuenta de lo que había hecho, pero ya era demasiado tarde. Había traicionado su confianza y su amistad atacándola de aquel modo. Pasó una mano por su cabello en un tirón hacia atrás y él repitió el gesto. Vega dejó de contenerse y con toda la fuerza que pudo reunir en su pierna hizo que el empeine conectara con sus huevos.

El chico se llevó las manos a la zona sensible pateada y se encogió sobre sí mismo quedando arrodillado delante de ella.

—¡No vuelvas a acercarte a mí! —aulló—. ¡No quiero volver a verte en la vida!

Furiosa con él, con lo que había hecho, caminó los escasos dos metros que la separaban de su edificio y con dificultades debido al temblor que acusaba su cuerpo en ese momento, abrió con la llave y entró. Corrió hasta el ascensor y frenética pulsó el botón de su piso. No se sintió tranquila hasta que las puertas se

cerraron, aunque el corazón le latía con violencia todavía dentro del pecho.

¿Qué coño acababa de pasar? ¿Se había vuelto loco? ¿Por qué Nacho le había hecho aquello? ¿Qué mierda pasaba con él?

Entró en casa y cerró con llave, necesitaba de algún modo dejar tras de sí lo que acababa de ocurrir y que su mente no podía explicar ni procesar.

—¿Ya has vuelto? ¿Dónde estabas? —Su madre asomó la cabeza por la puerta del comedor.

En cuanto la vio se sintió desfallecer, no podía explicar la confusión en la que estaba inmersa. Corrió hacia ella y se abrazó como a una tabla de salvación, su salvavidas.

—¡Mamá! —sollozó llorando en agonía.

La mujer que ya había vuelto de trabajar la acogió en su pecho y la llevó consigo al comedor donde continuó llorando con desconsuelo hasta que su cuerpo decidió que ya no podía sostenerla más y se sumergió en el mundo de lo onírico.

—Eh... ¿Se encuentra bien?

La llamada de Pedro no lo tomó por sorpresa, aunque tampoco esperaba que fuera a esas horas. Hacía un rato que había llegado a casa después de dejar a Vega y estaba desnudo salvo por los calzoncillos, tumbado boca arriba en la cama.

—Sí. Dentro de lo que cabe —contestó en un suspiro—. Hemos ido a dar una vuelta y cuando se ha calmado la he llevado a su casa.

—Es una pena, todo parecía ir bien.

—Lo es —estuvo de acuerdo—. Pero es lo que tiene el duelo, es todo un proceso. Bastante bien estaba esta noche para como la he visto estos meses atrás.

—Ya imagino... Alba me dice que te pida disculpas por lo que ha dicho Mónica. La verdad es que se ha pasado tres pueblos.

—Vosotros no tenéis culpa de nada, tranquilo.

—No, Javi. Es que nos hemos quedado todos alucinados. Nunca había tenido salidas como esa, ni parecidas.

—Bueno, ahora ya sabemos cómo es en realidad —repuso cansado.

Era curioso cómo notaba más el cansancio en ese momento que en cualquier otro. Como si su cuerpo hubiera pasado por una montaña rusa emocional en una sola tarde y todo lo que quería hacer era dormir para tratar de reponerse.

—Bueno, ya hablamos, te noto apagado.

—Estoy hecho polvo, demasiadas cosas —explicó.

—Sí, pero por lo menos habéis estado juntos, era lo que querías, ¿no?

—Sí... —bostezó.

—Bueno, dale recuerdos de nuestra parte. Y dile que esperamos verla pronto.

—Se lo diré —aseguró.

Con el pesar sobrevolando su corazón y la conversación con su amigo, colgó. Continuó mirando el techo hasta que las formas, las líneas, las luces y las sombras desaparecieron y se abrazó al sueño que venía en su busca.

Despertó a la mañana siguiente en la misma postura en la que se había dormido, con una sed como pocas veces tuvo. Estaba bebiendo agua en la cocina cuando sintió la enorme necesidad de salir de allí, no podía pasar más tiempo en casa. No tenía nada que hacer, así que decidió que podía ser un buen momento para salir a correr.

Continuaba mirando el teléfono de vez en cuando, pero nada, no recibía ningún mensaje de Vega, y eso que había pensado que a partir de entonces las cosas serían algo distintas, que volverían poco a poco a ser como antes, si no del todo, al menos en parte.

Después de correr más tiempo de lo que normalmente haría llegó a casa y se dio una larga ducha que resultó revitalizante, sin embargo, no tenía dónde o en qué enfocar toda aquella energía y de verdad que necesitaba hacer algo o se subiría por las paredes.

No podía ir a buscar a Vega, suponía que si no le había dicho nada todavía era porque necesitaba tiempo. En ese instante recordó un fragmento de su conversación de la noche anterior.

—Ah, joder. Le quiero dar espacio y a la vez estar con ella todo el tiempo...  
—Se frotó la nuca contrariado al tiempo que miraba con fijeza la pantalla de su teléfono—. A la mierda —resolvió y le envió un mensaje para averiguar cómo estaba.

Se negaba a quedarse en casa a la espera de una respuesta. Se vistió y salió con las llaves del coche en la mano. Para cuando quería pensar dónde ir, entraba en la heladería de su familia y se colocaba un delantal para echar una mano.

Nadie le dijo nada al respecto, ni de que hacía mucho que no iba el fin de semana, solo le dieron la bienvenida. Como su humor no le permitía estar atendiendo al público decidió gastar sus energías limpiando a fondo las neveras, los mostradores y todo cuanto se le pusiera entre ceja y ceja.

—No es que no aprecie que hayas venido hoy —dijo su madre dejando un refresco delante de él y tomando asiento a su lado en la mesa que había decidido ocupar para tomar un descanso—, sabe Dios cuánto llevaba pensando en hacer una limpieza profunda, pero ¿hay algo de lo que quieras hablar, hijo?

Observó la forma en la que la melena pelirroja de su madre caía. Aceptó la bebida y tomó un sorbo antes de responder.

—¿Soy un mal tío? —verbalizó su duda más profunda.

—¿Eh? No, Javi. No eres un mal hombre. Y no lo digo solo porque seas mi hijo. ¿Qué ha pasado?

¿Pasar? Nada. Y todo. ¿Qué era aquella desazón que lo asaltaba? Vega. Todo se resumía en una sola palabra, una sola persona. Su relación, esa que no deberían mantener, esa que comenzó, pero que continuaba congelada de algún modo. El duelo por el que estaba atravesando por la muerte de Noa, el hecho de que era su profesor, la diferencia de edad de once años que no era moco de pavo, y no solo eso, la realidad irrefutable de que era menor de edad.

Y a pesar de saber todo eso, de conocer esos datos y comprenderlos, no podía evitar quererla del modo en que lo hacía.

¿No lo convertía eso en un ser despreciable?

—¿Tiene que ver con esa chica? —aventuró su madre al permanecer él callado.

—Soy una persona horrible, Mamá —confesó utilizando las palabras que se había negado a reconocer ante sí mismo durante todo aquel tiempo y apoyado en la mesa se llevó las manos a la cabeza inclinando el cuerpo hacia delante.

—Ven, vamos a hablar.

Fue todo lo que su madre dijo, se quitó el delantal de trabajo y lo ayudó con el suyo, cogió sus cosas e hizo que la llevara a casa. Allí le preparó una infusión y sentados en la mesa de la terraza uno delante del otro le pidió que le explicara por qué pensaba que era una persona detestable.

Le habló de Vega, de su relación profesor-alumna, de lo que sentía por ella, de cómo había comenzado y de la situación por la que ella estaba pasando. También de lo mal que se sentía al tener un tipo de relación ilícita con ella que le impedía estar a su lado cuando era lo único que quería hacer en ese momento.

Su madre lo escuchó con calma y en completo silencio. Esperó paciente a que terminara de hablar y de explicar todo cuanto le preocupaba. Se inclinó para tomarle la mano al principio de su relato y así se quedó hasta el final, que fue cuando lo abrazó y Javier no pudo evitar romperse en un desolado llanto que lo había esquivado hasta entonces.

La mujer continuó consolándolo en silencio como solo una madre podía hacer, con el cuerpo y con el alma, dando caricias a su cabeza y espalda que reconfortaban por dentro.

—Probablemente no pueda decirte las palabras que esperas escuchar, hijo —

comenzó—. Me preocupa todo lo que me has explicado. Tu relación con esa chica...

—Vega —corrigió.

No soportaba que la llamaran de ese modo, le sonaba despectivo.

—Tu relación con Vega —continuó su madre—, no está bien —afirmó—. Y lo sabes. No estarías sintiendo todo esto si lo estuviera. Ahora bien, tampoco podemos decidir cómo nos enamoramos ni de quién y mucho menos tenemos poder sobre el cuándo.

Tomó la servilleta que le ofrecía para que usara a modo de pañuelo y secara su rostro. Escuchaba todo cuanto le decía la mujer que le había dado la vida sin levantar la vista del mantel, cabizbajo.

—Es una tragedia lo que ha ocurrido con esa amiga, pero de algún modo ha servido para que te des cuenta de que esto, hoy por hoy, no puede ni debe continuar. Y no creas que no me duele decir esto porque os vi aquel día que la trajiste a comer helado y te juro que se me caía la baba al veros juntos. Parece una gran chica. Pero, Javi, date cuenta de que son más los contras y los inconvenientes que lo bueno que puedas obtener con esa relación.

—Lo sé. Desde el principio —admitió—. Pero no puedo evitarlo. La quiero.

—Hijo mío... ¿Y estarás dispuesto a asumir las consecuencias de lo que pase si continuas adelante con esto?

—Absolutamente —contestó sin dudar.

—¿Lo saben sus padres?

—No lo creo. Lo dudo cuando no me han dicho nada.

—Yo también. Si fuera mi hija habría puesto el grito en el cielo. ¿Qué has pensado? Te conozco lo suficiente como para saber que debes de haber estado pensando en todo esto.

—He pedido el traslado.

—¿Traslado?

—Sí. Ni siquiera creo que sea suficiente. Solo sé que no podré soportar lo de estas semanas atrás todo un año. O la idea de sentirme vigilado o perseguido. No lo sé, mamá. Si es necesario incluso dejaría la enseñanza, pero no puedo renunciar a ella —declaró.

—¿Tanto la quieres? ¿Dejarías atrás todos esos años de esfuerzo y estudios?

—Sí. Y ahora dime, mamá: ¿No soy una persona horrible?

—No, Javier. Eres un hombre enamorado.

La charla con su madre alivió un poco la carga que había estado llevando sobre los hombros y en su pecho. Había llegado a un punto en que la situación le

sobrepasaba. Ella tenía razón, lo sabía. Claro que lo sabía.

—Tengo que hablar con ella —reflexionó en voz alta—. Decirle que me voy.

—¿Tienes que hacerlo?

—Si no pongo distancia de por medio, si me quedo y la veo todos los días, no voy a ser capaz de hacer lo correcto.

—Está bien. Si crees que es lo mejor.

—Lo es. No quiero ser el que le ponga palos en las ruedas. Quiero que tenga el brillante futuro que se merece.

—Si esa chica ha conseguido que mi hijo se enamore perdidamente, estoy convencida de que puede hacer cualquier otra cosa. Esa Vega debe de ser realmente especial.

—Sí.

Trató de enderezar la espalda, pero el peso del dolor que acarrearaba la decisión que había tomado se lo impidió y, con la cabeza todavía gacha, las lágrimas fluyeron creando un cauce por su cara.

A pesar de que no quisiera que fuera de ese modo su relación con Vega tenía que terminar. ¡Dios! La quería. Quería a esa chica como a nadie y sabía condenadamente bien lo que debía hacer: renunciar a ella.

Aunque hacerlo le supusiera una agonía. Su solicitud ya fue entregada. En esos momentos debía de estar siendo tramitada y su traslado para el siguiente año escolar cursado. Pero todavía quedaba una cosa más por hacer, la más difícil en realidad: decírselo a Vega. No sabía cómo podría tomárselo, especialmente por las delicadas circunstancias que afrontaba. Además de que, por el acto de trasladar su puesto de trabajo a otro centro, no pretendía dejar una puerta abierta a que aquella inadecuada relación continuara.

Tenía que terminar con ella.

A pesar de lo que sentían el uno por el otro, a pesar de sí mismo. A pesar de todo.

La quería, ¡joder!

Y cómo dolía cuando lo que se debe y lo que se quiere hacer no coincidían en lo más mínimo. En su mente trataba de imaginar las palabras que pronunciaría cuando la tuviera delante, cuando le explicara todo. Sin embargo, solo podía repetir una frase, dos palabras que no alcanzaban para expresar la magnitud que se fraguaba en sus adentros.

Lo siento.

## Capítulo 19

Desde la semana anterior, al cruzarse con Nacho algunas mañanas apretaba el paso y giraba la cara dejando claro que lo último que quería era hablar con él. También había estado rehuyendo a Javier, que quería que quedaran para hablar; no obstante, tras lo que ocurrió con su amigo el viernes por la noche después de la cena con el profesor y sus amigos no se veía con el coraje de afrontarlo o sostenerle la mirada.

Por alguna razón sentía que con aquel suceso que escapaba a su control y entendimiento lo hubiera engañado, traicionado, incluso. Una semana completa había transcurrido y volvía a ser lunes; como los días anteriores, hasta que se abrazaba con María, la sensación de angustia de su vientre no desaparecía.

A su amiga sí le había contado lo que pasó con Nacho y la advirtió al respecto, obviando, claro estaba, lo que había estado haciendo las horas previas a ese acontecimiento y con quién.

Fueron juntas a clase y ocupó la mesa de Noa, no soportaba verla vacía, y de ese modo sentía a su amiga más cerca también. La mañana transcurrió como cualquier otra, salvo por el grato, y al mismo tiempo incómodo momento de los cambios de clase entre los que se encontraba por el pasillo con Javier.

Le gustaba verlo, quizás porque conocía el verdadero aspecto que tenía bajo aquel disfraz, pero al mismo tiempo cada vez que lo veía recordaba a Nacho besándola. Una parte de ella quería decirle lo que había pasado, el motivo de que le diera largas; por otro lado, se decía que explicarle aquello no iba a aportarle nada. Un disgusto. Tal vez se cabreara, pero tampoco podría hacer nada.

—¡Vega! —Andrea abrió la puerta del baño donde había ido a refugiarse en cuanto sonó el timbre del descanso de media mañana—. No te encontraba... Alguien quiere verte en la puerta de atrás.

—¿En la calle?

—Sí, ve —urgió su compañera de clase—. Lleva un rato esperándote.

¿Quién sería? ¿Sus padres? No, ellos estaban trabajando a esas horas y era muy poco probable. ¿Su tía? Imposible, tenía el mismo horario que su madre. Entonces, ¿quién? Caminó hacia la entrada trasera del Corazón de León y empujó la portezuela metálica que durante los descansos largos estaba abierta para que los alumnos pudieran entrar y salir.

Salió del centro y no había nadie. ¿Le habrían gastado una broma?

—¡Vega!

Esa voz... Buscó por todas partes hasta que dio con él, apoyado en su moto, lejos de la entrada, al otro lado de la calle. R se encontraba allí con los brazos apoyados en el ciclomotor detrás de él. Estaba guapo. Era curioso cómo en otro momento verlo en aquella misma postura con su chaqueta de cuero sobre los vaqueros y el polo le hubiera hecho perder la cabeza, sin embargo, en el punto actual de su vida, esto no era así. Se acercó con ligereza hacia él, creía que las cosas ya habían quedado claras entre ellos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó airada.

—Sube, demos una vuelta —dijo su ex ofreciéndole un casco cuando se plantó delante de él.

—¿Qué? No —contestó tajante—. Tengo clase.

—Estás en un descanso.

—No voy a irme contigo, R —puntualizó.

—Está bien, tenía que intentarlo... —Alzó las manos en una pose de falsa inocencia y dejó el casco sobre el asiento de la moto—. Quería verte —pronunció con seriedad en esta ocasión—. Me enteré de lo de Noa. Lo siento mucho.

—¿Has venido para eso? —bufó contrariada.

Por un lado, estaba agradecida por sus palabras, por otro, quería que se fuera. ¿Por qué, de pronto, se le anegaban los ojos de lágrimas? ¿Por qué se emocionaba con un gesto como ese?

—Sí. Vine antes, pero me dijeron que no te encontrabas bien y pensé que mi presencia solo haría que empeoraras.

R miraba al suelo. Era sincero. Conocía esa parte tierna de su personalidad, era la que le enamoró un día. Debajo de toda esa pose de chulo y su pretensión de ser un tipo duro, ese era él. Sin poder detenerlo comenzó a llorar. El nudo en su pecho por la pérdida de Noa continuaba allí, día tras día, minuto a minuto, y solo había hecho falta un gesto como el de su ex para que se resquebrajara.

—Diablos —maldijo R atrayéndola hacia él.

La abrazó mientras lloraba su dolor, apoyados contra la moto. Era



reconfortante. Conocía su olor, su calor, sus abrazos. No por nada había sido el primer chico del que se enamoró, era R y tenían una conexión especial. Aunque ya no salieran fueron amigos en primer lugar. Lástima que aquello no se pudiera recuperar. Su torso, las dulces palabras que le susurraba, la reconfortaron.

—Gracias —emitió un hondo suspiro cuando pudo detener las lágrimas.

—No tienes que darlas. —Le tomó la cara entre los nudillos como solía hacer y buscó su mirada—. Quería estar a tu lado.

—Está bien —lo disculpó—. Hace mucho que rompimos.

—Siempre te querré, Vega —confesó R.

Leyó sus intenciones en el fondo de sus ojos justo en el momento en que descendía en busca de su boca y lo empujó, apartándose, pero la fuerza de R era tal que no fue capaz de romper el círculo de su abrazo. Puso una mano en su mentón y apretó con fuerza para desviar su cara al tiempo que inclinaba la espalda hacia atrás cuanto podía buscando la mayor cantidad de espacio de la que pudiera disponer.

—R, no lo hagas —advirtió—. ¡Para!

Finalmente, sus labios terminaron en su cuello. Vega también apartaba la cabeza para evitar que la besara a la fuerza como hizo Nacho días atrás. La lengua caliente de su exnovio perfiló el lateral de su garganta con lascivia.

—Vuelve conmigo —murmuró—. Tenemos que estar juntos. ¿No ves cuánto te deseo todavía?

—¡Por favor, no! —pidió—. ¡Para!

De pronto se sintió libre del agarre y de su boca. El aire volvía a correr entre ambos. Con el impulso, no se dio cuenta hasta pasados unos segundos de que estaba casi de espaldas a R y que alguien le sujetaba la cintura con firmeza.

—¿Qué coño haces, tío?

No había confusión, aquella era la voz enfadada de Nacho. ¿Qué se había creído? Escapó de aquel segundo agarre. ¿Qué se habían creído los dos? La sangre comenzó a hervirle en las venas, la rabia se abrió paso y no pudo soportarlo más.

—¡Suéltame! —aulló.

Ante el asombro de uno y de otro alzó la mano y asestó un sonoro bofetón a R que le giró la cara. Nacho envaró la espalda, ufano, con aire triunfal. Y no pudo callar por más tiempo.

—¡Y tú, no sé de qué te ríes! Eres igual que él —acusó, enfrentándose al recién llegado a voz en grito.

—Vega...

Por la mirada dolida que le dirigió supo que lo había herido, pero le daba igual. Un amigo no hacía lo que él le había hecho, un amigo no besaba a la fuerza.

—¡Déjame en paz! —espetó—. ¡No quiero ni verte! —Se giró para alejarse, pero el nuevo agarre de una mano en su antebrazo se lo impidió.

—No te vayas —pidió R con una mirada mortal en la cara dirigida al chico que todavía estaba delante de él—. ¿Qué quiere decir que este y yo somos iguales? —interrogó suspicaz—. ¿Es tu novio?

—No —respondió alto y claro.

—¿Entonces?

—Vega, lo siento —habló Nacho—. No sé qué me pasó. Perdí la cabeza...

—¿¡Qué le hiciste!? —demandó R al que había sido su amigo, sin dejarla marchar.

Los dos se encararon colocando los torsos y sus mentones muy cerca el uno del otro.

—Y a ti, ¿qué coño te importa? —amonestó Nacho—. Lárgate por donde has venido y déjala en paz. Ya te ha rechazado tres veces, ten un poco de orgullo y piérdete. —Sus palabras fueron inusualmente duras y ponzoñosas.

—¿Mi ex se está tirando a un gilipollas como este? Menuda decepción. —R no se quedaba atrás en cuanto a veneno.

—¡No es así! —explotó Vega—. Me besó a la fuerza igual que has intentado hacer tú. Olvidadme. ¡Los dos!

—¿La forzaste?

R dejó ir su brazo, aunque todavía podía sentir la presión de sus dedos y sujetó a Nacho por la pechera completamente envarado. Mierda, en el fragor del momento dijo lo ocurrido y ahora esos dos imbéciles parecían estar a punto de pegarse.

—¿Y qué tratabas de hacer tú? —recriminó Nacho.

—Recuperar a mi novia. —El puñetazo que R asestó al tiempo que respondía a la pregunta retórica del otro hizo que el muchacho cayera de culo.

Con la mandíbula abierta, alucinando por lo que acababa de pasar, se quedó allí en medio, de pie, procesando la escena con los ojos fuera de las órbitas. Nacho se incorporó y embistió con rabia contra su ex. Los dos cayeron encima de la moto, que cedió haciendo que ambos rodaran por el suelo. Los puñetazos volaban de una y otra parte.

—¡Basta! ¡Parad! —gritó, pero era inútil.

Ninguno la escuchaba.

—¡No vuelvas a tocarla! —rugía R.

—¡Aléjate de ella! —aullaba Nacho.

De algún lugar apareció Javier y los separó cogiendo a cada uno por la parte de atrás del cuello mientras ellos aún pretendían continuar con aquella estúpida pelea sin sentido.

—¿¡Qué está ocurriendo aquí!? —atronó el profesor.

—Estaba propasándose con Vega —acusó Nacho.

—Yo que soy su ex no puedo, pero tú que eres un donnadie que la persigue sí, ¿eh? —farfulló R con una sonrisa torcida—. Sí. ¿Creías que no lo sabía? —continuó—. Lo que nunca pensé fue que tuvieras los huevos de saltarle encima.

Los dos volvieron a enzarzarse entre sí.

—¡Parad! —El grito que salió de su garganta los detuvo al instante. Los tres se volvieron a mirarla—. Román —habló cuando dejaron de pelear—, no voy a volver contigo, y tratando de besarme a la fuerza lo único que consigues es que no te quiera volver a ver. Nacho, lo tuyo es peor. ¡Eres un hipócrita! —bramó—. Te aprovechaste de nuestra amistad para besarme y los dos sabemos que no habrías parado si no te paro yo. No me vuelvas a dirigir la palabra —advirtió con severidad—. No quiero veros. A ninguno de los dos.

Se dio la vuelta y volvió corriendo al instituto sin volver la vista atrás.

—Profe, ¡rápido! Creo que se van a pelear.

Rafael, un alumno de segundo año de bachillerato cruzó el patio hacia él a toda prisa y después de advertirle echó a andar a paso rápido por donde había venido.

—¿Una pelea? ¿Quién? ¿Dónde? —quiso saber.

Le cogió el ritmo y comenzaron a trotar.

—En la puerta de atrás. Un tipo, me parece que es un exalumno, vino y estaba molestando a una chica de primero. Un compañero de la otra clase creo que iba a encararlo, aunque lo estaban frenando.

Se apresuraron y en poco tiempo estuvieron junto a la puerta para ver qué ocurría.

—Me besó a la fuerza igual que has intentado hacer tú. Olvidadme. ¡Los dos!

Esa era la voz de Vega, reconoció. ¿Qué acababa de decir? Cruzó la puerta y encontró a varios metros la escena seguida atentamente por un puñado de alumnos y transeúntes curiosos que no quitaban la vista de encima a los tres jóvenes.

—¿La forzaste?

Nacho y Román parecían a punto de llegar a las manos. Antes de que la situación se descontrolara tenía que alejar de allí a todos los mirones. Por lo menos a los estudiantes, a los que comenzó a enviar hacia el interior del centro.

—¿Y qué tratabas de hacer tú?

—Recuperar a mi novia. —Con aquella declaración, el exalumno golpeó la cara de Nacho, el amigo y vecino de Vega, que cayó de culo.

Y empezaron una trifulca aun a pesar de la petición desesperada de Vega para que lo dejaran.

—¡Basta! ¡Parad!

—¡No vuelvas a tocarla!

—¡Aléjate de ella!

Así las cosas, no tenía más opción que ir a separarlos por mucho que le hubiera gustado ver cómo esos dos se hacían papilla el uno al otro. Porque si de lo que se acusaban mutuamente era cierto, y había muchos números de que así fuera, y habían intentado algo con Vega por la fuerza y en contra de su voluntad... El instinto de matar y triturar se le activó. Sin embargo, siendo profesor no podía poner las manos sobre sus alumnos, por mucho que lo merecieran.

Por ese motivo tampoco se apresuró demasiado en separarlos, dejó que se zurraran un poco antes de decidir que ya estaba bien.

—¿¡Qué está ocurriendo aquí!?

Cogió la parte de atrás de los cuellos de la ropa de los chavales, algo que era a todas luces efectivo.

—Estaba propasándose con Vega. —Nacho fue el primero en acusar al otro que lo miraba con odio.

—Yo que soy su ex no puedo, pero tú que eres un donnadie que la persigue sí, ¿eh? Sí —continuó—. ¿Creías que no lo sabía? Lo que nunca pensé fue que tuvieras los huevos de saltarle encima.

Aquellas dos bolsas de hormonas con patas volvieron a dejar salir la testosterona que les sobraba y les nublabla el juicio con los puños a pesar de que los mantenía sujetos por la espalda.

—¡Parad! —gritó Vega con una potencia que hizo que los tres se volvieran—. Román, no voy a volver contigo, y tratando de besarme a la fuerza lo único que consigues es que no te quiera volver a ver. Nacho, lo tuyo es peor. ¡Eres un hipócrita! Te aprovechaste de nuestra amistad para besarme y los dos sabemos que no habrías parado si no te paro yo. —Todo era cierto. En su mente se dibujó

la imagen de su novia siendo atacada por aquellos dos imbéciles y el cuerpo comenzó a temblarle de ira contenida, como un volcán a punto de entrar en erupción—. No me vuelvas a dirigir la palabra. No quiero veros. A ninguno de los dos.

Vega escapó de allí corriendo. Él, sujetando todavía a ese par, observó su espalda desaparecer tras la puerta metálica. Reaccionó antes que ninguno de los otros dos que se irguieron dejando ir al otro. A medida que el silencio se extendía, su cabreo aumentaba. La cara de Román chocó contra su puño incluso antes de que él mismo supiera que iba a suceder, asestó un segundo golpe con contundencia en su estómago que lo dejó doblado y agarrando su pechera colocó la cara del universitario a su altura.

—Que sea la última vez que vuelves por aquí en busca de pelea —advirtió en un siseo—. Si vuelvo a verte llamaré a la policía. ¿Me has escuchado?

—Sí —respondió entre dientes.

—Y las mujeres no son propiedades —sentenció—. Aunque sea tu exnovia, ya te ha dicho que no. Si me entero de que vuelves a respirar siquiera cerca de ella te buscaré, te encontraré y tendremos otra charla de hombre a hombre de la que no saldrás por tu propio pie. ¿Me he explicado con claridad?

—Sí. Lo siento —se disculpó azorado.

—No lo sientas. Lárgate de aquí antes de que cambie de opinión y te rompa la cara. Date por agradecido si ella decide no denunciarte. Eso que has hecho es un delito, solo para que lo sepas. Pero si me entero de que vuelves a rondarla, yo mismo iré a comisaría. ¿Me oyes?

—Sí.

—¡Esfúmate!

El chaval recogió su motocicleta del suelo, se puso el casco a toda prisa y se fue dejándolo a solas con Nacho, que se había quedado anonadado desde que descargó su puño sobre el otro chico.

—Vaya, profe, eso ha sido...

No lo dejó terminar. Asió su pechera y lo hizo recular hasta que su espalda tocó la pared. Quería sangre, quería hundir el puño en su cara hasta dejarlo irreconocible. Quería exterminarlo.

—¡Tú! —gruñó—. Agradece la suerte que tienes de ser mi alumno. De no ser así, en este instante ya te habría arrancado la cabeza —escupió con la mandíbula apretada del esfuerzo de contención que estaba realizando.

El chico lo miraba asustado, pero aquello no era suficiente para calmar la furia que se había desatado en su interior y que amenazaba con hacerle perder los

papeles.

—Yo, yo...

—¡Silencio! —exigió. Pudo escuchar el sonido de la nuez del chaval tragando saliva—. Ni se te ocurra acercarte a Vega Williams. No la mires, no le hables. Si te descubro pestañeando siquiera en su dirección, no sé lo que te hago —amenazó.

Como profesor, enseñar a sus alumnos qué estaba bien y qué estaba mal era una de aquellas tareas invisibles; no obstante, en esos momentos hablaba como novio y no como maestro. Era precisamente la parte de que debía cumplir con su deber la que le impedía hacer lo que deseaba con él.

—Imagino que habrá ocurrido fuera del instituto y del horario lectivo...

—Sí, sí, señor. Fue hace dos viernes al lado de su casa.

—¿Es así? —buscó la fecha en su mente.

Hacia dos viernes fue la noche en la que salieron a cenar con sus amigos. La llevó a casa, pero Vega pidió que la dejara en la calle de antes. ¿Y esa rata se había echado encima de ella entonces? ¿Por qué no le dijo nada? ¿Por qué se había callado algo como aquello? Un momento, recapituló, lo había estado evitando todo ese tiempo. ¿Podía ser que fuera por ese motivo y no por lo que él creía?

—Sí, sí, así fue. Yo... No sé qué me pasó, estoy enamorado de ella hace tanto... Pero no me hace ni caso y la vi bajar de un coche, creí que había vuelto con ese imbécil de su ex y perdí la cabeza —explicó a toda prisa.

—Me da igual lo que tú sientas o no, ¡no puedes ir asaltando a la gente! ¡Era tu amiga! Los hombres de verdad no tratan así a las mujeres. Eso solo demuestra lo niño que eres —pronunció cada palabra con todo el desprecio que sentía hacia él y todos los que eran como él—. Como no ha sucedido en el centro, no puedo abrirte un expediente, pero si vuelves a molestarla no tendré piedad.

—Gracias, profe. No lo haré. No la molestaré.

Soltó la ropa del chico y este salió corriendo dejándolo solo con sus pensamientos y el carácter agriado. ¿Qué narices había sido todo aquello? Vega no mencionó nada. Se suponía que su responsabilidad era protegerla y también en eso había fallado.

¿Qué estaba haciendo?

Llevó una mano a su rostro y se frotó la sien. Era un completo fracaso como hombre, como profesor y como novio. Sin embargo, tenía claro lo que debía hacer.

## Capítulo 20

—Gracias por haber aceptado que nos reuniéramos.

Javier estaba determinado, sabía lo que tenía que hacer a continuación y, aunque no era sencillo, se lo debía. A sí mismo, a Vega y a sus padres. Por eso se puso en contacto con ellos y solicitó tener una reunión con ambos. No tenía que ser en el instituto, sabía que por sus horarios eso sería complicado. Además, tampoco le atraía la idea de hacerlo en el Corazón de León.

No quería que su novia supiera de aquello así que propuso ser él quien se desplazara para tener un encuentro durante su hora del almuerzo.

—No, por favor. Le agradecemos que haya venido hasta aquí —repuso Thomas Williams.

El padre de Vega era un tipo reservado de mirada incisiva. Su madre era de carácter más abierto e inclusivo. Hielo y Fuego. Esa fue la impresión que tenía del matrimonio. Uno era capaz de ser analítico por difíciles que se pusieran las cosas, la otra actuaba por instinto, golpeaba primero y reflexionaba después. Era curioso ver cuánto de cada uno de ellos había heredado su hija.

—Bueno, ¿pedimos? —sugirió Lourdes, la madre de su novia y alumna.

—Si me permiten —interrumpió con un carraspeo mientras miraba de uno a otro—, me gustaría decir lo que tengo que decirles y luego, si lo desean, me iré.

—Por supuesto —respondió Thomas sentado al otro lado de la mesa.

—¿Le ha pasado algo a Vega? —preguntó la madre.

Dedicó una mirada atribulada a la mujer.

—Dejemos que Javier nos cuente por qué estamos aquí, querida —replicó de nuevo el hombre de negocios.

Esperó todavía unos minutos durante los que trató de recordar lo que había practicado.

—Quiero a su hija —declaró.

A la mierda el discurso que había preparado y lo que quería explicar primero a

modo de introducción para que no les diera un jamacuco a los padres de la chica con la que salía. Por sus expresiones aturdidas de aquel momento supo que, si no les había dado, poco les faltaba. Aprovechó ese estado de sobresalto de ambos para continuar.

—No es algo que sea agradable de escuchar, lo sé. Tampoco es fácil para mí decir esto. —Tomó aire antes de continuar—. Vega es una persona increíble. Antes de que ocurriera el accidente de Noa su hija y yo... comenzamos a vernos —confesó con una profunda respiración—. Estuvo muy mal por mi parte y asumo toda la responsabilidad —continuó ante la estupefacción de la pareja—. Tras el fatídico suceso todo cambió, es evidente, y quedó suspendido. En pausa —explicó—. Nunca quise aprovecharme de ella ni de la situación por la que estaba atravesando, ni antes ni después del fallecimiento de su amiga.

—Por eso ella solo... En el funeral... —balbuceó la mujer.

—Quiero que sepan que solicité mi traslado y que ya no continuaré dando clases en el Corazón de León. También hablaré con Vega y le diré que esto ha terminado y que debe seguir con sus estudios y con su vida como antes de... mí —expuso.

—¿Cree que será suficiente con cambiar de centro? —interpeló con dureza Thomas.

—¿Se dedica a perseguir a sus alumnas? —preguntó acto seguido su mujer.

—No, no es así. No fue así para nada. —Frotó su frente, comenzaba a sentir demasiada presión en la zona sobre las cejas—. Yo nunca me fijaría en ninguna alumna.

—Pues bien que está diciendo otra cosa —apostilló Lourdes desairada.

—Con Vega fue algo muy distinto. Ella... Nos encontramos fuera del centro por casualidad y yo uso este tipo de ropa para trabajar, pero cuando termino, uso otra distinta. —Se quitó las gafas y peinó su cabello con los dedos hacia atrás dejando su rostro despejado para mostrarles a lo que se refería—. Al principio no supimos que se trataba de nosotros. Créanme —pidió—. Eso no quita que lo que hice estuvo mal, pero para entonces ya habían nacido sentimientos del uno hacia el otro —señaló—. Como digo, asumo toda la responsabilidad y cualquier medida que crean que deben tomar, la aceptaré.

—Yo... Estoy alucinando. —Fue todo lo que dijo Lourdes y llamó a la camarera—. Tráigame un chupito de lo que sea, por favor.

—Que sean tres —añadió Thomas—. Creo que todos lo necesitamos.

—¿Está diciéndonos qué? —interrogó la mujer—. ¿Que se ha estado viendo con nuestra hija a escondidas y que ahora la va a dejar?



—Creí que sería mejor para ella esperar a que se recuperara del duelo —respondió su pregunta con una de las reflexiones que lo asaltaron durante aquel tiempo.

—Entonces —comenzó a hablar Thomas colocando uno de los pequeños vasos que había traído la camarera delante de cada uno—, como las cosas se pueden poner difíciles para ti, te marchas —lo tuteó.

—No, no lo entienden. No es por mí. Es por Vega —manifestó—. Ella no merece estar en una relación de la que no pueda hablar. Merece ser feliz. Tiene que centrarse en su último año también —añadió—, bastante bien está salvando el curso después de todo lo que ha pasado. No quiero ser un estorbo ni un obstáculo para su hija.

—Entonces, ¿qué es esto? —recriminó la madre de su novia en un exabrupto—. ¿Nos has venido a avisar, a advertirnos...?

—Solo quería hacer las cosas bien —dijo con sinceridad—. Que escucharan esto por mí. Por favor, no se enfaden con Vega. Les aseguro que no volveré a acercarme a ella.

—¿Vega ya sabe todo esto? —preguntó el hombre con aire preocupado—. ¿Sabe que te vas?

—No. No le he dicho nada todavía. Quería esperar hasta el final del curso.

—Bien. La próxima vez que hables con ella será la última. Después de eso no queremos que te acerques a nuestra hija —habló con dureza el señor Williams—. Te irás, desaparecerás y la dejarás en paz. O lo lamentarás —advirtió.

—Entiendo. Así será —acordó.

La conversación con la pareja fue la más desconcertante que alguna vez tuvo. Si bien no fue como había pensado, tampoco reaccionaron de ninguna de las formas posibles que imaginó. Después de aquella amenaza vertida por el padre de Vega los tres permanecieron en silencio largo rato hasta que decidió que debía marcharse pues no parecía haber nada más de lo que tuvieran que hablar.

Los días posteriores fueron todavía más extraños. La dirección anunció que llevaban semanas tratando de demostrar la veracidad o no de una llamada anónima que recibieron respecto a una relación entre uno de los profesores del centro y una de las alumnas. Sin embargo, en esa llamada no se facilitaron nombres y la dirección no había observado ningún comportamiento extraño por parte de nadie, por lo tanto, daban el tema por cerrado, aunque los invitaron a decir lo que quisieran al respecto.

Al principio pensó que le había llegado el turno para confesar, pero todo el equipo docente saltó a la palestra indignado porque se le diera crédito a

semejante información que no atribuyeron más que a una broma de mal gusto.

También protestaron y quisieron conocer los detalles de la investigación que la dirección había realizado, puesto que había unos límites con respecto a la vida privada de cada uno que no estaban dispuestos a pasar por alto. Además del lógico malestar porque se hubiera puesto en tela de juicio la profesionalidad de todos.

Javier dio vueltas al tema, pensando en quién podría haber hecho esa llamada porque era consciente de que había sido realizada en referencia a él y dudaba que los padres de Vega hubieran sido tan vagos al respecto. Probablemente, de tratarse de ellos, la policía lo hubiera ido a arrestar hacía días.

No obstante, José mencionó que de eso hacía semanas, así que no podían ser ellos de ninguna de las maneras. De algún modo el rumor se esparció por el instituto y comenzaron a nacer las primeras especulaciones que fueron zanjadas con una junta escolar abierta de obligada asistencia para todos los alumnos en la que se trató el tema de la broma telefónica y se les instó a informar si sabían quién la había podido perpetrar.

Con todo aquel lío las clases habían pasado volando y a esas alturas quedaban pocos días para que el curso terminara y comenzaran las vacaciones de verano. Los exámenes habían acabado y volvió a ver a Vega retomar sus investigaciones para el trabajo de fin de curso de bachillerato en la biblioteca. Ese trabajo no debía presentarlo hasta el año próximo, aun así, ella llevaba haciéndolo desde el inicio del curso.

Ese viernes, el último antes de las vacaciones escolares, llegó temprano a casa ya que las reuniones y las juntas por fin habían concluido hasta que los alumnos ya no tuvieran clases. Se sentó en el sofá y estiró las piernas utilizando la mesa de centro como reposapiés. Apoyó la cabeza hacia atrás y dejó que la tensión que sentía en cada célula lo abandonara.

Preparar todo para el próximo curso sabiendo que no iba a estar allí para impartirlo era más duro de lo que había creído. Llamaron a la puerta y fue a abrir con movimientos lentos. La mujer que se encontró al otro lado fue la última que habría esperado ver.

—¿A qué has venido? —interrogó con extrañeza.

Mónica retorció sus manos y movió una pierna repetidas veces, nerviosa. La amiga de Alba apartó la mirada a un lado, incapaz de enfrentarlo.

—Yo... Esperaba que pudiéramos hablar —articuló.

La dejó pasar, resignado. Le concedería cierta deferencia por ser amiga de quien era, nada más. Fueron al salón y la invitó a sentarse en una de las sillas.

Como quería perderla de vista cuanto antes, tampoco le preguntó si quería tomar algo.

—¿Qué quieres? —farfulló.

—Sé que dije algunas cosas que no te gustaron la última vez que nos vimos y quería disculparme por eso contigo.

—No es a mí a quién debes ofrecerle una disculpa.

—Bueno, es tu perdón el que quiero. —Le lanzó una mirada perpleja. ¿Esa mujer acababa de escuchar lo que había dicho? ¿Podía alguien ser más egocéntrico?—. No era mi intención ofenderte. De verdad, Javi.

—Es Javier —corrigió—. Solo mis amigos me llaman Javi.

—Está bien, supongo —suspiró con aceptación.

Mónica se levantó y caminó hacia él, que se quedó muy quieto observando cada uno de sus movimientos. Su cara le decía todo cuanto necesitaba saber acerca de las intenciones que traía consigo.

—Por favor, di lo que tengas que decir y márchate —exigió cruzando los brazos.

—No me gusta pensar que estás enfadado conmigo. —La mujer hizo un puchero al tiempo que pasaba una uña por su hombro—. Entiendo que algo bueno debe de tener esa... chica si tú estás con ella, pero no te puede dar lo que yo puedo darte, Javier.

Escuchar el tono pretendidamente seductor de aquella mujer le estaba revolviendo el estómago, que lo tocara le enfermaba. Sin embargo, no podía concederle el poder de hacer que fuera él quién se apartara, no retrocedería.

—Para haber venido a disculparte, no se te ve demasiado arrepentida.

—Y no lo estoy —reconoció—. Me disculpo si te hice pasar un mal momento, pero continúo pensando que soy mejor para ti que esa niña.

La mujer se abrazó a su cuello y trató de besarlo. Apartó la cara y, asiéndola por los hombros, la alejó de sí.

—No, Mónica. No va a pasar nada entre tú y yo. Así que ya te puedes olvidar. Y ahora, por favor, vete.

—¿Es por ella? ¿Tan bueno es tirártela? —Trató de abrazarlo de nuevo—. Yo puedo hacerte cosas que una niña jamás podría, darte placer de tantas formas...

—Suficiente. Esta conversación me está dando arcadas —dijo asqueado—. Vete de mi casa.

—¿Quieres que llame a la policía también?

—¿Cómo dices?

—Puedo dar nombres esta vez —apostilló con mirada felina.

—¿¡Fuiste tú!?

—¡Sí! Y te denunciaré si no haces lo que yo te diga —amenazó.

—¿Me estás chantajeando para que me acueste contigo? —preguntó sin poder creer lo que estaba ocurriendo.

—Si eso es lo que tengo que hacer para que me hagas caso... Lo haré —reafirmó Mónica con una postura de lo más altanera.

—Largo —dijo en tono bajo sin apartar los ojos de ella.

Estaba tan enfadado que le costaba trabajo mantenerse con los pies plantados en el suelo.

—¿Qué?

—Que te largues —repitió—. Fuera de mi casa —ordenó.

La echó a empujones en vistas de que no se movía y cerró la puerta con llave. No podía creer la persona que había resultado ser esa mujer. Cogió el teléfono del bolsillo y marcó el número de Pedro, él y Alba tenían que saber qué clase de persona era ella.

Hacía mucho que no se veían ni hablaban. Javier le envió algunos mensajes, pero tras el incidente con su ex y Nacho en el instituto estaba demasiado avergonzada como para dar la cara. En realidad, tenía miedo de lo que pudiera decirle.

Sabía que era una estupidez por su parte, que debían verse de una vez y hablar, pero el rumor que había surgido en el instituto había hecho que se asustara también y tardó en hacer lo que tendría que haber hecho desde un principio, que era ir a su casa y hablar de todo.

Llegó a su bloque, encontró la puerta abierta y la atravesó en busca del ascensor que la llevaría al piso del profesor. Pulsó el botón de llamada y esperó resignada a que la cabina llegara a la planta baja. Cuando lo hizo, de él vio salir a alguien conocido. Mónica. Una de las amigas de Javier que se encontraban en el restaurante la noche que lo acompañó a cenar.

—¡Oh! Ho... hola —saludó cohibida por la forma en que había terminado aquella velada.

Ella abrió los ojos un instante. Se había sorprendido como Vega al cruzarse allí. ¿Habría ido a visitar a Javier?

—Ah, eres tú —respondió mirándola de arriba abajo, como si la estuviera calibrando—. ¿Todavía os veis?

—Eh... —No supo qué responder.

—Ese hombre es incorregible —dijo la despampanante mujer—. Me llama para que venga a hacerle compañía y también ha quedado contigo... —continuó desviando la mirada al techo.

No cabía duda de a quién se refería. ¿Se habían acostado? No, las palabras cargadas de intención de esa mujer le estaban dando a entender algo que no era posible. ¿Verdad? El profesor y ella estaban juntos, eran una pareja. No la engañaría de ese modo, ¿no?

—No, no habíamos...

—Ay, pobre... —Soltó una carcajada cortando su respuesta—. ¿Quieres decir que no sabías que...? Niña, los adultos se desahogan de vez en cuando. No es nada del otro mundo —descartó la atractiva mujer—. Que un hombre te diga que eres su novia no implica que deje sus amistades, ¿no es verdad?

Mónica pasó de largo rozando su hombro y dejándola congelada en el lugar. Tiempo después de que la puerta del edificio se hubiera cerrado, Vega permanecía de pie delante del ascensor. El mundo se había desintegrado bajo sus pies. ¿Javier había estado jugando con ella desde el principio? ¿Tan engañada había estado? ¿O aquello había pasado por estar evitándole?

En cualquiera de los posibles escenarios que su mente alcanzó a imaginar el sentimiento era el mismo: traición. Una voz en el fondo de su cabeza le decía que no lo creyera, que no era posible, que no era real, pero ¿cómo podría creer que un hombre como él rechazara a mujeres como aquella por ella?

Tenía que saber la verdad. Había ido allí para hablar con él y eso sería lo que haría. Subió al ascensor y con determinación marcó el número de su piso. Para cuando estuvo frente a su casa quería salir corriendo; no obstante, pulsó el interruptor del timbre. Realmente sentía como si hubiera escalado una montaña muy alta para llegar hasta allí.

La puerta se abrió y la imagen que la recibió la dejó completa y absolutamente desolada. Javier llevaba una toalla anudada a la cintura y secaba su cabello con otra mientras algunas gotas todavía caían por su pecho.

—¿Vega? Cariño, ¿qué ocurre?

En algún momento su cabeza empezó a ver la imagen de Mónica acariciando y besando cada parte de su cuerpo, los vio tener sexo del mismo modo en que lo habían tenido ellos y fue demasiado para continuar de una sola pieza. El hipido fue lo primero, o tal vez fueron las lágrimas o el gemido que atravesó su garganta. Notó el calor de sus manos en los brazos y saltó hacia atrás asqueada.

—¡No me toques!

—¿Qué...?

—Me lo ha dicho. Lo ha dicho y yo no la quería creer.

—¿Qué estás diciendo, cariño? No te entiendo.

Era posible porque ni ella podía entender muy bien la voz chillona y lastimera que salía de su boca con la llantera.

—¡Mónica! Me ha dicho que os habéis acostado, ¡que no habéis dejado de hacerlo! ¿Contento? Me has engañado por completo —sollozó.

—Vega, cariño, vamos dentro.

—No quiero ir a ninguna parte contigo.

La levantó en el acto y entró con ella cargada al hombro. A pesar de sus pataleos la dejó en el comedor.

—Vega, escúchame. —Cogió su cara, pero ella se apartó—. Nunca te he engañado —declaró con seriedad.

—Ja —replicó sin fuerzas.

—Es cierto. No lo he hecho. Mónica fue quién llamó de forma anónima al centro.

Levantó la cabeza para intentar descifrar si sus palabras eran o no ciertas.

—La he visto marchándose de aquí —repuso—. Salía del ascensor.

—Ha venido para hacer daño —explicó—. Y la he echado. No ha pasado nada. Yo te quiero a ti. —Volvió a coger su cara y secó la humedad de sus mejillas con los pulgares.

—¿No te has acostado con ella? —murmuró esperanzada—. Pero... Tú has abierto...

—No ha pasado nada —repitió.

Sus ojos eran tan firmes y quería tanto creerle...

—De acuerdo —aceptó—. Te creo.

Javier continuaba igual de tenso.

—De todas formas, hay algo de lo que quería hablar contigo —pronunció serio—. Esto que hay entre nosotros no puede continuar.

Escuchar esas palabras fue como si le hubiera estallado una bomba bajo los pies. O delante de la cara. Para el caso, lo mismo era. ¿Qué estaba diciendo? Y justo después de asegurarle que no había estado con nadie más y de decirle que...

—¿Qué? —musitó asustada de que sus peores temores se confirmaran, de que sus miedos se cumplieran—. Pero tú acabas de decir...

Cuando el profesor volvió a hablar su mirada era casi salvaje.

—Sí. Te quiero, Vega. Pero tenemos que terminar. Cuando acabe este curso me iré a otro centro.

—¿¡Qué!?

—Es lo mejor para ti. Mereces estar con alguien con el que puedas salir tranquilamente, llevar a casa a conocer a tus padres y de quien puedas hablar con la gente que te rodea.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué clase de broma es esta? —reclamó.

—No es ninguna broma.

No comprendía nada. No entendía qué estaba sucediendo y, de pronto, todo el miedo, toda la frustración, toda su pena, se convirtió en un enojo que se arremolinó en su interior y, como si de una bola efervescente se tratara, salió en un estallido.

—Ah, ¿no? ¿Me quieres, pero me dejas? ¿¡Y pretendes que me crea que no tiene nada que ver con que te hayas estado tirando a esa!?

 —aulló.

—Mierda. ¡Vega, Mónica te ha mentido! —gritó él de vuelta—. Es una psicópata, ¿vale? Nunca he tenido nada con ella ni con ninguna otra mientras he estado contigo.

—Claro, es eso —bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Estás harto porque desde que murió Noa apenas nos hemos acostado.

—No, cariño... —pronunció con una ternura que le dolió en lo más hondo.

—¡No me llames cariño!

—Vega, algún día espero que lo entiendas —inspiró y espiró derrotado—. Te quiero. Tanto que esto se me hace un mundo —aseguró—, pero es por tu bien.

—Esto no... —Tenía que encontrar una explicación a todo eso, a aquella locura—. Dime la verdad, ¿te han echado?

—No, yo solicité el traslado.

Cada nueva palabra que él decía la dañaba como si estuviera siendo atacada con las zarpas de un animal salvaje.

—¿Cuándo? —balbuceó—. ¿Cuánto hace que querías dejarme? ¡Qué estúpida he sido! —Sus emociones se descontrolaron—. ¿Es por lo de R y Nacho?

—Lo pedí hace unas pocas semanas. Y no. No es por esos dos.

—Semanas —susurró—. Hace *semanas* —repitió— que estabas pensando dejarme, y luego ¿qué? ¿Desaparecer? ¿Te irás así, sin más?

La pregunta quedó flotando en el aire entre los dos. Sin respuesta.

## Capítulo 21

Lloraba a mares en su cama. Hacía dos días que no quería ni salir de su habitación. El instituto había terminado y, aunque trató de aguantar el tipo delante de todo el mundo, en cuanto estaba a solas no hacía otra cosa que no fuera eso.

Él ya no estaba. La había dejado y se había ido. Incluso fue a su apartamento, pero solo pudo confirmar lo que el profesor ya le había dicho. Se fue. Dejó todo y se mudó. Tenía la sensación de estar en una pesadilla de la que no era capaz de despertar.

María se había quedado a dormir las dos noches anteriores, en ese momento estaba en la ducha. Con ella había podido hablar de todo, explicarle lo que había sucedido y cómo todo se le había atravesado en el centro de su ser.

¿Era acaso posible dejar a una persona a la que se quería?

No entendía cómo Javier le podía decir con aquel gesto serio y confiado que la quería y al instante siguiente dejarla por eso precisamente. Tampoco hacía nada por mitigar el doloroso agujero que consumía su pecho.

—Cariño, te he traído la cena. —Su madre abrió la puerta y entró con una bandeja que dejó en la mesita—. Tienes que comer... —Vega la miró secando las lágrimas que habían vuelto a derramarse sin que pudiera detenerlas—. ¿No vas a contarme de qué se trata? Creí que ya estabas mejor después de un tiempo.

—No es por Noa, Mamá —musitó.

—De acuerdo.

Veía la preocupación en las líneas del rostro de la mujer y las bolsas bajo los ojos de haber estado pendiente de ella y por no haber podido descansar de forma adecuada. Decidió que tendría que confesar la verdad. Si no todo, al menos una parte.

—Estaba —tragó saliva—, saliendo con alguien. Pero él... me ha dejado.

—¿Ah, sí?



Confirmó con un gesto de la cabeza.

—Oh, pobrecita. Sé cuánto puede doler cuando todo se acaba. Pero el amor es así, no dura para siempre. A veces nos confundimos y...

—No ha sido por eso. Él... dijo que me quería. ¡Y no lo entiendo! —Saltó al regazo de su madre que se había sentado a su lado en la cama y la abrazó con fuerza—. Me dijo que me dejaba porque me quería.

Las lágrimas volvieron a poblar sus mejillas y ahora también el suéter de su progenitora.

—Vaya, parece un chico muy maduro —repuso ella mientras acariciaba su cabello.

—Mamá... No puedo con esto —declaró en un trémulo sollozo—. Duele demasiado.

—Lo sé, pequeña. Pero tal vez sea lo mejor —adujo—. Cuando no entendemos algo es mejor dejar pasar el tiempo.

—¿Cómo puede ser eso lo mejor? —reclamó—. ¿Cómo puede ser mejor romper con alguien aunque lo quieras?

—¿Lo quieres? —preguntó su madre con aliento entrecortado.

—Sí. Ahora mismo creo que es un gilipollas, pero lo sigo queriendo igual.

El llanto aún duró varias horas igual que la charla con la mujer a la que más quería. De algún modo, sin saber muy bien cómo, habían comenzado a hablarse de tú a tú. Los días en los que la trataba como a una niña habían quedado atrás hacía mucho y ahora podían mantener conversaciones como dos adultas.

—Hola. —Su tía Raquel entró después de llamar dos veces a la puerta—. ¿Puedo pasar?

—Adelante.

Las horas pasaban despacio. Vega estaba en la silla de su escritorio, con un pie en el asiento y la rodilla doblada, la utilizaba como apoyo para el brazo donde recostaba su cabeza. Hasta que fue interrumpida, tenía la mirada perdida en algún punto de la mesa y la mente en otro lugar, entre los brazos de Javier. Comenzaba a sentirlo tan lejano como un recuerdo de otra vida. Recordaba sus miradas, las caricias, la forma que tenía de sonreír, ese gesto cuando torcía la cabeza a un lado...

¿Había sido real?

Le resultó tan fácil dejarla a pesar de que dijo que la quería... Tal vez le mintió. O no. Quizás sus formas de querer eran distintas. ¿Sería verdad aquello de que algún día lo podría comprender?

Porque, si era así, deseaba que llegara cuanto antes.

—Están preocupados por ti. Lourdes me lo ha contado.

—¿Te ha dicho que era mi profesor?

—¡No! —abrió los ojos asombrada—. ¿De qué?

—Sociales.

—Pero Vega... ¡De sociales! En serio, niña. Esos son tipos aburridos. Viejos, calvos y sin ningún gusto para la moda.

Las palabras de su tía le arrancaron una sonrisa. Era exactamente lo que había pensado de Javier Moreno todo el tiempo que le dio clases, excepto por lo de viejo y calvo. Claro que eso fue hasta que lo conoció de verdad.

—Él no era así. Fuera del instituto, no. —Un sollozo rompió su voz al final de la frase.

Recordaba, como si lo tuviera allí en ese mismo instante, la diferencia entre las dos personas que era el profesor: uno guapo, atrevido, más bien chulesco, y el otro, más del estilo retraído, estudioso y comedido. Había llegado a amar esos dos aspectos de él, cada parte de su personalidad.

—Oh, cariño. —Tía Raquel la abrazó.

No hallaba consuelo. Perder a Noa había sido el golpe más duro que se había llevado, pero que Javier la dejara lo seguía de cerca. Era algo que no podía comprender. ¿Realmente era solo por ella?

—Verás cómo tarde o temprano lo superarás y esto permanecerá solo en el recuerdo.

—¿De verdad lo crees?

—Estoy convencida.

Aquel verano fue el más duro probablemente de toda su vida. Su única constante era María, de quién no se separaba. No obstante, tras casi un mes encerrada en casa, la convenció para irse de vacaciones juntas, alentadas por sus padres y los de Noa, pues, aunque ella no estuviera, los adultos continuaban en contacto, como siempre, y ellas también. Juntos podían mantener viva la memoria de su mejor amiga.

Hicieron las preparaciones necesarias y las dos emprendieron un viaje de tipo mochilero como el que siempre hablaron de hacer María, Noa y ella cuando cumplieran los dieciocho o terminaran el bachillerato.

Sería como rendirle homenaje a su amiga y además le serviría para poner tierra de por medio entre el profesor y ella, porque pensar que él estaba en cualquier parte allí fuera y que no podía ir a encontrarlo la estaba volviendo loca.

Así fue como emprendieron su viaje a Escocia, destino elegido por las tres en una de aquellas muchas conversaciones interminables acerca del futuro y sus

planes, para recorrerla de punta a punta. Confeccionaron una ruta, marcaron cada punto que querían descubrir y se lanzaron a la aventura.

Aquellas fueron unas vacaciones que las dos utilizaron a modo de catarsis. Las charlas, confesiones y reflexiones fueron la nota predominante del viaje que las unió todavía más. Sin embargo, aunque solo fueran dos en el camino, podría parecer una locura, pero realmente sintieron que Noa estaba con ellas.

Dejar su apartamento y volver a instalarse en casa de sus padres no fue una decisión fácil de tomar, pero de ese modo evitaba cualquier tentación. Sabía que, si se quedaba y Vega lo buscaba, no podría resistir sus ganas de abrazarla, de tenerla a su lado. Al fin y al cabo, lo estaba haciendo por ella. Con el tiempo le olvidaría y saldría con alguien más adecuado.

¡Joder!

Tener esa certeza dolía como el demonio. No quería que estuviera con nadie más.

—Javi, ¿te encuentras bien?

Levantó la cabeza y enfocó el rostro de su madre que le dirigía una mirada comprensiva.

—¿Eh? Sí —contestó con aire ausente.

—¿Estás seguro? Llevas cerca de una hora estudiando el fondo de esa taza de té sin tocarla.

Miró sus manos y encontró que, efectivamente, allí había un recipiente cuyo contenido permanecía frío y sin tocar.

—¿Estabas pensando en ella? —aventuró la cariñosa mujer.

Le recolocó un mechón de cabello y acarició su mejilla como tantas veces hizo antaño, cuando todavía era un niño que se rasguñaba las rodillas en el parque.

—Sí —admitió.

—Volver a casa está bien por ahora. Hiciste lo que debías —alentó—. Estoy orgullosa de ti.

—Sí, supongo —suspiró cansado—. Aunque sigo...

—Lo sé —interrumpió su respuesta.

Ella lo apoyaba y lo hubiera continuado haciendo, aunque decidiera mandarlo todo al cuerno y fuera a buscar a Vega. Sin embargo, eso era algo que no podía hacer. Se prometió, y a los padres de ella, mantenerse alejado, al margen de su vida. Y aunque muriera en el intento cumpliría su palabra.

Hacía casi un mes que había regresado. Vagaba como un fantasma por la casa sin hacer nada. Las horas del día y en especial las nocturnas eran muy largas, soportarlo era como una tortura autoinfligida.

Los recuerdos de su relación lo mantenían ocupado a todas horas, pero las noches eran lo peor. Por la noche su necesidad de tocarla, besarla y abrazarla, aumentaba. Deseaba tenerla, más que nada.

¿Por qué las cosas habían tenido que ocurrir de aquella manera? ¿Por qué tenía que ser una alumna? ¿Cuánto duraría ese dolor que le atenazaba por dentro? ¿Y cuánto podría soportarlo él?

—¡Eh! Despierta, Javi. Regresa.

Mario y Pedro lo miraban preocupados. Estaban sentados en la barra de uno de sus bares habituales del barrio donde el abogado vivía con su novia.

—Perdón. ¿Decíais algo?

—Da igual —repuso Pedro.

—No puedes dejar de pensar en ella, ¿eh? —comentó Mario.

Su amigo había decidido apoyarle hacía mucho tiempo, cuando vio lo afligido que estaba tras el accidente de Noa y cómo este afectó a su relación con Vega.

—¿Qué anda mal conmigo? —Cubrió su cara con una mano.

—No hay nada mal contigo —replicaron al mismo tiempo los otros dos hombres.

—No se puede decidir qué vamos a sentir ni cuando dejar de hacerlo. Las emociones no son como los calcetines que los usas, los lavas y te los vuelves a calzar. —Mario y sus ejemplos que raras veces entendían.

—Solo piensa que antes o después esto pasará y reharás tu vida.

Las palabras de pretendido ánimo de sus amigos y familiares no ayudaban, al contrario, lo hacían sentir más miserable. Porque Vega estaba bajo su piel, tatuada en su alma y tenía la certeza de que jamás dejaría de tener ese sentimiento hacia ella y ninguna otra persona.

Pasó el resto de ese verano yendo a ayudar a su familia a la heladería. En la cocina, no estaba preparado para estar de cara al público. El trabajo físico era algo que agradecía, lo entretenía. Decidió entonces mantenerse todo lo ocupado y activo que pudiera, salía con sus amigos del instituto, iba al gimnasio, a correr, hasta comenzó a practicar boxeo.

Con toda aquella vorágine de actividad había sido más sencillo llegar a septiembre sin perder la cabeza, aunque atravesar las puertas de otro instituto trajo consigo recuerdos que le anudaron la garganta. ¿Cómo estaría ella? ¿Tendría ya los libros? ¿Se había divertido ese verano?

Y lo más importante: ¿pensaba en él alguna vez?

Todas esas preguntas resonaban en su cabeza día y noche impidiéndole concentrarse o descansar, pero debía continuar adelante.

Cuando regresó a casa después de aquellas vacaciones de las que María y ella volvieron renovadas y con energía para afrontar el nuevo curso poniendo una sonrisa a la vida, por ellas y por la amiga que siempre las acompañaría, pudo al fin mantener la conversación que debió haber tenido hacía tiempo con sus padres.

—¿De qué querías hablar, cielo? —preguntó el hombre ante ella con gesto de preocupación.

Era de noche, una cualquiera de aquellas en las que sus padres no trabajaban y se dedicaban a ver la televisión después de cenar o a leer un poco, pero ese día los reunió alrededor de la mesa.

—Quiero explicaros algo que puede que os choque un poco, pero me gustaría que intentarais comprenderme y que mantengáis la calma, aunque alucinéis un poco. ¿De acuerdo?

—Me estás poniendo nerviosa, hija —dijo su madre que, ante su mirada ansiosa, añadió—: Lo intentaremos.

—Recordáis que cuando el curso terminó, antes de que me fuera de vacaciones con María, lo estaba pasando bastante mal...

—Sí —contestó su madre al tiempo que su padre la secundaba con un gesto—. Dijiste que habías roto con un chico.

—Me dejó —aclaró—. Puedes decirlo tranquila, mamá. Bien, pues... —respiró varias veces para tomar aliento—. Es alguien a quién conocéis —declaró—. Primero de todo tenéis que saber que lo nuestro empezó por una casualidad y que nos enamoramos —añadió esto último a toda prisa—. Yo le... No sé si él lo hará todavía —dijo con una sonrisa triste—, pero yo sí le quiero y no creo que deje de hacerlo nunca —aseguró.

—Eso es muy bonito —intervino su madre conciliadora—, pero antes o después le olvidarás y podrás continuar adelante.

—Es que no quiero salir adelante —replicó Vega usando sus palabras—. Este verano me he dado cuenta de que lo quiero mucho más de lo que pensaba en un principio. Pero eso ahora no viene al caso. Mi intención con esta charla es dejaros claro que nunca pretendí engañaros.

—De acuerdo —articuló su padre.

No sabría descifrar qué era lo que veía en sus caras, en sus ojos. ¿Resignación? ¿Aceptación? De cualquier modo, se dio cuenta de que no eran las expresiones que había esperado encontrar.

—Él era, es —se corrigió a sí misma—, Javier Moreno. El profesor de sociales.

Soltó la bomba y se quedó a cuadros cuando sus padres se la quedaron mirando como si les terminara de contar que debían repintar la pared. ¿Qué les pasaba?

—No bromees —dijo su madre echándose hacia atrás en la silla.

—Si no nos quieres decir en verdad quién es, está bien —repuso su padre—. Nadie te obliga.

—No, quiero hacerlo. Os digo la verdad.

Después de hablar de ello en voz alta les contó todo, omitiendo los detalles obvios de carácter íntimo y privado. Lejos de montar en cólera o de poner el grito en el cielo, como cabría esperar, la escucharon en un estado inusual de calma dada la naturaleza de lo que les estaba explicando.

Se comportaron de un modo tan racional que la impresionó. Tal vez tampoco hubiera sido para tanto si hubiera mantenido esa conversación con ellos meses atrás. Le aconsejaron que aprovechara que Javier ya no se encontraba en el instituto y que había roto cualquier lazo con ella para olvidarle y pasar página.

La exhortaron a que terminara el curso que acababa de comenzar y que pasara tiempo con sus amigos. Querían que saliera, que se divirtiera y que lo dejara, junto con el dolor, atrás. Poniéndose en el lugar de sus padres, tratando de ver las cosas desde su perspectiva, entendía sus razones para pedirle aquello. Tenía sentido. Esperaban que se diera cuenta de que sus sentimientos habrían cambiado al concluir el año.

Tal vez fuera el viaje de aquel verano o lo que aprendió en él, pero Vega tenía una seguridad que hasta entonces le había faltado. Haría lo que sus padres le pedían, acabaría el curso y trataría de vivir una vida escolar lo más normal posible y al terminar comprobaría si sus sentimientos continuaban siendo los mismos.

Aquella no fue la única charla que tuvieron del tema. A partir del momento en el que había destapado la caja de Pandora, ya no temía mencionar al profesor en casa y hablaba con su madre a menudo de su relación y con su padre de vez en cuando. Ya no era algo tabú. Javier era su exnovio y conversaban acerca de él como tal.

El comienzo de su último año fue difícil, marcado por las dos grandes

ausencias con las que estaba condenada a convivir en el instituto. No obstante, la dinámica de las clases, las asignaturas, el estudio, María y su trabajo de fin de curso fueron los pilares a los que se aferró. Se entregó de lleno a pasar con la mejor nota que pudiera obtener.

Si contentaba a sus padres tal vez conseguiría que se les pasara el disgusto que estaba convencida que tenían con ella respecto al profesor, a pesar de que no se lo hubieran demostrado.

Antes de Navidad, María comenzó a verse con un chico del grupo de estudio al que iba una tarde por semana, que estaba compuesto por alumnos de otros institutos en la escuela de refuerzo a la que sus padres la apuntaron tras el fallecimiento de Noa en un intento porque no perdiera el curso y tuviera que repetir.

Se alegró mucho porque encontrara la fuerza para intentar enamorarse de nuevo. Si ese chico suponía una nueva ilusión en la vida de su amiga, entonces ella también era feliz. Por su parte, no había vuelto a hablar ni a encontrarse con Nacho ni con R después de aquel vergonzoso día del curso anterior. No los volvió a ver.

Esas Navidades, María, sus padres, los de Noa y sus tíos las celebraron juntos en su casa. Fueron las primeras sin su amiga y hubo un buen número de lágrimas. Hablar de ella, explicar anécdotas, aunque fuera entre ojos lacrimosos y voces a punto de quebrar, aligeraba la pena de todos ellos. Se tenían los unos a los otros y eso no cambiaría.

Dolía. No tenerla con ellos dolía y siempre lo haría. Si algo había comprendido de sus sesiones con la terapeuta era que eso no cambiaría, pasarían los años y continuaría doliendo, lo único que podían hacer era aprender a llevarlo, a integrarlo en su día a día.

Porque sí, había muchas veces en las que lo que quería hacer era coger el teléfono y enviarle un mensaje a Noa, llamarla para explicarle lo que le había pasado o que ella le explicara algo, lo que fuera. Pero que los dejara de aquel modo, sin una razón, también le enseñó otra importante lección y era que no podían dar las cosas por supuestas. El futuro solo era una proyección en su mente.

¿Cuántas veces soñaron las tres con vivir juntas, compartir piso en la universidad y viajar por el mundo?

Con el recuerdo de Noa y de Javier presentes en cada paso que daba iba quemando etapas, contando los meses, aprendiendo a hacer su vida sin ninguno de ellos.

## Capítulo 22

Una vez integrado en la rutina de las clases de nuevo, llegó a la conclusión de que las cosas no cambiaban tanto de un instituto a otro. Aunque continuaba utilizando su ropa habitual para trabajar, las gafas y aquel peinado que escondían tanto su rostro como sus atributos físicos, había algunas alumnas que lo buscaban y le hacían las mismas preguntas que tantas veces había escuchado en boca de otras chicas de su misma edad.

Lo único que no cambiaba era lo que sentía por ella. Por lo demás, todo era distinto a pesar de que, en cierto modo, fuera parecido. Continuaba viviendo en casa de sus padres. Había sido incapaz de volver a su piso y encontrarla allí donde dirigiera la mirada. Recordaba el tacto de su piel, el aroma que desprendía su cabello y los tenues sonidos que hacía cada vez que la besaba.

Cada día que pasaba tenía que hacer un serio esfuerzo por no coger el coche e ir a verla. ¿Lo habría olvidado ya? ¿Estaría saliendo con alguien? ¿Cómo le irían las vacaciones de Navidad?

Estaba seguro de que siendo las primeras en las que su amiga no estaba, no serían demasiado alegres. Vega necesitaría que alguien la abrazara hasta que llorara todo el dolor.

—¿Está libre?

La voz femenina le hizo girar la cabeza. Una mujer de su edad aproximadamente, rubia, con curvas más que evidentes bajo el vestido rojo que mostraba un generoso escote, le hablaba señalando el taburete junto a él.

Tardó unos segundos en comprender lo que le estaba preguntando.

—Oh, sí, sí —respondió.

La rubia se sentó en lugar de llevarse el asiento que era lo que Javier había pensado que haría.

—Es una fiesta muy bonita —dijo la mujer en tono casual.

Con los pensamientos más centrados en otra parte que en aquello que lo



rodeaba, solo quería que lo dejaran a su aire. Aun así, se dejó arrastrar por Mario a la fiesta de Navidad de su empresa. Por suerte también invitó a Pedro, pero en aquellos momentos los dos bailaban con sus parejas.

—Oh, sí, muy navideña —murmuró distraído.

—¿Quieres bailar?

Sintió el calor de la mano en su brazo y bajó la vista hacia allí, luego miró a la dueña y leyó en sus ojos el interés. Hubiera deseado que aquella fuera la mano de otra mujer, una persona a la que no volvería a ver. Terminó su copa de un trago.

—Perdona, pero no estoy interesado.

—¿En serio?

La pregunta lo desconcertó. ¿Acaso nunca le había dicho nadie que no?

—Sí.

—¿Por qué no? Puedo hacerte compañía y borrar esa tristeza de tu cara —ofreció.

—Solo hay una mujer capaz de que eso suceda —contestó con amargura.

—¿Te ha dejado? Puedo conseguir que la olvides.

—No.

—Venga, guapo...

Estaba a punto de comenzar a gritar. ¿Por qué se empeñaba esa desconocida? ¿Por qué no lo dejaba en paz? Si tan atractivo era para las mujeres, ¿por qué Vega pudo darle de lado tan fácilmente cuando salían?

—Disculpa, pero mi amigo no se encuentra demasiado bien. —Sintió la palmada que Pedro le propinó en la espalda mientras se dirigía a la rubia que todavía continuaba a su lado y que en ese momento se marchó después de emitir un resoplido de disgusto.

—Vaya, rompiendo corazones ¿eh? —bromeó Mario colocándose a su izquierda.

Su otro amigo hizo lo propio a su derecha.

—El chico no lo puede evitar —dijo con indolencia el abogado.

—Ya, debe de ser terrible tener esa cara... —repuso con ironía el primero—. Y esa mirada torturada... Es solo la guinda del pastel. Creo que ahora se te tiran encima más que antes.

—¿Qué más da? Me dan igual. Todas —manifestó.

—Ya... —replicó Pedro.

—Cuando hemos ido a recogerte he estado hablando con tu madre, como en los viejos tiempos —añadió Mario—. El caso es que me ha dicho que tienes dos

regalos en tu habitación que no has puesto en el árbol. Me ha preguntado si sabía algo.

—Esos son de Vega.

—¿Le has comprado un regalo de Navidad? —consultó el abogado alzando las cejas—. ¿Piensas ir a verla?

—No. Uno es por su cumpleaños —explicó—. Y sí, lo pienso. Cada día —confesó—. Pero no lo haré, ¿vale?

—De acuerdo.

Después de aquel horror de fiesta no volvieron a preguntarle acerca de los dos paquetes que tenía sobre el escritorio en la habitación que ocupaba en casa de sus padres. Por casualidad, un día vio un reloj de pulsera con la esfera grabada, eran tres amigas de espaldas, abrazadas entre sí y debajo podía leerse: «Siempre juntas». Supo que tenía que comprárselo.

Y cuando estaba haciendo las compras de los regalos de Navidad para su familia y amigos, vio una pulsera de cuero blanco y adornos de plata con forma de corazón que no dudó ni un segundo en comprar para ella también. La pulsera se encontraba junto a un anillo abierto, ajustable, con un detalle de corazón y un cristal que tampoco pudo evitar adquirir.

Sabía que fue una locura, que no volvería a verla. No tenía ningún derecho e iba a mantener su promesa, pero el impulso que sintió al ver esos objetos fue tan intenso que no se reprimió. Había tantas cosas que deseaba poder entregarle...

Tal como llegaron, las vacaciones de Navidad terminaron y las clases se reanudaron dando comienzo a un nuevo trimestre en el que los días parecían repetirse. Sí, él fue el que tomó la decisión, sabía que hizo lo correcto, pero aun así, lo que sentía por Vega Williams, la chica que rompió la barrera entre su trabajo y su vida privada, no se desvanecería así como así.

El segundo trimestre fue todo un desafío para Vega. También para María, pues entre exámenes, deberes y revisar el trabajo de fin de curso que ya había terminado, el aniversario de la muerte de Noa se acercaba y los sentimientos volvían a revolverse. Entre otras muchas cosas su amiga y ella hablaban a menudo de que querían rendirle un sentido homenaje, pero las ideas que se les ocurrían les parecían insuficientes.

—¡Ey, chicas! ¿Qué hacéis? ¿Estudiando? —preguntó su tía Raquel al entrar en su salón con una bolsa en cada mano que dejó en el lado libre de la mesa, el que no estaban usando.

María y ella se habían reunido para decidir de qué manera afrontarían el

aniversario de la muerte de Noa. Por su cumpleaños habían acudido con su pastel preferido y unas botellas al cementerio donde fue enterrada. Prepararon el combinado favorito de su amiga para cada una y brindaron juntas. Hablaron con ella durante horas.

Siempre dijeron que saldrían de fiesta a celebrar sus dieciocho, así que llevaron la fiesta hasta su mejor amiga.

—Pensando qué podemos hacer para conmemorar a Noa.

—¿No lo hicisteis ya por su cumpleaños?

—Por el otro aniversario —aclaró María.

Eso era otra cosa que habían decidido, no lo llamarían «el día de la muerte de Noa», bautizaron esa fecha como el «otro aniversario». Era consciente de que para la amiga que se sentaba en frente aquella fecha era incluso más difícil. Su madre llegó con otras dos bolsas poco después de su tía.

—¿Queréis que le encarguemos unas flores? —propuso esta comenzando a guardar el contenido de las compras en la cocina.

—Sí, eso lo hemos anotado, pero queremos hacer algo más —expuso—. Algo que los incluya a todos.

—Pediré a tu padre que encargue coronas para todos —replicó de nuevo.

—¿Qué os parece —intervino su tía— si llamamos a Berta y a Manel para invitarlos a cenar, y a tus padres, María, y pensamos algo entre todos?

Su amiga y ella se miraron buscando alguna señal de desacuerdo, no la hubo.

—A mí me parece bien —dijo su madre.

—Por nosotras también está bien —habló María.

Aquella noche las tres familias se unieron como una sola de nuevo y se habló largo y tendido de cada propuesta que surgió, exponiendo opiniones y dudas.

Semanas más tarde la fecha volvía a señalar el calendario. No obstante, la huella que había dejado en ellos era tal que no la hubieran podido olvidar ni siquiera de haber deseado hacerlo. Cenaron en el mismo restaurante en que lo hicieron aquella última vez con la fotografía que el camarero les sacó esa noche y se hicieron otra conmemorando ese día.

Los sentimientos agridulces provocaban que todo un cúmulo de emociones que se encontraban a flor de piel emergieran, pero eso no les impidió continuar con sus planes. Más tarde fueron a la discoteca en la que estuvieron un año atrás. No se quedaron mucho, tomaron una copa a la salud de todos y abandonaron el lugar. Necesitaban tomar el aire.

Luego se dirigieron al lugar del accidente con un pequeño ramo de flores de colores por cada vida que fue arrebatada allí y, para su asombro, no fueron los

únicos en hacerlo.

Encontraron a un pequeño grupo compuesto por los padres, hermanos y algún que otro familiar de Marc, Gero y Ricard. Fue un momento muy emotivo donde las risas se mezclaban con las lágrimas y los recuerdos. Las anécdotas de sus seres queridos monopolizaron las siguientes horas.

En su fuero interno Vega recordó también su encuentro de aquella noche con Javier. Había pasado tanto tiempo ya desde que se fue y todavía le parecía que podía encontrarlo en los pasillos o al entrar en el aula.

El amanecer se acercaba a pasos de gigante cuando vio a María hablar por teléfono con su nuevo «amigo especial», como ella lo llamaba. No salían de forma oficial, pero podía ver ese brillo en su mirada otra vez cuando mencionaba su nombre o hablaba de él.

Rogaba porque en algún momento de un futuro cercano se diera cuenta de los sentimientos que tenía y comenzaran a salir. El chico era muy tierno, la cuidaba, se preocupaba y, solo con eso, para Vega, ya tenía el cielo ganado.

El segundo trimestre terminó y en un abrir y cerrar de ojos se encontraban a mediados del tercero y último de aquel curso. Revisó por segunda vez su trabajo, el cual debería entregar en breve, y dedicaba todo el tiempo que tenía a estudiar.

No podía evitar, en ciertos momentos, echar la vista atrás a un año como aquel, tan duro de sobrellevar. Era consciente de que, sin la ayuda y el apoyo de sus profesores, la terapeuta y de sus padres, los de las tres, no habría podido llegar hasta allí del modo en el que lo hacía.

El apoyo y respaldo de María había sido esencial, por supuesto, como en cada paso que habían dado juntas, y en ocasiones tirando la una de la otra, pasando por encima de la depresión en la que el duelo amenazaba por engullirlas en cada esquina. Sabían que no sería sencillo, pero trabajarían duro cada día para continuar avanzando, esa fue su promesa.

En el momento en que entregó el trabajo de fin de curso y terminó la presentación oral del mismo, sintió una liberación interna que la dejó flotando. Estaba convencida de que lo había hecho medianamente bien. Conocía el tema a la perfección, tenía memorizado prácticamente todo lo que había escrito en él y se mantuvo concentrada durante su exposición. Además, respondió a las preguntas del tribunal de evaluación sin titubear.

Eso sí, en cuanto salió por la puerta tuvo que correr al cuarto de baño. Le sobrevino una náusea de todos los nervios que no se había permitido sentir y vomitó de forma violenta.

—¡Vega! —la voz de María le llegó desde el otro lado de la delgada puerta del

retrete donde se encontraba. La sintió entrar, pero no podía hablar, las arcadas se lo impedían. Se colocó de pie por detrás de ella y le recogió el cabello que había comenzado a dejar suelto, en una coleta—. Me han avisado de que estabas aquí. ¿Qué ha pasado? ¿Ha ido mal tu presentación?

Solo fue capaz de responder negando con la cabeza.

—Entonces ha ido bien. ¿Es por los nervios? —preguntó de nuevo.

En esa ocasión respondió afirmando. Eso era lo que suponía, en todo caso.

—Está bien, tranquila. Todo estará bien. Deja que pase.

El esfuerzo hacía que sintiera los ojos a punto de salir de las cuencas, la presión en la frente, las sienes y detrás de las orejas era brutal, además del dolor en la boca del estómago donde había comenzado a sentir calambres.

Hasta varios minutos después no pudo respirar tranquila. Hacía mucho que el contenido de su estómago había sido vaciado y por fin las arcadas se detenían. Alguien le había dado a María un pañuelo mojado con el que le refrescaba la nuca, la frente y las mejillas.

—Lo siento —apoyó la cabeza hacia atrás en el abdomen de su amiga—. No sé qué ha pasado.

—Los nervios pueden jugar estas malas pasadas —respondió una voz fuera del habitáculo.

Se trataba de la consejera del centro, una mujer a la que conocía bien porque, tras el accidente, pasó muchas horas con ella en su despacho. Abrieron la puerta y salieron juntas en busca del lavamanos donde se refrescó la cara y devolvió la mirada a la mujer que no les quitaba el ojo de encima.

—Supongo. Espero que no lo tengan en cuenta. Había hecho una presentación bastante aceptable.

—Mejor que eso, por lo que oído —repuso la consejera.

Después de que las presentaciones de los trabajos terminaran llegó el ansiado y, al mismo tiempo, temido viaje de fin de curso que se encajó con calzador casi al final del trimestre. Fueron cuatro días a Florencia de los que hicieron coincidir dos de ellos en fin de semana para no perder demasiado el ritmo ya que tenían encima los exámenes de selectividad.

El viaje fue corto, aunque muy intenso. Estuvo plagado de visitas culturales que recordaría con cariño. Vieron lugares emblemáticos, llenos de encanto e historia a los que le gustaría regresar en otro momento para poder ver con más calma. La plaza del Duomo, la galería Uffizi, el Ponte Vecchio, el jardín de Boboli, eran solo unos cuantos de los lugares a los que fueron, pero dejaron algo en ella, una sensación, una impronta.

Las maravillas que pudo ver de primera mano la alejaron de la tristeza que le producía el no poder conocer todo aquello con quien sabía bien que hubiera podido mantener largas conversaciones al respecto, la persona que había hecho que sintiera motivación por estudiar algo que en otros tiempos carecía de interés para Vega.

Durante aquel viaje tuvo la certeza de que había escogido bien la carrera que quería comenzar el siguiente año. La historia del arte era algo que en el transcurso de cada excursión la mantuvo atenta a todas las explicaciones del guía e incluso pudo tener interesantes charlas en referencia a temas diversos, aunque relacionados.

En cuanto le expresó las ganas que tenía de volver con su familia para poder ver con más detenimiento algunos lugares que les había mostrado, este le aconsejó qué ver, qué hacer e incluso dónde comer. Para cuando regresaron en el avión, todos sus compañeros y ella misma comenzaron a acusar el dolor de las piernas y el cansancio acumulados de los días anteriores en los que no pararon.

—¿Estás dormida? —preguntó en un susurro María.

Se encontraban juntas en su cama, con las luces apagadas, tratando de dormir porque al día siguiente tenían clase, aunque hubieran vuelto de Italia esa tarde.

—Todavía no —respondió.

—Creo que me gusta.

—¿Quién? ¿El de las clases de repaso?

—Sí.

—A él también le gustas —aseguró.

—¿Tú crees?

—¿No te lo dijo él mismo? —recordó—. ¿Y que esperarías a que estuvieras preparada?

—Sí. —Aunque no podía ver más que el contorno del rostro de María debido a la oscuridad de la habitación, por el tono de voz supo que su amiga se había ruborizado.

—Pues eso. Solo tienes que decidirte.

—¿Y si ahora que ha pasado el tiempo se arrepiente?

—María, habéis hablado cada día desde yo que sé cuánto hace ya. Incluso durante el viaje —señaló—. Le gustas. No hay más discusión —terminó.

—¿Tú como lo llevas? Hace tiempo que no hablamos de... Ya sabes quién.

—Puedes decir su nombre, tonta.

Sonrió al ver la prudencia con que María abordó la conversación.

—Vale, vale.

Las dos quedaron unos instantes en silencio.

—Pues lo echo mucho de menos —reconoció con un profundo suspiro—. Este viaje ha sido raro.

—Él tendría que haber estado allí —afirmó su amiga.

—Sí.

Se alegró de comprobar que esa no fue solo una impresión suya.

—¿No has tenido ninguna noticia más de él?

—No. Pero ¿sabes? Conoce mi dirección, el instituto al que voy y tiene mi número de teléfono. Si no lo ha borrado, claro. Si de verdad me quisiera ya se habría puesto en contacto conmigo, ¿no?

—No sé, Vega. Creo que es algo complicado.

—Eso también lo sé. Jo, María, es que por más que lo intente no puedo odiarle.

—Ya...

—Es que, de verdad, entiendo que me dejara y se fuera por mí, aunque me quisiera. Pero ya tengo los dieciocho. Y lo sabe. ¿Tú no crees que, si me quiere, podría haber venido o aparecido ya?

—No sé... Continúa siendo profesor, ¿no?

—Sí, eso me dijo.

—Entonces es posible que la situación no haya cambiado demasiado. Quiero decir, ¿con qué cara lo mirarían en su instituto actual si se enteraran de que sale con una alumna del centro del que ha pedido el traslado?

—Tienes razón —bufó—. Pero me fastidia. Soy mayor de edad, joder.

—¿Todavía sientes lo mismo por él? —indagó María.

—Sí. Le quiero —reconoció sin andarse con rodeos.

—Ah —suspiró su amiga—, lo dices con un convencimiento que...

—Es que lo sé, María. No he dejado de pensar en Javier ni un solo día. He intentado entender sus motivos, los problemas que podría causarle. He estado tratando de creer en él y de confiar en que antes o después vendría a por mí... Es difícil mantener la esperanza cuando los meses pasan sin tener una triste noticia.

—Tiene que ser duro, sí.

—Está a punto de hacer un año ya desde que me dijo que me dejaba.

—¿Ya?

—Sí.

El tiempo no perdonaba y pasaba para todos por igual, se acercaba la fecha de su graduación y también la de aquella tarde en la que el mundo se le vino encima por segunda vez en pocos meses.

## Capítulo 23

—De acuerdo, se acabó —sentenció Pedro dando un manotazo en la barra de la heladería de su familia donde había ido a echar una mano ese sábado.

—¿El qué se acabó? —preguntó por inercia Javier.

—Tu desidia. Venga, sube a casa, te cambias y nos vamos por ahí —continuó su amigo.

—No tengo ganas de salir a ninguna parte —manifestó.

—Necesitas conocer a alguien —replicó Mario.

Sus dos amigos estaban sentados al otro lado de la barra, tomando un refresco que les sirvió a su llegada.

—Conozco a mucha gente —repuso con seriedad mientras continuaba limpiando.

—Una chica, tenemos que conseguirte una chica —aclaró su amigo al que habían ascendido recientemente.

—¿Qué crees, que las regalan en la tómbola junto a la muñeca chochona y el perrito piloto? No son propiedades, estoy cansado de repetírtelo —respondió malhumorado.

—Era una forma de hablar —explicó Mario—. De verdad, cada día estás más arisco.

—No es verdad —contestó.

—Sí. Lo es —intervino el abogado ganándose una mirada hosca de su parte—. ¿Lo ves?

—En serio, con la planta que tienes podrías tener un rollo de una noche con quien quisieras —agregó Mario.

—Tú eres imbécil —dijo dejando lo que tenía entre manos para fijar su mirada en la cara de su amigo.

—Sí, tío —secundó Pedro—. ¿Crees que no lo habría hecho ya si quisiera? De lo que se trata es de que encuentre una novia o alguien con quien salir de vez en



cuando. Javi nunca ha sido de esa clase de tíos.

—No, de lo que se trata es de que desahogue esa mierda de carácter tirano de una vez —replicó Mario—. Ya había estado antes largas temporadas sin hacerlo —recordó—, pero esta vez estás insoportable —dijo sin dobleces ni adornos.

—Yo también te quiero —respondió con el mismo gesto serio y continuó a lo suyo.

—En serio, no puedes continuar así. Vas a acabar con tu salud. No haces más que trabajar y trabajar —continuó hablando el flamante encargado de planta.

—También voy al gimnasio —se defendió.

—¿Y eso en qué categoría lo incluyes, lumbrera, en la de trabajar o en la de trabajar? —se mofó su amigo.

—En la de tengo que mantenerme ocupado o me volveré loco —contestó lo primero que le pasó por la cabeza, sin filtro, e incluso él se sorprendió; no obstante, era una gran verdad.

En apenas dos semanas el curso escolar finalizaría, eso quería decir que en unos días se cumpliría un año de la última vez que la vio. Recordaba su rostro desencajado, las lágrimas, su mirada confusa. Todo. Lo que él dijo, lo que ella respondió, su espalda al marcharse.

¡Mierda!

Tanto sus amigos como su familia le repitieron de forma incansable durante todo aquel año que tarde o temprano sus sentimientos se templarían, pero no había sido así y no sabía por cuánto tiempo podría continuar conteniendo su necesidad de tener noticias de ella, de saber cómo le iba, de verla.

Así que sí, se mantenía ocupado con montañas de trabajo y cuando no lo tenía se lo inventaba. Su madre dejó caer más de una vez que nunca había tenido las neveras del negocio y la de casa tan limpias. Pero algo tenía que hacer con tal de no romper su promesa.

Tal vez pudiera encontrar la manera de tener noticias de Vega sin... ¡No! Tenía que mantenerse firme. Porque si conseguía información relativa a su ex querría verla y eso los llevaría directamente al punto de partida. Sin contar con que a lo mejor ella ni siquiera quisiera saber de él.

Quizás ya había empezado a salir con alguien. No sería nada extraño. Estaba harto de ver a las adolescentes de su instituto actual y del anterior derramar lágrimas por sus novios y poco después verlas reír de nuevo junto a otro chico. Estrujó el trapo en un puño, cabreado con la imagen mental que su cabeza acababa de regalarle.

—Oye, ¿te ha hecho algo ese pobre trapo? —preguntó con sorna Pedro.

En un arrebato se lo lanzó, pero su amigo lo atrapó con una sola mano sin gran esfuerzo.

—Está peor de lo que pensaba —silbó el otro sentado al lado del abogado al tiempo que se sacudía la camisa que había sido un poco salpicada con los restos de agua del trozo de tela.

Si no supiera que sus amigos estaban genuinamente preocupados por él haría mucho tiempo que los habría mandado a la mierda. Aunque, en el fondo, reconocía que tenían razón, estaba agotado. Y no solo físicamente, sus emociones parecían una montaña rusa de la desesperación.

El día no podía ser más soleado. El olor del salitre contrastaba con el reflejo del sol sobre el agua en calma de la playa. La arena estaba templada debajo de su toalla.

—Eh, Vega, cógelo. —La alegre voz de Noa le hizo volverse justo a tiempo de interceptar un helado que le había lanzado.

—Tía, que está frío —se quejó cuando le rozó la barriga a pesar de que lo levantó deprisa.

—Ya ves —repuso Marc, que venía de la mano con ella—, helado.

Le sacó la lengua al novio de su amiga.

—María dice que vayamos —anunció la recién llegada.

Giró su cabeza de nuevo hacia el agua donde se encontraba su otra amiga con Gero, su novio, cerca de ellos se encontraban Mateo y Ricard, que estaban haciendo el tonto peleándose en la orilla a ver quién podía tirar primero al suelo al otro.

Gesticuló en respuesta mostrando los helados que acababa de traer Noa para que vinieran y así poder comerlos todos juntos. Se sentía completamente feliz. Estaba en la playa con sus amigas y, por primera vez en mucho tiempo, no tenía aquel peso en el centro del pecho.

—Madre mía, esos dos sí que se han echado de menos —señaló Noa con un deje divertido en la voz.

—¿Y te extraña? —replicó su novio.

—Déjalos, son felices —intervino ella.

El sentimiento de paz y de relajación que experimentaba era algo de lo que realmente quería disfrutar. ¿Qué más se podía pedir?

—Bueno, ¿a qué jugamos? —preguntó su amiga al tiempo que los dos tomaban asiento en la toalla contigua a la suya.

—¿Os apetece una partida de cartas? —propuso Vega.

Sabía que a Noa le chiflaba jugar a las cartas, entre otras cosas porque tenía mucha suerte y casi siempre ganaba jugaran a lo que jugaran. María y Gero llegaron correteando entre risas como solo las parejas acarameladas saben hacer en la playa y ocuparon la otra mitad de la toalla en la que Noa y Marc habían tomado asiento.

Los recién llegados abrieron sus helados y comenzaron a comer mientras Ricard, que no se dio cuenta de cuándo había llegado, se disponía a repartir cartas para todos.

—Oye, Vega, ¿y dónde está tu novio? —preguntó Noa mientras colocaba las cartas que tenía en su mano en abanico.

—¿Mi... novio? —De pronto sintió el pánico abrirse paso en su interior y comenzó a buscar alrededor con el corazón latiendo frenético, dándose cuenta de que había perdido algo importante.

Estaba sola. Él no estaba y ya no volvería. El pesar se asentó en su pecho y la felicidad se esfumó. El cielo se nubló a toda velocidad. Al devolver la atención a sus amigos, solo estaban Noa y ella, los demás habían desaparecido.

—¿A dónde han ido todos? —preguntó alarmada.

—Han tenido que marcharse —respondió su amiga con calma.

—Pero si íbamos a empezar a jugar...

—¿Crees que es momento para eso? —Noa la miraba evaluándola.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cuánto tiempo más vas a continuar esperando para hacer tu vida?

—No te entiendo. Yo... lo hago lo mejor que puedo.

—Entonces, ¿qué es toda esta oscuridad? —preguntó su amiga observando el cielo cubierto de nubes cada vez más negras.

—No lo sé —respondió con un hilo de voz.

—Son el dolor con el que cargas —explicó con aplomo la hermosa chica sentada en frente—. Es tu miedo a ser feliz porque, en el fondo, crees que no te lo mereces. Porque tú estás viva y yo no —sentenció.

—Noa...

—Sé que eso es lo que sientes, a mí no puedes engañarme. Pero ¿sabes una cosa? Me molesta —declaró—. Me molesta que me uses de excusa para privarte de la felicidad que es solo tuya y que te has ganado con creces. Así que ya puedes comenzar a mover el culo y espabilarte si no quieres que te dé un puntapié desde el otro lado.

En algún punto había comenzado a llorar y su amiga la abrazó, por lo que su

amenaza quedaba desmentida con la ternura con que la meció contra ella. Despertó de ese modo, abrazada a sí misma, meciéndose.

Aquella fue la primera vez que soñó con Noa desde el día que falleció. Todo estaba tan nítido en su mente, el olor del mar, el calor del sol, el tacto de su amiga, de su cabello, de la piel de ella bajo las yemas de sus dedos... No podía dejar de mirar sus manos, empañadas por el llanto, anonadada, con la garganta apretada y el corazón encogido.

El sueño que tuvo la persiguió durante horas, su cabeza no dejaba de reproducirlo una y otra vez.

—¿Qué te ha pasado?

—¿Qué ocurre?

Su madre y tía Raquel llegaron a casa en su día de fiesta después de una sesión de manicura. La encontraron taciturna y pensativa en la mesa del comedor donde trataba de poner en orden el caos de su mente.

—He soñado con Noa —articuló—. Con todos.

—Ay...

Las dos mujeres se sentaron a su lado y la abrazaron con sentimiento.

—Estábamos en la playa —comenzó a explicar—. Todos juntos. Noa y Marc traían unos helados, Gero y María jugaban en el agua, Ricard y Mateo hacían el tonto en la orilla...

—Parece un gran sueño —aventuró su tía.

—Lo era. —Sintió la presión familiar en la parte superior de la cara, la que se contraía cada vez que iba a comenzar a llorar—. Luego nos poníamos a jugar a las cartas. Era tan... normal.

Vega continuaba centrada en memorizar cada detalle del sueño, no quería olvidar la sensación de abrazar a su mejor amiga. La echaba tanto de menos.

—Luego nos quedábamos solas. Noa y yo. Y todo se nublaba. —Sonrió recordando la última parte del sueño—. Ella me ha echado la bronca.

—¿La bronca? —preguntó su madre con curiosidad.

—Sí. Me ha dicho que yo misma estoy impidiéndome ser feliz —reprodujo sus palabras—. Al principio no lo comprendía, pero ahora sí.

—¿Y qué quería decir?

—Antes de eso ella me ha preguntado por mi novio. Ha sido cuando todo ha comenzado a cambiar. Sabe que lo quiero con todas mis fuerzas, no importa el tiempo que haya pasado —terminó en un murmullo.

—¿El profesor? —aventuró su madre con una nota de miedo en la voz que pasó por alto.

—Sí, mamá. Javier. Lo quiero. Pero yo... No tengo forma de encontrarlo —sollozó y su tía la arrastró hacia su hombro.

—Bueno, ahora las cosas han cambiado, ¿no es cierto? —habló por encima de su cabeza—. Tienes dieciocho años y te gradúas del bachillerato en unos días. Después del verano irás a la universidad.

—Y ya tendrás diecinueve —añadió su madre.

—Sí —susurró en respuesta.

Vega ya había pensado todo aquello. A conciencia, muchas veces, durante interminables noches en vela. Y siempre había llegado a la misma conclusión: él no había dado señales.

—Hay algo que tengo que decirte —anunció su madre con una expresión extraña poniendo una mano en su hombro para que se volviera a mirarla—: Tu padre y yo nos reunimos con él el año pasado. Nos lo contó. Lo vuestro. —Su mente acababa de cortocircuitar.

—¿¡Qué!?

—Nos explicó la situación y nos dijo... Aseguró, que se iría. Tu padre y yo le pedimos que no se acercara a ti nunca más.

—¿¡Qué hicisteis qué!?

—Entiéndelo —suplicó—. Un profesor nos dice que está enamorado de nuestra hija menor de edad, que habíais estado manteniendo una relación. ¿Qué deberíamos haber hecho?

—¿Vosotros...? ¿Lo sabíais? Todo este tiempo —balbuceó—. ¡Qué idiota he sido! Y yo pensando...

—Vega, trata de mantener la calma —aconsejó su tía.

—Tú también lo sabías, ¿verdad? Todas esas preguntas... —acusó—. Solo queríais sonsacarme para comprobar que Javier se hubiera mantenido alejado —especuló—. ¿Pues sabéis? ¡Enhorabuena! No sé nada de él. Podéis estar felices. ¡Dios!

Se levantó de la mesa de forma brusca, necesitaba alejarse. ¿Por qué le habían hecho aquello sus padres? Entró en su habitación como una exhalación y caminó de un lado a otro mesándose el cabello. ¿Era ese el único motivo por el que no había vuelto a saber de él? Cogió una bolsa del armario, puso un par de mudas casi sin mirar y salió de nuevo.

Tenía que irse, no podía continuar allí. Las dos mujeres trataron de impedirle que se fuera, pero se zafó de ambas y corrió por las escaleras hasta llegar a la calle. Andó sin rumbo, pensativa, enfadada. Cuando detuvo sus pasos y levantó la cabeza, se encontraba delante de la casa del profesor.

Caminó hacia la portería, un vecino salía en ese momento a pasear al perro, entró sin dudar y subió a su piso. ¿Cuánto hacía que no iba? Delante de su puerta dudó. ¿Y si le abría? ¿Qué le diría? ¿Y si abría otra persona? ¿Un nuevo inquilino? ¿Una nueva novia?

Incapaz de continuar adelante, se dejó caer de rodillas. ¿Qué estaba haciendo? No supo cuánto tiempo estuvo allí dejando que las lágrimas empaparan su cara y el suelo. Abandonó el edificio y fue a refugiarse al único lugar que le vino a la cabeza.

—Menos mal —bufó Lourdes.

Hablaba por teléfono con Berta, la madre de Noa. Después de haber pasado todo el día con el corazón en un puño, sin saber a dónde podía haber ido su hija, la llamada calmaba sus miedos y su ansiedad en parte.

—Está en la habitación de Noa. No sabía qué hacer cuando la he visto en la puerta en ese estado.

—¿Estaba muy mal? —quiso saber.

—Se la ve muy afectada. No ha querido comer nada.

—Ya. Bueno, le diré a Thomas que deje de buscarla. Iremos enseguida a recogerla.

—¿Por qué no dejas que pase aquí la noche y se calme? —propuso titubeante la mujer.

—¿Estás segura? No me parece bien molestaros con esto.

—No es molestia. Además, hace tiempo desde la última vez que se quedaron a dormir. Está demasiado silencioso.

La declaración de Berta le estrujó el pecho. Tenía que ser muy difícil pasar por el trauma de perder a un hijo. Y era cierto que, aunque no los dejaron solos y continuaban dándose apoyo, algunas cosas, como aquella, habían cambiado de forma irremediable.

—Entiendo. Si de verdad no es molestia, podemos ir por la mañana.

—Claro. No te preocupes, Lourdes. Se le pasará.

—No lo sé, Berta. Creo que ahora mismo nos odia.

—Lo que hicisteis fue por su bien. Acabará entendiéndolo.

—Eso espero.

Colgó el teléfono y se desplomó en la silla más cercana. Los nervios la habían mantenido en movimiento todo el día, pero las fuerzas acababan de abandonarla al saber que Vega se encontraba a salvo.

—¿Está en casa de Manel y Berta? —preguntó Raquel.

—Sí. Está bien. Dormirá en la habitación de Noa.

—Bien. Al menos ya la hemos localizado —suspiró la otra—. ¿Qué tienes, hermana? ¿Por qué lloras?

—Alivio, supongo. ¿Has visto su cara al marcharse? —recordó—. Me odia.

—Está dolida, se calmará.

—Lo sé. Como sé que hicimos lo que debíamos, pero...

—¿Qué?

—Si fue lo correcto, ¿por qué duele tanto? —planteó—. A nosotros y a ella.

—Porque, y te voy a recordar una de las frases que me enseñaste que decía mamá: lo correcto es lo más difícil de hacer.

Encomendó a su hermana la tarea de avisar a conocidos y amigos a los que habían alertado acerca de la marcha de Vega y llamó a Thomas para decirle que regresara, que la habían encontrado. Una vez más, aquel tema los ponía en un brete, porque si bien querían ver feliz a su hija, había cosas que, como padres, no podían pasar por alto. Pero lo sucedido ese día le hizo darse cuenta de que su hija podía perfectamente irse de casa en cuanto quisiera y no regresar. Podían perderla para siempre.

## Capítulo 24

En algún momento, María había llegado y se tumbó junto a ella en la cama, abrazándola desde atrás en silencio. Ninguna dijo una sola palabra, no eran necesarias. La fuerza con que su amiga la rodeaba hizo que se sintiera confortada.

Su cuerpo dejó de temblar de forma gradual y los sollozos terminaron por apagarse también

—¿Cómo te sientes?

—Humillada. Avergonzada —confesó a media voz.

—Dolida —añadió María por ella.

—Sí. ¿Cómo han podido?

—Pero ¿qué ha pasado? —interrogó la joven que la abrazaba.

Vega le explicó con pelos y señales lo que había ocurrido esa mañana en su casa comenzando por el sueño con su otra mejor amiga.

—¿Y cuándo fue eso? —preguntó arrugando la nariz.

Se había dado la vuelta y ahora estaban cara a cara.

—Mi madre dice que hace un año. No sé si fue antes o después de la última vez que lo vi.

—¡Qué fuerte, Vega!

—Sí...

—No, en serio. ¡El profe es mi ídolo! Tener los cojones de ir y hablar con tus padres de vosotros... ¡Alucino!

—Yo he flipado también. —No pudo evitar que le sobreviniera una sonrisa.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Qué puedo hacer? Argh —gruñó—, me gustaría poder hablar con él.

—Pues hazlo.

—¿Cómo? Dejé su piso, su teléfono no me da señal... No tengo manera de encontrarle.



—Joder, menuda mierda.

—Pues eso.

Su cabeza la llevó por un momento a aquella noche, la que se le fundieron los plomos, al momento en el que Javier le quitó la venda y lo vio desnudo a excepción de aquel tanga. Se le escapó una risita ahogada.

—¿Qué? —quiso saber María.

—Nada, es solo que me he acordado de algo. ¿Te he contado alguna vez cómo empezó todo?

Su amiga negó con la cabeza y Vega comenzó a relatarle la noche que salió a celebrar la despedida de soltera de Belén, la compañera de trabajo de su madre, con todo lujo de detalles.

—Imagina el corte que sentí cuando levanté la cara comiéndome ese cuerpo que había tocado a ciegas con los ojos y me encontré ¡con el profe de sociales!

María reía a carcajadas, ella también. Aquella noche fue toda una experiencia y un punto de inflexión, en ese momento su vida quedaría marcada.

Verlo fuera del instituto le rompió los esquemas, lo hizo mirarlo de otra manera y se enamoró.

—Aquella barba postiza y la peluca rubias —rememoró—. La capa. ¡Ese tanga!

—Pagaría por ver tu cara en ese momento.

—Perra, tú lo que quieres es verlo en tanga —recreminó entre risas.

—Eso también, eso también —admitió su amiga—. Bueno, y ¿qué hacía allí? —interrogó cuando pudieron calmar un poco las carcajadas.

—Nah, al final fue una puñetera casualidad. El dueño es amigo suyo y le pidió que sustituyera a alguien porque había muchas bajas —contestó.

—¡Ah! —María emitió un grito ahogado y la miró con los ojos y la boca muy abiertos.

—¿Qué? —preguntó sin entender qué había hecho que se emocionara tanto.

—¿No dices que el dueño es amigo suyo? —repitió sus palabras.

Fue su turno para poner la misma cara que su amiga hacía solo unos segundos y se sentó de golpe en la cama.

—¡Es verdad! Espera. Espera, tengo que pensar bien esto.

—¿Qué tienes que pensar? ¿No quieres ponerte en contacto con él?

—Sí, pero no sé si su amigo sabe que salimos. Podría pensar que soy una loca o una acosadora —reflexionó.

—O las dos cosas.

—Eso, tú dame ánimos —ironizó.

—¿Recuerdas el nombre del sitio?

—¿Que si lo recuerdo? No voy a olvidarlo en la vida —aseguró.

Pasaron la noche pensando en la manera de convencer al dueño del striptease de que Vega había sido su novia para que le diera una oportunidad de encontrar a Javier y así poder hablar con él.

Si era su amigo, seguro que tendría un modo de hacerlo.

Se había quedado en casa de Noa una noche. Por la mañana sus padres la fueron a buscar, pero para entonces ya había decidido lo que iba a hacer. Buscaría la forma de verlo y le diría que aún lo quería y quería volver con él.

Cuando se lo comunicó a su madre y a su padre no dijeron nada en contra, solo bajaron la mirada, como si los hubiera abofeteado. Pero el sentimiento de culpa que sus expresiones le produjeron no iba a frenarla.

Tenía que intentarlo.

Le costó varias llamadas poder localizar al dueño del local y hablar con él. No quería parecer una psicótica ni nada parecido por lo que le llevó bastante prepararse para el encuentro que concertaron.

Se aseguró de tener en el teléfono algunas fotografías que demostraban su relación. Aunque se tomaron pocas, tenía la que les hizo Noa durmiendo en el autocar, una que ella le hizo a Javier mientras estaban en su casa y otra de la noche que fueron a comer helado.

Ahora debía afrontar el reto de convencer a alguien con aquel puñado de pruebas.

—¿Así que, por venir aquí y traerme tres fotos, quieres que me crea que eres su novia?

—Sé cómo suena. Lo mires por dónde lo mires. Creerás que soy una acosadora —reflexionó y la mirada elocuente de Roberto, el dueño del local, dejó en claro que estaba de acuerdo con esa afirmación.

—Mira, no quiero herirte, pero si te ha borrado de su vida, tendrá sus motivos —alegó el hombre con una mirada abiertamente compasiva.

Aquella fue la gota que colmaba el vaso, él era su única oportunidad para poder encontrarle y veía cómo se le escapaba. Se llevó las manos a la cara y dejó salir la frustración que sentía en forma de lágrimas.

—Eh, vamos, no llores...

Lamentándose, explicó su historia. Cómo se habían sorprendido al encontrarse allí, que poco después comenzaron a salir, que como la situación era tan

complicada la dejó, se mudó y se fue del instituto...

Expuso la deplorable situación en la que se encontraba por no poder contactar con él ni con ninguno de sus otros amigos porque nunca tuvo su número sin dejar de sollozar.

—No tienes que darme su teléfono si no quieres. Lo entiendo, yo también protegería a mis amigas de cualquiera que me viniera con una historia como esta. Solo te pido que le hagas venir aquí si quieres, para que pueda hablar con él y decirle que todavía le quiero.

Los sollozos rompían su voz de vez en cuando haciendo que saliera entrecortada.

—Augh... Vamos, no llores. No me gusta ver a nadie hacer eso.

—Ves a gente desnuda a diario, pero ¿lo que te incomoda es verme llorar? —Pronunció con sorna después de sonarse con un pañuelo que le alcanzó el dueño del negocio.

—Sí, supongo que sí —reconoció el hombre.

Al fin había podido calmarse y recomponerse un poco, sin embargo, debía afrontar la derrota. No iba a ayudarla.

La petición que había ido a realizar parecía una locura y, aunque se dio valor antes de acudir a aquella reunión repitiéndose que, situaciones desesperadas, requerían medidas desesperadas, la realidad era que uno no siempre conseguía lo que quería, por mucho que se esforzara y diera todo por alcanzar su objetivo.

Dando las gracias al hombre por haber aceptado verla y escuchar lo que tenía que decirle, se fue de allí con la moral por los suelos. Ese era el último cartucho que tenía para encontrarlo y no había servido de nada.

María se acercó a ella en cuanto la vio salir por la puerta. La había acompañado hasta allí y esperado en la calle hasta que terminara.

—¿Qué...? —Vega negó con la cabeza para responder la pregunta inconclusa de su amiga y no pudo evitar sucumbir a un nuevo ataque de llanto—. Deja que hable yo con él, le explicaré...

—No. Está bien —aceptó—. Yo haría lo mismo por vosotras. Es una historia difícil de creer de todos modos.

María la abrazó para transmitirle su apoyo y comenzaron a caminar de regreso.

—Bueno, puede que llame al profe y le diga que has venido —especuló.

—¿Y de qué serviría? Si no ha venido ya a verme... —Volvió a sollozar dejando la frase suspendida entre las gotas de agua que rodaban por su cara.

En cuanto la chica salió por la puerta de atrás del local buscó su *smartphone* pensando en llamar a Javi para contarle lo que acababa de presenciar. Por alguna razón se detuvo justo antes de deslizar el dedo por la pantalla para hacerlo al recordar las palabras entrecortadas de la joven que había ido hasta allí para reunirse con él.

—Ah, Rober —dijo para sí en voz alta rascándose la parte de atrás de la cabeza—, eres un sentimental.

Quitó el número de Javier de la pantalla y buscó otro, el de Pedro, su abogado y uno de los mejores amigos del ahora profesor. ¿Y si había una mínima posibilidad de que la chica estuviera diciendo la verdad?

No estaría de más hacer una pequeña comprobación, ¿verdad?

—¿Sí?

—Pedro, cuánto tiempo... ¿Me recuerdas?

—Claro que sí, Roberto. ¿Qué hay? —repuso cordial.

—Mira, pues estoy algo aturdido tras una visita que acabo de recibir —expuso. Prefería ser directo.

—¿De qué se trata? —interrogó en tono profesional.

—Verás, una tal Vega nosequé ha venido a pedirme, no, a suplicarme, que la ayude a ponerse en contacto con Javi. Dice que era su novia —recitó de corrido.

—¿Vega? ¿Ha estado ahí? —El tono del hombre con el que hablaba cambió por completo.

—Entonces, ¿la conoces? —quiso asegurarse.

—Sí, claro —aseveró.

—¿De verdad es la ex de Javi? —formuló el empresario, incrédulo.

—Sí, sí. Pero... ¿dónde está ella ahora? ¿Sigue ahí? —interrogó Pedro.

—Eh, no —contestó—. Se ha ido hace un momento.

—Mierda —murmuró el hombre—. Pero ¿le has dado el número?

¿Escuchaba esperanza en el tono de voz del abogado?

—No, ¿cómo iba a hacerlo? Ni siquiera sabía si lo que decía era cierto —explicó—. Aunque parecía bastante desesperada... —reflexionó.

—Joder... Vale, espera. Estoy pensando.

Pedro parecía nervioso. ¿Hubiera sido mejor darle el teléfono de Javi a esa pobre chica?

¿Qué era lo que ocurría de verdad con esos dos?

—¿Pensando? Oye, ¿qué pasa?

—A ver, Javi está muy mal desde que rompió con ella —manifestó el mejor

amigo del exstripper—. No la ha olvidado.

—Ya me hago una idea —dijo—. Me ha parecido entender algo entre tanto lamento lacrimoso. La chica tampoco parece haber pasado página —aseguró.

—Si Javi se entera de que lo está buscando no va a quedarse quieto. Irá en su busca —aseveró Pedro.

—¿Y qué problema hay? —interrogó curioso—. Él la quiere ver, ella lo quiere ver...

Su vena sensible salió a relucir. La de celestino se le activó también.

—Pues que sus padres amenazaron con emprender acciones legales si volvía a acercarse a su hija —expuso sin andarse con rodeos.

—Ah... Eso ya es otra cosa —murmuró pensativo; entonces se le ocurrió una idea que tal vez, un poco, fuera una locura—. ¿Y si es ella la que vaya a por él?

—¿Qué quieres decir?

Por su pregunta sabía que tenía toda la atención del abogado en ese instante.

—A lo mejor se me ha ido la cabeza del todo, pero creo que tengo una idea que podrá arreglar la situación de esos dos. O por lo menos darles la oportunidad para que lo hagan ellos. Tú no le digas nada a Javier de la visita de su ex y escucha.

Explicó al mejor amigo de su antiguo empleado la idea que había cruzado su mente y perfilaron los puntos y pasos que deberían dar para asegurarse de que ese plan podría llevarse a cabo como esperaban.

—Entonces hay que conseguir el teléfono de Vega —pensaba en voz alta el abogado.

—Eso no es problema. Me lo ha dejado anotado en un papel —anunció triunfal.

Tomó la nota garabateada que la chica le había dejado antes de irse por si cambiaba de opinión y decidía ayudarla entre los dedos. Jugeteó con ella.

—Bien. Tenemos todo lo necesario.

—Sí —repuso con una sonrisa traviesa que era incapaz de esconder—. Tú déjame todo a mí.

Hacía unos minutos no se imaginaba que acabaría accediendo a ayudar a esa muchacha y en ese momento se moría de ganas por llamarla y anunciarle, no solo que lo haría, sino que tenía un plan trazado para ello.

Si quería ver a Javi, tendría que aceptar sus condiciones.

Estaba en su casa, con la radio de fondo mientras miraba al vacío, sentada una

vez más en su escritorio. Asumir la derrota antes de siquiera haber tenido la oportunidad de presentar batalla era muy deprimente. María estaba tumbada en su cama, boca arriba, abrazada a su cojín favorito con forma de rana.

—¿Y si vamos todos los días hasta que se canse y te dé su número? —propuso su amiga, todavía dándole al coco para ofrecer posibles soluciones que pudieran ayudarla.

—No, lo más probable es que llamara a la policía, nos denunciara por acoso y pusiera una orden de alejamiento.

—¿Tú como sabes tanto de eso?

—Veo *Ley y orden* con mi madre y mi tía algunas veces. —Se encogió de hombros.

Su teléfono comenzó a sonar y a vibrar encima del escritorio donde lo había dejado, con un número privado en la pantalla por toda información. Por un momento pensó en no contestar siquiera, porque quizás se tratara de alguna compañía de telefonía que quería venderle algo, pero luego pensó que, hablar con alguien de otra cosa que no fuera lo que le preocupaba en esos momentos, tal vez pudiera distraerla un rato.

—¿Diga?

—¿Vega? —Era la voz de un hombre, se envaró en la silla al escuchar su nombre a través del altavoz del aparato.

—Sí —contestó.

—Soy Roberto —anunció su interlocutor—. Nos hemos conocido hoy.

Se puso de pie en el acto. Al verla reaccionar de aquel modo, María la imitó con gesto expectante.

—Sí, sí. Me acuerdo —contestó deprisa.

—He decidido que voy a creerte...

—¿En serio? —lo interrumpió—. ¡Gracias! ¡Muchas gracias!

—Espera, no te emociones tan deprisa —continuó—. Como he dicho, voy a otorgarte el beneficio de la duda. Pero hay una cosa que quiero que hagas para demostrarme que realmente eres quién dices ser y no alguien que tiene una fijación insana por mi apreciado amigo.

—Sí. ¡Sí! —respondió excitada ante la nueva perspectiva que se le abría en el horizonte—. ¡Lo que sea!

—De acuerdo, así es como va a ir la cosa.

En los minutos siguientes el dueño del local de striptease le explicó lo que había pensado para poder tener una confirmación de que había salido con Javier durante los cuales su cara fue cambiando de la emoción a la vergüenza pasando

por la estupefacción.

—¿Has entendido? Si quieres que te dé la oportunidad de hablar con él, eso es lo que quiero que hagas. ¿Podrás?

—Por supuesto. Lo haré —aseguró convencida.

Acto seguido le dio los detalles concretos de cómo y cuándo debería hacer lo que le solicitaba y colgó poco después.

—¡Sí! —gritó al tiempo que saltaba y lanzaba los puños al aire hacia el techo.

—¿Qué? ¿¡Qué!? —preguntaba impaciente su amiga.

—Era Roberto. ¡Va a darme una oportunidad!

Comenzaron a saltar abrazándose y a chillar de la emoción, incapaces de contenerla. No sabía qué era lo que había hecho a ese hombre cambiar de opinión, pero le daba las gracias a Noa por haberle dado la fuerza y el empuje necesarios para ir a pedirle ayuda. Bien, entonces, tenía ante sí una oportunidad que era como un regalo caído del cielo. Y no pensaba desperdiciarlo.

## Capítulo 25

Había intentado mantener la poca entereza que sus nervios le dejaban desde que recibió la llamada de Roberto. Sin embargo, en ese momento, con todo ya dispuesto y preparado, las dudas y temores la asaltaban hasta el punto en el que todo en lo que podía pensar era en salir corriendo.

Pero no lo haría. Había llegado hasta allí y ahora no podía echarse atrás. Recordó la conversación que tuvo con su madre y su padre antes de dirigirse hacia el lugar concretado para realizar aquella locura de prueba que demostraría que no había intentado engañar al amigo de Javier.

Les explicó sus planes de ir a su encuentro y confesar al profesor lo que sentía. Llegó con ellos al acuerdo de que, si él decía haber pasado página, se daría por vencida. Pero si no era así les pidió que aceptaran, a cambio, su relación.

Aceptaron el trato.

No obstante, ahora que estaba allí, le parecía una locura. ¿Y si se negaba a verla? ¿Y si le decía que estaba con otra persona? ¿Y si no se presentaba siquiera?

Había tantos factores que podían salir mal... No, no podía permitirse el lujo de dudar en ese momento. Tenía que creer. En él, en ella, en las palabras que se dijeron y en lo que sentía. Confianza y fe, era todo a lo que se aferraba en ese instante. Tal vez lo único que la sostenía todavía en pie.

En cuanto las luces bajaron en intensidad dejando el lugar prácticamente a oscuras Roberto se le acercó y, con una sonrisa que le pareció más propia del diablo que de alguien que decía pretender ayudarla, alargó la mano hacia Vega para que la tomara.

Posó sus yemas en la palma del hombre, quien cerró los dedos en torno a su mano y comenzó a caminar haciendo que lo siguiera. Una gota de sudor frío comenzó a caerle por la sien. Aquella locura no podría terminar bien, pensó de



repente. Pero era demasiado tarde.

La instó a ocupar el asiento que había preparado para ella y la obligó a colocarse de forma que las muñecas tocaran los reposabrazos a ambos lados del trono. Con una cuerda de seda negra le ató primero una, luego la otra. Vega tragó saliva.

¿En qué lío se había metido? Y encima lo había hecho por su cuenta. Ella solita.

Sin dejar de sonreírle, cogió un trozo de tela más ancho e hizo ademán de ir a cubrirle los ojos, pero en el último minuto negó con la cabeza.

—Será más divertido si puedo ver tus expresiones —susurró muy cerca de su cara, tanto, que su aliento le acarició la mejilla.

Para entonces estaba temblando. El hombre le dedicó una mirada cargada de intención y Vega dejó escapar un jadeo asustado antes de tragar saliva intentando mitigar el nudo que se le había formado en la garganta.

Ir allí traía recuerdos a su mente que Javier preferiría poder olvidar. Se recriminó por la poca convicción que había mostrado al intentar negarse. Eso hizo que Roberto aprovechara ese resquicio de duda para forzarlo. Sí, esa era la palabra. Y ambos lo sabían.

No obstante, si su jefe había tenido que actuar de aquel modo, entonces imaginaba que debía de encontrarse en una situación realmente crítica. Ya preparado, daba vueltas arriba y abajo de la zona en la que esperaba mientras sus nervios se calmaban y trataba de focalizar la atención en cualquier cosa que no fueran los flashes que su cerebro se empeñaba en mostrarle.

Apartando los pensamientos involuntarios que aparecían en su cabeza, se centró en los cambios en la actuación que le habían indicado. Según Roberto, de ese modo, el número tendría mayor efecto. En esos minutos, previos a salir a escena, se hacía una sola pregunta.

¿Por qué había aceptado hacer aquello otra vez?

Ah, exhaló frotando su mandíbula. Por lo menos, debajo de aquel disfraz con la barba postiza y la peluca era imposible que se le reconociera. Además, Pedro y Mario con sus tonterías acerca de que, si se negaba, solo demostraría su miedo a seguir adelante consiguieron mosquearle. Quizás tenían algo de razón con aquello que repetían últimamente de su malhumor.

Podía hacerlo. Claro que podía. Por supuesto. Que la última vez que hiciera ese espectáculo fuera con Vega no tenía nada que ver con el nudo que tensaba su

estómago. Sonrió indolente al recordar las palabras que la joven le dijo entonces en el mismo instante en que se acercó a ella y un trueno se escuchaba en el local.

El momento de salir había llegado. Roberto, como maestro de ceremonias, anunciaba su entrada. Esperó hasta el minuto exacto y emergió desde detrás del escenario, como le habían instruido; un cambio de último minuto. Comenzó la actuación detrás del trono donde había sentada una mujer de entre el público.

Su trabajo consistía en desnudarse mientras acariciaba sus hombros y brazos por uno y otro lado del gran respaldo. Se trataba de un juego de seducción que todo stripper debía aprender. Pocos minutos después, cuando solo portaba las botas, el tanga y la capa, se la quitó y la echó por encima del trono como un mantel a petición del mismo Roberto, cubriendo a la mujer.

El siguiente paso era rodear el trono, desatar las muñecas de la clienta, hacer que se pusiera en pie y llevársela detrás del escenario. Según le explicó su amigo, ese cambio se debía a que la última vez, cuando se llevó a la ofrenda, causó furor. Hizo lo que debía y cargó a la mujer sobre su hombro asiendo con firmeza sus piernas.

Entre aplausos y gritos salió de escena y ya entre bambalinas la dejó en el suelo con cuidado y retiró la capa. Se le cerró la garganta al tiempo que todo su cuerpo se tensaba en el acto.

—¿¡Qué haces tú aquí!? —exclamó.

—Hola, no te enfades, por favor —dijo Vega a toda prisa—. Comprendo, de verdad lo hago, por qué rompiste conmigo y luego te fuiste, aunque me haya costado mucho entenderlo. —Estaba preciosa, después de un año sin verla apreciaba las pequeñas diferencias, como que su cabello era un poco más largo y que le caía en grandes ondas que le hacían querer hundir las manos en él; sus facciones eran más delgadas, menos redondeadas, había perdido peso. Sus ojos parecían más grandes y esos labios, que tanto había echado de menos, también. Cuánto deseaba poder alargar el brazo y acariciarla para salir de dudas y averiguar si estaba delirando y ella era una visión o era real—. Sé que seguramente ya me habrás olvidado y puede que ya estés con alguien, pero tenía que verte y decirte que... —Su voz se apagó. ¿Olvidarla? Ni en sus peores pesadillas haría algo como aquello—. Que yo... Te quiero. Y lo que piensen los demás no me importa, ni siquiera mis padres. —Aquello era un sueño, estaba seguro, no podía ser que Vega estuviera delante de él diciendo que le quería, tenía que ser un delirio de su mente perversa—. Todavía te quiero, Javier.

—Es Javi —interrumpió al tiempo que acariciaba su labio inferior con el pulgar, parecía real, pero no era posible.

—¿Eh?

—Te dije que podías llamarme Javi.

Decidió que, si estaba soñando, no perdería el tiempo y haría lo que hacía tanto que deseaba. La besó. El calor de su boca debajo de la suya la hacía real. Cuando probó con la lengua encontró su esencia, ese sabor que se había metido en su sistema tiempo atrás y que tanto necesitaba.

Era ella. No era un sueño. Era Vega.

Levantó la cabeza y fijó la mirada en el fondo de sus pupilas dilatadas, hundió los dedos en esa mata sedosa de cabello y asiendo su nuca la atrajo de nuevo.

—No estoy soñando, eres tú de verdad —murmuró contra sus labios.

Ella aceptó su intrusión con la misma intensidad que él demostraba. En aquel momento se sentía como un hombre que hubiera vagado por el desierto mucho tiempo sin comida ni agua y la encontrara a ella, su manantial, su fuente de vida.

La pesadumbre, la desdicha que lo acompañaba a diario desde que tomó la decisión que los separaría, desapareció al calor del cuerpo de la mujer que amaba. Se enredó en ella, la envolvió. Señor, ¡cuánto la necesitaba!

—Profesor... Por favor... —El jadeo entrecortado de la mujer que hacía combustionar su cuerpo lo excitó aún más.

Tomó sus caderas con ambas manos y las presionó contra la región de su anatomía que necesitaba atención urgente por su parte al tiempo que lamía la curva del cuello que adoraba hasta la clavícula.

—¡Vaya! —la voz cantarina de Roberto le llegó alta y clara desde algún punto a su izquierda—. Veo que os habéis reconciliado —pronunció con divertida arrogancia.

Podía sentir el cuerpo de Vega latir entre sus brazos, conocía bien el erótico gesto que la lujuria confería a su cara y no quería que otro hombre más que él pudiera verlo; por ello escondió el rostro de ella contra su pecho y trató de ocultar la vista del cuerpo excitado de su mujer del hombre que parecía estar disfrutando observándolos.

Evitó mirar a su exjefe. Javier tenía la mirada enturbiada por la pasión y podría muy bien perder el control de sus instintos si otro se acercaba a Vega en ese momento. Era suya.

—Vete —habló con voz gutural.

—Solo venía a decirte que podéis ir a mi despacho si queréis... hablar.

La risita pretenciosa en la voz de su amigo le puso los nervios de punta. Recordó la capa que se había colocado en el hombro al quitársela y envolvió a Vega en ella. Tenía el salvaje impulso de esconderla de la vista del resto del

mundo. Era su tesoro y haría lo que fuera necesario para protegerla.

—No es necesario —rechazó—. Estaremos en el camerino.

—Oh, pero las clientas no pueden entrar ahí. Cuánto lo siento —repuso el otro.

Lo estaba provocando sin darse cuenta de que jugar con él era peligroso en ese mismo instante. El enfado que sintió al verse interrumpido cuando al fin tenía lo que tanto quería al alcance se tradujo en cabreo al reconocer el jolgorio y la satisfacción propias de un felino en Roberto.

—Está bien —intervino Vega con un hilo de voz—. Ve, no pasa nada —bajó su mirada hacia ella—. Será mejor que... te... vistas o algo —pronunció con voz temblorosa.

Evaluó la situación y le dio la razón. Tenía que vestirse o acabarían detenidos por escándalo. ¿Desde cuándo le costaba tanto refrenar los impulsos de su libido? Tenía que ir al camerino y cambiarse, pero no quería que Vega se quedara a solas con el zalamero de Roberto. Lo conocía bien y cuando encontraba a una mujer que lo divertía lo más mínimo jugaba al gato y al ratón hasta que la conseguía.

—De acuerdo —aceptó—. Espérame aquí, enseguida vuelvo. No te muevas.

—No lo haré —prometió.

Con pesar separó sus cuerpos, todavía en un estrecho abrazo, y caminó directo hacia el hombre que estaba de pie a poco más de dos metros.

—Tú vienes conmigo. —Pasó por su lado agarrándolo por el cuello y arrastrándolo con él.

—¿Yo? ¿Por qué? —preguntaba divertido el dueño del strip.

Debido a su paso rápido ya se encontraban lejos de Vega y abría la puerta del camerino.

—Porque ni loco te dejaré a solas con mi mujer.

—Vaya, ese sí que es un ascenso rápido —replicó el hombre al que acababa de liberar mientras buscaba su ropa enfebrecido. No quería dejarla sola mucho tiempo. Tenía que volver y hablar con ella, saber qué había ido a hacer allí—. De ex a mujer. Me parece que te has saltado algún paso, amigo.

—No me toques las narices... —advirtió lanzando la peluca y la barba sobre el tocador y las botas al cajón del calzado.

Cambió el tanga aquel por su ropa interior.

—Entonces es cierto —comentó el hombre.

—¿El qué?

—Lo de esa chica.

—Sí. Pero no entiendo, ¿qué está haciendo ella aquí?

—Vino a pedirme ayuda para hablar contigo —reveló su exjefe y amigo.

—¿Eso hizo? —Levantó la cabeza de golpe.

Estaba perplejo.

—Dijo que la dejaste y no podía encontrarte. No pareces un hombre que haya roto con ella —observó Roberto.

—Es complicado —respondió a toda prisa poniéndose los pantalones y los zapatos.

—Si tú lo dices...

Se ponía la camisa marrón de manga corta que había llevado y recogió sus cosas para luego comenzar a abrochar los botones deteniéndose delante de Roberto, encarándolo.

—Entonces, ¿todo este numerito ha sido idea tuya?

—Por supuesto —se regocijó el otro.

—No sabes la suerte que tienes de que ella esté fuera esperando —sonrió de forma peligrosa, con la amenaza sobrevolando sus palabras.

—Ya, sí, lo imagino —respondió sonriendo con amplitud el otro mientras él comenzaba a alejarse—. Mándame una invitación a la boda —alzó la voz para que lo oyera desde el otro lado de la puerta antes de que esta se cerrara.

Encontró a Vega aún envuelta en la capa que había utilizado. Llegó a su lado obnubilado por la mirada que la joven le dirigió. Le quitó la prenda y la dejó caer al suelo, luego le dio la mano y caminaron juntos hacia la salida.

El orgasmo que compartieron fue el más intenso de todos los que recordaba haber tenido. Javier y ella trataban de recuperar el aliento, tumbados uno junto al otro en la cama del profesor, en su piso.

—Pensé que ya no vivías aquí —dijo entre pesados jadeos.

—Me fui a casa de mis padres —respondió él del mismo modo.

—Parece que nunca te hayas marchado —reflexionó al recordar que no había visto rastros de abandono ni en la cama que ahora ocupaban ni en las mesillas.

Javier se volvió hacia ella, colocándose de lado, y le acarició la mejilla con delicadeza.

—Contraté a alguien para que viniera a limpiar, pero yo... No podía quedarme aquí sabiendo que tú ya no estabas.

Escuchar aquellas dulces palabras viniendo de él hacían que su corazón se acelerara, que sus ilusiones crecieran de nuevo y que renaciera la esperanza. Sus

emociones la desbordaron haciendo que se le saltaran unas lágrimas.

—Dices eso tan bonito...

—Es la verdad. Quería hacer lo correcto, pero no podía si me quedaba. Por eso me fui. Todos los días quería ir a buscarte. Ha sido un año muy largo.

—Para mí también. Te he echado de menos —confesó Vega.

—Yo también a ti —respondió—. No te haces una idea de cuánto —dijo él justo antes de enterrar la lengua en el interior de su boca.

Le pasó un brazo por la espalda y se colocó encima de ella y solo fue necesario un breve movimiento para conectar los cuerpos de ambos de nuevo, para sentir esa unión que los completaba. Con los movimientos desenfrenados, propios de los amantes, la mochila con las cosas de Javier que había lanzado sobre la mesilla de noche cayó al suelo.

Pareció sorprendido al mirar hacia abajo e imaginó que el contenido se habría esparcido.

—¿Se ha roto algo? —preguntó a media voz.

—No. —La miró sonriente—. Espera un segundo —dijo deshaciendo su conexión física y rodando hasta el borde de la cama.

¿Se iba a poner a recoger en ese momento?

—¿Qué haces? —preguntó con una risa trémula e insegura sobrevolando sus labios.

Había creído que estaban en mitad de algo importante.

—Tengo algo para ti. Cierra los ojos —anunció el profesor. Vega le hizo caso y sintió un ligero peso en el abdomen—. Ya puedes mirar.

Encontró dos envoltorios de regalo y lo miró interrogante.

—¿Qué es esto?

—Son para ti. Uno lo compré para tu cumpleaños el año pasado y el otro por Navidad —manifestó.

¿De verdad? ¿Le había comprado regalos a pesar de que había roto con ella? No supo qué decir, las lágrimas empañaron sus ojos. Se incorporó hasta sentarse en la cama y lo abrazó.

—Vamos, ábrelos —animó él, que le acercó uno de los paquetes—. Este primero, por tu cumpleaños —dijo.

Al abrir la caja se quedó sin aliento. Ahogó un sollozo cubriendo su boca con la mano. Era un reloj. En él había un dibujo de tres chicas de espaldas, mirando al horizonte en la zona de las manecillas y una frase debajo.

—Siempre juntas —leyó en un susurro—. Es precioso —musitó entre lágrimas—. Gracias.

—Solo encontré algo que parecía estar hecho especialmente para ti y lo compré —hablaba mientras extraía el reloj de la caja y se lo ataba alrededor de la muñeca—. Ahora abre este —continuó, acercándole el otro paquete.

Se trataba de una pulsera muy bonita de cuero blanco trenzado, con varias hileras y adornos en forma de corazón.

—Es precioso —admiró.

—Póntela. —Vega lo hizo sin poder dejar de mirar cada detalle—. Ahora sí que es bonita —aseguró Javier—; estando en su lugar.

Lo abrazó y besó. Una sucesión de besos cortos sin separar sus bocas mientras rodeaba el cuello masculino con los brazos. No había suficientes palabras en el diccionario para darle las gracias.

—Espera, hay otro más.

—¿Otro? —repitió ella incrédula.

—Ajá. No sabía por qué lo había comprado, solo que era para ti. Ahora ya me he dado cuenta de por qué. —Cogió su mano y puso una caja más pequeña que las anteriores, esta sin envolver, en su palma. La abrió dejando a la vista un anillo plateado abierto con un brillante engarzado en la parte superior y un corazón en el lado—. Te quiero. Estar lejos de ti es lo más difícil que he hecho y no quiero volver a pasar por ello. Si me aceptas, te prometo que haré todo lo que haga falta con tal de permanecer junto a ti. No dejaré que nadie vuelva a separarnos.

—¿Qué estás diciendo? —pronunció casi sin aliento.

—Cásate conmigo. —Sus palabras la dejaron aturdida y sin respuesta—. Te estoy pidiendo que aceptes esta promesa de que algún día, no demasiado lejano —añadió—, te convertirás en mi mujer.

Vega continuaba sin poder encontrar las palabras que quería pronunciar ni la forma de hacerlo. Temía que, de abrir la boca, por su garganta solo saldría el lenguaje de los delfines debido a la emoción.

—¿Qué me dices? —preguntó él tomando el anillo de la caja y comenzando a ponerlo en su dedo—. ¿Te casarás conmigo?

Ante la imposibilidad de hablar en la que se encontraba, gesticuló de forma enérgica con la cabeza mientras comenzaba a llorar y besó cada centímetro de su cara. La cercanía de sus cuerpos los llevó a culminar su reciente pacto de forma placentera y sudorosa quedando íntimamente abrazados al terminar. Javier le besaba el hombro, la mejilla y el cuello alargando el delicioso momento.

Un pensamiento cruzó por su cabeza y le agarró la cara para que la mirara.

—¿Llevabas encima los regalos todo el tiempo?

—No —reconoció—. Pedro o Mario deben de haberlos puesto ahí antes. Cuando los he visto en el suelo he entendido una cosa que han dicho para forzarme a que aceptara ir esta noche al club.

—¿El qué? —preguntó con curiosidad.

—Bienvenido al resto de tu vida.

—Qué raro —murmuró.

—Eso mismo he pensado. Ese par estaban compinchados con Roberto de algún modo. Pero eso ahora da igual. Te tengo conmigo y no pueden importarme menos esos tres o el resto del mundo.

Amaba cómo sonaba su voz cuando le decía cosas como aquella. Amaba cómo de especial la hacía sentir, pero por encima de todo aquello, lo más importante era que amaba a ese hombre con cada célula de su cuerpo.

El mañana llegaría antes o después, sin embargo, Vega ya no estaba intranquila. Ya no sentía miedo o inseguridad. Con él a su lado podía enfrentar lo que fuera, superar cualquier obstáculo y hacerlo con una alegre sonrisa en la cara. Porque eso era en lo que se convirtió un día, por casualidad, el profesor Javier Moreno para ella, en su fuente de la felicidad.



## Epílogo

El momento había llegado. Era aterrador y, al mismo tiempo, emocionante. El profesor le dio la mano y Vega la aceptó sin dudar. Se miraron durante largos minutos el uno al otro sin decir nada, dejando que fuera el lenguaje de las miradas el que hablara.

—Es el momento —anunció Javier.

—Sí —confirmó ella con una sonrisa que le era imposible esconder.

—¿Queréis dejaros ya de tonterías? Estas cajas pesan —se quejó Pedro detrás de ellos.

—Cállate —lo riñó su novia, Alba—. Es tan bonito verlos juntos —suspiró.

—Pero ¿aun estáis aquí? —dijo Mario llegando en el ascensor con otro cargamento de cajas.

—Desde luego, sabéis cómo estropear el momento. —Su prometido los fulminó con la mirada.

Era el día que se mudaba al piso de Javier. Desde entonces y hasta que se casaran vivirían juntos. No tenían una fecha concreta, pero tampoco les hacía falta. Con saber que se tenían el uno al otro bastaba.

—Tienen razón —defendió ella ruborizada—, estamos parados en mitad del paso.

—Podrán esperar un momento mientras mi futura mujer entra en la que, desde ahora, será nuestra casa —contestó sin rastro de vergüenza.

El profesor se volvió hacia ella y la cargó al hombro como hizo la primera vez algo más de un año atrás.

—¡Así no, animal! —aullaron sus amigos al mismo tiempo haciendo que Javier riera a carcajadas.

Con un movimiento la giró en sus brazos y sin que ella supiera muy bien cómo lo había hecho, la tenía en brazos de la forma tradicional y cruzaban el umbral.

—¿Ves? ¿A que no ha costado tanto? —se burlaba Pedro pasando por su lado con una caja en brazos.

—No le hagáis caso —le siguió Alba—. Es que no está acostumbrado al trabajo físico.

—¿Dónde va esto? —María llegó y cogió la caja más pequeña que encontró en el rellano guiñándole un ojo.

—Déjala sobre la mesa del comedor —respondió a su amiga.

Cuando la universitaria pasó de largo hacia un lado y Mario regresó con el ascensor a la planta baja, compartieron una sonrisa emocionada y, sin dejar de mirarse, unieron sus labios en un beso tierno.

—No puedo esperar para que llegue el día de nuestra boda —dijo Javier tan perdido como ella en la felicidad que los arropaba en ese momento.

—Después de terminar la carrera. —La voz atronadora de su padre los sorprendió a ambos.

Había subido en el ascensor con su madre que los observaba divertida.

—Sí, claro, por supuesto —respondió Javier y la dejó en el suelo para ir a ayudar al hombre que en esos momentos recogía una de las cajas más grandes que habían dejado en el rellano.

Los dos entraron juntos, compartiendo el peso.

—Así que esta es tu nueva casa —comentó su madre al tiempo que dejaba ir un largo suspiro y pasaba un brazo por su cuello.

—Sí —respondió ella con una mezcla de sentimientos.

—¿No podía tener más escaleras este edificio? —Su tía llegaba ahogada—. ¿Estás segura, Vega? Mira que si se estropea el ascensor hay un buen tramo...

—Sí, tía Raquel. Muy segura.

—Oh, mi niña —pronunció con cariño la mujer abrazándola también.

—Nuestra niña —corrigió su madre.

—Oh, ha llegado el momento de los abrazos, qué bien —dijo su tío Ramón, que llegaba con Mario en el ascensor con las últimas cosas que quedaban por subir—. Y yo que pensaba que esto era una mudanza.

—Sí —secundó su padre apareciendo de nuevo, las observó mientras salía y recogía otra caja—. ¿Y se puede saber de dónde han salido tantas cosas?

—¡Hombres! —exclamaron su madre y su tía al mismo tiempo mientras se miraban con gesto cómplice—. Nunca entienden nada.

—Bueno. —Javier besó su sien después de que su madre y su tía cogieran una caja cada una y entraran—. Ya estamos todos. Espera, ¿no falta alguien?

—Sí, ¿dónde está Marina? —preguntó dándose cuenta.

—Aquí —gritó la aludida desde el interior.

—¿Dónde estás? —preguntó Javier.

—En la cocina —respondió ella.

—¿En la cocina? —interrogó Vega en voz baja dirigiendo una mirada a Mario y a su prometido.

—¿Qué hace en la cocina? —murmuró el profesor para que solo ellos tres lo escucharan.

—La comida, ¿qué va a ser? —respondió envarado el otro hombre mientras entraba cargado.

—¿La comida? —repitió el profesor—. Podríamos pedir comida para llevar —adujo—. Además, si nos ponemos todos, acabaremos antes.

—Ella no puede cargar peso. —Mario trató de evadir a Javier.

—¿Ah, no? —Su prometido miró a su amigo entrecerrando los ojos—. ¿Desde cuándo?

—Desde que sabemos que estoy embarazada. —La novia de Mario lo abrazó por la espalda y besó su mejilla haciéndolo enrojecer.

—¿¡Cómo!?

Tanto ella como Javier los felicitaron y abrazaron. El profesor le quitó la caja de las manos a su amigo y se fue hacia el interior del piso gritando.

—¡Eh, Marina y Mario van a ser padres!

En un instante la entrada se llenó de gente cargada de buenos deseos para la pareja, su gente. En ese momento fue consciente de cómo la pena se había transformado en esperanza, en la promesa de un mañana repleto de felicidad.

## Agradecimientos

Cuando escribes un libro no hay página fácil. Ninguna parte de lo que convierte una idea en novela lo es, en realidad, y esta página no es una excepción. No por no saber qué decir, al contrario, porque hay demasiado que condensar en unas pocas líneas. Soy afortunada, tengo mucho que agradecer a mucha gente, muchas personas que en un momento u otro han tenido que ver con la creación de este manuscrito que ahora ve la luz.

A mis mejores críticas, mis chicas extraordinarias. Vuestra amistad es de otro planeta y alcanza varias galaxias, es la única forma de medirla que os haría justicia. Gracias por vuestros ánimos mientras escribía, vuestros comentarios y opiniones sobre el borrador y la forma de creer en mí que ha hecho posible esta publicación.

A mi mayor y más incondicional fan, ese que conoce hasta las ideas que aún no he desarrollado. Tú estás ahí desde el inicio incluso antes de que exista uno, mi amante esposo, mi compañero, gracias.

A mis minifans, que, sin haber leído una sola palabra, se alegran de cada avance, de cada meta conseguida, de cada paso del camino en el que me acompañan a ciegas. Esa fe es inconmensurable. Gracias, mis amores.

A mi editora, Elisa, que me ha escuchado con paciencia, guiado por este nuevo sendero y me ha hecho sentir como en casa. Gracias.

A todo el equipo de HQÑ, grandes profesionales, atentos, pacientes y siempre dispuestos a sacar lo mejor, a dar lo mejor. Gracias.

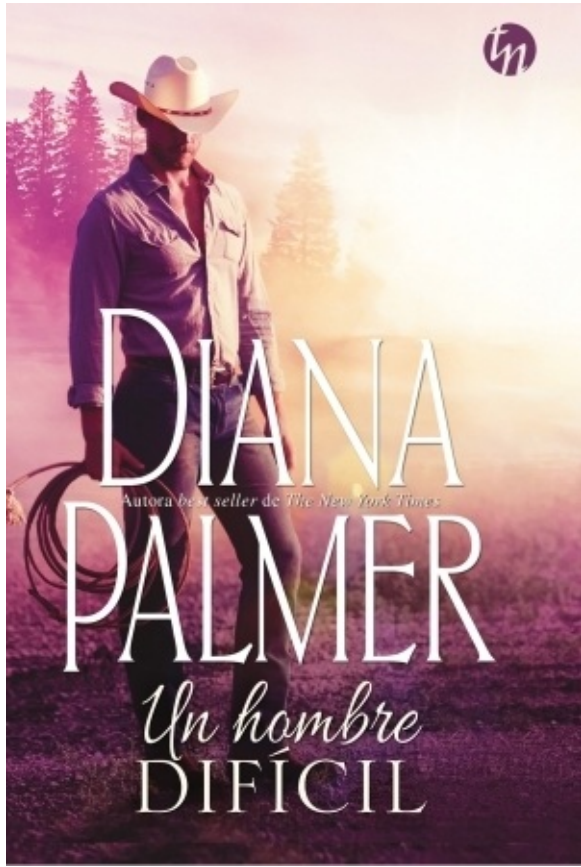
A mis lectores, porque vuestro apoyo hace posible que cada paso llegue más lejos y a más gente. Vosotros le dais sentido.

Todos vosotros sois, en parte, responsables de que hoy estemos aquí reunidos, entre estas páginas que espero que disfrutéis. Gracias a todos.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



[www.harpercollinsiberica.com](http://www.harpercollinsiberica.com)



# Un hombre difícil

Palmer, Diana  
9788413075334  
288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo. Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella. Los celos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia... Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde?"Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento". The Romance Reader "Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser". Aff aire de Coeur

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Donna Sterling

**Sola con  
un extraño**

e*li*





# Sola con un extraño

Sterling, Donna  
9788413077123  
224 Páginas

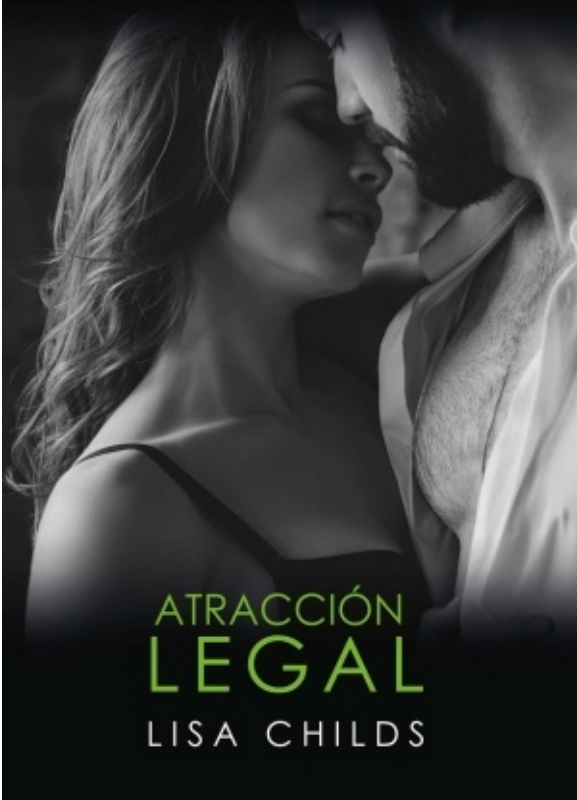
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos. Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo. ¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

INTENSE



ATRACCIÓN  
LEGAL  
LISA CHILDS

# Atracción legal

Childs, Lisa

9788413075150

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio...

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

*Autora best seller de The New York Times*

SHERRYL  
WOODS

el viaje  
más  
largo



# El viaje más largo

Woods, Sherryl  
9788413075235  
368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar. Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Miranda Lee  
DESEO MEDITERRÁNEO

# Deseo mediterráneo

Lee, Miranda

9788413074993

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Veronica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Veronica se había quedado embarazada!

[Cómpralo y empieza a leer](#)